Voltaire

Filosofía de la Historia



Estudio preliminar, traducción y notas de

Martín Caparrós

Tercer milenio



Acceso abierto

La *Filosofía de la Historia* (1765) constituye una de las tentativas volterianas de leer la historia a través del prisma de la Ilustración, de la Razón crítica.
Se trata de un texto que examina la formación de las primeras sociedades, la construcción de los primeros lenguajes y sistemas políticos, las «leyes naturales que rigen la conducta del hombre» y, sobre todo, el desarrollo y consolidación de religiones y supersticiones, en un trabajo que pone en marcha toda la erudición y la ironía volterianas al servicio de una revisión crítica de las «fábulas» aceptadas como verdades incuestionables. Un texto que, además, da cuenta del estado de la cuestión histórica entre los pensadores más avanzados del Siglo de las Luces: el estado de la disciplina en el momento en que empieza a fraguarse aquello que sería llamado, muchos años después, la «historia social», la «historia de las mentalidades». Todo ello en una obra que resulta, por otra parte, un furibundo ataque contra las bases del dogmatismo cristiano.

Voltaire

Filosofía de la Historia

Estudio preliminar, traducción y notas de
MARTÍN CAPARRÓS



Título original:
La Philosophie de l'Histoire (1765)

Diseño de cubierta:
Joaquín Gallego

1.ª edición, 1990
Reimpresión, 2001



Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid
ISBN: 84-309-1851-5
Depósito legal: M. 46.391 - 2000

Printed in Spain. Impreso en España por F. Ciudad, S. L.

ÍNDICE

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

ESTUDIO PRELIMINAR

por Martín Caparrós

LA HISTORIA EN FRANCIA EN TIEMPOS DE VOLTAIRE

ANALISTAS Y NOVELESCOS

A fines del siglo XVII, cuando François-Marie Arouet se aprestaba a hacer su aparición, la escena de la historiografía francesa estaba dominada todavía por dos grandes corrientes: los analistas y los historiadores novelescos.

Los más conspicuos miembros de la escuela de los anales eran monjes benedictinos de la congregación de Saint-Maur: Rivet, Sainte-Marthe, Montfaucon y, sobre todo, Mabillon (*Annales ordinis S. Benedicti,* 1703) constituyen, junto con Tillemont (*Histoire des empereurs...,* 1693), lo más granado de esta tendencia, que continúa, perfeccionándola, la reacción surgida hacia fines del siglo anterior contra el tratamiento literario y desprejuiciado que daban a sus escritos los llamados historiadores humanistas.

El rigor erudito, la preocupación por la exactitud de citas y referencias, que constituyen las características principales de la escuela de Saint-Maur parecen provenir del ámbito de las querellas teológi-

cas y de la historia eclesiástica, donde la autoridad de la fuente invocada es definitoria para probar la verdad del discurso. En sus anales sobre la historia de Francia, o de su propia orden, los benedictinos se limitaron sin embargo a establecer la autenticidad de cuantos documentos les fuera posible y yuxtaponerlos en ordenada cronología, desprovista de todo artificio de estilo, constituyendo un *corpus* que aún sigue siendo utilizado pero sin intentar sistematizaciones, análisis o interpretaciones de los datos establecidos. Intentaban cristalizar —por la sola vía de la crítica documental— la verdad histórica, en el convencimiento de que, una vez comprobada, esta verdad confirmaría por sí misma las doctrinas de la Iglesia.

Los historiadores novelescos —Fueter, en su *Historia de la historiografía moderna*, los llama «galantes»— representaron la tendencia opuesta: tomando de sus predecesores renacentistas la idea de la historia como hecho literario, se dedicaron a pergeñar gran copia de historias, memorias y biografías en las que una base histórica real servía de marco para una serie de situaciones marcadamente aventureras, que rozaban la ficción, o la abordaban de lleno. Antoine de Varillas, con su *Histoire de la minorité de Saint-Louis* (1690), o su maestro el abate de Saint-Réal, con la *Histoire de don Carlos* (1672), fueron algunos de sus cultores más pertinaces, acompañados en general por notable éxito de público.

BOSSUET, SIMON, BAYLE

Contra este telón de fondo se perfilan tres personajes: Bossuet, Simon y Bayle.

«Todo su trabajo consiste en pulir lo que la Antigüedad le ha dado, en confirmar lo que ha sido suficientemente explicado, en conservar lo que ha

sido confirmado y definido», dice de su propia tarea el obispo de Meaux, Jacques-Bénigne Bossuet, en una carta de 1673. Es lo que haría en su *Discurso sobre la historia universal,* publicado en 1681 para la instrucción del delfín de Francia, su alumno.

El programa aparece cercano al de la escuela analista, aunque aplicado al conjunto de las edades del mundo hasta el reino del emperador Carlomagno. Pero la diferencia básica —además de la introducida por el estilo de Bossuet, considerado como uno de los grandes orfebres de su lengua, y por la tensión casi narrativa que imprime a su texto— está en el restablecimiento (casi) triunfante de la providencia como motor de la Historia, el plan divino como un hilo conductor visible *a posteriori* que los acontecimientos siguen con precisión. «Conclusión del discurso, en la que se demuestra la necesidad de referirlo todo a la providencia» es el título prístino del epílogo de su obra.

Pero Bossuet se debate en un círculo vicioso: la legitimidad de los hechos históricos que relata está basada en la autoridad literal de la Biblia, que, a su vez, está basada en la autoridad de la Iglesia y, por consiguiente, en el valor de la tradición eclesiástica, es decir, en los mismos hechos referidos por el obispo de Meaux, sin confrontación posible ni deseable con otras fuentes históricas. (De hecho, Bossuet había llegado a denunciar como concupiscencia la «insaciable avidez de conocer la historia».) Así, el sistema de Bossuet es absolutamente cerrado, cerrazón que él mismo utilizó como argumento contra las críticas de la Reforma: si todas las piezas de la doctrina se sostienen mutuamente, no se puede rechazar algunas de ellas sin llegar hasta la negación absoluta de la creencia. Para derrumbar el edificio no era siquiera necesario negar todo, sino simplemente demostrar algunos errores en el *corpus* del dogma.

La crítica histórica del Antiguo Testamento ya se había ejercido abundantemente en la tradición hebrea desde principios del segundo milenio (Maimónides, Ben Esra), pero fue definitivamente relanzada al ruedo europeo por Spinoza cuando propuso «interpretar la Biblia con un método semejante al que sirve para estudiar la Naturaleza». Allí estaba la idea fuerza. Es cierto que los diversos reformismos ya habían trabajado esta crítica, e incluso algunos cristianos conflictivos, como Grocio; pero en lengua francesa, para el público en general y con la pretensión de una independencia crítica absoluta, el primero en publicar una *Historia crítica del Antiguo Testamento* será Richard Simon, en 1678. La tentación de la crítica y la inteligibilidad universal está empezando a meter el rabo en la sacristía, y Simon, un sacerdote de la orden del Oratorio que sigue creyendo en la verdad revelada, intenta descubrir en las escrituras los errores y adiciones sucesivas que las han falseado, sin por eso desvirtuar la inspiración de los diversos autores sagrados. Simon iguala en cuanto a sus posibilidades críticas la Biblia con *La Iliada,* medidas ambas por un criterio de autenticidad documental —en la medida de lo comprobable— mediante la filología y otras técnicas auxiliares. Richard Simon termina por publicar también un *Nuevo Testamento* en francés, en versión crítica. Para entonces ya había sido expulsado de su orden, y sus libros estaban prohibidos por las autoridades seculares y eclesiásticas. En esos años, Pierre Bayle llevaría la pretensión de la crítica absoluta a su nivel más exacerbado.

«Hacia el mes de noviembre de 1690 concebí el proyecto de componer el diccionario crítico que contendría una colección de los errores que han sido cometidos tanto por los que han hecho diccionarios como por los demás escritores, y que reuniría, bajo cada nombre de persona o ciudad, los errores refe-

rentes a esa persona o esa ciudad», escribe Bayle en una carta de mayo de 1692. Y así lo hace, en unas tres mil páginas en cuarto publicadas en 1697 en su exilio holandés, sin categorizar según la importancia del error o, incluso, cebándose en lo insignificante porque, al no haber nada en juego, el error histórico surge más claramente como concepto puro, independiente de la materia que lo conforma. Esta pretensión necesita de un soporte sólido: un aparato de erudición rigurosa, que no libre al azar ni la más pequeña cita, ni el dato más banal: se instituye allí una forma «positivista» de trabajar la historia que es tal vez el aporte más interesante de Bayle, una forma de cruzada contra todo aquello que ha sido constantemente falseado por el dogma y la superstición o, simplemente, por la ignorancia.

Cassirer, en su *Filosofía de la Ilustración,* llega incluso a hablar de «revolución copernicana» de Pierre Bayle, quien preparó las nuevas armas metodológicas que utilizaría la razón ilustrada para liberar la conciencia histórica. Aunque Bayle solicite también en el prólogo a su *Diccionario histórico y crítico* una cierta actitud del historiador, que debe ser «semejante a un estoico sin patria ni rey ni religión ni familia, habitante del mundo al servicio exclusivo de la verdad». Sería difícil postular que Voltaire y su escuela historiográfica hayan cumplido con un requisito que habría de esperar un siglo para ver redorados sus blasones.

La Ilustración

Sería difícil, porque los filósofos historiadores de la Ilustración, aun cuando son honestos en su búsqueda de la verdad histórica, la buscan desde un sitio perfectamente determinado: desde el foco de la razón, de esas luces que han de iluminar al géne-

ro humano, sustrayéndolo de las tinieblas de la ignorancia y la superstición. Pasando por encima del ascetismo y la prescindencia requeridos por Bayle, los historiadores iluminados retoman la función pedagógica y moral que sus predecesores «oscurantistas» habían dado a la historia: «La historia es la filosofía que nos enseña por medio de ejemplos cómo debemos conducirnos en todas las circunstancias de la vida pública y privada; por tanto, debemos enfrentarla con espíritu filosófico», escribía lord Bolingbroke, el amigo británico de Voltaire, en sus *Cartas sobre el estudio y uso de la historia* (1751), requiriendo ese mismo espíritu que encabeza la *Filosofía de la Historia,* que empieza diciendo: «Querríais que la historia antigua hubiese sido escrita por filósofos, porque queréis leerla como filósofo. No buscáis sino verdades útiles, y apenas habéis encontrado [...] poco más que inútiles errores.»

Lo que sí, ciertamente, había cambiado era la moraleja: el Medioevo había sido un tiempo sin historia y, en el Renacimiento, la historia funcionaba como el objeto de deseo, el relato de la edad dorada. Pero, para los filósofos de la Ilustración, el de la historia fue otro territorio por conquistar, por arrebatar a los falsarios. Después de Copérnico, Galileo y Kepler, Newton había abierto definitivamente el camino que devolvería a la verdad el terreno de las ciencias físicas y naturales: faltaba reconquistar la historia. «Vivimos en un siglo que ha destruido casi todos los errores de la física. Ya no está permitido hablar de empíreo, ni de los cielos cristalinos, ni de la esfera de fuego en el círculo de la Luna. ¿Por qué se permitirá a Rollin, por otra parte tan estimable, que nos acune con todos los cuentos de Herodoto, que nos dé como una historia verídica un hecho presentado ya por Jenofonte como un cuento?», se pregunta Voltaire en *El pirronismo de la Historia*. Porque, además, Newton había estable-

cido sobre todo un principio: todo puede ser explicado, todo tiene razones y razón. El principio de inteligibilidad universal es el arma con que parten los filósofos a la conquista de la historia, para hacerla una «ciencia», para hacerla un arma. Porque si todo es pasible de ser explicado queda en principio fuera del campo de la historia razonada lo sobrenatural, lo religioso, lo inexplicable de todos los dogmas.

Así, si algo define y diferencia a la historiografía iluminista, es su afán por inteligir, por descubrir en la concurrencia o sucesión de los hechos de los hombres una concatenación causal interna, alejada de las causas primeras de la teología, que permitiera estructurar un sistema explicativo y —por momentos— ejemplarizador. Es probable que el *Ensayo sobre las costumbres...* volteriano sea el momento más distintivo de esa corriente. A Voltaire, pues, y a su obra histórica, nos referiremos.

VOLTAIRE HISTORIADOR

Entre una tragedia y un amorío, un cuento filosófico y un exilio, Voltaire nunca dejó de escribir historia. Sus obras en este campo podrían dividirse en dos grandes grupos: el de los textos teóricos o polémicos, y el de los escritos de historia aplicada.

Entre los primeros, las *Observaciones sobre la Historia* (1742), las *Nuevas consideraciones sobre la Historia* (1744), el artículo «Historia» de la *Enciclopedia* (1756), varios artículos del *Diccionario filosófico* (1764) y *la Defensa de mi tío* (1767) son algunos ejemplos. Muchos de estos textos fueron escritos al calor de una circunstancia particular, en un tono altamente polémico, en medio de cuyas ironías y exabruptos se va dibujando una concepción del trabajo del historiador y la función de la historia, a la que se hará referencia en páginas siguientes.

Entre los segundos, además de la *Historia de la guerra de 1741* (1755), la *Historia de Rusia* (1760) y la *Historia del Parlamento de París* (1769), destacan tres obras: *Historia de Carlos XII, rey de Suecia* (1732), *El siglo de Luis XIV* (1751) y el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* (1753).

La *Historia de Carlos XII, rey de Suecia* es la primera tentativa histórica de Voltaire. La obra, centrada como su nombre lo indica en una biografía, carece todavía del impulso totalizador, de la búsqueda de una lógica interna de los hechos referidos. Fueter, en su *Historia de la historiografía...*, la considera tributaria de la historia novelesca, aunque le reconoce diferencias en estilo y composición y, sobre todo, en el establecimiento de una base de información más amplia, que no excluye una cuidadosa información sobre la situación económica de Suecia en el período tratado. La intención del libro es claramente moralizadora: la descripción de las desgraciadas empresas guerreras del rey sueco debería actuar como antídoto contra pretensiones semejantes: «Se ha pensado también que esta lectura podría ser útil a algunos príncipes si por ventura el libro cayera en sus manos: ciertamente, no hay soberano que, al leer la vida de Carlos XII, no deba curarse de la locura de las conquistas», escribe Voltaire en el «Prefacio», definiendo de paso al Príncipe como destinatario privilegiado de sus intentos pedagógicos, todavía.

El siglo de Luis XIV se plantea objetivos mucho más ambiciosos. Sus primeras palabras, tantas veces referidas, lo exponen claramente: «No se pretende solamente en esta vasta obra relatar la vida de Luis XIV, sino algo más importante. Se procura describir para la posteridad no las acciones de un solo hombre, sino el espíritu de los hombres en el siglo más ilustrado que jamás existió.» Fueter califica

este trabajo como «el primer libro de la Historia moderna». Montana, en *Una Historia por escribir,* dice que «es el gran libro que debería haber escrito Herodoto, si hubiese sido Tucídides, y viceversa».

Dejando totalmente de lado las reglas cronográficas que primaban en la composición de tratados históricos, Voltaire intenta en *El siglo...* un cuadro abarcador de la vida de la época: religión, política, artes, ciencias, finanzas, guerra, industria, comercio, personajes significativos tienen su lugar según su concatenamiento intrínseco, independiente muchas veces de la sucesión temporal de los hechos.

El siglo... es el trabajo más riguroso de Voltaire desde el punto de vista de la tarea del historiador. Una década dedicada intermitentemente a la recopilación y procesamiento de todo tipo de documentos —incluyendo manuscritos como las propias memorias del rey, o estados de cuentas de la administración Colbert— avalan un trabajo al que la admiración por el monarca y sus circunstancias no le impide hacerlo objeto de críticas feroces en el terreno religioso, o desposeerlo de sus méritos en favor de alguno de sus ministros.

EL *ENSAYO SOBRE LAS COSTUMBRES...*

El *Ensayo sobre las costumbres...* suele considerarse como menos perfecto, desde el punto de vista historiográfico, que la obra precedente. No podía ser menos: es quizás la obra más descabellada, más desmesurada del razonable maestro de la desmesura. La tentativa de aplicar a la historia del mundo el método inaugurado por el siglo tenía por fuerza que adolecer de numerosos fallos: en un momento en que el mundo ni siquiera había completado su configuración —Nueva Zelanda y buena parte de África y Asia eran todavía desconocidas para los europeos

de la época—, era cuanto menos complicado pretender establecer razonablemente su historia.

Sin embargo, por encima de sus defectos de realización, la tentativa —y algunos de sus logros— sigue siendo fundamental. El establecimiento de una historia del mundo como historia de sus diversas culturas, del «espíritu de las naciones» terminó de cristalizar el giro que la Ilustración estaba dando al sentido de la historia. Barnes, en su *Historia de la escritura histórica*, la considera «la real fundación de la historia de la civilización, en el sentido moderno del término». Y Voltaire, en las primeras palabras de su prólogo al *Ensayo...*, dirigidas a su amante Mme. du Châtelet, define con claridad su apuesta: «Queréis por fin vencer el fastidio que os causa la historia moderna, desde la decadencia del imperio romano, y lograr una idea general de las naciones que habitan y desolan la Tierra. No buscáis en esa inmensidad sino aquello que merece que lo conozcáis: el espíritu, las costumbres, los usos de las naciones principales, apoyados por los hechos que es imposible ignorar. El objetivo de este trabajo no está en saber en qué año un príncipe indigno de ser conocido sucedió a un príncipe bárbaro en una nación grosera. Si se pudiera tener la desgracia de meterse en la cabeza la sucesión cronológica de todas las dinastías, no se conocerían sino palabras.»

Al componer el *Ensayo...*, como en tantas otras ocasiones, Voltaire funcionó por reacción. En ese momento, el gran monumento histórico francés seguía siendo el *Discurso* de Bossuet. Voltaire escribe contra Bossuet: retoma el hilo de la historia en el lugar en que lo dejó el obispo, en un aparente homenaje, que rinde también a su estilo famoso. Así, el *Ensayo...* obvia toda la historia antigua, y comienza en el imperio de Carlomagno; pero la aparente continuación se desvía en dos líneas fundamentales: Voltaire no tiene la menor intención,

como lo hace Bossuet, de limitar su historia al mundo mediterráneo y, menos todavía, de aceptar la providencia como causa primera de todas las cosas.

El *Ensayo...* empieza narrando la historia de la cultura de la antigua China; de allí pasa a la India, Persia, Arabia, y recién llega a Europa trae un vasto rodeo que, sin embargo, no muestra sus vínculos orgánicos con el relato posterior de la historia europea entre Carlomagno y Luis XIII —completado también con frecuentes retornos a las regiones más alejadas del globo—. Aunque en ningún momento deja de ocuparse de esos «hechos que es imposible ignorar» y da cuenta de los avatares políticos de cada coyuntura, el texto incluye permanentes descripciones y reflexiones sobre las diversas culturas y sociedades: «El Corán y la ley musulmana», «El origen del poder de los Papas», «Usos, gobierno y costumbres en tiempos de Carlomagno», «Ciencias y bellas artes en los siglos XIII y XIV», «Impuestos y monedas», son los encabezamientos de algunos capítulos.

La primera versión del *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* apareció en 1753, bajo el título de *Abrégé de l'histoire universelle depuis Charlemagne jusques à Charles-quint, par Monsieur de Voltaire* (Jean Neaulme, La Haye). Y, bajo su título y conformación prácticamente definitivos, en la edición Cramer (Genève, 1769) de las *Obras completas*. La *Filosofía de la Historia*, que en esta edición aparecía ya como *Discours préliminaire* al resto de la obra, había visto la luz como libro independiente en Amsterdam en 1765.

LA *FILOSOFÍA DE LA HISTORIA*

La *Filosofía de la Historia* (Amsterdam, 1765) fue firmada en su primera edición por un supuesto

abate Bazin, difunto sacerdote cuyo sobrino daba a la prensa un manuscrito inconcluso aparecido entre sus papeles.

En *La defensa de mi tío* (1767), opúsculo con el que Voltaire tuvo que defender su *Filosofía...* de los ataques de Larcher (*Supplément à la Philosophie de l'Histoire de feu M. l'abbé Bazin,* Amsterdam, 1767), el filósofo, todavía travestido en sobrino, definía a su tío putativo: «Era un profundo teólogo, que fue capellán de una embajada que el emperador Carlos VI envió a Constantinopla tras la paz de Belgrado. El tío conocía perfectamente el griego, el árabe y el copto. Viajó a Egipto y por todo el Oriente, y por fin se estableció en Petersburgo en calidad de intérprete de chino. El gran amor a la verdad no me permite disimular que, pese a su gran piedad, a veces era un poco burlón [...].» Hasta aquí el retrato de un autor imaginado. Voltaire, que nunca ha salido de Europa, que comprende el inglés no sin esfuerzo y se pierde en los vericuetos de más de un hexámetro latino, Voltaire, el comecuras, se pinta a sí mismo como un religioso que ha viajado por el Oriente, traductor de chino y copto. Menos mal que, siquiera, el tío Bazin era un poco burlón.

Pero la impostura duró poco. Cuando Voltaire, revisando su *Ensayo...* para la edición de Cramer, terminó de convencerse de que debía completarlo con alguna aproximación a la historia de la antigüedad, no encontró mejor solución que recuperar de manos del abate Bazin su *Filosofía de la Historia* y, tras leves retoques, incluirla como *Discurso preliminar* a ese texto.

La *Filosofía...* no era quizás la mejor forma de cubrir ese vasto período de la historia antigua que va desde los orígenes hasta Carlomagno. De hecho, no lo cubre, y su sistema expositivo, bastante laxo, la diferencia claramente del *corpus* principal del *Ensayo...* Tras unos primeros capítulos en los que se

encara de manera general el sustrato material (los cambios del globo, las diferentes razas humanas, la antigüedad del hombre), el texto emprende un recorrido por las diferentes culturas antiguas, de las que da una visión muy sucinta, centrada sobre todo en el problema del surgimiento de la religiosidad y las cuestiones de organización social que de ella se derivan —incluyendo también, pero de forma casi tangencial, asuntos tales como la aparición de la escritura o el proceso de constitución de las comunidades organizadas, y haciendo frecuente referencia al espíritu y la naturaleza humanas como constantes estructurales—.

El estudio de las creencias pacifistas y metempsicóticas de la India, la religión de Estado china, los precursores caldeos y persas, los oráculos y misterios griegos, preceden el gran ataque volteriano contra la historia y tradiciones judías, consideradas en su papel de fundadoras del canon dogmático cristiano. Desde el punto de vista de la información y reflexión históricas, la *Filosofía* puede no justificar su inclusión como introducción al *Ensayo...;* es probable que sí lo haga desde el punto de vista de su operatividad y eficacia como arma contra el oscurantismo de la «Infame». Ya que los orígenes de los pueblos, tan teñidos de leyenda y mito, eran el fundamento sobre el que se asentaba toda la superstición de la época, Voltaire no podía atacarla sin intentar minar sus bases, sus cimientos. Pero la *Filosofía...,* aun dentro de lo que tiene de panfleto, ofrece innumerables datos sobre el estado de la cuestión religiosa en pleno Siglo de las Luces y, fundamentalmente, sobre la formación de una idea de la historia y la naturaleza humanas que marcaría decisivamente su centuria.

La «filosofía de la historia»

La expresión «filosofía de la historia» no parece haber sido utilizada —de forma deliberada y repetida— antes de la publicación del texto de Voltaire. La conjunción resultó afortunada. Sin embargo, en la pluma de Voltaire, poco tenía que ver con el sentido que darían pocos años más tarde a la *Philosophie der Geschichte* Herder (*Hacia una Filosofía de la Historia,* 1774), Kant (*Idea de una Historia universal,* 1784), Fichte (*Características de la edad presente,* 1806), Schlegel (*La Filosofía de la Historia,* 1828) y, sobre todo, Hegel (*Filosofía de la Historia,* 1837).

Para Voltaire —y sus discípulos, como Condorcet— la noción y la expresión tenían un significado mucho más concreto, un alcance mucho más restringido que el que podrían darle —en sus diversas vertientes— los pensadores alemanes. Hacer «filosofía de la historia» consistía para él en considerar la historia «en filósofo», oponer las luces de la razón humana a las supersticiones y prejuicios del oscurantismo y adoptar una actitud crítica y escéptica con respecto a la religión y las verdades establecidas, una actitud «científica»: «Este sentimiento razonable puede ser adoptado hasta que se encuentre uno más razonable aún», escribe Voltaire en la página 153 de la *Filosofía...*, al refutar una supuesta coexistencia de los imperios sirio, asirio y caldeo.

En su mínima expresión, Voltaire sintetizó esta actitud al definir su concepto de historia: «Historia es la relación de los hechos que se consideran verdaderos, así como fábula es la relación de los hechos que se tienen por falsos» (*Diccionario filosófico,* art. «Historia»). La definición, por supuesto, no se limita a semejante escasez. En próximos apartados intentaremos ver qué otros elementos componen la filosofía de la historia de la *Filosofía de la Historia.*

De todas formas, la definición, por parca que sea, condiciona al menos la forma de trabajo, la actitud historiográfica de Voltaire.

EL MÉTODO HISTORIOGRÁFICO

Si *El siglo de Luis XIV* fue el trabajo en que la metodología volteriana fue más ortodoxamente histórica, para cuya composición reunió abundante material de primera mano, además de una gran documentación impresa, para el *Ensayo...*, en cambio, la lejanía y amplitud del tema lo obligaron a recurrir a compilaciones, cronologías, historias, material ya elaborado. Lo mismo ocurrió con la *Filosofía de la Historia.*

(Voltaire no era un «investigador». Los filósofos, en general, de la Ilustración, no eran investigadores. El saber era para ellos más un medio que un fin, y debían saber demasiadas cosas, conocer demasiados terrenos como para permitirse el lujo de los monjes benedictinos. En muchos sentidos, el filósofo iluminista es más un publicista que un arqueólogo, más un propagador que un buscador. La gran obra de la Ilustración es *La Enciclopedia:* allí, el filósofo centra su intervención en proporcionar a los saberes ya acumulados —fundamentalmente en los dos siglos precedentes—, o en vías de surgimiento, una articulación nueva, diferente.)

Sin embargo, pese a no trabajar con material de primera mano, se sabe por cartas y otros escritos que Voltaire se preocupó de verificar sus fuentes todo lo que su tiempo y lugar le permitían. En su búsqueda de información acudió a muchas de las grandes bibliotecas —fundamentalmente principescas o eclesiásticas— de Francia, Alemania y Bélgica: entre ellas, las de más de un convento benedictino o colegio jesuítico.

Así, en la *Filosofía...*, Voltaire basa la mayor parte de sus datos en citas comprobables: muchas de ellas remiten a historiadores (paganos, en su mayoría) de la antigüedad; otras, a viajeros y eruditos que le son más o menos contemporáneos. La legitimación, la protección de la cita es necesaria para internarse en terrenos comprometidos. Lo cual no impide que, en varias ocasiones, la cita esté falseada, la atribución equivocada, como cuando atribuye a Josefo o al Antiguo Testamento palabras que allí no se encuentran, o al Éxodo una referencia del Génesis, o cuando retuerce con bastante saña párrafos bíblicos o equivoca una cita latina. Apresuramiento o mala fe, es imposible dar una respuesta que no sería sino subjetiva, y revisable en cada uno de los casos; la mayor parte de estas confusiones aparecen, de todas maneras, anotadas en el texto de esta edición.

René Pomeau, en su excelente edición del *Ensayo...* (París, 1963), ha estudiado meticulosamente el problema de las citas: en la *Filosofía...* hay 176 citas, de las cuales 146 son correctas, 20 parcialmente incorrectas, 5 falsas, 3 «retocadas» y otras 2 no han sido identificadas. El promedio, finalmente, no alcanza como para condenar a Voltaire por falta de escrúpulos.

En contadas oportunidades, Voltaire utiliza información de primera mano, proveniente de observaciones y experiencias personales. Esto lo lleva por momentos a extremos risibles, como cuando, discutiendo los orígenes de la circuncisión, rechaza que se deban a la excesiva longitud del prepucio de los pueblos semitas: «Si se puede juzgar a una nación por un individuo, yo he visto a un joven etíope que, nacido lejos de su patria, no había sido circuncidado: puedo asegurar que su prepucio era precisamente como los nuestros» (*Filosofía...*, p. 114). El conocimiento directo no es siempre suficiente, en la me-

dida en que la observación es un proceso ideologizado de adecuación de lo percibido a las expectativas de percepción. Por eso Voltaire puede constatar, al ver a unos albinos, que se trata de una raza diferente de las demás, que «tiene otra cabellera, otros ojos, otras orejas; y sólo tiene del hombre la estatura del cuerpo, junto con la facultad de la palabra y del pensamiento en un grado muy alejado del nuestro. Así son los que yo he visto y examinado» (p. 8).

En realidad, los errores más notorios no provienen de una utilización ligera de las fuentes, sino del empleo de la verosimilitud como criterio básico de juicio. Voltaire razona por verosimilitud, y la verosimilitud —en el mismo sentido que la observación, pero de forma mucho más descarnada— es una operación de la razón que consiste en asimilar un dato a aquello que se considera normal, integrarlo dentro del campo de lo probable, según ciertos esquemas de la *doxa:* de lo que Voltaire llamaría lo natural, el orden natural de las cosas.

Pero la verosimilitud, por su propio anclaje en sus condiciones culturales, suele equivocarse. «El orden natural de las cosas parece, pues, demostrar invenciblemente que Egipto fue una de las últimas tierras habitadas», dice Voltaire (p. 100): un ejemplo entre muchos otros. Se equivoca cuando supone la antigüedad desmesurada de los caldeos, la existencia de unos cafres casi marsupiales, o la longevidad de los ancestros. Los errores del trabajo histórico volteriano son los que crean la distancia que se instaura entre nosotros y un discurso que nos resulta cercano en sus reflexiones e inflexiones, pero no en la imagen que presenta de su mundo, y del mundo antiguo sobre todo. (Es curioso intentar ver dónde estamos con respecto a alguien que escribe en un lenguaje que nos resulta tan próximo en un momento en que los jeroglíficos no se habían descifrado y la historia egipcia aún no había nacido, por ejemplo.)

Y, con respecto a su propio mundo, impresiona la cantidad de «no dichos» que, fundamentalmente en el terreno religioso, debía dejar librados a la complicidad del lector con los guiños que su ironía se empeñaba en prodigar.

Entre las opciones historiográficas de Voltaire que lo acercan a nosotros están, entre otras, la utilización incipiente de la demografía, cuando critica los cálculos del jesuita Petau acerca del crecimiento del pueblo de Israel en tiempos de Moisés basándose en los registros parroquiales de «nuestras mayores ciudades» (p. 120). La extrapolación estadística es una forma más sofisticada de la verosimilitud.

O el empleo de la crítica filológica para determinar que el alfabeto debía de ser fenicio, puesto que su nombre lo era (p. 166, n. 1), o que el mito de Adán y Eva debía de tener alguna relación con la antigua religión hindú, porque los *Vedas* hablan de un primer hombre llamado Adimo, y una primera mujer llamada Procriti, que significa «la vida», lo mismo que Eva «entre los fenicios y entre sus imitadores los hebreos» (p. 191), o en varios otros casos.

O en el uso prudente del «casi» como moderador de afirmaciones absolutas: casi no hay en todo el texto un «todo» que no llegue escoltado por su «casi»: la duda, ahora, se ha puesto contra el dogma.

Y, fundamentalmente, lo ya apuntado: su avidez por desentrañar la historia de la formación de la cultura y de la creencia en las primeras sociedades, unida a su incredulidad, su espíritu crítico, su rechazo tajante de las verdades canonizadas.

LA IDEA DE NATURALEZA

Se podría decir que, de alguna manera, la Razón se ha encontrado a sí misma entre los vericuetos de

la naturaleza. Mucho se ha repetido ya que la metodología cognitiva de la Ilustración es producto de las investigaciones de las ciencias físicas y naturales de los dos siglos precedentes. La naturaleza es, pues, el espacio en que el desciframiento racional ha logrado mayores avances contra el mito, contra la fábula oscurantista. Es el espacio en el que se ha instituido un modelo de conocimiento que la Ilustración se está ocupando de universalizar.

Así, el concepto de naturaleza y, por extensión, el de orden natural, son fundamentales en buena parte del discurso iluminista, en oposición a los discursos irracionales de lo sobrenatural. En el combate por la secularización de la cultura, lo natural es muchas veces el antídoto de lo divino, y la Madre Naturaleza se hace cargo de las posesiones que el Gran Padre no tiene más remedio que abandonar en su retirada. Si la naturaleza es suficiente, lo sobrenatural es superfluo, podría ser el lema.

Pero, evidentemente, el concepto de naturaleza es amplio y ambiguo —de ahí su gran utilidad y utilización— y su definición difiere grandemente según los autores. Lo decía D'Alembert, en *La Enciclopedia:* «[...] un término bastante vago, utilizado con frecuencia pero poco definido, del que los filósofos abusan demasiado».

En la construcción histórica volteriana la naturaleza constituye un concepto básico. Pero quizás habría que especificar, entre las muchas posibilidades, al menos tres nociones claramente diferenciadas que aparecen bajo este rubro. La Naturaleza, con mayúsculas, como fuerza generadora y reguladora, sustituto funcional de la divinidad. La Naturaleza —y su derivado, la naturaleza humana— como un conjunto de rasgos generales que determina las características del planeta y de los hombres. El orden natural, como cuerpo de leyes que regulan el desarrollo histórico y las interrelaciones sociales.

Voltaire no niega la existencia de un Ser Supremo, de un dios organizador, responsable de toda la maquinaria universal. Ya hablaremos de ello más adelante. Sin embargo, resulta muy frecuente encontrar en la *Filosofía...* atribuciones a la Naturaleza de la creación de una serie de rasgos, en frases en las que la palabra «Naturaleza» reemplaza perfectamente a la palabra «Dios»: «El delantal que la naturaleza ha dado a los cafres», dice por ejemplo Voltaire (p. 9).

La Naturaleza funciona como causante —aunque, insisto, no en todos los casos: también se habla de la Providencia, «que ha puesto hombres en Noruega...» (p. 9), o incluso de «el que hace crecer la hierba sobre los campos» (p. 40), en enunciaciones que se acercan mucho más a las clásicas formas teístas—. Pero la naturaleza —física y humana— es también el efecto, lo creado. Como tal, es un elemento constante: «La naturaleza es la misma en todas partes; así, los hombres han debido adoptar necesariamente las mismas verdades y los mismos errores [...]» (p. 26). Esto es fundamental, y de allí se desprende una consecuencia básica: el hombre siempre ha sido poco más o menos lo que es: el hombre «siempre ha tenido el mismo instinto, que lo lleva a amarse en sí mismo, en la compañera de su placer, en sus hijos, en sus nietos, en las obras de sus manos. Esto es lo que no cambia jamás, de una extremidad del universo a otra» (p. 35). Ya tenemos, en un mundo en que, según Voltaire, «lo único invariable es la geometría, y el resto es variación continua» (p. 113), otro elemento invariable, la constante que permitirá examinar, cuestionar y determinar las actitudes y conductas tanto en el siglo de Luis XIV como entre los hebreos del Éxodo. Este instinto, esta naturaleza humana, constituye el parámetro unificador que, por supuesto, será matizado en cada caso concreto.

Pero la naturaleza no sólo provee de instintos, sino también de ciertas «ideas útiles que preceden a todas nuestras reflexiones. Lo mismo sucede con la moral. Todos nosotros tenemos dos sentimientos que son el fundamento de la sociedad: la conmiseración y la justicia» (p. 37). Estos instintos, estas ideas y estos sentimientos, cuyo conjunto conforma la naturaleza humana, suponen un elemento totalizador, una abstracción generalizadora que permite hablar del «hombre» como unidad universal, que permite en última instancia historiarlo en su conjunto, más allá de diferencias geográficas y cronológicas.

(Habría que resaltar aquí la importancia que tiene, a este respecto, la narrativa contemporánea a Voltaire, la llamada «novelística libertina», en la que prima el análisis psicológico de caracteres. En ella, con obras como *Les égarements du coeur et de l'esprit,* autores como Crébillon hijo apuestan por la existencia de una naturaleza humana general y, por tanto, codificable por medio de la observación y la experiencia. En estas obras se lleva a su punto más alto esa minuciosa disección del espíritu humano, que resulta funcionar —según el modelo científico ascendente— de acuerdo con una serie de leyes observables. Es en ese momento, además, cuando hace su aparición en francés la palabra «psicología».)

En la *Filosofía...*, Voltaire enuncia algunas de las características de esta naturaleza humana, entre las que destacan la general aceptación de las «leyes naturales». «No robarás ni matarás a tu prójimo; cuidarás respetuosamente a quienes te criaron y engendraron; no tomarás a la mujer de tu hermano; no mentirás para perjudicarlo; lo ayudarás en sus necesidades, para merecer que te socorrra a su vez. He aquí las leyes que la naturaleza ha promulgado desde el confín de las islas del Japón hasta las costas de nuestro Occidente» (p. 268). Y, también, la ten-

dencia a la credulidad y la superstición, citada en varias oportunidades.

En lo que concierne al tema de lo natural, es casi inevitable la confrontación con Jean-Jacques Rousseau, el hermano enemigo. En la *Filosofía...*, Voltaire no se pronuncia explícitamente sobre el problema de la maldad o bondad innatas del hombre, pero, teniendo en cuenta —por un lado— la consideración de la conmiseración y la justicia como «sentimientos naturales» y —por otro— la elogiosa referencia que se hace a Confucio cuando éste opina que «el hombre no ha nacido malvado» (p. 96), se podría inferir, quizás algo apresuradamente, que Voltaire se acerca al ginebrino en la idea de un origen bondadoso deformado por las condiciones sociales.

Por el contrario, Voltaire se apartaría decididamente de Rousseau en lo que respecta a la soledad o sociabilidad del hombre en sus orígenes, defendiendo claramente la naturaleza originariamente sociable del hombre, coincidiendo con Aristóteles en su caracterización del *zoon politikón* contra la idea rousseauniana de la vida solitaria como verdadero estado primero del hombre aún no degenerado por la civilización. El argumento, una vez más, se basa en la inmutabilidad de la naturaleza humana: «Si [el hombre] hubiese sido destinado a vivir solitario como los otros animales carniceros, ¿habría podido contradecir la ley de la naturaleza hasta el punto de vivir en sociedad? Y si hubiese sido hecho para vivir en manada, como los animales de granja y tantos otros, ¿hubiese podido pervertir su destino hasta el punto de vivir durante siglos en soledad?» (p. 34). Y la comparación, que prosigue largamente, no desdeña considerar al hombre como uno más entre los animales.

Éste sería el estado natural, o estado de naturaleza, del hombre. En algunas de estas afirmaciones

—básicamente, en lo que concierne a la bondad original— se podría inferir cierto atisbo de nostalgia de una confusa edad de oro. Lo mismo se podría pensar al leer que el hombre disfrutaba antaño de «una salud más pareja y de una vida un poco más larga que en la molicie o los trabajos malsanos de las grandes ciudades [...] Es lo que se ha observado en varios lugares de América, donde el género humano se había conservado en estado de pura naturaleza» (pp. 10-11). Sin embargo, la ilusión desaparece pronto: los beneficios del estado natural primitivo eran muy limitados: «[...] ese estado de brutalidad en que estuvo durante mucho tiempo el género humano debió de ralear la especie en todos los climas. Los hombres apenas si podían satisfacer sus necesidades [...]» (p. 13). Voltaire es categórico. La idea de progreso —de la que hablaremos más adelante— está netamente implicada en esta frase.

Y, si en algunos pasajes (cf. cap. VII, «De los salvajes») Voltaire ironiza sobre los desastrosos efectos de la cultura sobre la mayor parte de la población europea contemporánea, no se trata de una condena de la cultura como noción, sino de *esa* cultura, con su carga de oscurantismo, ignorancia y brutalidad.

(Esto es particularmente notorio en su relato *El ingenuo:* allí Voltaire reivindica la virginidad cultural de un —buen— salvaje, el indio hurón que protagoniza la narración, en la medida en que esta incontaminación le permitirá formarse sin las taras/pecados originales que sí arrastran los occidentales. El estado primitivo, natural del buen salvaje, no aparece pues como fin, sino como medio para alcanzar un estado de civilización «no contaminado», acorde con las reglas de la Razón.)

Queda, por último, una reflexión sobre las continuas referencias al orden natural, a la naturaleza de las cosas, que Voltaire produce constantemente, y

que sería una suerte de corolario a lo anterior: si los hombres y la Tierra poseen una naturaleza permanente, es menester que se relacionen según normas igualmente permanentes y naturales. Pero el «orden natural» volteriano se asemeja sospechosamente a los ordenamientos sociales que la Ilustración pretende para la sociedad burguesa del siglo XVIII. Así, por ejemplo, Voltaire encuentra —ya en el *Ensayo sobre las costumbres*...— contrario al orden natural un sistema sucesorio matrilineal en Cochin, o un régimen de propiedad colectiva en la India. O, si no, en la *Filosofía*..., dice que «es extraño que ningún historiador antiguo haya formulado una reflexión tan natural» (p. 100), al referirse al largo proceso necesario para construir una civilización en tierras egipcias, que, al ser las menos fértiles de la región, debieron de ser las últimas en poblarse, según «parece demostrar invenciblemente el orden natural de las cosas» (p. 100). Voltaire dice que «es extraño». Pero no parece barajar ni por un momento la posibilidad de una naturalidad diferente, de un «orden natural» que no comprendiera la historia como el devenir de un lento proceso civilizatorio sometido a reglas estrictas y universales. Ensordecido por el fragor de su propio combate, Voltaire parece incapaz de comprender la diferencia, de discernir la carga de ideología que soporta su «naturaleza». Así, cuando afirma que «lo que no está en la naturaleza nunca es verdadero», ronda la tentación de mostrar, invirtiendo la frase, lo tautológico del postulado, la relatividad de ambos términos utilizados como absolutos: «Lo que no es verdadero, nunca está en la naturaleza.»

Quizá incluso se podría hablar, retomando lo dicho al principio del capítulo sobre la función combativa de lo natural en la batalla contra lo sobrenatural, de una cierta teologización del concepto de naturaleza, que, por contaminación de la idea que pre-

tende reemplazar, pasa a tener características divinas: lo bueno, lo verdadero, lo inmanente. Pero la diferencia funcional entre Dios y la Naturaleza parece evidente, definitoria: la Naturaleza es sistemática, lógica, allí donde Dios no es sino arbitrario. De todas formas, queda un dios intermedio: el dios de los deístas.

LA RELIGIÓN

«¡No soy cristiano, pero para amarte mejor!», escribió Voltaire en una de sus primeras obras, tratando de aclarar sus relaciones con el Padre. Y, desde entonces, esa preocupación no lo abandonaría y, junto a sus crecientes ataques contra el cristianismo, no dejaría de ir precisando una actitud religiosa que él mismo definiría como deísta. (Aunque usara para ello la palabra «teísta», que, si bien funcionó en un primer momento como sinónimo de aquélla, sufrió después una evolución completamente diversa.)

El deísmo se originó como movimiento a principios del siglo XVII, fundamentalmente en Inglaterra y en los círculos libertinos de París. Charles Blount, John Toland o Fontenelle fueron algunos de sus precursores, que reivindicaban la herencia de Juliano el Apóstata, Porfirio y, sobre todo, el Cicerón de *De natura deorum,* para admitir la idea de una divinidad sin aceptar dogma ni revelación.

La doctrina, en efecto, se basa principalmente en sus rechazos con respecto a la religión establecida: hay un dios, pero se ha perdido toda apariencia antropomórfica y se desdeña, por inalcanzable, la pretensión de conocer su naturaleza, su *modus operandi,* sus designios, o de influir en ellos.

La divinidad deísta (el «dios de los filósofos») es un dios universal, cuya idea es innata en el hombre, que llega a su conocimiento por medio de la razón.

(Voltaire, por su parte, lo conoció a través de sus contactos juveniles con los últimos libertinos del salón del Temple y, fundamentalmente, de su amistad con lord Bolingbroke cuando su exilio inglés, en 1726-1728, para terminar por convertirse en su más conspicuo portavoz, en su profeta razonable.)

Es un dios que funciona como principio y causa de lo creado, pero no lo gobierna: un dios tan abstracto y respetable que para respetarlo sólo es necesario vivir, escribir, viajar, polemizar y hacerle el amor a Madame du Châtelet, o dedicarle falazmente una historia del mundo. Un dios que no demanda casi nada porque tampoco dará nada que no esté dentro de la lógica de sus propias leyes. Un dios prisionero de su creación, de su lógica convertida en ley natural, que surgía como compromiso entre la idea newtoniana de una legalidad universal y comprensible y la imposibilidad intelectual de definirse puramente ateo. Es el famoso relojero de tantas metáforas maquinistas del racionalismo, que, una vez puesto en marcha el reloj, sólo deberá ocuparse de darle cuerda de tanto en tanto.

Una religión, pues, de la irreligiosidad y del desapasionamiento que se transforma sin embargo en estandarte de combate porque Voltaire, que desde su castillo de Ferney ha decidido desempeñar a fondo el papel del «intelectual comprometido» que acaba de inventar, estima que la superstición de las sectas y la violencia de los dogmas así lo requieren. Por eso, el grito de amor del joven Voltaire se convierte, en su madurez, en la consigna que enarbolaría en los años en que escribió sus mejores obras (el *Diccionario filosófico, Cándido, El ingenuo, el Ensayo...*): *«Ecrasez l'infâme!»*

La *Filosofía de la Historia* pertenece a este período: entre sus varias lecturas posibles, una resalta quizás con mayor fuerza: la que lo consideraría como un panfleto contra el dogma católico. La reli-

gión estaba perdiendo el mundo de las ciencias, pero todavía ocupaba el de la historia. Alguien tenía que hacer el trabajo sucio, grueso, volteriano. El caballero de Ferney nunca fue un puntillista, y además ya había definido su lugar: «Los que desengañan a los hombres son sus verdaderos benefactores» (p. 174). Así que se trataba, entre otras cosas, de historiar interesadamente el sentimiento religioso, de analizar racionalmente aquello que hasta entonces había sido sobre todo materia de acatamiento.

Aunque la estrategia antidogmática sea más amplia: un escrito que empieza reseñando —con aparente ingenuidad— los cambios sufridos por la conformación del globo desde su origen («Es posible que nuestro mundo haya sufrido tantos cambios como revoluciones han soportado los Estados», p. 3) se sitúa desde entonces fuera de la ortodoxia creacionista, de la idea aceptada del mundo como creación perfecta de la divinidad. Y lo mismo sucede cuando se reseña el acceso a la cultura, la adquisición de la cultura como un largo proceso, un largo camino progresivo (cap. III, «De la antigüedad de las naciones», *et. al.*), en contra de la versión consagrada donde las artes y los saberes han sido entregados por Dios al primer hombre, so forma de ciencia infusa. El progreso de la civilización (del que hablaremos más adelante) es ya en sí mismo una noción antidogmática, subversiva.

En el fondo, el procedimiento es el mismo: reducir el dogma —las bases discursivas de la institución eclesiástica— a una historia, que como tal puede ser discutida y tamizada, puesta en tela de juicio, normalizada por los instrumentos de la razón razonadora de la misma forma que la caída de los cuerpos o el gobierno de las naciones. Lo cual, en el terreno de las potencialidades críticas, ofrece sobre todo la posibilidad de pasear una mirada supuesta-

mente externa sobre lo que siempre ha sido contemplado a través del prisma de una ideología fuerte: las historias de la Biblia, leídas desde la pretendida ingenuidad de quien no se sitúa en el territorio discursivo del dogma, queda totalmente desfocalizada, descubierta, visible en la precariedad de su tramoya. Es un procedimiento muy empleado por Voltaire en sus textos narrativos —*El ingenuo, Cándido, Micromegas*—, en la línea de los utopistas del Renacimiento tardío y, sobre todo, de Cyrano de Bergerac —*Estados e imperios de la Luna y el Sol,* 1660—.

Una historia comparada de las religiones —que como tal podría ser leída la *Filosofía*...— es algo que hoy puede parecer banal, inocuo. Pero en su idea misma hay un elemento que entonces resultaba absolutamente subversivo: poner en pie de igualdad distintas creencias, y examinarlas según las luces de la Razón, implicaba negar al cristianismo el carácter de única religión revelada y verdadera que entonces ostentaba. (Aunque Voltaire tome sus recaudos y se pregunte «si está permitido comparar las costumbres de nuestra santa religión con las costumbres antiguas» —p. 144— o repita innecesariamente que «no toco aquí lo que esta historia tiene de divino» —p. 61 *et al.*—, o cualquier otra fórmula para indicar que no cuestionará las revelaciones que conforman el dogma, con una ironía que demuestra que es precisamente eso lo que, de forma bastante poco elíptica, está haciendo.)

La idea de la historia comparada de las religiones es también una de las razones de la ruptura volteriana del eurocentrismo histórico. Si Bossuet «parece haber escrito [su *Discurso*...] para insinuar que todo en el mundo fue hecho para la nación judía; que si Dios dio el imperio de Asia a los babilonios fue para castigar a los judíos; si Dios hizo reinar a Ciro fue para vengarlos [...]» («Prólogo» al *Ensayo*), Voltaire, contra el teocentrismo judeocristiano,

opone la idea de un dios natural que surge, bajo diversas formas, en muy diferentes latitudes. Así, puesto el monoteísmo fuera de la órbita exclusivamente judeocristiana, se demostraría, a partir de su validez histórica general, que la palestina no es sino una versión tardía y un tanto defectuosa de algo inmutable, que está en la «naturaleza de la cultura» —con perdón—: hay un Ser Supremo de clara raigambre deísta que Voltaire descubre entre los chinos, los indios, los babilonios, los fenicios e incluso los egipcios: «No temamos insistir demasiado en esta gran verdad histórica: [...] que la razón humana cultivada adoró, pese a todos sus errores, a un Dios supremo, amo de los elementos y de los otros dioses [...]» (p. 133). Pero, una vez más, esta conciencia no llega por medio de la revelación, sino como consecuencia de un proceso civilizatorio. Hablando de la religión persa, que define como «tal vez lo más importante en la antigua historia del mundo», por estar basada en la inmortalidad del alma y el conocimiento de un Ser creador, Voltaire agrega: «No dejaremos de señalar por cuántos grados hubo de pasar el espíritu humano para concebir un sistema semejante» (pp. 57-58).

Así, el dios judeocristiano queda cuestionado en su singularidad, no sólo por la preexistencia de otros dioses supremos en pueblos más avanzados, cuyos mitos prefiguran los hebreos («Es fácil convencerse de que esta cosmogonía está en el origen de casi todas las demás. El pueblo más antiguo es imitado por los que vienen después [...]», dice Voltaire —p. 69—, tras exponer la forma en que el dios fenicio creó con su voz y su verbo hombres y animales), sino también por la aceptación por parte de los propios hebreos de la existencia de otros dioses, para lo cual cita un fragmento bíblico: «¿No poseéis legalmente lo que vuestro señor Camos os ha dado? (dice Jefé). Pues soportad entonces que nosotros

poseamos la tierra que nos ha prometido nuestro señor Adonai» (p. 20). La religión del Ser Supremo, tan natural según Voltaire como ciertas leyes de las que hablamos en el capítulo precedente, no puede ser usurpada por un pueblo en particular y, además, aun en tal caso, no habría pueblo menos indicado para ello que el judío.

Pero este patrimonio común no se limitaba a la figura de la divinidad, sino que se extendía también a sus atributos y mandatos más conspicuos: «La vaga opinión de la permanencia del alma después de la muerte, alma aérea, sombra del cuerpo, manes, soplo ligero, alma desconocida, alma incomprensible pero existente, y la creencia en los castigos y recompensas en la otra vida, eran admitidos en toda Grecia, en las islas, en Asia, en Egipto. Sólo los judíos parecieron ignorar absolutamente este misterio: el libro de sus leyes no dice al respecto ni una sola palabra [...]», escribe Voltaire (p. 127, cf. tb. p. 54), y explica con ironía volteriana la génesis de una revelación: «Nuestra santa religión ha consagrado esta doctrina: ha establecido lo que los otros habían entrevisto, y lo que entre los antiguos no era más que una opinión se ha convertido mediante la revelación en una verdad divina» (p. 248).

Y, si algunos de los mejores atributos y mandatos del dios eran imitaciones, otros eran directamente inverosímiles. El dios, el dios como Ser Supremo de los deístas, no puede intervenir a contrapelo de las leyes de su propia obra y, así, los milagros resultan a todas luces inaceptables: «Cualquiera que no esté iluminado por la fe sólo puede contemplar un milagro como una contravención a las leyes eternas de la naturaleza. No le parece probable que Dios desordene su propia obra; sabe que todo el Universo está atado por cadenas que nada puede romper. Sabe que, como Dios es inmutable,

sus leyes también lo son; y que una rueda de la gran máquina no puede detenerse sin que se descomponga la naturaleza entera» (pp. 159-160). Descalificación en la que incluso el silogismo *cornuto* desempeña su papel: «Parece contradictorio suponer un caso en que el creador y amo de todo pueda cambiar el orden del mundo por el bien del mundo. Ya que o ha previsto la supuesta necesidad que habría de aparecer, o no la ha previsto. Si la ha previsto, le ha puesto orden al principio; si no la ha previsto, ya no es Dios» (pp. 160-166). El mecanismo sobrepasa al mecánico, lo que ya ha sido incorporado a lo natural lo que permanece en el terreno de lo sobrenatural. Lo sobrenatural es una ofensa a la majestad del Ser Supremo. La máquina tiene sus razones que la razón no ignora —lo cual permite establecer relaciones naturales de causa y efecto, prescindiendo del divino capricho— y Dios, creador y criatura de esa razón, tampoco podría ignorarlas (aunque, prudentemente, Voltaire prodigue ejemplos tomados todos ellos de la mitología clásica, sin incurrir en el menor milagro de la cristiandad).

Y así sucesivamente. Los ejemplos de falta de originalidad del *corpus* ritual y doctrinario judeocristiano se multiplican: que «el bautismo (la inmersión en el agua para purificar el alma por medio del cuerpo) es uno de los preceptos del *Zend* de los persas» (p. 58); que el nombre de Abraham «es uno de los más comunes entre los antiguos pueblos de Asia» (p. 79); que «estos judíos habían tomado la circuncisión de los egipcios, con una parte de sus ceremonias» (p. 115). Y muchos otros. En los que, casi invariablemente, los ataques contra los judíos, su dios y su libro son realmente feroces.

EL ANTISEMITISMO

El problema del antisemitismo de Voltaire ha sido ampliamente debatido. Sus textos contra los judíos son tan numerosos que alcanzaron para que un oscuro historiador, Henri Labroue, pudiera compilar un grueso volumen titulado *Voltaire antijuif*, que apareció en la Francia ocupada de 1942 con el objeto de proveer de cierta supuesta legitimidad al exterminio nazi. Aunque también, en el polo opuesto, se pueden recordar unas líneas del judío Zalkind Horowitz, bibliotecario del rey de Francia, a la muerte del caballero: «Los judíos le perdonan el mal que les hizo a causa de todo el bien que les produjo, tal vez involuntariamente; ya que los judíos han gozado de una pequeña tregua en estos últimos años, y esto se debe a los progresos de la Ilustración, a la que Voltaire constribuyó más que ningún otro escritor a través de sus numerosos trabajos contra el fanatismo». (Pero algunas de sus actitudes contra los judíos parecen obedecer a un extraño fanatismo. A título de ejemplo: en una de sus numerosas polémicas con judíos, esta vez con Isaac de Pinto, dejó de firmar sus escritos con el consabido «Aplastad la Infame» para reemplazarlo por un sorprendente «Voltaire, cristiano, gentilhombre de la cámara del rey cristianísimo».)

Resultaría más simple —y tranquilizador— poder explicar el antisemitismo volteriano a través de meras necesidades funcionales: minar hasta el ridículo los basamentos de la historia sagrada de Israel suponía un ataque encubierto pero muy directo contra los fundamentos del cristianismo entendido como su derivación más significativa: «Nuestra Santa Iglesia, que siente horror por los judíos, nos enseña que los libros judíos han sido dictados por el Dios creador y padre de todos los hombres: no puedo abrigar la menor duda, ni permitirme siquiera el

más mínimo razonamiento» (p. 178). El judaísmo es el punto débil de la Iglesia católica, y Voltaire sólo necesitaba retomar los ataques cristianos contra el pueblo hebreo para, tras un leve deslizamiento, volverlos contra los propios cristianos y, en general, contra el dios y los hechos del Antiguo Testamento: «Vemos que, si Dios hubiese satisfecho todas las plegarias de su pueblo, sólo habrían quedado judíos sobre la tierra, ya que detestaban a todas las otras naciones, y eran detestados por ellas; y, al pedir sin cesar que Dios exterminase a todos los que odiaban, parecían pedir la ruina de la tierra entera. Pero hay que recordar siempre que los judíos [...] eran el pueblo amado de Dios [...]» (p. 223). Y, precisando filiaciones: «[...] puesto que los libros sagrados dicen [...], hay que creer sin dificultad a estos judíos que, aunque nosotros los detestemos, son sin embargo considerados como nuestros precursores y nuestros maestros» (p. 80). (Pero los detesta, y tal vez sea eso lo que lo lleva a abandonar su natural irónico para lanzarse a la grosería cuando resalta, valiéndose de las genealogías neotestamentarias, que Jesús desciende de una prostituta: «[...] esta mujer, que la *Vulgata* llama *meretrix,* aparentemente llevó después una vida más honesta, puesto que fue antepasada de David, e incluso del Salvador de los cristianos, que sucedieron a los judíos» —p. 199—; se trata de Rahab de Jericó.)

El pueblo judío, además de servir como vía regia hacia el cristianismo, podría ser —en la óptica volteriana— considerado *per se* como culpable principal de la creación de un dios cruel y vengativo —cuyos actos de violencia se entretiene Voltaire en cuantificar con sumo cuidado (pp. 201-202)—, del establecimiento de una nación guerrera, teocrática y extremadamente intolerante, de su «barbarie» comparativa en tiempos del Libro. Pero todo esto no alcanza para justificar frases que destilan tanto desprecio, tanto

odio: «Los judíos son un pueblo carnal y sanguinario» (p. 220). «No creeríamos que un pueblo tan abominable pudiese existir sobre la tierra; pero como es esta misma nación la que nos refiere estos hechos en sus libros santos, hay que creerlo» (p. 178). «Es sorprendente que aún queden judíos» (p. 208).

Son sólo algunas, entre muchas. León Poliakov, en su *Historia del antisemitismo,* señala que de los 148 artículos del *Diccionario filosófico,* 30 se dedican a atacar a los judíos. El titulado «Judío» es el más extenso del *Diccionario,* y concluye: «Sois animales calculadores; tratad de convertiros en animales pensantes.» Ni la época ni el contexto explican tal encarnizamiento. Los filósofos de la Ilustración no fueron especialmente antisemitas: en realidad, no prestaron mayor interés al tema; cuando lo hicieron, en general, deploraron las persecuciones. De hecho, la Revolución francesa fue la primera en conceder a los judíos el derecho de ciudadanía.

El caso de Voltaire es, pues, particular. Se puede hacer una serie de piruetas psicologistas, que podrían resultar explicativas, hablando de su educación jesuítica, de su fijación edípica, de su dedicación culposa a ciertos negocios calificados de «judaizantes», como la usura; no es nuestro tema. (Aunque quizás interese señalar que el racismo antisemita no es el único que enarbola Voltaire. No hay más que referirse al capítulo II, «De las diferentes razas de hombres» de la *Filosofía...* O a un pasaje del *Ensayo...,* donde Voltaire escribe que «se consideraba a los judíos del mismo modo que ahora consideramos a los negros, como una especie humana inferior». No es casual esta referencia —y tantas otras— a la inferioridad de los negros en un hombre que labró buena parte de su enorme fortuna en el tráfico de esclavos africanos, mientras clamaba por la libertad del hombre. Voltaire es, ante todo, con-

tradicción, y eso informa mucho de su interés: «El fanatismo y las contradicciones son lo propio de la naturaleza humana», dice Voltaire (p. 86), como si quisiera resumir lo que veníamos diciendo.)

LA RELIGIÓN COMO PODER

Quizás uno de los ejes del planteo historicista de Voltaire que resulta más corrosivo para la religión establecida lo constituyen sus referencias a la utilidad social y política de las doctrinas religiosas.

Cuando, en uno de los primeros capítulos de la *Filosofía...*, Voltaire se refiere a las teocracias, no parece sino repetir lo que hubiera dicho cualquier historiador de la Iglesia sobre la antigüedad pagana. Pero se aparta de ellos al condenar absolutamente la inspiración divina de los gobiernos terrenos, en una Francia cuyo rey lo era por derecho celestial: «La teocracia no sólo ha reinado mucho tiempo, sino que también ha empujado a la tiranía hasta los más horribles excesos que puede alcanzar la demencia humana; y cuanto más divino se decía ese gobierno, más abominable era» (p. 45).

La teocracia no es sólo temible, sino que resulta, además, un estado propio a los comienzos del proceso civilizador de los pueblos: «No parece siquiera posible que en las primeras poblaciones un poco fuertes haya habido más gobierno que la teocracia» (p. 45). Pero la caracterización resulta más urticante cuando se alude a la capacidad de dominio y alienación del poder religioso: «¿Qué padre, qué madre habría podido abjurar de la naturaleza hasta el punto de presentar a su hijo o su hija para ser degollados en un altar, si no hubiese estado seguro de que el dios del país ordenaba ese sacrificio?» (p. 45).

Son los casos extremos, las disonancias de una melodía bien compuesta. Que suena con aires más

cercanos cuando se trata de las posibilidades de control social y moral que ofrecen ciertos aspectos de las doctrinas religiosas. Hablando de la religión hindú (porque los ejemplos, una vez más, están prudentemente extraídos del mundo «pagano»), Voltaire se refiere a un «sistema de filosofía que afecta a las costumbres. Para los perversos, era un gran freno el temor de ser condenados por Visnú o Brahma a convertirse en los más viles y desgraciados animales» (p. 85), dice Voltaire, al ocuparse de la transmigración de las almas: «los indios tuvieron un freno más, al abrazar la doctrina de la metempsicosis: el temor de matar a su padre o a su madre al matar hombres y animales les inspiró un horror por el asesinato y por toda violencia [...]» (p. 85). Sin embargo, quizá resulte sorprendente constatar que Voltaire no condena este uso de la metempsicosis como elemento de moderación social, en la medida en que —aparentemente— su actuación va en el sentido de las «leyes naturales». No lo dice de forma explícita, pero el tono respetuoso con el que da cuenta de la situación parece indicar que este tipo de utilización de las doctrinas religiosas no resulta reprobable en sí, sino en función de sus fines; lo es cuando se trata de que «un padre abjure de la naturaleza», pero no cuando se trata de defender la convivencia pacífica, u otra «buena causa».

Menos explícita resulta su postura con respecto a la doctrina de los castigos y recompensas después de la muerte. Todos los estados algo civilizados la emplearon para controlar a sus súbditos, dice Voltaire, salvo los chinos: «La doctrina del infierno era útil, y el gobierno de los chinos nunca la admitió» (p. 98).

(Voltaire, hombre de grandes filias y grandes fobias, no se cansa de elogiar en la *Filosofía...* a la civilización china. De la misma forma que denigra a la egipcia. Y no parece arriesgado buscar las razo-

nes de ambas actitudes en las caracterizaciones que hace Voltaire de las religiones de estos dos pueblos. Mientras la China, cuya «religión era simple, sabia, augusta, libre de toda superstición» —p. 95—, respetaba al «dios del Universo» y «nunca fue deshonrada por imposturas ni turbada por querellas entre sacerdocio e imperio», es defendida como la primera «entre las naciones del universo», aun oponiéndose a ideas corrientes en la época, Egipto, cuya religión era tan poderosa que «sus sacerdotes prescribían a los reyes incluso las raciones de su bebida y su comida, los educaban en su infancia y los juzgaban tras su muerte, y frecuentemente se hacían reyes ellos mismos» —p. 44—, resulta constantemente despreciado en la *Filosofía*...

Y es curioso señalar que de este probable prejuicio ideológico de Voltaire provienen varios de los errores más importantes del texto, en cuanto a exactitud histórica. Es cierto que los jeroglíficos estaban aún por ser descifrados, y la expedición napoleónica no había revelado al mundo la amplitud de la cultura egipcia, pero su desprecio por «ese verdadero país de esclavos supersticiosos» le hace considerarlo como «una de las últimas tierras habitadas», y dudar de que pueda haber sido grande alguna vez.)

«Todo tiene su origen en la naturaleza del espíritu humano», escribe Voltaire refieriéndose, por supuesto, a los demás. Está tratando acerca de la aparición de los ángeles y otros mensajeros celestes: «Todos los hombres poderosos, los magistrados, los príncipes, tenían sus mensajeros: era verosímil que los dioses también los tuviesen» (p. 239). La idea de los dioses ideados a imagen y semejanza de los hombres no es débil argumento contra el creacionismo cristiano. Sin embargo, es curioso constatar que en ningún pasaje de la *Filosofía*... se dedica Voltaire a reflexionar sobre el modelo político que transparenta su Ser Supremo: la conciencia autocrítica no

se contaba entre las virtudes del caballero, pero la organización monárquica reglamentada —casi diríamos de despotismo ilustrado— de su religión natural y razonable remite casi cristalinamente al modelo social de ciertos «reyes filósofos» entonces en el poder, como Federico II de Prusia o Catalina II de Rusia, que Voltaire apoyaba con entusiasmo. (Si su Ser Supremo es reflejo de la monarquía absoluta e ilustrada del XVIII, eso podría explicar el fracaso del culto de un Ser Supremo asaz volteriano que quiso imponer Robespierre en los años más turbulentos de la Revolución de 1789.)

Voltaire, en definitiva, no es optimista en cuanto a la posibilidad de un cambio en las relaciones entre política y poder. «Cuando un viejo error está establecido, la política lo utiliza como un freno que el vulgo se ha puesto a sí mismo en la boca, hasta que otra superstición venga a destruirlo, y la política aprovecha este segundo error como se aprovechó del primero» (p. 255), escribe amargamente el caballero. Sin embargo, hay que señalar que Voltaire se refiere explícitamente al vulgo. Y, para él, el vulgo es prácticamente irrecuperable.

EL PODER, EL PROGRESO, EL TIEMPO

EL PODER

En la *Filosofía...*, Voltaire no trata con detenimiento el tema del poder y la organización de los Estados, al que sí se refiere con amplitud en el *Ensayo...* Voltaire, burgués prerrevolucionario, amigo de reyes filósofos y entusiasta del despotismo ilustrado como forma de gobierno conforme a la Razón, alcanza sin embargo a dejar caer aquí y allá algunas ideas sobre el asunto.

En la base de todo su pensamiento político —y por eso, entre otras cosas, Voltaire «perderá» la Revolución de 1789— hay un desprecio casi absoluto, altivo y aristocrático, por el «vulgo», el «populacho». Voltaire, gran iluminador de pueblos oscurecidos, no bromeaba cuando escribía a su amigo D'Argenson, en tiempos de la redacción de la *Filosofía...*, ya convertido en terrateniente, que, «si se enseñara a leer a todos los gañanes, ya no quedaría nadie para labrar la tierra». El pueblo no ofrece mayores esperanzas —su suerte está echada: «¿No es sabido que en todo país el vulgo es imbécil, supersticioso, insensato?», se pregunta Voltaire (p. 136)—, y si bien el combate contra la Infame incluye retóricas alabanzas del esclarecimiento, éste debe ser dirigido a quienes sean capaces de comprenderlo: los esclarecidos.

Porque la cultura no avanza con el concurso del pueblo, sino a su pesar. «Nunca se ha hecho en el mundo nada grande sino gracias al ingenio y la firmeza de un hombre en la lucha contra los prejuicios de la multitud», dice, ya en el *Ensayo...*, refiriéndose a Enrique el Navegante. Voltaire, que ha renegado en historia de la cronología de los hechos de los príncipes, magnifica su importancia cuando se trata de relatar los grandes avances de la civilización, aunque tomando en cuenta, bien es cierto, la «razón de Estado» que influye, junto con otros factores que ahora veremos, sobre las actitudes de los monarcas.

Por eso, entre otras cosas, es necesario diferenciar los esfuerzos y los logros de los grandes hombres de los frenos y los fracasos que les impone la «canalla». A los que denigran los valores de la antigüedad, Voltaire solicita que «sepan distinguir las leyes de los sabios magistrados de las costumbres ridículas de los pueblos» (p. 136): sin embargo, es notorio y notable que su conciencia de historiador no le permite obviar estas «costumbres ridículas»,

que, con un mohín de ligero desprecio, recoge abundantemente, sobre todo en el *Ensayo*...

(Sin embargo, aun a esos grandes hombres que hacen la historia les requiere una cierta claridad, una determinada transparencia en el ejercicio del poder; *ad usum,* por supuesto, de filósofos y otros ilustrados que podrán apreciarla: al referirse a la escritura hierática de sus aborrecidos sacerdotes egipcios, y criticando el secreto de sus signos, dice Voltaire que «los magos, los brahmanes, hacían lo mismo: tan necesario ha parecido para gobernar a los hombres el arte de esconderse de ellos» —p. 107—.)

Por momentos, Voltaire parece contradecirse. En el *Ensayo*..., sin ir más lejos, el historiador asegura que considera «en general la suerte de los hombres antes que las revoluciones del trono. La historia debe ocuparse del género humano: allí es donde cada escritor debería decir *homo sum* [...]» (cap. LXXXIV), escribe Voltaire, retomando a su amigo Bolingbroke: «Man is the subject of every history.»

Pero la contradicción —por una vez— es sólo aparente. Surgido de una concepción historiográfica que, durante siglos, sólo se ha ocupado de los grandes hechos políticos y bélicos de príncipes y legisladores, Voltaire no niega su importancia y aun, como hemos visto, la reivindica en lo que concierne al proceso de formación histórica frente al oscuro inmovilismo de la «plebe». Son esos «héroes útiles al género humano, que, sin esos hombres extraordinarios, habría seguido siendo para siempre semejante a las bestias feroces», escribe Voltaire, refiriéndose a Alfredo el Grande, en el *Ensayo*... Pero la originalidad fundamental del caballero consiste en examinar los hechos de estos grandes hombres dentro de un contexto en el que interactúan muchos otros factores de poder y, entre ellos, la presión en uno u otro sentido de «la canalla», que, en estos

casos, pasa a denominarse «pueblo», «género humano» o, incluso «el hombre».

(La importancia acordada por Voltaire a la influencia de las grandes personalidades en el devenir histórico es innegable. Tal vez el más claro ejemplo de ello se encuentre en su primera gran obra histórica, *El siglo de Luis XIV*. Allí, en su «Introducción», Voltaire cataloga los cuatro grandes siglos que, en su opinión, ha vivido la humanidad. Y cada uno de ellos está caracterizado por sus personalidades mayores, que lo definen, informándole su singularidad: el siglo de Filipo y Alejandro, el de César y Augusto, el de los Médicis y, finalmente, el del rey Sol.)

Esa interacción, esa dialéctica entre grandes hombres y grandes masas, va moldeando poco a poco el «espíritu de los hombres», que surgiría del encuentro entre la naturaleza del hombre y sus condiciones generales de vida y que, en cada situación determinada, produce esa síntesis cultural que Voltaire, con verba casi romántica, denominó el «genio de las naciones». Ambos, espíritu y genio, constituyen entonces una fuerza que por su potencia civilizadora se erige en uno de los motores fundamentales de la evolución histórica. (Y aquí hay que recordar una vez más a Bossuet: cuando Voltaire busca esas fuerzas que provocan el devenir de la historia humana, está intentando reemplazar con argumentos verificables esas causas primeras de la teología clásica, las «órdenes secretas de la divina Providencia», que, según el obispo de Meaux, regían en última instancia todo el «largo encadenamiento de las causas particulares».)

Motor casi metafísico, sin embargo, este espíritu, sobre el que actúan, como decíamos, elementos concretos que lo presionan y moldean: «Tres cosas influyen sin cesar sobre el espíritu de los hombres», escribe Voltaire en el *Ensayo...*, cap. CXCVII. «El clima, el gobierno y la religión. Es la única forma

de explicar el enigma de este mundo.» Para precisar, años más tarde, en el artículo «Clima» del *Diccionario,* contra las aseveraciones de Montesquieu acerca de la importancia definitoria de las condiciones térmicas en el devenir histórico: «El clima tiene alguna influencia, pero el gobierno la tiene cien veces mayor, y la religión, asociada con el gobierno, todavía más.» El Estado y la creencia: el camino, desde los grandes hombres de *El siglo...* hasta unas estructuras institucionales manejadas como abstracción en el *Diccionario,* es significativo.

(La *Filosofía...* sería, en este supuesto, una consecuencia de esta afirmación, en la medida en que una historia que se ocupa fundamentalmente de las instituciones religiosas es presentada como «prehistoria» que introduce el intento de dar cuenta de los siglos más recientes, en el *Ensayo sobre las costumbres...* Además, la *Filosofía...* contiene afirmaciones en ese mismo sentido: el tema ya ha sido apuntado en el capítulo sobre la religión.)

EL PROGRESO

La idea de progreso está ya contenida en la larga marcha de un pueblo que se había elegido como predestinado hacia un reencuentro con el dios que, tras el castigo original, había hecho una promesa y, como Dios, habría de cumplirla. Allí se rompe el círculo del tiempo del mito, como también cuando Juan describe la nueva parusía y el fin inminente de los tiempos, o cuando los padres de la Iglesia presentan la vida como un tránsito hacia otra vida, en la Ciudad de Dios.

Pero la Ilustración —a excepción de algunos de sus más conspicuos representantes, como Rousseau o Diderot— explicitó esta idea y la cargó de contenido terreno, histórico, palpable. Si bien para los

filósofos del XVIII —y, fundamentalmente, Voltaire— la noción podía conllevar cierta carga metafísica, expresada en los anuncios y disquisiciones acerca de los avances de la Razón como guía del espíritu humano, todavía estaban lejos las formulaciones de Herder, Kant, Hegel y otros filósofos alemanes: el progreso, para Vico, Montesquieu o el propio Voltaire, implicaba sobre todo una descripción fenomenológica cuyos hitos podían rastrearse a lo largo de la historia de la humanidad en sus producciones culturales, sociales, políticas o religiosas.

Tras la gran orgía anticuaria del Renacimiento, ya en el siglo XVII escritores como Fontenelle, en su *Digresión sobre los antiguos y los modernos* (1688), siguen el camino abierto por Francis Bacon, Descartes, Pascal, y empiezan a sentir el pasado no como una edad de oro que es fuente de toda legitimidad, sino como una carga que llega a lastrar los esfuerzos del avance histórico. «Hay un orden que rige nuestros progresos», escribía Fontenelle mientras los historiadores eruditos se ensañaban con los innúmeros errores de libros antiguos —sacros y profanos—, que eran igualmente considerados como artículo de fe.

Voltaire ha sido considerado como uno de los grandes publicistas de la noción «burguesa» de progreso, que terminarían de enunciar Turgot, D'Holbach y, sobre todo, su discípulo y anotador Condorcet, en su *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1795). A Voltaire pudo hacerle Meinecke la crítica que luego se hizo clásica acerca de los historiadores positivistas del XIX: «Voltaire quería escribir una prehistoria universal de la burguesía francesa, de esa clase humana civilizada, refinada, inteligente, industrial y confortable que le encantaba [...].» No se trataría, pues, considera el mismo Meinecke, en *El historicismo y su génesis*, del *Progressus in infinitum* en el sentido

leibniziano, sino de una aproximación gradual de la humanidad a los ideales de la razón y la civilización de su tiempo.

Es cierto que la idea volteriana de progreso ha sido harto controvertida. Su esquema de los cuatro grandes siglos parece complicar bastante la cuestión. En efecto, si esos momentos de la historia de la humanidad aparecen como picos aislados tras los cuales el relieve volverá a la llanura, no habría en definitiva tal progreso, sino ciertos momentos de perfección que no tardarían en remitir, engullidos por las fuerzas oscuras del inmovilismo. El concepto se aproximaría a los *corsi e ricorsi* del devenir en espiral enunciado por Giambattista Vico, que influiría grandemente en Montesquieu y en otros historiadores más recientes, como Spengler: las naciones surgen en estado de barbarie, combaten, conquistan, se afianzan y se civilizan, hasta que la inercia de su propia civilización va minando sus fuerzas, las debilita y las devuelve, traumáticamente, a un estado bárbaro equiparable al original.

Pero, por un lado, hay que señalar que esta idea de los cuatro grandes siglos, que aparece claramente explicitada en *El siglo de Luis XIV*, no es retomada *a posteriori*, y el ordenamiento de la gran tentativa volteriana de historia universal, el *Ensayo...*, no corresponde a ese planteo de discontinuidad absoluta.

Y, por otro lado, resulta interesante considerar la caracterización de Paul Hazard cuando propone, en su *Crisis de la conciencia europea*, que «Voltaire [...] creyó discernir una evolución que llevaba al progreso, progreso muy lento, muy difícil, incesantemente amenazado y que, sin embargo, sale a la luz en ciertas épocas privilegiadas de la civilización». Y este proceso subterráneo no se detendría aunque retornase tras su efímera epifanía a sus cauces casi indistinguibles. (Por eso Voltaire busca sus

signos muchas veces —fundamentalmente en el *Ensayo...*—, en indicadores hasta entonces despreciados, como los pequeños avances técnicos que mejoran imperceptiblemente las condiciones de vida, las formas de organización del trabajo y el intercambio económico, las reacciones contra la superstición o la evolución de las artes y las modalidades del ocio. A fuerza de buscar indicios de un progreso desesperantemente oculto durante largos períodos, Voltaire sienta las bases de una antropología histórica que tardaría mucho tiempo en ser plenamente retomada.

EL TIEMPO

«Quiso, en su historia, elevarse hasta el origen de las cosas, como todos los primeros escritores», dice Voltaire en la *Filosofía...* (p. 67), refiriéndose a Sanconiatón, el fenicio dudoso. Al caballero no le cuadraría tal afirmación, porque elude cuidadosamente toda referencia a la creación o aparición del mundo, al «origen de todas las cosas», y se remite, en la historia de la humanidad, a lo que los astrónomos llamarían el $T = 0 + x$, el tiempo segundo. Pero esta búsqueda de los orígenes —ya que no del mundo, sí de la civilización— lo lleva necesariamentee a revisar el tiempo de la historia, las cronologías cristianas entonces vigentes.

Ya Rousseau, en su *Discurso* de 1754, había sugerido que las dimensiones temporales de las primeras épocas habían sido considerablemente reducidas, y que probablemente habría que contar por milenios los siglos de la cronología vigente. Voltaire, ya porque lo haya retomado del ginebrino, ya por una intuición independiente, se manifiesta en el mismo sentido.

Lo hace, por supuesto, con sorna volteriana. Re-

firiéndose a los caldeos, dice que sus «tablas astronómicas se remontan precisamente hasta el año 2234 antes de nuestra era vulgar. Es cierto que esta época linda con el tiempo en que la *Vulgata* sitúa el diluvio; pero no entremos aquí en las profundidades de las diversas cronologías de la *Vulgata,* los *Samaritanos* y los *Setenta,* que reverenciamos por igual. El diluvio universal es un gran milagro que nada tiene que ver con nuestras investigaciones [...]» (p. 147). Y unas pocas líneas más adelante aclara el concepto en una nota que, aunque un poco extensa, vale la pena citar: «Nuestra santa religión, tan superior en todo a nuestras luces, nos enseña que el mundo sólo ha sido hecho hace unos seis mil años según la *Vulgata,* o unos siete mil según los *Setenta.* Los intérpretes de esta religión inefable nos enseñan que Adán tuvo la ciencia infusa, y que todas las artes se perpetuaron desde Adán hasta Noé. Si tal es en efecto el sentimiento de la Iglesia, lo adoptamos con una fe firme y constante, sometiendo por otra parte todo lo que escribimos al juicio de esta santa Iglesia, que es infalible [...].» La idea del progreso de la cultura aparece una vez más como heterodoxa con respecto al canon religioso; el *tempo* de ese progreso también lo es. Y Voltaire no adopta nada: así, como es «imposible (humanamente hablando) que los hombres hayan llegado en mil novecientos años a adivinar tan sorprendentes verdades» —continúa Voltaire, refiriéndose a la sabiduría astronómica de los caldeos—, les atribuye, basándose en Sanconiatón, cuatrocientos setenta mil años de historia.

No importa aquí la exactitud del cálculo —que entra en la línea de otros errores volterianos—, sino su audacia. La formación de la cultura humana no es un presente de la divinidad, sino un largo proceso histórico, que Voltaire describe en el capítulo III de la *Filosofía...* y sintetiza cuando trata de los cal-

deos: «El primer arte es el de proveer a la subsistencia, lo cual resultaba mucho más difícil para los hombres que para las bestias; el segundo, formar un lenguaje, lo cual requiere ciertamente un espacio de tiempo muy considerable; el tercero, construirse algunas chozas; el cuarto, vestirse. Luego, para forjar el hierro o para sustituirlo con otro material, se necesitan tantas felices casualidades, tanta industria, tantos siglos, que uno no puede siquiera imaginar cómo el hombre lo ha conseguido. ¡Qué salto, desde ese estado hasta la astronomía!» (p. 50). Porque, en definitiva, «los progresos del espíritu son tan lentos, la ilusión de los ojos es tan poderosa, la servidumbre a las ideas comunes tan tiránica, que no es posible que un pueblo que sólo tuviese mil novecientos años haya podido llegar a este alto grado de filosofía [...]» (pp. 48-49).

Los ejemplos abundarían, pero tal vez éstos basten. La historia, en el Siglo de las Luces, se vive como un saber racional que busca ampliar sus antigüedades más allá de los límites temporales que le ha trazado la superstición, la fábula. Ampliar el tiempo implica revisar todas las nociones sobre cómo ese tiempo ha sido ocupado por hombres y dioses: una historia que propone el progreso como base necesita practicar ese progreso también hacia atrás, hacia los confines del tiempo, para justificar los fines que se ha planteado en el tiempo del presente, en el futuro. Es un combate: la fábula ha conseguido limitar el tiempo de la historia porque la precede, porque se ha adueñado tiempo ha de ese tiempo ahora en disputa: «La fábula es mucho más antigua que la historia», escribe Voltaire, y la lucha contra esa antigüedad para ahondar hasta lo impredecible esa antigüedad podría ser una de las síntesis posibles del esfuerzo historiador del caballero de Ferney.

LA EDICIÓN

El texto francés utilizado para la traducción de la *Filosofía de la Historia* es el de la llamada edición de Kehl: *Oeuvres complètes de Voltaire, de l'imprimerie de la Société littéraire-typographique,* París, 1785, tomo XVI. La *Filosofía de la Historia* figura allí como *Introducción* al *Ensayo sobre las costumbres...* Esta edición es considerada como una suerte de versión canónica y definitiva de la mayor parte de los textos de Voltaire, quien poco antes de su muerte (1778) los revisó y corrigió con vistas a su inclusión en ella. Los capítulos, sin embargo, no están numerados en esta edición: la numeración —que reproducimos— aparece por primera vez en la edición de Beuchot, *Oeuvres de Voltaire,* París, 1828.

En cuanto a las diferencias entre el texto utilizado y el de la primera edición de 1765 —llamada aquí edición *princeps*—, hemos decidido no llevar a cabo un registro exhaustivo de variantes, que también deberían incluir las de las ediciones intermedias —Cramer, 1769; Grasset, 1770; Cramer, 1775; Henri Pott, 1780— por la excesiva prolijidad que esto comportaría, dadas las numerosas correcciones que Voltaire solía introducir en cada una de las ediciones legales de sus textos. Por tanto, hemos preferido señalar las variantes más significativas, ya sea bajo forma de nota al pie, o encerrando entre corchetes las frases que no figuraban en la edición *princeps,* y fueron agregadas en la edición de Kehl.

En cuanto a las notas, hemos desechado la tentación de cotejar los datos volterianos con los que actualmente maneja la ciencia histórica: el trabajo habría sido, probablemente, innecesario e injusto. Así que nos hemos limitado a completar la tarea de René Pomeau en cuanto al cotejo de las referencias

y citas volterianas, y a ofrecer algunos datos que parecían necesarios para la inteligibilidad del texto. Además, siguiendo lo que ya es una tradición en los comentarios volterianos, hemos incluido en esta edición anotaciones de comentaristas anteriores. Las de la edición Kehl, señaladas con una (K), escritas en su mayor parte por Condorcet, que ya casi forman parte del texto en sí; algunas de la edición Beuchot (B), con información sobre correspondencias internas de la obra volteriana; y algunas de la edición de René Pomeau del *Ensayo sobre las costumbres*... (P), que representan una fuente de información inexcusable, adquirida en la revisión sistemática de la biblioteca de Voltaire, ahora en Leningrado. Finalmente, hay que señalar que las notas introducidas por un asterisco (*) son de la pluma del propio Voltaire.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

EDICIONES DE VOLTAIRE UTILIZADAS EN EL PRESENTE TRABAJO

La Philosophie de l'histoire, chez Changuion, Amsterdam, 1765 (ed. *princeps*).

Essai sur les moeurs et l'esprit des nations et sur les principaux faits de l'histoire depuis Charlemagne jusqu'à Louis XIII, t. VIII-X de la *Collection complète des oeuvres de Mr. de Voltaire,* Genève, Cramer, 1769 (la *Filosofía*... figura allí como *Discours préliminaire,* en el t. VIII).

Ibíd., t. XVI-XIX de las *Oeuvres complètes de Voltaire,* de l'imprimerie de la Societé littéraire-typographique, París, 1785, édition de Kehl, par Beaumarchais (la *Filosofía*... figura allí como *Introduction* —y así quedará desde entonces— en el t. XVI).

Ibíd., t. XV-XVIII de las *Oeuvres de Voltaire,* Beuchot, París, 1829.

Ibíd., édition de René Pomeau, Garnier Frères, París, 1963.
Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones, trad. Hernán Rodríguez, estudio preliminar de Francisco Romero, Hachette, Buenos Aires, 1959.

OBRAS DE REFERENCIA

Volterianas

BENGESCO, G.: *Voltaire, bibliographie de ses oeuvres,* París, 1882-1890.
BERTAUT, J.: *Voltaire,* París, 1933.
BESTERMAN, T.: *Voltaire's Correspondance,* Ginebra, 1955.
— *Studies on Voltaire and the Enlightenment Century,* Ginebra, 1957.
— *Voltaire,* Londres, 1969.
BROMFITT, A.: *Voltaire Historian,* Princeton, 1958.
CAPARRÓS, M.: «El Mirador», en *El ingenuo,* Buenos Aires, 1985.
CONDORCET: *Vie de Voltaire,* París, 1818.
DELATRE, A.: *Voltaire, l'impétueux,* París, 1957.
DESNOIRESTERRES, G.: *Voltaire et la société du XVIIIème siècle,* París, 1867-1876.
DÍAZ, F.: *Voltaire storico,* Roma, 1958.
LABROUE, H.: *Voltaire antijuif,* París, 1942.
LANSON, G.: *Voltaire,* París, 1960 (ed. completada por R. Pomeau).
ORIEUX, J.: *Voltaire ou la royauté de l'esprit,* París, 1966.
POMEAU, R.: *Voltaire,* París, 1955.
— *La religion de Voltaire,* París, 1956.
— *La politique de Voltaire,* París, 1963.
TOPACIO, V.: *Voltaire. A Critical Study of His Major Works,* Nueva York, 1967.
TORREY, N.: *Voltaire and the English Deists,* Nueva York, 1930.
— *The Spirit of Voltaire,* Nueva York, 1938.

Generales

BARNES, H.: *The History of Historical Writing,* Nueva York, 1962.
BLACK, J.: *The Art of History,* Londres, 1926.
BURY, J.: *La idea de progreso,* Madrid, 1971.
CASSIRER, E.: *La filosofía de la Ilustración,* México, 1943.
CHÂTELET, F. (comp.): *Historia de las ideologías,* t. II, Bilbao, 1978.
— *Historia de la Filosofía,* t. III, Madrid, 1976.

CERTEAU, M. de: *L'escriture de l'histoire,* París, 1975.
FERRATER MORA, J.: *Cuatro visiones de la Historia universal,* Madrid, 1982.
FLINT, R.: *The History of the Philosophy of History,* Nueva York, 1962.
FUETER, E.: *Historia de la historiografía moderna,* Buenos Aires, 1953.
GOLDMANN, L.: *La Ilustración y la sociedad actual,* Caracas, 1968.
GROETHUYSEN, B.: *La formación de la conciencia burguesa,* trad., México, 1943.
HAZARD, P.: *La crisis de la conciencia europea,* Madrid, 1975.
— *El pensamiento europeo en el siglo XVIII,* Madrid, 1958.
HORKHEIMER, M., y ADORNO, T. W.: *Dialéctica del iluminismo,* Buenos Aires, 1961.
MANUEL, F.: *The Enlightenment Century Confronts the Gods,* Harvard, 1959.
MEINECKE, F.: *El historicismo y su génesis,* Madrid, 1982.
MONTANA, C.: *Una historia por escribir,* Buenos Aires, 1981.
POLIAKOV, L.: *Historia del antisemitismo: El Siglo de las Luces,* Barcelona, 1984.
SCHARGO, N.: *History in the Encyclopaedia,* Nueva York, 1947.
SERVIER, J.: *Historia de la utopía,* Caracas, 1969.
VEDRINE, H.: *La philosophie de l'histoire,* París, 1974.
VEYNE, P.: *Comment on écrit l'histoire,* París, 1971.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

I. CAMBIOS EN EL GLOBO [1]

Querríais que la historia antigua hubiese sido escrita por filósofos, porque queréis leerla como filósofo [2]. No buscáis sino verdades útiles, y apenas habéis encontrado, me decís, poco más que inútiles errores. Intentemos esclarecernos juntos; tratemos de desenterrar algunos monumentos preciosos bajo las ruinas de los siglos.

Comencemos por examinar si el globo que habitamos era antaño tal como es hoy.

Es posible que nuestro mundo haya sufrido tantos cambios como revoluciones han soportado los Estados. Parece probado que el mar cubría territorios inmensos, hoy cargados de grandes ciudades y

---

[1] La edición *princeps* de 1765 comportaba la siguiente dedicatoria: «*A la muy alta y muy augusta princesa Catalina Segunda, emperatriz de todas las Rusias, protectriz de las artes y de las ciencias, digna por su espíritu de juzgar a las antiguas naciones como es digna de gobernar la suya. Ofrecido muy humildemente por el sobrino del autor.*» La emperatriz fue corresponsal y protectora de Voltaire; a su muerte, compró por un precio exorbitante los siete mil volúmenes de su biblioteca, que se conserva actualmente en Leningrado.

[2] Esta segunda persona se refiere, según el autor en textos posteriores, a Madame de Châtelet (ver nota de Voltaire en el «Prólogo» al *Ensayo sobre las costumbres...*, p. 1). Sin embargo, Mme. de Châtelet, amante de Voltaire, había muerto en 1749, antes de la primera edición de este texto.

ricas cosechas. No hay orilla que el tiempo no haya alejado o acercado al mar [3].

Las arenas movedizas del África septentrional, y de las fronteras de Siria y Egipto, ¿qué pueden ser sino arenas del mar que quedaron amontonadas cuando el mar se retiró poco a poco? Herodoto, que no siempre miente, nos dice sin duda una gran verdad cuando cuenta que, según el relato de los sacerdotes de Egipto, el delta no siempre había sido tierra firme [4]. ¿No podemos decir otro tanto de los paisajes arenosos que bordean el mar Báltico? ¿Las Cícladas no son testimonio evidente, por los bajíos que las rodean, por la vegetación que se descubre fácilmente bajo las aguas que las bañan, de que estas islas formaron parte del continente?

El estrecho de Sicilia, ese antiguo abismo de Escila y Caribdis, aún hoy peligroso para las barcas, ¿no parece enseñarnos que Sicilia estuvo antaño unida a la Apulia, como la Antigüedad siempre lo creyó [5]. El monte Vesubio y el monte Etna tienen los mismos cimientos bajo el mar que los separa. El Vesubio sólo comenzó a ser un volcán peligroso cuando el Etna dejó de serlo; uno de los dos cráteres aún echa llamas cuando el otro está tranquilo: un violento terremoto destruyó la parte de esta montaña que unía Nápoles a Sicilia.

Toda Europa sabe que el mar ha devorado la mitad de Frisia. Yo he visto, hace cuarenta años,

---

[3] En la edición *princeps*, en lugar de esta última frase: «*Ya sabéis que esos profundos lechos de conchillas que se encuentran en Turena y en otros sitios sólo pueden haber sido depositados muy lentamente por el flujo del mar a través de una larga sucesión de siglos. Turena, Bretaña, Normandía, las tierras contiguas, fueron parte del océano mucho más largamente que provincias de Francia y de las Galias.*»

[4] *Los nueve libros de la Historia*, lib. II, cap. X.

[5] Lo dice Diodoro de Sicilia en su *Historia universal*, l. IV, 85. (P)

los campanarios de dieciocho pueblos cercanos a Mordick que se elevaban aún por encima de las inundaciones, y que luego cedieron al efecto de las olas. Es notorio que el mar abandona en poco tiempo sus antiguas orillas. Pensad en Aigues-Mortes, Fréjus, Ravena, que fueron puertos y ya no lo son; pensad en Damieta, donde desembarcamos en tiempos de las Cruzadas, que está actualmente a diez millas de la costa; el mar se retira todos los días de Roseta. La naturaleza da por doquier testimonio de estas revoluciones; y, si se han perdido estrellas en la inmensidad del espacio, si la séptima Pléyade ha desaparecido hace mucho tiempo, si otras muchas estrellas se han desvanecido en la Vía Láctea, ¿debemos sorprendernos de que nuestro pequeño globo sufra continuos cambios?

No pretendo asegurar que el mar haya formado o incluso flanqueado todas las montañas de la Tierra. Las conchas encontradas cerca de esas montañas pueden haber sido la morada de pequeños testáceos que habitaran en los lagos; y esos lagos, que han desaparecido por temblores de tierra, se habrían precipitado en otros lagos inferiores. Los cuernos de Amón, las piedras estrelladas, las lenticuladas, las judaicas, las glosopetras, me han parecido fósiles terrestres. Nunca me atreví a pensar que esas glosopetras pudieran ser lenguas de perro marino, y comparto la opinión de quien dice [6] que tanto daría creer que millares de mujeres fueron a depositar sus *conchas Veneris* en la orilla, como creer que millares de perros marinos fueron allí a dejar sus lenguas. [Se ha osado decir [7] que mares sin reflujo, y mares cuyo reflujo es de siete u ocho pies, han

---

[6] El propio Voltaire, en su *Dissertation sur les changements arrivés dans notre globe,* 1746. (B)

[7] Buffon, en su *Théorie de la Terre,* 1749, art. IX, «Sur la formation des montagnes». (P)

formado montañas de cuatrocientas a quinientas toesas de alto; que todo el globo fue incendiado; que se volvió una bola de vidrio: estas imaginaciones deshonran a la física; tal charlatanería es indigna de la historia.]

Guardémonos de mezclar lo dudoso con lo cierto, y lo quimérico con lo verdadero [8]: tenemos suficientes pruebas de grandes revoluciones en el globo, sin necesidad de buscar otras nuevas.

La mayor de todas esas revoluciones sería la pérdida de la tierra atlántica, si fuese verdad que esta parte del mundo ha existido. Es verosímil que esta tierra no fuera más que la isla de Madeira, descubierta quizá por los fenicios, los más audaces navegantes de la antigüedad, luego olvidada y finalmente reencontrada a comienzos del siglo XV de nuestra era vulgar.

En fin, parece evidente, por los accidentes de todas las tierras que baña el océano, por esos golfos que han formado las irrupciones del mar, por esos archipiélagos sembrados en medio de las aguas, que los dos hemisferios han perdido más de dos mil leguas de terreno de un lado, y lo recuperaron del otro; [pero el mar no puede haber cubierto durante siglos los Alpes y las Pirámides: tal idea contraría todas las leyes de la gravitación y de la hidrostática].

---

[8] Edición *princeps: «... lo falso con lo verdadero...»*

II. DE LAS DIFERENTES RAZAS DE HOMBRES

Lo que resulta más interesante para nosotros es la sensible diferencia entre las especies de hombres que pueblan las cuatro partes conocidas de nuestro mundo.

Sólo un ciego podría dudar de que los blancos, los negros, los albinos, los hotentotes, los lapones, los chinos, los americanos, constituyen razas enteramente diferentes.

No hay viajero instruido que, al pasar por Leyden, no haya visto el fragmento del *reticulum mucosum* de un negro disecado por el célebre Ruysch [1]. Todo el resto de esta membrana fue transportado por Pedro el Grande a su gabinete de curiosidades, en Petersburgo. Esta membrana es negra, y es ella la que comunica a los negros esa negrura inherente que sólo pierden con las enfermedades que pueden desgarrar este tejido y permitir que la grasa, escapada de sus células, produzca manchas blancas en la piel.

Sus ojos redondos, su nariz aplastada, sus orejas diferentemente dibujadas, la lana de sus cabezas, la

[1] Frederick Ruysch (1638-1731), médico y botánico holandés, famoso por sus disecciones e investigaciones anatómicas.

medida misma de su inteligencia, interponen entre ellos y las otras especies de hombres diferencias prodigiosas. Y lo que demuestra que no deben esta diferencia a su clima es que los negros y las negras transplantados a los países más fríos siguen produciendo en ellos animales de su especie, y que los mulatos no son sino la raza bastarda de un negro y una blanca, o de un blanco y una negra [2].

Los albinos son, en verdad, una nación muy pequeña y muy rara. Habitan en medio del África; su debilidad casi no les permite apartarse de las cavernas donde moran; sin embargo, los negros atrapan algunos de vez en cuando, y nosotros se los compramos por curiosidad. Yo he visto dos [3], y mil europeos también los han visto. Pretender que son negros enanos a los que una especie de lepra ha blanqueado la piel es como si se dijera que los negros son blancos ennegrecidos por la lepra. Un albino no se parece más a un negro de Guinea que a un inglés o a un español. Su blancura no es la nuestra: nada de encarnado, ninguna mezcla de blanco y de moreno: es un color de lienzo o, mejor aún, de cera blanqueada: sus cabellos, sus cejas, son de la más bella y suave seda; sus ojos no se parecen en nada a los de los otros hombres, sino que se aproximan bastante a los ojos de la perdiz. Se parecen a los lapones por la talla; a ninguna nación por la cabeza, puesto que tienen otra cabellera, otros ojos, otras orejas; y sólo tienen del hombre la estatura del cuerpo, junto con la facultad de la palabra y del

---

[2] En la edición *princeps*, continúa la frase: «.... *así como los asnos, específicamente diferentes de los caballos, producen mulas al acoplarse con yeguas.*»

[3] Cap. 143 del *Ensayo sobre las costumbres...*: Voltaire habla de dos albinos llevados a Francia —en 1744, precisa Pomeau—, de los cuales vio uno.

pensamiento en un grado muy alejado del nuestro. [Así son los que yo he visto y examinado [4].]

El delantal que la naturaleza ha dado a los cafres, cuya piel floja y blanda cae desde el ombligo hasta los muslos; la mama negra de las samoyedas; la barba de los hombres de nuestro continente; y el mentón siempre imberbe de los americanos, constituyen diferencias tan marcadas que no es posible imaginar que unos y otros no sean de razas diferentes.

Además, si nos preguntamos de dónde han venido los americanos, debemos preguntarnos también de dónde han venido los habitantes de las tierras australes; y ya se ha respondido que la Providencia, que puso hombres en Noruega, los puso también en América y bajo el círculo polar meridional, así como plantó allí árboles e hizo crecer la hierba.

Muchos sabios han supuesto que algunas razas de hombres, o de animales que se aproximaban al hombre, han perecido; los albinos son tan escasos, tan débiles y tan maltratados por los negros, que es de temer que esta especie no subsista mucho tiempo más.

Casi todos los autores antiguos hablan de sátiros. Yo no creo que su existencia sea imposible; aún hoy se ahoga en Calabria a algunos monstruos que las mujeres dan a luz. No es imposible que, en los países cálidos, simios hayan subyugado muchachas. Herodoto, en el libro II, dice que, durante su viaje por Egipto, hubo una mujer que se acopló públicamente con un cabrón en la provincia de Memfis, y

---

[4] Véase en la *Historie naturelle* del señor Buffon (suplemento, t. IV, p. 559, edición del Louvre) la descripción de una negra blanca traída a Francia y nacida en nuestras islas, de padre y madre negros. Por lo menos, este último hecho sólo está probado por certificados, cuya autoridad, muy respetable en los tribunales, lo es muy poco en física. (K)

convoca a todo Egipto para respaldar su testimonio [5]. El *Levítico* prohíbe, en el capítulo XVII, unirse con los chivos y con las cabras [6]. Es, pues, menester que tales acoplamientos hayan sido comunes y, hasta que podamos esclarecernos mejor, se ha de presumir que especies monstruosas pudieron nacer de estos amores abominables. Pero, si existieron, no pudieron influir sobre el género humano; y, semejantes a las mulas, que no engendran, no pudieron desnaturalizar las demás razas.

En lo que respecta a la duración de la vida de los hombres (si hacéis abstracción de esa línea de descendientes de Adán consagrada por los libros judíos [, y tan largamente desconocida]), es verosímil que todas las razas humanas hayan disfrutado de una vida aproximadamente tan corta como la nuestra. Como los animales, los árboles y todas las producciones de la naturaleza han tenido siempre la misma duración [, es ridículo exceptuarnos de esta regla].

Pero hay que señalar que, como el comercio no siempre ha traído al género humano las producciones y enfermedades de otros climas, y como los hombres eran más robustos y laboriosos en la simplicidad del estado campestre para el cual nacieron, han debido disfrutar de una salud más pareja y de una vida un poco más larga que en la molicie o los trabajos malsanos de las grandes ciudades: es decir, que, si en Constantinopla, París o Londres un hombre entre cien mil alcanza los cien años, es probable que veinte hombres entre cien mil alcanzaran antaño esa edad [7]. Es lo que se ha observado en varios

---

[5] Lib. II, cap. XLVI.

[6] La cita está en *Levítico*, XVIII (no XVII), 23, y se refiere a animales en general: «No te unirás con bestia haciéndote impuro por ella».

[7] La edición *princeps* dice: «... *un hombre entre veinte mil (...) veinte hombres entre veinte mil...*»

lugares de América, donde el género humano se había conservado en estado de pura naturaleza.

La peste, la viruela, que las caravanas árabes transmitieron en su momento a los pueblos de Asia y Europa, fueron desconocidas durante mucho tiempo. Así, el género humano en Asia y en los bellos climas de Europa se multiplicaba más fácilmente que en los demás sitios. Es cierto que las enfermedades de accidentes y muchas heridas no se curaban como en nuestros días, pero la ventaja de no ser atacado jamás por la viruela o por la peste compensaba todos los peligros ligados a nuestra naturaleza, de modo tal que, entre unas cosas y otras, es de suponer que el género humano, en los climas favorables, disfrutaba antaño de una vida más sana y feliz que la que vivió desde el establecimiento de los grandes imperios. [Lo cual no equivale a decir que los hombres hayan vivido jamás trescientos o cuatrocientos años: esto es un milagro muy respetable en la Biblia, pero en cualquier otro sitio es un cuento absurdo.]

III. DE LA ANTIGÜEDAD DE LAS NACIONES

Casi todos los pueblos, pero sobre todo los de Asia, cuentan una sucesión de siglos que nos espanta. Esta conformidad entre ellos debe al menos hacernos examinar si sus ideas sobre esta antigüedad están desprovistas de toda verosimilitud.

Para que una nación se constituya en un cuerpo organizado y sea poderosa, aguerrida, sabia, es necesario ciertamente un tiempo prodigioso. Pensad en América: no había allí más que dos reinos cuando fue descubierta y aún, en esos dos reinos, no se había inventado todavía el arte de la escritura. Todo el resto de ese vasto continente estaba dividido, y aún lo está, en pequeñas sociedades que desconocen las artes. Todos estos pueblos viven en chozas; se visten con pieles de animales en los climas fríos y van casi desnudos en los templados. Unos se alimentan de la caza; los otros, de las raíces que recogen: no han buscado otro estilo de vida, porque no se desea lo que no se conoce. Su industria no ha podido ir más allá de sus necesidades urgentes. Los samoyedas, los lapones, los habitantes del norte de Siberia, los de Kamchatka, están aún menos avanzados que los pueblos de América. La mayoría de los negros, todos los cafres, están sumergidos en la

misma estupidez [y en ella se pudrirán durante mucho tiempo].

Se necesita un concurso de circunstancias favorables durante siglos para que se forme una gran sociedad de hombres reunidos bajo las mismas leyes; lo mismo sucede con la formación de un lenguaje. Los hombres no articularían si no se les enseñase a pronunciar palabras: no lanzarían sino gritos confusos, no se entenderían sino por señas. Un niño sólo llega a hablar, al cabo de cierto tiempo, por imitación; y se expresaría con extrema dificultad si lo dejaran pasar sus primeros años sin desatar su lengua.

Fue necesario tal vez más tiempo para que algunos hombres, dotados de un talento singular, formaran y enseñaran a los otros los primeros rudimentos de un lenguaje imperfecto y bárbaro, que el que se necesitó para llegar luego al establecimiento de una sociedad. Hay incluso naciones enteras que nunca llegaron a formar un lenguaje regular y a pronunciar distintamente; así debieron ser los trogloditas, según el informe de Plinio [1]; así son todavía los habitantes del cabo de Buena Esperanza. Pero ¡qué distancia entre esa jerga bárbara y el arte de pintar los pensamientos!: la lejanía es inmensa.

Este estado de brutalidad en que estuvo durante mucho tiempo el género humano debió de ralear la especie en todos los climas. Los hombres apenas si podían satisfacer sus necesidades y, al no comprenderse, no podían prestarse socorro. Las bestias carniceras, con más instinto que ellos, debían de cubrir la tierra y devorar una parte de la especie humana.

Los hombres sólo podían defenderse contra los animales feroces lanzando piedras y armándose de gruesas ramas de árbol; tal vez de allí viene esa noción confusa de la antigüedad que pretende que los

[1] *Naturalis historia,* lib. V, cap. 8, 3.

primeros héroes combatían contra los leones y contra los jabalíes armados con mazas.

Los países más poblados fueron sin duda los de clima cálido, donde el hombre encontró una alimentación fácil y abundante en los cocos, los dátiles, las piñas y el arroz, que crece por sí mismo. Es bastante verosímil que la India, la China, las orillas del Éufrates y el Tigris estuviesen muy pobladas cuando las otras regiones estaban casi desiertas. En nuestros climas septentrionales, por el contrario, era mucho más fácil encontrar una compañía de lobos que una sociedad de hombres.

IV. DEL CONOCIMIENTO DEL ALMA

¿Qué noción habrán tenido del alma los primeros pueblos? La que tienen todos nuestros campesinos antes de haber oído el catecismo, o incluso después. No adquieren más que una idea confusa, sobre la que nunca reflexionan. La naturaleza ha tenido con ellos demasiada piedad como para hacerlos metafísicos; esta naturaleza es siempre y en todos sitios la misma. Ella hizo sentir a las primeras sociedades que había algún ser superior al hombre, cuando sufrían azotes extraordinarios. Les hizo sentir también que hay en el hombre algo que actúa y piensa. Aquellas sociedades no distinguían esta facultad de la de la vida [, y la palabra «alma» significó siempre la vida entre los antiguos, fuesen sirios o caldeos o egipcios o griegos, o aquellos que fueron finalmente a establecerse en una parte de Fenicia].

¿Por medio de qué pasos se puede llegar a imaginar en nuestro ser físico otro ser metafísico? Ciertamente, unos hombres sólo ocupados en sus necesidades no sabían lo suficiente como para equivocarse como filósofos [1].

---

[1] Edición *princeps: «... en sus necesidades, no eran filósofos.»*

Se formaron, andando los tiempos, sociedades un poco civilizadas, en las cuales un pequeño número de hombres pudo tener ocasión de reflexionar. Debió suceder que un hombre sensiblemente golpeado por la muerte de su padre, o de su hermano, o de su mujer, haya visto en sueños a la persona que extrañaba. Dos o tres sueños de esta naturaleza habrán inquietado a todo un pueblo. Un muerto se aparece a los vivos; y sin embargo este muerto, roído por los gusanos, sigue en su sitio. Se trata, pues, de algo que estaba en él, que se pasea en el aire: es su alma, su sombra, sus manes: es una ligera figura de sí mismo. Tal es el razonamiento natural de la ignorancia que comienza a razonar. Ésta es la opinión de todos los primeros tiempos conocidos, y debe haber sido, por tanto, la de los tiempos ignorados. La idea de un ser puramente inmaterial no pudo presentarse a mentes que sólo conocían la materia. Fueron necesarios herreros, carpinteros, albañiles, campesinos, antes de que se hallara un hombre que tuviese suficiente tiempo libre como para meditar. Todas las artes de la mano precedieron sin duda a la metafísica en varios siglos.

Señalemos, de paso, que en la edad media de Grecia, en tiempos de Homero, el alma no era más que una imagen aérea del cuerpo. Ulises ve en los infiernos sombras, manes [2]: ¿podía acaso ver espíritus puros?

Ya examinaremos más adelante cómo los griegos tomaron de los egipcios la idea de los infiernos y de la apoteosis de los muertos; cómo creyeron, al igual que otros pueblos, en una segunda vida, sin sospechar la espiritualidad del alma. Por el contrario, no podían imaginar que un ser sin cuerpo pudiese sentirse bien o mal. Y no sé si no fue Platón el primero que habló de un ser puramente espiri-

---

[2] *Odisea,* XI, 37.

tual. Es éste, probablemente, uno de los mayores esfuerzos de la inteligencia humana. [Y aun la espiritualidad de Platón es muy discutida, y la mayoría de los Padres de la Iglesia admitieron un alma corporal, por más platónicos que fueran.] Pero no estamos todavía en esos tiempos tan nuevos, y aún consideramos al mundo como algo informe y apenas desbastado.

V. DE LA RELIGIÓN DE LOS PRIMEROS HOMBRES

Cuando, tras un gran número de siglos, se establecieron algunas sociedades, hay que creer que hubo alguna religión, alguna especie de culto grosero. Los hombres, entonces sólo preocupados por llevar adelante su vida, no podían remontarse al autor de la vida: no podían conocer esas relaciones de todas las partes del universo, esos medios y esos fines innumerables que anuncian a los sabios un eterno arquitecto.

El conocimiento de un dios, formador, remunerador y vengador, es el fruto de la razón cultivada [1].

Todos los pueblos fueron pues, durante siglos, lo que son ahora los habitantes de muchas costas meridionales del África, los de muchas islas, y la mitad de los americanos. Estos pueblos no tienen idea alguna de un dios único, creador de todo, presente en todos los lugares, existente por sí mismo en la eternidad. No se los debe, sin embargo, considerar ateos en el sentido ordinario, ya que no niegan al Ser supremo: no lo conocen, no tienen ni la

[1] En la edición *princeps: «El conocimiento de un dios creador, remunerador y vengador es el fruto de la razón cultivada o de la revelación».*

menor idea de él. Los cafres toman como protector a un insecto; los negros, a una serpiente. Entre los americanos, unos adoran a la Luna, otros a un árbol; muchos no tienen absolutamente ningún culto.

Los peruanos, estando civilizados, adoraban al Sol: o Manco Capac les había hecho creer que era el hijo de este astro, o su razón incipiente les había dicho que debían algún reconocimiento al astro que anima la naturaleza.

Para saber cómo se establecieron todos estos cultos o supersticiones, me parece que hay que seguir el camino de la mente humana abandonada a sí misma. Una aldea de hombres casi salvajes ve perecer los frutos que la alimentan; una inundación destruye algunas cabañas; el rayo quema algunas más. ¿Quién les ha causado este mal? No puede ser uno de sus conciudadanos, ya que todos han sufrido por igual: debe ser, pues, una potencia secreta. Como ella los ha maltratado, hay que apaciguarla. ¿Cómo lograrlo? Sirviéndola como se sirve a quienes se pretende agradar, haciéndole pequeños regalos. Hay una serpiente en la vecindad, así que la potencia bien podría ser esa serpiente: se le dejará leche cerca de la caverna donde se refugia, y desde entonces se torna sagrada y se la invoca cuando hay guerra contra la aldea vecina que, por su parte, ha elegido otro protector.

Otras pequeñas aldeas se encuentran en la misma situación. Pero, al no tener objeto alguno en el que fijar su temor y adoración, denominan en general al ser que suponen es el causante de sus males *el Amo, el Señor, el Jefe, el Dominador.*

Esta idea, más conforme que las otras a la razón incipiente, que se acredita y fortifica con el tiempo, permanece en las cabezas cuando la nación se vuelve más numerosa. Así, vemos que muchas naciones no tienen más dios que el amo, el señor. Era Adonai entre los fenicios, Baal, Melkom, Adad, Sadai,

entre los pueblos de Siria. Todos estos nombres significan «el Señor», «el Poderoso».

Cada Estado tuvo pues, con el tiempo, su deidad tutelar, sin saber lo que es un dios ni poder imaginar que el Estado vecino no tuviese, como él, un protector verdadero. ¿Cómo pensar, teniendo un señor, que los demás no lo tuviesen también? Sólo se trataba de saber cuál, entre tantos amos, señores, dioses, triunfaría cuando las naciones combatiesen entre sí.

Tal fue, sin duda, el origen de esa opinión tan general y largamente difundida que pretendía que cada pueblo estaba realmente protegido por la deidad que había elegido. Esta idea estuvo tan arraigada entre los hombres que, en tiempos muy posteriores, podéis ver que Homero hace combatir a los dioses de Troya contra los dioses de los griegos, sin permitirnos sospechar en ningún momento que se trate de algo extraordinario y nuevo [2]. Veis a Jefté, entre los judíos, que dice a los ammonitas: «¿No poseéis legalmente lo que vuestro señor Camos os ha dado? Pues soportad entonces que nosotros poseamos la tierra que nos ha prometido nuestro señor Adonai» [3].

---

[2] La edición *princeps* no incluye la referencia a Homero»: «... *que, en tiempos muy posteriores, la vemos adoptada por los propios judíos. Jefté dice a los ammonitas...*»

[3] *Jueces,* XI, 24: «¿No posees ya todo lo que tu dios Kemos ha quitado para ti a sus poseedores? Igualmente nosotros poseemos todo lo que Yahveh nuestro Dios ha quitado para nosotros a sus poseedores.»

(Dada la gran diferencia, en ocasiones muy reveladora, entre las citas bíblicas transcriptas por Voltaire y las versiones actuales del Libro, he optado por traducir literalmente del francés los pasajes integrados en el texto y ofrecer en nota la versión «actualizada», que corresponde a la *Biblia de Jerusalén,* Desclée de Brouwer, Bilbao, 1976. Según Pomeau, las citas bíblicas provienen en su mayor parte de la traducción de la *Vulgata* del Dom Calmet, París, 1720.)

Hay otro pasaje no menos fuerte: es el de Jeremías, capítulo XLIX, versículo 1, donde se dice: «¿Qué razón ha tenido el señor Melkom para apoderarse del país de Gad?» [4]. Estas expresiones dejan claro que los judíos, servidores de Adonai, reconocían sin embargo al señor Melkom y al señor Camos.

En el primer capítulo de *Jueces* encontraréis que «el dios de Judá se hizo dueño de las montañas, pero no pudo vencer en los valles» [5]. Y en el tercer libro de *Reyes* encontraréis entre los sirios la opinión generalizada de que el dios de los judíos no era más que un dios de las montañas [6].

Hay mucho más. Nada fue tan común como adoptar dioses extranjeros. Los griegos reconocieron los de los egipcios: no digo el buey Apis y el perro Anubis, sino Amón y los doce grandes dioses. Los romanos adoraron a todos los dioses de los griegos. Jeremías, Amós y san Esteban [7] nos aseguran que en el desierto, durante cuarenta años, los judíos sólo reconocieron a Moloch, Remfán o Kium [8]; que

[4] *Jeremías,* XLIX, 1: «¿Por qué ha heredado Milkom a Gad, y su pueblo en las ciudades de éste habita?»

[5] *Jueces,* I, 19: «Yahveh estuvo con Judá, que conquistó la Montaña, pero no pudo expulsar a los habitantes del llano, porque tenían carros de hierro.»

[6] *I Reyes,* XX, 23: «Su dios es un dios de las montañas, por eso fue más fuerte que nosotros. Pero atacaremos en la llanura y ¿no seremos más fuertes que ellos?» La diferencia de denominación (*I Reyes* en lugar de *III Reyes*) se basa en que la *Vulgata* denomina *I y II Reyes* a los libros que la crítica actual suele llamar *I y II Samuel,* y *III y IV Reyes* a los actuales *I y II Reyes.*

[7] *Jeremías,* XXXII, 35. *Amós,* V, 25. *Hechos,* VII, 42.

[8] O Refán, o Chevan, o Kium, o Chion, etc. «Si no se supiera, más allá de toda duda, que los hebreos adoraron a sus ídolos en el desierto, no una sola vez, sino habitualmente y de forma perseverante, costaría trabajo creerlo... Sin embargo, esto es indiscutible, según el expreso testimonio de Amós, que reprocha a los israelitas haber llevado en su viaje por el desierto la tienda del dios Moloch, la imagen de sus ídolos, y la estrella de un dios

no hicieron ningún sacrificio, ni presentaron ninguna ofrenda al dios Adonai, al que después adoraron. Es cierto que el *Pentateuco* sólo habla del *becerro de oro,* que ningún profeta ha mencionado; pero no es éste el lugar para esclarecer esta gran dificultad: alcanza con reverenciar por igual a Moisés [9], Jeremías, Amós y san Esteban, que parecen contradecirse y que los teólogos concilian.

Sólo quiero señalar que, exceptuando esos tiempos de guerra y de fanatismo sanguinario que sofocan toda humanidad, y que hacen que las costumbres, las leyes, la religión de un pueblo se conviertan en objeto del horror de otro pueblo, todas las naciones consideraron muy conveniente que sus vecinos tuviesen sus dioses particulares, e imitaron frecuentemente el culto y las ceremonias de los extranjeros.

Los mismos judíos, pese a su horror por el resto de los hombres, que se acrecentó con el tiempo, imitaron la circuncisión de los árabes y los egipcios; se aficionaron, como estos últimos, a la distinción de las carnes; tomaron de ellos las abluciones, las procesiones, las danzas sagradas, el chivo Azazel [10], la vaca bermeja [11]. Adoraron frecuentemente al Baal, al Belfegor de sus otros vecinos: en tal medida la naturaleza y la costumbre triunfan casi siempre sobre la ley, sobre todo cuando esta ley no es generalmente conocida por el pueblo. Así, Jacob, nieto de Abraham, no tuvo inconveniente alguno en desposar a dos hermanas, que eran lo que nosotros de-

---

Remfán», *Bible de Vence,* «Disertación sobre la idolatría de los israelitas», al comienzo de las Profecías de Amós. (K)

[9] Aquí Moisés es mencionado en tanto que supuesto autor del *Pentateuco.* (P)

[10] *Levítico,* XVI. Azazel era el chivo emisario, que se enviaba al desierto con los pecados del pueblo.

[11] *Números,* XIX, 2-22.

nominamos idólatras, e hijas de un padre idólatra [12]. El propio Moisés desposó a la hija de un sacerdote madianita idólatra [13]. Abraham era hijo de un idólatra [14]. El nieto de Moisés, Eleazar, fue sacerdote idólatra de la tribu de Dan, idólatra [15].

Estos mismos judíos, que mucho tiempo después gritaron tanto contra los cultos extranjeros, llamaron en sus libros sagrados «el ungido del Señor» al idólatra Nabucodonosor; también al idólatra Ciro lo llamaron «ungido del Señor». Uno de sus profetas fue enviado a la idólatra Nínive. Elíseo permitió al idólatra Naaman que fuera al templo de Remnón [16]. Pero no anticipemos nada; ya sabemos suficientemente que los hombres se contradicen siempre en sus costumbres y sus leyes. No salgamos del tema que estamos tratando: sigamos viendo cómo se establecieron las diversas religiones.

Los pueblos más civilizados de Asia, de este lado del Éufrates, adoraron a los astros. Los caldeos, antes del primer Zoroastro, rendían homenaje al sol, como hicieron más tarde los peruanos, en el otro hemisferio. Es menester que este error sea connatural al hombre, ya que ha tenido tantos sectarios tanto en Asia como en América. Una nación pequeña y medio salvaje tiene sólo un protector. Después se hace más numerosa, y aumenta la cifra de sus dioses. Los egipcios comenzaron adorando a Isbeth, o Isis, y terminaron adorando gatos. Los primeros homenajes de los romanos agrestes son para Marte; los de los romanos amos de Europa son para la diosa del acto del matrimonio, para el dios de las letri-

---

[12] Lía y Raquel, hijas de Labán: *Génesis,* XXIX, 10 ss.
[13] Séfora, hija de Jetro. *Éxodo,* II, 16-22.
[14] *Génesis,* XI, 24-32. La idolatría de Teraj no consta en ese texto ni más ni menos que la de Abraham.
[15] *Jueces,* XVIII, 30.
[16] Los textos aludidos en esta frase son: *Jeremías,* XXVII, 6-11; *Isaías,* XLV, 1; *Jonás,* III; *II Reyes,* V, 18. (P)

nas *. Y, sin embargo, Cicerón y todos los filósofos y todos los iniciados reconocía un Dios supremo y todopoderoso. Habían retornado, por la razón, al punto del cual habían partido por instinto los hombres salvajes.

Las apoteosis sólo pueden ser imaginadas mucho después que los primeros cultos. No es natural hacer primero un dios de un hombre que hemos visto nacer como nosotros, sufrir como nosotros las enfermedades, las penas, las miserias de la humanidad, las mismas necesidades humillantes, morir y tornarse pasto de los gusanos. Pero es algo que llegó en casi todas las naciones, tras las revoluciones de muchos siglos.

Un hombre que había hecho grandes cosas, que había servido al género humano, no podía, en verdad, ser mirado como un dios por aquellos que lo habían visto temblar de fiebre, o ir al lavabo; pero los entusiastas se persuadieron de que, dueño de calidades eminentes, las debía a un dios, y que era hijo de un dios. Así, los dioses tuvieron hijos por todo el mundo, ya que, sin contar las ensoñaciones de tantos pueblos que precedieron a los griegos, Baco, Perseo, Hércules, Cástor, Pólux, fueron hijos de dios; Rómulo, hijo de dios; Alejandro fue declarado hijo de dios en Egipto; un tal Odín, de nuestras naciones del norte, hijo de dios; Manco Capac, hijo del Sol en el Perú. El historiador de los mongoles, Abulcazim, relata que una de las antepasadas de Gengis, llamada Alanku, fue preñada por un rayo celeste [17]. El propio Gengis pasó por hijo de dios; y cuando el papa Inocencio IV envió al herma-

* *Dea Pertunda, Deus Stertucius.*

[17] Aboul-Ghazi Behadour Khan, *Histoire des Mogols et des Tartares,* trad. Desmaisons, Saint Petersbourg, 1874 (otra edición en Leyden en 1726), p. 65: ese «rayo» tenía la forma de un hombre de rostro blanco y se comportaba en todos los aspectos como ser humano de sexo masculino. (P)

no Ascelino a la corte de Batú Jan, nieto de Gengis, este monje, que sólo podía ser presentado a uno de los visires, le dijo que venía de parte del vicario de Dios. Y el ministro respondió: «¿Y ese vicario ignora que debe homenajes y tributos al hijo de Dios, el gran Batú Jan, su amo?»

De un hijo de dios a un dios no hay mucha distancia, entre hombres enamorados de lo maravilloso. No se necesitan más de dos o tres generaciones para hacer que el hijo comparta las posesiones del padre; así, con el tiempo, se fueron levantando templos a todos los que se suponía nacidos del comercio sobrenatural de la deidad con nuestras mujeres e hijas.

Se podrían escribir tomos enteros sobre este tema, pero todos esos tomos se reducen a dos palabras: que la mayoría del género humano ha sido [y será] durante mucho tiempo insensata e imbécil, y que tal vez los más insensatos de todos han sido los que quisieron encontrarle un sentido a esas fábulas absurdas, y poner algo de razón en la locura.

VI. DE LAS COSTUMBRES Y LOS SENTIMIENTOS COMUNES A CASI TODAS LAS NACIONES ANTIGUAS

La naturaleza es la misma en todas partes; así, los hombres han debido de adoptar necesariamente las mismas verdades y los mismos errores en cuanto a las cosas que más excitan la imaginación. Todos debieron de atribuir el estruendo y los efectos del trueno al poder de un ser superior que habitaba en el aire. Los pueblos vecinos del océano, viendo cómo las grandes mareas inundaban sus costas al llegar la luna llena, debieron de creer que la Luna era la causa de todo lo que le acontecía al mundo en sus diferentes fases.

En sus ceremonias religiosas, casi todos dirigían sus rostros al oriente, sin siquiera pensar que no hay ni oriente ni occidente, rindiendo todos una especie de homenaje al Sol que se elevaba ante sus ojos. Entre los animales, la serpiente debió de parecerles dotada de una inteligencia superior porque, viéndola mudar su piel de tanto en tanto, debieron de pensar que rejuvenecía. Podía, pues, al cambiar de piel, mantenerse siempre joven: era, pues, inmortal. Las grandes serpientes que se encontraban alrededor de las fuentes impedían la aproximación

de los temerosos: rápidamente se pensó que custodiaban tesoros. Así, una serpiente guardaba las manzanas de oro de las Hespérides; otra velaba cerca del vellocino de oro; y, en los misterios de Baco, se transportaba la imagen de una serpiente que parecía custodiar un racimo de oro.

Se tenía, pues, a la serpiente por el más hábil de los animales; de allí viene la antigua fábula india que relata que Dios, habiendo creado al hombre, le dio una droga que le aseguraba una vida sana y duradera. El hombre cargó en su asno el presente divino pero, a medio camino, el asno tuvo sed; la serpiente le señaló una fuente y, mientras bebía, se zampó la droga del dios, de forma tal que el hombre perdió la inmortalidad por su negligencia, y la serpiente la logró por su astucia. De allí vienen tantos cuentos de asnos y serpientes.

Estas serpientes hacían el mal; pero, como tenían algo divino, sólo un dios podía enseñar a destruirlas. Así, la serpiente Pitón fue muerta por Apolo [1]. Así, Ofionea, la gran serpiente, hizo la guerra a los dioses durante mucho tiempo, antes de que los griegos forjaran su Apolo. Un fragmento de Ferécidas [2] prueba que esta fábula de la gran serpiente enemiga de los dioses era una de las más antiguas de Fenicia. [Y, cien siglos antes de Ferécidas, los primeros brahmanes habían imaginado que Dios envió un día a la tierra una gruesa culebra que engen-

---

[1] La serpiente Pitón, hija de Gea, ocupó el oráculo de Delfos hasta que Apolo la mató para instalarse en él. De ahí *pitonisa.*

[2] Aparentemente, Voltaire conocía este texto de Ferécidas a través del *Dictionnaire* de Moréri, art. «Ophionée», que dice (ed. de 1759): «Ferécidas... dice que Ofionea conducía una tropa de demonios que se había alzado contra Júpiter, con lo cual demuestra que se había enterado de alguna cosa relativa a la revuelta de Lucifer, denominado aquí Ofionea, que significa "serpentino"; ya que el demonio, como nos lo enseña el *Génesis*, apareció por primera vez bajo la figura de una serpiente». (P)

dró diez mil culebras, las cuales fueron tantos otros pecados en el corazón de los hombres.]

Ya hemos visto que las fantasías, los sueños, debieron de introducir la misma superstición en toda la tierra. Estoy inquieto, antes de dormir, por la salud de mi mujer, de mi hijo; los veo moribundos en mi sueño, y mueren días más tarde: no hay duda de que los dioses me habían enviado aquel sueño verdadero. Y si mi sueño no se realiza es que los dioses me han enviado un sueño falaz. Así, en Homero, Júpiter envía un sueño falaz a Agamenón, jefe del los griegos [3]. [Así (en el tercer libro de *Reyes,* capítulo XXII), el dios que conduce a los judíos envía un espíritu astuto para mentir por boca de los profetas y engañar al rey Acab [4].]

Todos los sueños, verdaderos o falsos, vienen del cielo; siguiendo este razonamiento, los oráculos se establecen a lo largo y ancho de la Tierra.

Una mujer va a preguntar a los magos si su marido morirá durante el año. Uno le responde que sí, otro que no: es seguro que uno de los dos tendrá razón. Si su marido vive, la mujer guardará silencio; si muere, gritará por toda la ciudad que el mago que ha predicho esta muerte es un profeta divino. Pronto aparecen en todos los países hombres que predicen el futuro, y que descubren las cosas mejor escondidas. Estos hombres se llaman «videntes» entre los egipcios, como dice Manetón, citado por Josefo en su *Discurso contra Apión* [5].

---

[3] *Ilíada,* II, 34.

[4] *I Reyes* XXII, 18-23. Otro profeta, Miqueas, descubre la maniobra de Yahvé.

[5] El *Contra Apión* en la *Histoire de la guerre des Juifs,* trad. Arnauld d'Andilly, París, 1736, t. V, p. 367, refiere un texto de Manetón sobre una profecía de un sacerdote egipcio: no dice que se denominara «vidente» a ese sacerdote.

Voltaire invoca frecuentemente la autoridad de Manetón en la *Filosofía de la Historia* y en otros escritos: se trataba de un

Había *videntes* en Caldea, en Siria. Cada templo tuvo sus oráculos. Los de Apolo obtuvieron tanto crédito que Rollin [6], en su *Historia antigua,* repite los oráculos dados por Apolo a Creso. El dios adivina que el rey hace cocer una tortuga en un caldero de cobre, y le dice que su reino terminará cuando una mula se siente en el trono de los persas [7]. Rollin no examina si estas predicciones, dignas de Nostradamus, fueron hechas después de los hechos; Rollin no duda de la ciencia de los sacerdotes de Apolo y cree que Dios permitía que Apolo hablara con verdad: lo hacía, aparentemente, para confirmar a los paganos en su religión.

Un problema más filosófico, sobre el que todas las grandes naciones civilizadas, desde la India hasta Grecia, estuvieron de acuerdo, es el del origen del bien y del mal.

Los primeros teólogos de todas las naciones debieron de hacerse la pregunta que todos nos hacemos desde los quince años: ¿por qué existe el mal sobre la tierra?

En la India se enseñaba que Adimo, hijo de Brahma [8], hizo a los hombres justos con el ombligo por el lado derecho, y a los injustos por el lado izquierdo, y que de ese costado izquierdo vinieron el mal moral y los sufrimientos físicos. Los egipcios tuvieron su Tifón [9], que fue el enemigo de Osiris.

sacerdote egipcio del siglo II a.C. —cuyo nombre significa «dado a Tot»— autor de una historia de Egipto de la cual sólo subsisten fragmentos citados por Josefo. (P)

[6] Charles Rollin (1661-1741), filósofo, retórico, rector de la Universidad de París, de adscripción jansenista. Las críticas de Voltaire se refieren sobre todo a su *Historia antigua* (1730-1738), recopilación de relatos bastante desprovista de crítica histórica.

[7] Rollin, *Histoire ancienne,* Amsterdam, 1739, t. II, pp. 183, 185 (la mula); t. V, p. 37 (la tortuga). (P)

[8] En el *Ensayo...,* cap. 4, Voltaire dice que Brahma nació de Adimo. (B)

[9] Monstruo horrible y desmesurado de la *Teogonía* de Hesío-

Los persas imaginaron que Arimán agujereó el huevo que había puesto Ormuz, e hizo entrar en él el pecado [10]. Ya conocemos la Pandora de los griegos [11]: es la más bella de todas las alegorías que la antigüedad nos ha transmitido.

La alegoría de Job fue ciertamente escrita en árabe, puesto que las traducciones hebrea y griega han conservado varios términos árabes. Este libro, que tiene una gran antigüedad, representa a Satán, que es el Arimán de los persas y el Tifón de los egipcios, paseándose por la tierra y pidiéndole al Señor su permiso para afligir a Job. Satán parece subordinado al Señor, pero resulta que Satán es un ser muy poderoso, capaz de enviar a la tierra enfermedades, y de matar a los animales.

Resultaba, en el fondo, que tantos pueblos estaban sin saberlo de acuerdo sobre la creencia en los dos principios, que el universo entonces conocido era de algún modo maniqueo.

Todos los pueblos debieron de admitir las expiaciones, puesto que ¿dónde estaba el hombre que no hubiese cometido grandes faltas contra la sociedad? ¿Dónde estaba el hombre al que el instinto de su razón no le hiciese sentir remordimientos? El agua lavaba las manchas del cuerpo y de los vestidos, el fuego purificaba los metales: era, pues, menester que el agua y el fuego purificasen las almas. Así, no hubo templo alguno sin aguas y fuegos redentores.

Los hombres se sumergieron en el Ganges, en

---

do, que combatió a los dioses del Olimpo. Tras numerosas peripecias, fue encerrado dentro del volcán Etna, desde donde producía tormentas y erupciones. En la mitología egipcia, hermano rebelde de Isis y Osiris, a quien asesinó, originando toda la saga de los misterios de Isis. Le estaban consagrados el cocodrilo, el asno, el hipopótamo, el verraco y el escorpión.

[10] Ormuz y Arimán representan los dos principios, el bien y el mal, la luz y las tinieblas, en la cosmogonía persa.

[11] Ya la conocemos.

el Indo, en el Éufrates, con el cambio de luna y con los eclipses. Esta inmersión expiaba los pecados. Si nadie se purificaba en el Nilo es porque los cocodrilos habrían devorado a los penitentes. Pero los sacerdotes, que se purificaban en lugar del pueblo, se sumergían en amplios estanques, y bañaban allí a los criminales que iban a pedir perdón a los dioses.

Los griegos, en todos sus templos, tenían baños sagrados y fuegos sagrados, símbolos universales, para todos los hombres, de la pureza de las almas. Finalmente, las supersticiones parecen establecidas en todas las naciones, excepto entre los letrados de la China.

VII. DE LOS SALVAJES

¿Definís como *salvajes* a unos palurdos que viven en cabañas con sus hembras y algunos animales, expuestos a la intemperie de las estaciones; que sólo conocen la tierra que los alimenta y el mercado al que van de tanto en tanto a vender sus víveres para comprar algunas vestimentas groseras; que hablan una jerga incomprensible en las ciudades; que tienen pocas ideas y, en consecuencia, pocas expresiones; sometidos, sin saber por qué, a un hombre de pluma al que llevan todos los años la mitad de lo que han ganado con el sudor de su frente; que se reúnen ciertos días en una especie de granja para celebrar ceremonias en las que no comprenden nada escuchando a un hombre vestido extrañamente al que no entienden; que abandonan de vez en cuando su choza al son de los tambores para ir a hacerse matar a una tierra extranjera y a matar a sus semejantes por un cuarto de lo que pueden ganar trabajando la tierra? De estos salvajes hay en toda Europa. Sobre todo, debemos convenir en que los pueblos de Canadá y los cafres, que nos hemos complacido en denominar salvajes, son infinitamente superiores a los nuestros. El hurón, el algonquino, el illinois, el cafre, el hotentote, poseen el arte de fabricar por sí mismos todo lo que necesitan; este

arte les falta a nuestros palurdos. Los pueblos de América y África son libres, y nuestros salvajes no tienen siquiera la idea de la libertad.

Los pretendidos salvajes de América son soberanos que reciben embajadores de nuestras colonias transplantadas a su territorio por la avaricia y la ligereza. Conocen el honor, del que nuestros salvajes de Europa nunca oyeron palabra. Tienen una patria, la aman, la defienden, hacen tratados, combaten con valor y hablan frecuentemente con una energía heroica. ¿Hay una respuesta más bella, en los *Grandes hombres* de Plutarco, que la de ese jefe canadiense a una nación europea que le proponía que le cediese su territorio? «Hemos nacido en esta tierra, nuestros padres están enterrados en ella. ¿Podríamos decir a las osamentas de nuestros padres: "Levantaos y venid con nosotros a una tierra extranjera"?»

Estos canadienses eran espartanos en comparación con los palurdos que vegetan en nuestras aldeas y los sibaritas que se embotan en nuestras ciudades.

¿Definís como salvajes a unos animales con dos pies, que a veces caminan sobre sus manos, aislados, errando por los bosques, *selvatici, selvaggi,* que se acoplan a la ventura, que olvidan a las mujeres [1] a las que se unieron, que no conocen hijos ni padres y viven como brutos, sin el instinto ni los recursos de las bestias? Se ha escrito que tal es el verdadero estado del hombre y que no hemos hecho más que degenerar miserablemente desde que lo dejamos. Yo no creo que esa vida solitaria, atribuida a nuestros padres, esté en la naturaleza humana.

Estamos, si no me equivoco, en primera fila —si se me permite decirlo así— entre los animales que viven en manada, como las abejas, las hormigas, los

[1] Edición *princeps: hembras.*

castores, los gansos, las gallinas, las ovejas, etc. Si encontramos una abeja errante, ¿debemos concluir que esta abeja está en estado de pura naturaleza, y que las que trabajan en sociedad en el panal han degenerado?

¿No tiene todo animal un instinto irresistible al que obedece necesariamente? ¿Qué es ese instinto? La armonización de los órganos que se va realizando con el tiempo. Este instinto no puede desarrollarse desde un primer momento, porque los órganos no han alcanzado su plenitud *.

En efecto, ¿no vemos acaso que todos los animales, así como todos los demás seres, ejecutan invariablemente la ley que la naturaleza impone a su especie? El pájaro hace su nido, como los astros siguen su carrera, por un principio que no cambia jamás. ¿Cómo habría podido cambiar únicamente el hombre? Si hubiese sido destinado a vivir solitario como los otros animales carniceros, ¿habría podido contradecir la ley de la naturaleza hasta el punto de vivir en sociedad? Y si hubiese sido hecho para vivir en manada, como los animales de granja y tantos otros, ¿habría podido pervertir su destino hasta el punto de vivir durante siglos en soledad? El hombre es perfectible, y por eso se ha deducido

---

* «Su poder es constante, su principio es divino;
Debe crecer el niño antes de ejercer una
Habilidad que ignora cuando yace en la cuna.
El gorrión, en el punto de su primer temblor,
Sin plumas en su nido, ¿puede sentir amor?
El zorro cuando nace, ¿corre a buscar su presa?
Los insectos cambiantes que nos hilan la seda,
Los enjambres zumbones de esas hijas del cielo,
Que amasan cera, y miel componen en sus vuelos,
¿Nada más florecer toman su actividad?
Todo crece con tiempo, madura con la edad.
Cada ser tiene un rumbo, y a la hora señalada,
Anda y llega a su meta, por el cielo indicada.»
(Poema de la ley natural, II parte.)

que se había pervertido. Pero ¿por qué no deducir de ello que se ha perfeccionado hasta el punto que la naturaleza le marcó como límite para su perfección?

Todos los hombres viven en sociedad: ¿se puede inferir de esto que antaño no lo hicieron? ¿No sería como si se dedujese que si los toros actualmente tienen cuernos es porque no los tuvieron antes?

El hombre, en general, ha sido siempre lo que es: esto no significa que haya tenido siempre bellas ciudades, cañones de ochenta libras, óperas cómicas y conventos de religiosas. Pero siempre ha tenido el mismo instinto, que lo lleva a amarse en sí mismo, en la compañera de su placer, en sus hijos, en sus nietos, en las obras de sus manos.

Esto es lo que no cambia jamás, de una extremidad del universo a la otra. Y, si el fundamento de la sociedad ha existido siempre, hubo entonces siempre alguna sociedad: no hemos sido hechos para vivir a la manera de los osos.

Se han encontrado a veces niños perdidos en los bosques, que vivían como bestias; pero también se han encontrado ovejas y gansos: esto no niega que los gansos y las ovejas estén destinados a vivir en manada.

Hay faquires en la India que viven solos, cargados de cadenas. Sí; y viven así sólo para que los paseantes, que los admiran, les den limosna. Obran, por un fanatismo colmado de vanidad, como nuestros mendigos vagabundos, que se baldan para atraer la compasión. Estos excrementos de la sociedad humana sólo son pruebas del abuso que puede hacerse de esta sociedad.

Es muy verosímil que el hombre haya sido agreste durante millares de siglos, como lo son aún hoy infinidad de campesinos. Pero el hombre no ha podido vivir como los tejones y las liebres.

¿En virtud de qué ley, de qué vínculos secretos,

de qué instinto, habrá vivido el hombre siempre en familia sin la ayuda de las artes y sin haber formado aún un lenguaje? En virtud de su propia naturaleza, del gusto que lo lleva a unirse con una mujer; en virtud del afecto que un morisco, un islandés, un lapón, un hotentote sienten por su compañera cuando su vientre, al engordar, les da la esperanza de ver nacer de su sangre un ser semejante a ellos; en virtud de la necesidad que este hombre y esta mujer tienen el uno del otro, del amor que la naturaleza les inspira hacia sus pequeños, en cuanto éstos nacen, de la autoridad que la naturaleza les da sobre esos pequeños, de la costumbre de amar, de la costumbre que necesariamente adopta el pequeño de obedecer a su padre y a su madre, de las ayudas que los padres reciben del pequeño en cuanto éste tiene cinco o seis años, de los nuevos niños que procrean este hombre y esta mujer; y es finalmente en virtud de que, en su edad avanzada, ven con placer cómo sus hijos e hijas procrean juntos otros niños, que tienen el mismo instinto que sus padres y madres.

Todo esto constituye un agrupamiento de hombres bastante groseros, lo confieso; pero ¿hay quien crea que los carboneros de las selvas de Alemania, los habitantes del Norte, y cien pueblos de África, viven hoy de forma muy diferente?

¿Qué idioma hablarán estas familias salvajes y bárbaras? Sin duda pasarán mucho tiempo sin hablar ninguno; se entenderán muy bien por medio de gritos y gestos. De esta manera, todas las naciones han sido salvajes, tomando la palabra en este sentido; es decir, que ha habido durante mucho tiempo familias errando en los bosques, disputándose el alimento con los demás animales, armándose contra ellos con piedras y grandes ramas de árboles, alimentándose de legumbres silvestres, de frutos de todas clases y, finalmente, incluso de animales.

Hay en el hombre un instinto mecánico que, según vemos, produce todos los días grandes efectos en hombres muy groseros. Vemos máquinas inventadas por los habitantes de las montañas del Tirol y de los Vosgos, que asombran a los sabios. El campesino más ignorante sabe en todas partes mover los fardos más pesados con la ayuda de la palanca, sin imaginar siquiera que la fuerza equilibrante es al peso como la distancia entre el punto de apoyo y dicho peso es a la distancia entre este mismo punto de apoyo y la fuerza. Si hubiese sido necesario que este conocimiento precediese al uso de las palancas, ¡cuántos siglos habrían pasado antes de que se hubiera podido mover de su sitio una piedra grande!

Proponed a unos niños que salten un foso; todos tomarán mecánicamente impulso, retrocediendo un poco, y luego correrán. Seguramente no saben que su fuerza, en este caso, es el producto de su masa multiplicada por su velocidad.

Está, pues, probado que la naturaleza nos inspira por sí sola ideas útiles que preceden a todas nuestras reflexiones. Lo mismo sucede con la moral. Todos nosotros tenemos dos sentimientos que son el fundamento de la sociedad: la conmiseración y la justicia. Si un niño ve atormentar a un semejante, sentirá súbitas angustias; las demostrará con sus gritos y lágrimas; socorrerá, si puede, al que sufre.

Preguntad a un niño sin educación, que comienza a razonar y hablar, si el grano que un hombre ha sembrado en su tierra le pertenece y si el ladrón que ha matado a ese propietario tiene algún derecho legítimo sobre dicho grano; ya veréis si el niño no responde como todos los legisladores de la tierra.

Dios nos ha dado un principio de razón universal, como ha dado plumas a las aves y pelaje a los osos; y este principio es tan constante que subsiste pese a todas las pasiones que lo combaten, pese a

los tiranos que quieren ahogarlo en sangre, pese a los impostores que quieren aniquilarlo con la superstición. Es lo que hace que el pueblo más grosero juzgue siempre muy bien, a la larga, las leyes que lo gobiernan, porque siente si esas leyes se conforman o se oponen a los principios de conmiseración y justicia que están en sus corazones.

Pero, antes de llegar a formar una sociedad numerosa, un pueblo, una nación, es necesario un lenguaje; y es lo más difícil. Sin el don de la imitación nunca se habría llegado a ello. Sin duda se habrá comenzado por gritos que expresaran las primeras necesidades; luego los hombres más ingeniosos, nacidos con los órganos más flexibles, habrán formado algunas articulaciones que sus hijos habrán repetido; las madres, sobre todo, habrán sido las primeras en desatar sus lenguas. Todo idioma incipiente habrá estado compuesto de monosílabos, más cómodos de formar y retener.

Vemos, en efecto, que las naciones más antiguas, que han conservado algo de su primer lenguaje, expresan aún por medio de monosílabos las cosas más familiares y que más frecuentemente se presentan a nuestros sentidos; casi todo el chino está aún hoy basado en monosílabos.

Consultad el antiguo tudesco y todos los idiomas del Norte, y apenas encontraréis alguna cosa necesaria y común que sea expresada por más de una articulación. Todo son monosílabos: *zon,* el sol; *moun,* la luna; *zé,* el mar; *flus,* el río; *man,* el hombre; *kof,* la cabeza; *boum,* un árbol; *drink,* beber; *march,* caminar; *shlaf,* dormir, etc.

Con tal brevedad se expresaban en los bosques de la Galia y la Germania y en todo el septentrión. Los griegos y los romanos no tuvieron palabras compuestas hasta mucho tiempo después de haberse reunido como pueblos.

Pero ¿qué sagacidad nos ha permitido señalar

las diferencias de los tiempos? ¿Cómo hemos podido expresar los matices *querría, habría querido;* las cosas positivas, las cosas condicionales?

Tal vez sólo en las naciones más civilizadas se ha llegado, con el tiempo, a hacer sensibles, por medio de palabras compuestas, estas operaciones secretas del espíritu humano. Así se ve que entre los bárbaros no hay sino dos o tres tiempos. Los hebreos sólo expresaban el presente y el futuro. [La lengua franca, tan común en los puertos de Levante, aún está reducida a esa indigencia.] Y finalmente, pese a todos los esfuerzos de los hombres, no hay lenguaje alguno que se acerque a la perfección.

VIII. DE AMÉRICA

¿Es posible que todavía haya quienes pregunten de dónde vinieron los pueblos que poblaron América? Seguramente hay que hacerse la misma pregunta sobre las naciones de las tierras australes, mucho más alejadas que las Antillas del puerto del que partió Cristóbal Colón. Se han encontrado hombres y animales en todos los lugares en que la Tierra es habitable: ¿quién los ha puesto allí? Ya lo hemos dicho [1], es el mismo que hace crecer la hierba de los prados: y no debería causar más sorpresa encontrar en América hombres que moscas.

Es bastante divertido que el jesuita Lafitau pretenda, en su prefacio a la *Histoire des sauvages américains,* que sólo los ateos pueden decir que Dios ha creado a los americanos [2].

---

[1] Caps. 145 y 146 del *Ensayo...*, compuesto antes que la *Filosofía de la Historia.*

[2] Lafitau no dice nada de eso en su prefacio de los *Moeurs des sauvages américains comparés aux moeurs des premiers temps,* París, 1724, del que hay un ejemplar anotado en la biblioteca de Voltaire que se conserva en Leningrado, y en el cual el jesuita se esfuerza por establecer que los indígenas americanos descienden de Noé. En él se lee, p. 55: «Se podría agregar que hay alguna relación entre el antiguo nombre de Caria y el de Caribe» (y Voltaire anota: «Caribe viene de Caria como bella esclava de vela eslava»). La explicación de los niños rojos está en

Aún hoy se graban mapas del viejo mundo donde América aparece bajo el nombre de isla Atlántica. En ellos, las islas de Cabo Verde figuran bajo el nombre de Gorgadas; las del Caribe, bajo el de islas Hespérides. Sin embargo, todo esto no se basa más que en el antiguo descubrimiento de las islas Canarias, y probablemente en el de Madeira, a donde viajaron fenicios y cartagineses; estas islas están casi pegadas al África, y quizás en los viejos tiempos estaban aún más cerca que ahora.

Dejemos que el padre Lafitau haga proceder a los caribes de los pueblos de Caria, a causa de la semejanza del nombre, y sobre todo porque las mujeres caribes cocinaban para sus maridos al igual que las mujeres carias; dejémoslo suponer que las caribes nacen rojas, y las negras negras a causa de la costumbre de sus primeros antepasados de pintarse de negro o de rojo.

Sucedió, dice el padre, que las negras, al ver a sus maridos teñidos de negro, sufrieron tal impresión que su raza sufrió para siempre las consecuencias. Lo mismo les sucedió a las mujeres caribes que, por la misma fuerza de imaginación, dieron a luz niños rojos. Trae a colación el ejemplo de las ovejas de Jacob, que nacieron abigarradas gracias al acierto que había tenido este patriarca al poner ante sus ojos unas ramas a medio descascarar; estas ramas, que parecían aproximadamente de dos colores, dieron así dos colores a los corderos del patriarca. Pero el jesuita debía saber que todo lo que sucedía en los tiempos de Jacob ya no sucede en nuestros días.

Si le hubieran preguntado al yerno de Labán por

p. 68 (y Voltaire anota: «¿puedes citar a las ovejas de Jacob?»). Lafitau concluye, en p. 89, que los indígenas americanos «provienen originariamente de esos bárbaros que ocuparon el continente de Grecia y sus islas» (y Voltaire anota: «¡Americanos provenientes de los griegos! ¡Ejem!»). (P)

qué sus ovejas, que veían todo el tiempo la hierba, no criaban corderos verdes, lo habrían puesto en un buen apuro.

Finalmente, Lafitau hace proceder a los americanos de los antiguos griegos, y éstas son sus razones. Los griegos tenían fábulas, algunos americanos también las tienen. Los primeros griegos iban a cazar, los americanos también van. Los primeros griegos tenían oráculos, los americanos tienen hechiceros. En las fiestas de Grecia se bailaba, y se baila en América. Hay que confesar que las razones son convincentes.

Se podría hacer, acerca de las naciones del nuevo mundo, una reflexión que el padre Lafitau no ha hecho: que los pueblos alejados de los trópicos han sido siempre invencibles, y los pueblos más cercanos a los trópicos han estado casi todos sometidos a monarcas. Lo mismo sucedió durante mucho tiempo en nuestro continente. Pero no se advierte que los pueblos del Canadá hayan ido nunca a subyugar a los mexicanos, como los tártaros se propagaron en Asia y Europa. Parece que los canadienses nunca fueron tan numerosos como para fundar colonias en el extranjero.

En general, América nunca ha podido estar tan poblada como Europa y Asia: está cubierta de pantanos inmensos que enrarecen el aire; la tierra cría un número prodigioso de venenos; las flechas humedecidas en el jugo de estas hierbas ponzoñosas producen siempre heridas mortales. La naturaleza, por fin, ha dado a los americanos mucha menos industriosidad que a los hombres del viejo mundo. Todas estas causas reunidas han podido afectar mucho a la población.

Entre todas las observaciones físicas que se puede hacer sobre esta cuarta parte de nuestro universo, desconocida durante tanto tiempo, tal vez la más singular es que sólo se encuentra en ella un pueblo

que tenga barba: se trata de los esquimales. Viven en el norte, hacia el paralelo cincuenta y dos, donde el frío es más intenso que en el sesenta y seis de nuestro continente. Sus vecinos son imberbes. He aquí dos razas de hombres absolutamente diferentes una al lado de la otra [, suponiendo que efectivamente los esquimales sean barbudos. Pero hay nuevos viajeros que dicen que los esquimales son imberbes, que habíamos tomado por barbas sus cabellos grasientos. ¿A quién creer? [3]].

Hacia el istmo de Panamá está la raza de los darienes, casi similar a los albinos, que huye de la luz y vegeta en cavernas, raza débil y, por tanto, muy poco numerosa.

Los leones de América son enclenques y cobardes; los animales lanudos [4] son tan grandes y vigorosos que sirven para llevar carga. Todos los ríos son por lo menos diez veces más anchos que los nuestros. Finalmente, las producciones naturales de esa tierra no son como las de nuestro hemisferio. Así, todo es diverso, y la misma providencia que ha producido el elefante, el rinoceronte y los negros ha hecho nacer en ese otro mundo alces, cóndores, animales de los que durante mucho tiempo se ha creído que tenían el ombligo en la espalda [5], y hombres de un carácter que no es el nuestro.

[3] Parece que existe realmente en América un pequeño pueblo de hombres barbudos. Pero los islandeses navegaron a América mucho antes que Cristóbal Colón, y es posible que este pueblo de hombres barbudos sea un resto de esas navegaciones europeas.

Carver, quien ha viajado por el norte de América durante los años 1766, 1767, 1768, pretende, en su obra impresa en 1768, que los salvajes de América no son imberbes sino porque se depilan. Ver *Carver's Travel*, p. 244: el autor habla como testigo ocular. (K)

[4] Edición *princeps: «los carneros».*

[5] Edición *princeps: «...cerdos que tienen el ombligo en la espalda.»*

IX. DE LA TEOCRACIA

Parece que la mayoría de las naciones antiguas fueron gobernadas por una especie de teocracia. Comenzad por la India y veréis allí a los brahmanes como soberanos durante mucho tiempo; en Persia, los magos tienen la mayor autoridad. La historia de las orejas de Esmerdis [1] puede ser una fábula, pero sigue siendo cierto que era un mago quien ocupaba el trono de Ciro. Muchos sacerdotes de Egipto prescribían a los reyes incluso las raciones de su bebida y su comida, los educaban en su infancia y los juzgaban tras su muerte, y frecuentemente se hacían reyes ellos mismos.

Si descendemos de los griegos, su historia, por fabulosa que sea, ¿no nos enseña que el profeta Calcas tenía poder suficiente en el ejército como para sacrificar a la hija del rey de reyes?

Descended aún más, hasta las naciones salvajes posteriores a los griegos: los druidas gobernaban la nación gala.

---

[1] Herodoto, lib. III, caps. LXI-LXXIX. Esmerdis era un hermano de Cambises, hijo de Ciro, que aquél había hecho matar para no compartir su trono. Un mago llamado también Esmerdis consiguió, por medio de complicada trama, usurpar el trono de Persia a Cambises y matarlo. Su reino duró ocho meses, hasta que fue asesinado.

No parece siquiera posible que en las primeras poblaciones [un poco fuertes *] haya habido más gobierno que la teocracia; ya que, en cuanto una nación elige a un dios tutelar, ese dios tiene sacerdotes. Estos sacerdotes dominan el espíritu de la nación: sólo pueden dominar en nombre de su dios; entonces, lo hacen hablar a menudo; explican sus oráculos, y todo se hace por órdenes expresas de Dios.

De esta fuente han venido los sacrificios de sangre humana que han mancillado casi toda la tierra. ¿Qué padre, qué madre habría podido nunca abjurar de la naturaleza hasta el punto de presentar a su hijo o su hija para ser degollados en un altar, si no hubiese estado seguro de que el dios del país ordenaba ese sacrificio?

La teocracia no sólo ha reinado mucho tiempo, sino que también ha empujado a la tiranía hasta los más horribles excesos que puede alcanzar la demencia humana; y cuanto más divino se decía ese gobierno, más abominable era.

Casi todos los pueblos han sacrificado niños a sus dioses; luego, creían recibir esta orden desnaturalizada de boca de los dioses que adoraban.

Entre los pueblos a los que se denomina tan impropiamente civilizados, no veo sino a los chinos que no hayan practicado esos horrores absurdos. La China es el único de los antiguos Estados conocidos que no estuvo sometido al sacerdocio; ya que los japoneses estaban bajo las leyes de un sacerdote seiscientos años antes de nuestra era. En casi todos los demás sitios la teocracia está tan establecida, tan arraigada, que las primeras historias son las de los propios dioses que se encarnaron para venir a go-

* Se entiende como primeras poblaciones a agrupaciones de hombres reunidos en número de algunos miles, tras varias revoluciones de este globo.

bernar a los hombres. Los dioses, decían los pueblos de Tebas y de Menfis, han reinado en Egipto durante doce mil años. Brahma se encarnó para reinar en la India; Sammonocodom [2] en Siam; el dios Adad gobernó Siria; la diosa Cibeles fue soberana de Frigia; Júpiter, de Creta; Saturno, de Grecia e Italia. El mismo espíritu preside todas estas fábulas: por todas partes existe entre los hombres la confusa idea de que los dioses descendieron antaño a la tierra.

---

[2] Somana-Jodom, o Sramana-Gautama, «el asceta Gautama», es decir, Buda. Gautama era el nombre de Buda entre sus discípulos del sur. (P)

X. DE LOS CALDEOS

Los caldeos, los indios y los chinos me parecen las naciones de más antigua civilización. Conocemos con certeza una época de la ciencia de los caldeos: se la encuentra en los mil novecientos tres años de observaciones celestes enviadas desde Babilonia por Calístenes [1] al preceptor de Alejandro. Esas tablas astronómicas se remontan precisamente hasta el año 2234 antes de nuestra era vulgar. Es cierto que esta época linda con el tiempo en que la *Vulgata* sitúa el diluvio; pero no entremos aquí en las profundidades de las diversas cronologías de la *Vulgata,* los *Samaritanos* y los *Setenta,* que reverenciamos por igual. El diluvio universal es un gran milagro que nada tiene que ver con nuestras investigaciones. Aquí sólo razonamos según las nociones naturales, sometiendo siempre los débiles tanteos de nuestro espíritu limitado a las luces de un orden superior.

Antiguos autores, citados por George le Syncelle [2], dicen que en tiempos de un rey caldeo, llama-

---

[1] Calístenes (360-328 a.C): sobrino y discípulo de Aristóteles, a quien remitió las observaciones astronómicas caldeas. Fue cortesano e historiador de Alejandro, quien lo hizo ejecutar por intrigas de palacio. Muy apreciado en la antigüedad, ninguna de sus obras ha llegado hasta nuestros días.

[2] Gyorgos Sincellos (m. 800 d.C.): historiador bizantino que

do Xixutru [3], hubo una terrible inundación. Aparentemente, el Tigris y el Éufrates se desbordaron más que de costumbre. Pero los caldeos no podrían haber sabido, sino por medio de la revelación, que semejante azote hubiese sumergido toda la tierra habitable. Una vez más, sólo examino aquí el curso ordinario de la naturaleza.

Está claro que, si los caldeos no hubiesen existido sobre la tierra sino desde el año 1900 antes de nuestra era, ese corto espacio no les habría alcanzado para encontrar una parte del verdadero sistema de nuestro universo: noción sorprendente, a la que los caldeos finalmente llegaron. Aristarco de Samos [4] nos enseña que los sabios de Caldea habían sabido cuán imposible era que la Tierra ocupase el centro del mundo planetario; que habían asignado al Sol este lugar, que le pertenece; y que hacían girar en torno de él a la Tierra y los demás planetas, cada uno en una órbita diferente [5].

Los progresos del espíritu son tan lentos, la ilusión de los ojos es tan poderosa, la servidumbre a las ideas comunes tan tiránica, que no es posible que un pueblo que sólo tuviese mil novecientos años

---

redactó una *Chronographia* a la manera de Eusebio de Cesarea, que llegaba desde los orígenes del mundo hasta el 284 d.C.

[3] Xixutru es el Zizutru de quien habla Voltaire en los *Fragments sur l'Inde*, art. VI, y en el *Diccionario filosófico* en la palabra «Ararat». (B)

Zizutro fue el décimo rey mítico de Caldea, cuyo episodio del diluvio prefigura exactamente el de Noé —con la diferencia de que Zizutro recibió de su dios la orden de recoger y poner a buen recaudo también los escritos que trataban del principio y el fin de todas las cosas.

[4] Aristarco de Samos (c. 310 - c. 240 a.C): astrónomo alejandrino, el primero en afirmar que la Tierra gira alrededor del Sol, explicando entre otras cosas la sucesión de las estaciones. Escribió un tratado sobre los *Tamaños y distancias de la Luna y el Sol*, que ha llegado hasta nuestros días.

[5] Ver el artículo «Sistema» en el *Diccionario filosófico*. (K)

hubiera podido llegar a este alto grado de filosofía que contradice a los ojos, y que requiere la más profunda teoría. Así, los caldeos contaban cuatrocientos setenta mil años; y aun así este conocimiento del verdadero sistema del mundo sólo estuvo en Caldea al alcance de un reducido número de filósofos. Es la suerte de todas las grandes verdades; y los griegos, que vinieron después, no adoptaron sino el sistema común, que es el sistema de los niños.

Cuatrocientos setenta mil años * es mucho para nosotros, que somos de ayer, pero es muy poca cosa para el universo entero. Ya sé que no podemos adoptar este cálculo; que Cicerón se burló de él [6], que es exorbitante y que, sobre todo, debemos

---

* Nuestra santa religión, tan superior en todo a nuestras luces, nos enseña que el mundo sólo ha sido hecho hace unos seis mil años según la *Vulgata,* o unos siete mil según los *Setenta.* Los intérpretes de esta religión inefable nos enseñan que Adán tuvo la ciencia infusa, y que todas las artes se perpetuaron desde Adán hasta Noé. Si tal es, en efecto, el sentimiento de la Iglesia, lo adoptamos con una fe firme y constante, sometiendo por otra parte todo lo que escribimos al juicio de esta santa Iglesia, que es infalible. En vano dice el emperador Juliano, por otro lado tan respetable por su virtud, su valor y su ciencia, en su discurso censurado por el grande y moderado san Cirilo que, ya sea que Adán tuviera la ciencia infusa o que no la tuviera, Dios no podía ordenarle que no tocara el árbol de la ciencia del bien y del mal; que Dios debía, por el contrario, de ordenarle que comiera muchos frutos de este árbol para que se perfeccionase en la ciencia infusa si la tenía, o la adquiriese si no la tenía. Sabemos con cuánta sabiduría refutó san Cirilo este argumento. En una palabra, seguimos advirtiendo al lector que no tocamos en modo alguno las cosas sagradas. Protestamos contra todas las falsas interpretaciones, contra todas las inducciones malignas que se querrá extraer de nuestras palabras.

[6] En los *Entretiens sur la nature des dieux,* París, 1721, trad. d'Oliver, t. II, p. 61, Cicerón se burla del gran año de los matemáticos: «Es preciso que este año llegue; pero saber cuándo es una gran pregunta.» Una nota indica que en el diálogo *De causis corruptae eloquentiae,* que se le atribuye, Cicerón evalúa el gran año en 12.854 años. (P)

creer al *Pentateuco* más que a Sanconiatón [7] y a Beroso [8]; pero, una vez más, es imposible (humanamente hablando) que los hombres hayan llegado en mil novecientos años a adivinar tan sorprendentes verdades. El primer arte es el de proveer a la subsistencia, lo cual resultaba antaño mucho más difícil para los hombres que para las bestias; el segundo, formar un lenguaje, lo cual requiere ciertamente un espacio de tiempo muy considerable; el tercero, construirse algunas chozas; el cuarto, vestirse. Luego, para forjar el hierro o sustituirlo con otro material, se necesitan tantas felices casualidades, tanta industria, tantos siglos, que uno no puede siquiera imaginar cómo los hombres lo han conseguido. ¡Qué salto, desde ese estado hasta la astronomía!

Durante mucho tiempo los caldeos grabaron sus observaciones y sus leyes en ladrillos, en jeroglíficos, que eran caracteres parlantes; costumbre que los egipcios conocieron muchos siglos más tarde. El arte de transmitir los pensamientos por medio de caracteres alfabéticos no será inventado sino muy tarde en esta parte del Asia.

Es de creer que, en la época en que los caldeos

---

[7] Autor fenicio, cuya existencia no está probada y que habría vivido en la época de la guerra de Troya y escrito una Historia fenicia que propone una cosmogonía dualista basada en dos principios físicos (el soplo del aire y el caos tenebroso), además de un panorama histórico y costumbrista de su región. Hace ya un par de siglos que los críticos descreen de su existencia. Muchos atribuyen sus escasos fragmentos conocidos a Filón de Alejandría. (Ver n. 2, cap. XIII.)

[8] Beroso (s. III a. C.): historiador y astrónomo caldeo, primera autoridad en la historia de Asiria y Caldea, sobre la que escribió tres libros hoy perdidos, salvo algunas citas y referencias. El primero intentaba una cosmogonía, y los otros dos una historia del mundo desde sus orígenes hasta Alejandro. En su obra, el período antediluviano de los diez reyes duraba 432.000 años, y el posdiluviano unos 40.000. De él saca Voltaire su cifra de 470.000 años.

construyeron sus ciudades, comenzaban a utilizar el alfabeto. ¿Cómo hacían antes?, se dirá: como se hace en mi pueblo, y en cien mil pueblos del mundo donde nadie sabe leer ni escribir, y donde, sin embargo, la gente se entiende muy bien, donde se cultivan las artes necesarias, con genio, incluso, algunas veces.

Muy probablemente Babilonia fue una aldea muy antigua antes de que la transformaran en una ciudad inmensa y soberbia. Pero ¿quién construyó esa ciudad? No lo sé en absoluto. ¿Fue Semíramis? ¿Fue Belus? ¿Fue Nabonasar? Tal vez no hubo jamás en Asia mujer llamada Semíramis ni hombre llamado Belus *. Es como si diéramos a alguna ciudad griega los nombres de Armagnac y Abbeville. Los griegos, que cambiaron todas las terminaciones bárbaras por palabras griegas, desnaturalizaron todos los nombres asiáticos. Además, la historia de Semíramis se parece en todo a los cuentos orientales.

Nabonasar, o mejor dicho Nabon-asur, fue probablemente el que embelleció y fortificó Babilonia y terminó por hacer de ella una ciudad tan soberbia. Éste es un verdadero monarca, conocido en Asia por la era que lleva su nombre. Ésta era incuestionable comienza sólo 747 años antes de la nuestra; así, es muy moderna, comparándola con el número de siglos necesarios para llegar al establecimiento de grandes dominios. Parece, a juzgar por el propio nombre de Babilonia, que existía mucho antes que Nabonasar. Es la ciudad del *Padre Bel*. *Bab* significa «padre» en caldeo, tal como lo confiesa D'Herbelot [9]. Bel es el nombre del Señor. Los orientales sólo la conocieron por el nombre de Babel, la ciu-

---

* Bel es el nombre de Dios.

[9] *Bibliothèque orientale*, París, 1697, p. 157. (P)

dad del Señor, la ciudad de Dios o, según otros, la puerta de Dios.

Probablemente no haya habido más Ninus fundador de Ninvah, llamada por nosotros Nínive, que Belus fundador de Babilonia. Ningún príncipe asiático llevaba un nombre terminado en «us».

Es posible que la circunferencia de Babilonia haya sido de veinticuatro de nuestras leguas; pero que un tal Ninus haya construido sobre el Tigris, tan cerca de Babilonia, una ciudad llamada Nínive de una extensión semejante, no parece en absoluto creíble. Se nos habla de tres poderosos imperios que subsistían a la vez: el de Babilonia, el de Asiria o de Nínive, y el de Siria o de Damasco. La cosa es poco verosímil; es como si dijéramos que había a la vez en una porción de la Galia tres poderosos imperios cuyas capitales, París, Soissons y Orleans tenían cada una veinticuatro leguas de circunferencia [10].

Confieso que no entiendo nada sobre los dos imperios de Babilonia y Asiria. Muchos sabios, que han querido llevar algo de luz a estas tinieblas, afir-

---

[10] La edición *princeps* intercalaba aquí los tres párrafos siguientes:

Por otro lado, Nínive no estaba construida, o era muy poca cosa, en los tiempos en que se dice que el profeta Jonás le fue enviado para exhortarla a la penitencia, y fue devorado en el camino por un pez que lo retuvo tres días y tres noches.

El pretendido imperio de Asiria aún no existía siquiera en los tiempos en que se sitúa a Jonás; ya que éste profetizaba, se dice, bajo el melk o reyezuelo judío Joás; y Ful, que es considerado por los libros judíos como el primer rey de Asiria, no reinó, según éstos, hasta unos cincuenta y dos años después de la muerte de Joás. Así es como, al confrontar las fechas, se encuentran contradicciones por todas partes y permanece uno en la incertidumbre.

Se dice en el libro de Jonás que había en Nínive ciento veinte mil niños recién nacidos: esto supondría más de cinco millones de habitantes, según el cálculo bastante justo de esos recuentos basados en el número de niños vivos nacidos en un mismo año. Ahora bien, cinco millones de habitantes en una ciudad que todavía no está construida es cosa bastante rara.

maron que Asiria y Caldea no eran sino el mismo imperio, gobernado a veces por dos príncipes; uno residente en Babilonia, y el otro en Nínive; y este sentimiento razonable puede ser adoptado hasta que se encuentre uno más razonable aún.

Lo que contribuye a dar gran verosimilitud a la antigüedad de esta nación es esa famosa torre elevada para observar los astros. Casi todos los comentaristas, al no poder cuestionar este monumento, se creen obligados a suponer que era un resto de la torre de Babel que los hombres quisieron elevar hasta el cielo. No se sabe muy bien qué entienden por cielo estos comentaristas: ¿La Luna? ¿El planeta Venus? La distancia es grande. [¿Querrían simplemente levantar una torre un poco más alta? No hay en ello ningún mal ni dificultad, si se tienen muchos hombres, muchos instrumentos y víveres.]

La torre de Babel, la dispersión de los pueblos, la confusión de las lenguas, son cosas, como se sabe, muy respetables, que no queremos tocar. Sólo estamos hablando aquí del observatorio, que no tiene nada en común con las historias judías.

Si Nabonasur levantó este edificio, hay que confesar al menos que los caldeos tuvieron un observatorio más de dos mil cuatrocientos años antes que nosotros. Pensad entonces cuántos siglos exige la lentitud del espíritu humano para llegar a erigir semejante monumento a las ciencias.

Fue en Caldea, y no en Egipto, donde se inventó el zodíaco. Hay de ello, me parece, tres pruebas bastante sólidas: la primera, que los caldeos fueron una nación ilustrada antes de que Egipto, siempre inundado por el Nilo, pudiese ser habitable; la segunda, que los signos del zodíaco convienen al clima de la Mesopotamia, y no al de Egipto. Los egipcios no podían ver el signo de Tauro en el mes de abril puesto que no es ésta la estación en que laboran la tierra; no podían, en el mes que nosotros llamamos

«agosto», representar un signo con una joven cargada de espigas de trigo, puesto que no es entonces cuando cosechan. No podían representar enero con un cántaro de agua, puesto que en Egipto llueve muy poco, y jamás en enero [11]. La tercera razón es que los antiguos signos del zodíaco caldeo constituían uno de los artículos de su religión. Estaban bajo el gobierno de doce dioses secundarios, doce dioses mediadores: cada uno de ellos presidía una de estas constelaciones, tal como nos lo enseñaba Diodoro de Sicilia [12] en su libro II [13]. Esta religión de los antiguos caldeos era el sabeísmo, es decir, la adoración de un Dios supremo y la veneración de los astros y las inteligencias celestes que regían los astros. Cuando oraban se volvían hacia la estrella polar: hasta tal punto su culto estaba vinculado a la astronomía.

Vitruvio, en su libro noveno, donde trata de los cuadrantes solares, de las alturas del Sol, de la longitud de las sombras, de la luz reflejada por la Luna, cita siempre a los antiguos caldeos y no a los egipcios [14]. Esto es, me parece, una prueba bastante sólida de que se veía a Caldea, y no a Egipto, como la cuna de esta ciencia, de tal suerte que nada es más verdadero que este antiguo proverbio latino:

Tradidit AEgyptis Babylon, AEgyptus Achivis [15].

---

[11] La edición *princeps* decía «febrero» en vez de «enero».

[12] Diodoro de Sicilia (90-20 a.C.): historiador, escribió en griego una historia universal en cuarenta libros, que se ocupaban de historia, arqueología, ciencias naturales, etnografía del mundo mediterráneo y asiático. Quince de esos libros han llegado hasta nosotros.

[13] *Histoire universelle,* trad. Terrasson, París, 1758, t. I, p. 277: «Tienen doce dioses superiores, que presiden cada uno de los meses y los signos del zodíaco». (P)

[14] *Les dix livres d'architecture,* trad. Perrault, París, 1758, p. 285: el cuadrante semicircular fue inventado por el caldeo Beroso. (P)

[15] «Babilonia (lo) transmitió a los egipcios; Egipto, a los aqueos.»

XI. DE LOS BABILONIOS CONVERTIDOS EN PERSAS

Al oriente de Babilonia estaban los persas. Éstos llevaron sus armas y su religión a Babilonia cuando Koresh, que nosotros llamamos Ciro, tomó esta ciudad con la ayuda de los medos establecidos al norte de Persia. Tenemos dos fábulas principales sobre Ciro: la de Herodoto y la de Jenofonte, que se contradicen en todo, y que mil escritores han copiado indistintamente.

Herodoto supone que hubo un rey medo, es decir, un rey de los países vecinos de la Hircania, a quien llama Astiages, nombre griego. Este hircano Astiages ordena ahogar a su nieto Ciro en su cuna porque ha visto en sueños a su hija «Mandana, madre de Ciro, orinando tan copiosamente que inundó toda el Asia»[1]. El resto de la aventura es más o menos del mismo estilo: es una historia de Gargantúa escrita seriamente.

Jenofonte hace de la vida de Ciro una novela moral, más o menos semejante a nuestro *Télémaque*[2]. Comienza por suponer, para resaltar la educa-

---

[1] Herodoto, lib. I, CVII.

[2] Las *Aventures de Télémaque* de François de Salignac de la Mothe-Fénelon (1651-1715), tratado de educación moral y reli-

ción masculina y vigorosa de su héroe, que los medos eran unos seres voluptuosos, hundidos en la molicie. ¿Todos esos pueblos vecinos de la Hircania, que los tártaros, entonces llamados escitas, habían saqueado durante treinta años, eran unos sibaritas?

Todo lo que se puede asegurar acerca de Ciro es que fue un gran conquistador y, en consecuencia, un azote de la tierra. El fondo de su historia es muy verdadero; los episodios son fabulosos: lo mismo sucede con todas las historias.

Roma existía en tiempos de Ciro: poseía un territorio de cuatro a cinco leguas y pillaba a sus vecinos cuanto podía; pero yo no querría garantizar el combate de los tres Horacios, ni la aventura de Lucrecio, ni el escudo que bajó del cielo, ni la piedra cortada con una navaja de afeitar[3]. Había algunos judíos esclavos en Babilonia, y en otros sitios; pero, humanamente hablando, se puede dudar de que el ángel Rafael haya descendido del cielo con el fin de conducir al joven Tobías hacia Hircania para que le pagaran algún dinero y expulsar al diablo Asmodeo con el humo del hígado de un lucio[4].

Me cuidaré mucho de examinar aquí la novela de Herodoto, o la novela de Jenofonte, en lo que concierne a la vida y la muerte de Ciro; pero señalaré que los parsis, o persas, pretendían tener entre ellos, hace seis mil años, a un anciano Zerdust, un profeta, que les había enseñado a ser justos y a reverenciar al Sol, tal como los antiguos caldeos reverenciaban a las estrellas al observarlas.

Me cuidaré mucho de afirmar que esos persas y caldeos eran tan justos, y de determinar precisa-

---

giosa, uno de los libros más leídos de los siglos XVIII y XIX, traducido a unos cuarenta idiomas.

[3] Episodios referidos por Tito Livio, *Historia romana.*

[4] *Tobías*, V, 1 - VI, 17.

mente en qué tiempo llegó su segundo Zerdust[5], que rectificó el culto del Sol y les enseñó a no adorar sino al Dios autor del cielo y las estrellas. Escribió o comentó, según se dice, el libro del *Zend,* que los parsis, dispersos actualmente en Asia, reverencian como su Biblia. Este libro es muy antiguo, pero menos que los de los chinos y los brahmanes; se lo considera incluso posterior a los de Sanconiatón y a los cinco *Kings* de los chinos[6]; está escrito en la antigua lengua sagrada de los caldeos; y el señor Hyde, que nos ha dado una traducción del *Sadder,* nos habría procurado la del *Zend* si hubiese podido afrontar los gastos de esta investigación[7]. Me remito al menos al *Sadder,* ese extracto del *Zend* que es el catecismo de los parsis. En él veo que los parsis creían desde hace mucho tiempo en un dios, un diablo, una resurrección, un paraíso, un infierno. Son los primeros, sin contradicción, en haber establecido estas ideas; es el sistema más antiguo, que sólo fue adoptado por las otras naciones al cabo de muchos siglos, puesto que los fariseos, entre los judíos, no sostuvieron decididamente la inmortalidad del alma y el dogma de los castigos y recompensas después de la muerte hasta los tiempos de los Asmoneos.

He aquí quizá lo más importante que encontramos en la antigua historia del mundo; he aquí una religión útil, establecida sobre la base del dogma de la inmortalidad del alma y el conocimiento del Ser creador. No dejaremos de señalar por cuántos grados hubo de pasar el espíritu humano para concebir

---

[5] Zoroastro.

[6] La edición *princeps* dice, desde el último punto: *Este libro es quizá el más antiguo del mundo, después de los cinco Kings de los chinos...*

[7] Thomas Hyde publicó su traducción latina del Sedder al final de su libro *Veterum Persarum et Medorum religionis Historia,* Oxford, 1760. (P)

un sistema semejante. Señalemos aún que el bautismo (la inmersión en el agua para purificar el alma por medio del cuerpo) es uno de los preceptos del *Zend* (puerta 251). La fuente de todos los ritos está quizás entre los persas y los caldeos, y ha fluido desde allí hasta las extremidades de la Tierra.

No examinaré aquí cómo y por qué los babilonios tuvieron dioses secundarios mientras reconocían un dios soberano. Este sistema, o mejor este caos, fue el de todas las naciones. Exceptuando los tribunales de China, en casi todas partes se encuentra la extrema locura unida a un poco de sabiduría en las leyes, en los cultos, en las costumbres. El instinto, más que la razón, conduce al género humano. En todas partes se adora a la divinidad y se la deshonra. Los persas reverenciaron unas estatuas en cuanto pudieron tener escultores: las ruinas de Persépolis están llenas de ellas; pero se advierte también en esas figuras los símbolos de la inmortalidad: se ven cabezas aladas que vuelan hacia el cielo, símbolo de la emigración de una vida pasajera hacia la vida inmortal.

Pasemos a las costumbres puramente humanas. Me asombro de que Herodoto haya dicho ante Grecia entera en su libro primero que todos las babilonias estaban obligadas por la ley a prostituirse, una vez en su vida, a los extranjeros, en el templo de Milita o Venus[8]. Me asombro aún más de que, en

[8] Muy profundos eruditos han pretendido que el trato se realizaba dentro del templo, pero que sólo se consumaba fuera de él. Estrabón dice, en efecto, que, tras haberse librado al extranjero *fuera del templo*, la mujer retornaba a su casa. ¿Dónde se consumaba entonces esta ceremonia religiosa? No en casa de la mujer, ni en casa del extranjero, ni en un lugar profano donde el marido y, tal vez, un amante de la mujer, que tuviesen la desgracia de ser filósofos y dudar de la religión de Babilonia, habrían podido turbar este acto pío. Era en algún lugar vecino al templo,

todas las historias compuestas para la instrucción de la juventud, siga renovándose hoy ese cuento. Ciertamente debía ser una bella fiesta y una bella devoción la de ver acudir a una iglesia mercaderes de camellos, de bueyes y de asnos, y verlos bajar de sus monturas para acostarse ante el altar con las principales damas de la ciudad. ¿Puede pensarse de buena fe que esta infamia pudiese formar parte del carácter de un pueblo civilizado? ¿Es posible que los magistrados de una de las mayores ciudades del mundo hayan establecido semejante norma, que los maridos hayan consentido en prostituir a sus mujeres, que todos los padres hayan abandonado a sus hijas a los palafreneros de Asia? Lo que no está en la naturaleza nunca es verdadero. Tanto me daría creerle a Dion Casio cuando asegura que los graves senadores de Roma propusieron un decreto por el cual César, que tenía entonces cincuenta y siete años, tendría el derecho de gozar de todas las mujeres que quisiera[9].

Aquellos que, al compilar en nuestros días la historia antigua, copian a tantos autores sin examinar a ninguno, ¿no deberían haber advertido que Herodoto contó unas fábulas ridículas o, mejor, que su texto fue corrompido, y que él sólo quería hablar de las cortesanas establecidas en todas las grandes ciudades y que tal vez en esos tiempos esperaban a los viandantes en los caminos?

No daré mayor crédito a Sexto Empírico, que pretende que entre los persas la pederastia era imperativa[10]. ¡Qué dolor! ¿Cómo imaginar que los

---

destinado a este uso y consagrado a la diosa. Si no era en la iglesia, era, al menos, en la sacristía. (K)

(Herodoto —lib. I, CXCIX— dice que el acto de la prostitución no se realiza en el templo, sino fuera de él.)

[9] *Romanorum historiarum,* libri XXV. (P)

[10] *Les Hipotiposes ou Institutions Pirroniennes de Sextus Em-*

hombres hayan hecho una ley que, de haber sido ejecutada, habría destruido la raza de los hombres?[11]. La pederastia, por el contrario, estaba expresamente prohibida en el resumen del *Zend,* el *Sadder,* donde está dicho (puerta 9) que *no hay mayor pecado**.

Estrabón dice que los persas se casaban con sus madres, pero ¿quiénes son sus garantes?: rumores, vagos murmullos[13]. Esto dio a Catulo tema para un epigrama:

Nan magus ex matre et nato nascatur oportet[14].
Todo mago debe nacer del incesto de una madre y un hijo.

---

piricus, París, 1725. Pero el texto sólo dice que es «una costumbre» entre los persas y que «este uso está prohibido por la ley entre los romanos». (P)

Sexto Empírico (c. 160-c.200 d.C): filósofo estoico griego que dedicó sus obras a refutar a los filósofos dogmáticos —estoicos— en nombre de lo fenomenológico.

[11] Véase la *Defensa de mi tío,* cap. V (*Mélanges,* 1767). Véase también una nota sobre el artículo «Amor socrático» en el *Diccionario filosófico.* (K)

* Ved las respuestas a quienes han pretendido que la prostitución era una ley del imperio de los babilonios, y que la pederastia estaba establecida en Persia, en el mismo país. Apenas es posible llevar más lejos el oprobio de la literatura, ni calumniar más a la naturaleza humana[12].

[12] Voltaire alude a Larcher, autor del *Supplemént à la philosophie de l'histoire de feu l'abbé Bazin...,* Amsterdam, 1767, que lo ataca a propósito de la prostitución sagrada en Babilonia y la homosexualidad en Persia. Voltaire le contestó en la *Defensa de mi tío* (1767).

[13] Voltaire comete un error: Estrabón, *Rerum geographicarum libri XVII,* París, 1620, lo dice sobre los habitantes de la Hibernia (Irlanda), apuntando que el hecho no ha sido certificado por testigos seguros. (P)

[14] No se trata de un epigrama, sino del tercer verso de la Oda XC, *In Gellium:* «Pues un mago debe ser engendrado por madre e hijo». En su transcripción, Voltaire cita erróneamente *nascatur* —de *nasco,* nacer—, en lugar de *gignatur* —de *gigno,* engendrar—.

Semejante ley es increíble: un epígrama no es una prueba. Si no se hubiesen encontrado madres que quisieran acostarse con sus hijos, no habría habido pues sacerdotes entre los persas. La religión de los magos, cuyo gran objetivo era la población, debía permitir a los padres que se unieran con sus hijas antes que a las madres con sus hijos, puesto que un anciano puede engendrar y una vieja no tiene esa ventaja.

¿Cuántas tonterías no hemos dicho sobre los turcos? Los romanos decían aún más sobre los persas.

En una palabra, al leer cualquier historia, mantengámonos en guardia contra toda fábula.

XII. DE SIRIA

Veo, por todos los monumentos que nos quedan, que la comarca que se extiende desde Alejandreta, o Iscanderón, hasta los alrededores de Bagdad, siempre fue llamada Siria; que el alfabeto de esos pueblos siempre fue el siriaco; que allí estuvieron las antiguas ciudades de Zobah, de Balbek, de Damasco; y, más tarde, las de Antioquía, Seleucia, Palmira. Balk era tan antigua que los persas pretenden que su Bran, o Abraham, había llegado desde allí. ¿Dónde podía estar, pues, ese poderoso imperio de Asiria, del que tanto se ha hablado, sino en el país de las fábulas?

Los galos se extendieron a veces hasta el Rin, y a veces se comprimieron, pero ¿a quién se le ha ocurrido nunca ubicar un vasto imperio entre el Rin y las Galias? Tal vez toda la dificultad consista en que se haya denominado asirias a las naciones vecinas del Éufrates cuando se extendieron hacia Damasco, y que se haya denominado asirios a los pueblos de Siria cuando se aproximaron al Éufrates. Todas las naciones vecinas se han mezclado; todas han estado en guerra y han cambiado sus fronteras. Pero una vez que se levantan ciudades capitales, estas ciudades establecen una marcada diferencia entre dos naciones. Así, los babilonios, vencedores o

vencidos, siempre fueron diferentes de los pueblos de Siria. Los antiguos caracteres de la lengua siriaca no fueron en absoluto los de los antiguos caldeos.

El culto, las supersticiones, las leyes buenas o malas, las costumbres extrañas, no fueron las mismas. La diosa de Siria, tan antigua, no tenía relación alguna con el culto de los caldeos. Los magos caldeos, babilonios, jamás se hicieron eunucos, como los sacerdotes de la diosa de Siria. ¡Extraña cosa! ¡Los sirios reverenciaban la figura de quien nosotros llamamos Príapo, y los sacerdotes se despojaban de su virilidad!

¿Esta renuncia a la generación no prueba acaso una gran antigüedad, una población considerable? No es posible que se haya querido atentar así contra la naturaleza en un país donde la especie hubiese sido escasa.

Los sacerdotes de Cibeles, en Frigia, se hacían eunucos como los de Siria. Una vez más, ¿es posible dudar de que se tratase del efecto de la antigua costumbre de sacrificar a los dioses lo más querido, y de no exponerse, ante seres considerados puros, a los accidentes de lo que se consideraba como impureza? ¿Puede uno asombrarse, tras tales sacrificios, del que se hacía del prepucio entre otros pueblos, y de la amputación de un testículo entre algunas naciones africanas? Las fábulas de Atis [1] y de Combabus [2] no son sino fábulas, como las de Júpiter, que hizo eunuco a Saturno, su padre. La superstición

[1] Atis es el amante joven de la diosa madre Cibeles; castigado por su infidelidad, debe castrarse para recuperar el favor de la diosa. El mito justifica la autocastración de los sacerdotes de Cibeles.

[2] Cambabo, favorito de Antíoco I, rey de Siria (s. III a.C). Cuenta su leyenda que para no traicionar a su rey, ante las constantes insinuaciones de la reina, se castró y entregó su sexo al soberano.

inventa costumbres ridículas, y el espíritu novelesco les inventa razones absurdas.

Otra cosa que señalaré acerca de los antiguos sirios es que la ciudad que después fue llamada la Ciudad santa, y Hierápolis por los griegos, era llamada Magog por los sirios. Esta palabra «Mag» tiene gran relación con los antiguos magos; parece común a todos aquellos que, en esos climas, estaban consagrados al servicio de la Divinidad. Cada pueblo tuvo una ciudad santa. Sabemos que Tebas, en Egipto, era la ciudad de Dios; Babilonia, la ciudad de Dios; Apamea, en Frigia, también era la ciudad de Dios.

Los hebreos, mucho tiempo después, hablan de los pueblos de Gog y Magog: podían referirse con esos nombres a los pueblos del Éufrates y el Orontes; también podían referirse a los escitas, que saquearon el Asia antes que Ciro, y devastaron Fenicia; pero importa muy poco saber qué idea pasaba por la cabeza de un judío cuando pronunciaba Gog y Magog.

Por último, no dudo en creer que los sirios fuesen mucho más antiguos que los egipcios, por la razón evidente de que los países más fácilmente cultivables son necesariamente los primeros en poblarse y los primeros en florecer.

XIII. DE LOS FENICIOS Y DE SANCONIATÓN

Probablemente, los fenicios se constituyeron como pueblo en tiempos tan antiguos como los demás habitantes de Siria. Pueden ser menos antiguos que los caldeos, porque su país es menos fértil. Sidón, Tiro, Joppe, Berith, Ascalón, son terrenos ingratos. El comercio marítimo siempre fue el último recurso de los pueblos. Todos comenzaron por cultivar la tierra antes de construir navíos para ir a buscar nuevas tierras allende los mares. Pero aquellos que se ven obligados a dedicarse al comercio marítimo adquieren pronto esa industria, hija de la necesidad, que no espolea a las demás naciones. No se habla de ninguna empresa marítima de los caldeos ni de los indios. Incluso los egipcios sentían horror por el mar: el mar era su Tifón, un ser malhechor; esto es lo que tiñe de dudas la historia de los cuatrocientos navíos armados por Sesostris para conquistar la India. Pero las empresas de los fenicios son reales. Cartago y Cádiz fundados por ellos, Inglaterra descubierta, su comercio con la India por medio de Eziongaber, sus manufacturas de telas preciosas, su arte de teñir con púrpura, son testimonios de su habilidad; y esta habilidad hizo su grandeza.

Los fenicios fueron en la antigüedad lo que eran

los venecianos en el siglo XV y lo que serían más tarde los holandeses, obligados a enriquecerse por medio de su industria.

El comercio exigía necesariamente que hubiera registros que cumpliesen las funciones de nuestros libros de contabilidad, con signos cómodos y duraderos para establecer tales registros. La opinión que considera a los fenicios autores de la escritura alfabética es, por tanto, muy verosímil. Yo no aseguraría que hayan inventado estos caracteres antes que los caldeos; pero su alfabeto fue, ciertamente, el más completo y útil, ya que pintaron las vocales, que los caldeos no expresaban [1].

No veo que los egipcios hayan comunicado nunca sus letras, su lengua, a ningún pueblo; por el contrario, los fenicios transmitieron su lengua y alfabeto a los cartagineses, que luego los alteraron: sus letras se convirtieron en las de los griegos. ¡Qué argumento en favor de la antigüedad de los fenicios!

Sanconiatón, fenicio, que escribió mucho tiempo antes de la guerra de Troya la historia de las primeras edades, y de quien Eusebio nos ha conservado algunos fragmentos traducidos por Filón de Biblos [2]; Sanconiatón, decía, nos enseña que los feni-

---

[1] La edición *princeps* agregaba: *La propia palabra «alfabeto», compuesta de sus dos primeros caracteres, habla en favor de los fenicios.*

[2] *Sanchoniatho's Phoenician history, translated from the first book of Eusebius De Preparatione Evangelica*, by R. Cumberland, Londres, 1720. Voltaire conoce a Sanconiatón a través de esta traducción inglesa, acompañada de un amplio comentario. Durante mucho tiempo se ha puesto en duda la autenticidad de los fragmentos traducidos por Filón. Pero las tablillas cuneiformes de Ras-Shamrah, descubiertas en Larraqui, revelaron la existencia de una mitología fenicia muy próxima a la de Sanconiatón. Si bien la existencia de Sanconiatón parece dudosa, actualmente se admite que Filón tuvo acceso a escritos fenicios auténticos, que interpretó según las concepciones evemeristas de su época. (P)

cios, desde tiempo inmemorial, hacían sacrificios a los elementos y a los vientos, lo cual conviene, en efecto, a un pueblo navegante. Quiso, en su historia, elevarse hasta el origen de las cosas, como todos los primeros escritores: tuvo la misma ambición que los autores del *Zend* y del *Veda;* la misma que tuvieron Manetón en Egipto y Hesíodo en Grecia.

No se podría dudar de la prodigiosa antigüedad del libro de Sanconiatón si fuese verdad, tal como lo pretende Warburton, que sus primeras líneas se leían en los misterios de Isis y de Ceres, homenaje que los egipcios y los griegos no habrían rendido a un autor extranjero si éste no hubiese sido mirado como una de las primeras fuentes de los conocimientos humanos.

Sanconiatón no escribió nada por sí solo: consultó todos los archivos antiguos y, sobre todo, al sacerdote Jerombal [3]. El nombre de Sanconiatón significa, en fenicio antiguo, amante de la verdad. Porfirio lo dice, Théodoret y Bochart lo confiesan. Fenicia era llamada el país de las letras [4], Kiriat Sefer. Cuando los hebreos fueron a establecerse en una parte de esta comarca, quemaron la ciudad de las letras [5], como se ve en *Josué* y en los *Jueces* [6].

Jerombal, consultado por Sanconiatón, era sacerdote del dios supremo, que los fenicios llamaban *Iao, Jeova,* nombre considerado sagrado, adoptado por los egipcios y luego por los hebreos. Se ve, por los fragmentos de este monumento tan antiguo, que

[3] *Sanchoniatho's history,* p. 10. (P)

[4] Edición *princeps: el país de los archivos.*

[5] Edición *princeps: ... esta comarca, le rindieron este testimonio, como...*

[6] *Josué,* XV, 15-17; *Jueces,* I, 11-13. Ninguna de las dos fuentes habla de destrucción, sino sólo de derrota y toma de Kiriat Safer, también llamada Dabir. El hecho, además, no parece transcurrir en Fenicia, sino en una pequeña «ciudad» cercana a Hebrón, en el desierto del Neguev.

Tiro existía desde mucho tiempo atrás, aunque aún no hubiese llegado a ser una ciudad poderosa.

Esta palabra «El», que designaba a Dios entre los primeros egipcios, tiene alguna relación con el *Alá* de los árabes; y es probable que con el monosílabo «El» compusieran los griegos su *Elios*. Pero lo más notable es que se encuentra entre los antiguos fenicios la palabra «Eloa», «Eloim», de la cual se sirvieron los hebreos mucho tiempo después, cuando se establecieron en Canaán.

De Fenicia tomaron los judíos todos los nombres que le dieron a Dios, *Eloa, Iao, Adonai:* esto no puede ser de otra manera, puesto que durante mucho tiempo, en Canaán, los judíos no hablaron más que la lengua fenicia.

Esta palabra «Iao», esta palabra inefable entre los judíos, que jamás pronunciaban, era tan común en el Oriente que Diodoro, en su libro segundo, hablando de aquellos que fingieron encuentros con los dioses, dijo que «Minos se jactaba de haberse comunicado con el dios Zeus, Zamolxis con la diosa Vesta, y el judío Moisés con el dios Iao, etc.» [7].

Lo que merece sobre todo ser observado es que Sanconiatón, al referir la antigua cosmología de su país, habla en primer lugar del caos de un aire tenebroso [8], *Chautereb*. El Erebo, la noche de Hesíodo, está tomada de la palabra fenicia que se conservó entre los griegos. Del caos surgió *Mot,* que significa la materia. Ahora bien, ¿quién ordenó la materia? Fue *colpi Iao,* el espíritu de Dios, el viento de Dios o, mejor, la voz de la boca de Dios. De la voz de Dios nacieron los animales y los hombres [9].

---

[7] *Histoire universelle,* t. I, p. 198. (P)

[8] Edición *princeps: el caos envuelto en un aire tenebroso.*

[9] Esta forma de entender a Sanconiatón es muy natural: está basada en la autoridad de Bochart. Los que la han criticado seguramente conocen muy bien la lengua griega; pero han probado

Es fácil convencerse de que esta cosmogonía está en el origen de casi todas las demás. El pueblo más antiguo siempre es imitado por los que vienen después: éstos aprenden su lengua, siguen parte de sus ritos, se apropian de sus antigüedades y fábulas. Sé cuán oscuros son los orígenes caldeos, sirios, fenicios, egipcios y griegos. ¿Qué origen no lo es? No podemos tener más certezas sobre la formación del mundo que aquellas que el Creador del mundo se habría dignado enseñarnos. Caminamos con seguridad hasta ciertos límites: sabemos que Babilonia existía antes que Roma; que las ciudades de Siria eran poderosas antes de que se conociese Jerusalén; que había reyes de Egipto antes de Jacob, antes de Abraham: sabemos qué sociedades se establecieron en último lugar; pero para saber precisamente cuál fue el primer pueblo es necesaria una revelación.

Al menos nos está permitido sopesar las probabilidades y utilizar nuestra razón en aquello que no atañe a nuestros dogmas sagrados, superiores a toda razón [, y que sólo ceden ante la moral].

Está comprobado que los fenicios ocupaban su país mucho antes de que los hebreos se presentasen allí. ¿Pudieron los hebreos aprender la lengua fenicia cuando erraban, lejos de Fenicia, en el desierto, en medio de alguna horda de árabes?

¿La lengua fenicia pudo haberse transformado en el lenguaje ordinario de los hebreos? ¿Pudieron escribir en esta lengua en los tiempos de Josué, entre devastaciones y masacres continuas? Los hebreos, después de Josué, esclavos en ese mismo país que habían atacado a sangre y fuego, ¿no aprendieron entonces un poco de la lengua de sus amos, como aprendieron un poco de caldeo cuando fueron esclavos en Babilonia?

---

que eso no siempre alcanza para comprender los libros griegos. (K)

¿No resulta de lo más verosímil que un pueblo comerciante, industrioso, sabio, establecido desde tiempos inmemoriales, al que se considera inventor de las letras, haya escrito mucho antes que un pueblo errante, recientemente establecido en su vecindad, sin ninguna ciencia, sin ninguna industria, sin ningún comercio, que subsistía únicamente gracias a la rapiña?

¿Se puede negar seriamente la autenticidad de los fragmentos de Sanconiatón conservados por Eusebio? ¿Se puede imaginar, siguiendo al sabio Huet [10], que Sanconiatón haya tomado elementos de Moisés, cuando todos los monumentos antiguos que quedan nos advierten que Sanconiatón vivió antes que Moisés? Nada decidimos: le corresponde al lector ilustrado y juicioso decidir entre Huet y Van Dale [11], que lo ha refutado. Nosotros buscamos la verdad y no la disputa.

---

[10] Huet, *Demonstratio Evagelica,* Parisiis, 1690, p. 51. (P)

[11] Van Dale refutó las afirmaciones de Huet en su *Dissertatio super Sanchoniathon,* Amsterdan, 1705, p. 476. (P)

XIV. DE LOS ESCITAS Y DE LOS GOMERITAS

Dejemos a Gomer, apenas salido del arca, irse a subyugar las Galias, y poblarlas en unos pocos años; dejemos a Tubal ir a España y a Magog al norte de Alemania, hacia los tiempos en que los hijos de Cam engendraban una prodigiosa cantidad de niños enteramente negros en Guinea y el Congo [1]. Estas impertinencias repugnantes son vertidas por tantos libros que no vale la pena hablar de ellas: los niños empiezan a tomarlas en solfa; pero ¿por qué debilidad, o por qué perversidad secreta, o por qué afectación de mostrar una elocuencia fuera de lugar, tantos historiadores han hecho tan grandes elogios de los escitas, a los que no conocían?

¿Por qué Quinto Curcio, al hablar de los escitas que habitaban al norte del Sogdiana, más allá del Oxus (que confunde con el Tanais, que está a quinientas leguas de allí) [2], por qué, digo, Quinto Curcio pone una arenga filosófica en boca de estos bárbaros [3]? ¿Por qué supone que reprochan a Alejan-

---

[1] *Génesis,* X, 1-30. El texto bíblico no menciona estos destinos de los hijos de Noé.

[2] El Oxus es actualmente el Amu-Daria, y el Tanais, el Don.

[3] Quinto Curcio Rufo habría vivido en tiempos de Augusto,

dro su sed de conquistas? ¿Por qué les hace decir que Alejandro es el más famoso ladrón de la tierra, cuando ellos ejercieron el bandidaje en toda Asia tanto tiempo antes que él? ¿Por qué, por fin, pinta Quinto Curcio a los escitas como los más justos de todos los hombres? La razón es que, de la misma forma que, como mal geógrafo, sitúa al Tanais cerca del mar Caspio, Quinto Curcio habla del pretendido desinterés de los escitas como un declamador.

Si Horacio, oponiendo las costumbres de los escitas a las de los romanos, hace en versos armoniosos el panegírico de estos bárbaros, si dice:

Campestres melius Scythae,
Quorum plaustra vagas rite trahunt domos,
Vivunt, et rigidi Getae;
Ved a los habitantes de la Escita temida,
Que viven sobre carros;
Con mayor inocencia consumen su vida
Que el pueblo de Marte[4];

es porque Horacio habla como poeta un poco satírico, a quien le resulta fácil elevar a unos extranjeros en detrimento de su país.

Por la misma razón, Tácito se deshace en elogios a los bárbaros germanos, que pillaban las Galias e inmolaban hombres a sus abominables dioses. Tácito, Quinto Curcio, Horacio se parecen a esos pedagogos que, para estimular la emulación en sus discí-

---

pero de él sólo se conoce su difundida *Historia de Alejandro Magno,* de la que se ha llegado a decir que puede ser un apócrifo medieval. Son diez libros (siete actualmente) que no se preocupan demasiado de la exactitud de sus datos cronológicos y geográficos.

[4] *Odas,* III, XXIV, 9-11. La versión francesa de Voltaire, que he traducido casi literalmente, se aleja bastante de Horacio, cuyo texto diría aproximadamente: «Mejor los campestres escitas/que en sus carretas errantes acostumbran llevar sus casas,/viven, y los severos getas...»

pulos, prodigan en su presencia elogios a niños extranjeros, por más groseros que éstos puedan ser.

Los escitas son esos mismos bárbaros que más tarde hemos llamado tártaros; son los mismos que, mucho antes que Alejandro, saquearon el Asia varias veces y fueron los depredadores de una gran parte del continente. Unas veces, bajo el nombre de mongoles o de hunos, sometieron la China y la India; otras, bajo el nombre de turcos, expulsaron a los árabes que habían conquistado una parte de Asia. De esos vastos campos partieron los hunos que fueron hasta Roma. Ésos son los hombres desinteresados y justos cuya equidad alaban aún hoy nuestros compiladores cuando copian a Quinto Curcio. Así es como se nos agobia con historias antiguas, sin discriminación ni juicio: se las lee más o menos con el mismo espíritu con que fueron compuestas, y eso llena de errores la cabeza de las gentes.

Los rusos habitan hoy en la antigua Escitia europea: son ellos quienes han dado a la historia ciertas verdades muy sorprendentes. Ha habido en la tierra revoluciones que han impresionado más a la imaginación: ninguna hay que satisfaga tanto al espíritu humano, y que le haga tanto honor. Se han visto conquistadores y devastaciones; pero que un solo hombre haya cambiado en veinte años las costumbres, las leyes, el espíritu del imperio más vasto de la tierra; que todas las artes hayan ido en tropel a embellecer los desiertos, eso sí que es admirable. Una mujer que no sabía leer ni escribir perfeccionó lo que había comenzado Pedro el Grande. Otra mujer (Isabel) extendió aún más aquellos nobles comienzos. Y otra emperatriz ha ido aún más lejos que los otros dos: su genio se ha transmitido a sus súbditos; las revolucionnes de palacio no han retrasado ni un momento los progresos de la felicidad del imperio; hemos visto, en medio siglo, a la corte

de Escitia más ilustrada que nunca lo estuvieron Grecia y Roma.

[Y lo más admirable es que en 1770, momento en que escribimos, Catalina II persigue en Europa y en Asia a los turcos fugitivos ante sus ejércitos y los hace temblar en Constantinopla. Sus soldados son tan terribles como galante es su corte; y, cualquiera sea el resultado de esta gran guerra, la posteridad debe admirar a la Tomiris del Norte: ella merece ser quien vengue al mundo de la tiranía turca.]

XV. DE ARABIA

Si se tiene curiosidad por monumentos como los de Egipto, no creo que se deba buscarlos en Arabia. La Meca fue construida, según se dice, en tiempos de Abraham; pero está en un terreno tan arenoso e ingrato que no parece haber sido fundada antes que las ciudades que se elevaron cerca de los ríos, en las comarcas fértiles. Más de la mitad de Arabia es un vasto desierto, de arena o de piedra. Pero la Arabia Feliz mereció ese nombre porque, estando rodeada de soledades y de un mar tormentoso, quedó al abrigo de la rapacidad de los ladrones, llamados conquistadores, hasta Mahoma; e incluso entonces no fue sino la compañera de sus victorias. Esta ventaja está muy por encima de sus especias, de su incienso, de su canela, que es de una variedad mediocre, e incluso de su café, que es hoy la causa de su riqueza. La Arabia Desierta es ese país desgraciado, habitado por unos pocos amalecitas, moabitas, madianitas: país horrible, que no contiene en nuestros días más que nueve o diez mil árabes, ladrones errantes, y que no puede alimentar a más. En esos mismos desiertos es donde se dice que dos millones de hebreos pasaron cuarenta años. No es la verdadera Arabia, y a menudo se la llama desierto de Siria.

La Arabia Pétrea recibe su denominación del nombre de Petra, pequeña fortaleza a la que seguramente los árabes no habían dado este nombre, pero que fue llamada así por los griegos de tiempos de Alejandro. Esta Arabia Pétrea es muy pequeña y puede ser confundida, sin perjudicarla, con la Arabia Desierta: una y otra siempre han estado pobladas por hordas vagabundas. [Cerca de esta Arabia Pétrea fue construida la ciudad que llamamos Jerusalén.]

De toda la vasta región llamada Feliz, casi la mitad consiste también en desiertos; pero cuando nos adentramos algunas millas en las tierras situadas al oriente de Moka, o incluso al oriente de La Meca, encontramos el país más agradable de la Tierra. Allí, el aire es perfumado, un continuo verano, por el olor de plantas aromáticas que la naturaleza hace crecer sin cultivo alguno. Mil arroyos descienden de las montañas, y mantienen una frescura perpetua, que templa el ardor del sol bajo frondas siempre verdes.

Éstos son los países donde la palabra «jardín», «paraíso», significó el favor celeste.

Los jardines de Sana, cerca de Adén, fueron más famosos entre los árabes que los de Alcinoo [1] entre los griegos; y este Adén, o Edén, era llamado el lugar de las delicias. Aún se habla de un antiguo Shedad, cuyos jardines no eran menos famosos. La felicidad, en esos climas ardientes, era la sombra.

Ese vasto país del Yemén es tan bello, sus puertos están tan felizmente situados en el océano Índico, que hay quienes pretenden que Alejandro quiso conquistar el Yemén para hacerlo la sede de su imperio y establecer allí el emporio del comercio mundial. Alejandro habría rehabilitado el antiguo canal

[1] Alcinoo, descendiente de Poseidón, reinaba sobre la isla de Corcira (actual Corfú), donde dio refugio a los Argonautas.

de los reyes de Egipto, que unía el Nilo con el mar Rojo, y todos los tesoros de la India hubiesen pasado de Adén o Edén a su ciudad de Alejandría. Semejante empresa no se parece a las fábulas insípidas y absurdas que llenan la historia antigua: hubiese sido necesario, en verdad, someter a toda Arabia; si alguien podía hacerlo era sin duda Alejandro, pero parece que esos pueblos no le temían: ni siquiera le enviaron embajadores cuando mantenía bajo su yugo a Persia y Egipto.

Los árabes, defendidos por sus desiertos y por su coraje, nunca sufrieron el yugo extranjero. Trajano sólo pudo conquistar un poco de la Arabia Pétrea: hoy mismo desafían el poder del Turco. Este gran pueblo siempre ha sido tan libre como los escitas, y más civilizado.

Hay que cuidarse mucho de confundir a estos antiguos árabes con las hordas que se dicen descendientes de Ismael. Los ismaelitas, o agarenos, o aquellos que se decían hijos de Cethura [2], eran unas tribus extranjeras que no pusieron jamás un pie en la Arabia Feliz. Sus hordas erraban por la Arabia Pétrea, hacia el país de Madián; más tarde se mezclaron con los verdaderos árabes, en tiempos de Mahoma, cuando abrazaron su religión.

Son los pueblos de la Arabia propiamente dicha quienes eran realmente indígenas, es decir, quienes desde tiempos inmemoriales, habitaban ese bello país, sin mezcla con ninguna otra nación, sin haber sido jamás conquistados ni conquistadores. Su religión era la más natural y la más simple de todas: era el culto de un Dios y la veneración de las estrellas, que parecían, bajo un cielo tan bello y tan puro, anunciar la grandeza de Dios con más magnificencia que el resto de la naturaleza. Veían a los

[2] Cetura: esposa secundaria de Abraham, que le dio seis hijos varones.

planetas como mediadores entre Dios y los hombres. Mantuvieron esta religión hasta Mahoma. Supongo que tuvieron muchas supersticiones, puesto que eran hombres; pero, separados del resto del mundo por mares y desiertos, poseedores de un país delicioso y situados por encima de toda necesidad y de todo temor, debieron de ser necesariamente menos malvados y menos supersticiosos que otras naciones.

Nunca se los vio invadir los bienes de sus vecinos, como bestias carniceras famélicas; ni degollar a los débiles pretextando órdenes de la Divinidad; ni hacer la corte a los poderosos, adulándolos con falsos oráculos: sus supersticiones no fueron absurdas ni bárbaras.

En nuestras historias universales, fabricadas en nuestro Occidente, no se habla de ellos. Lo entiendo bien: no tienen relación alguna con la pequeña nación judía, que se ha convertido en el fundamento de nuestras historias pretendidamente universales, en las cuales un cierto género de autores, copiándose unos a otros, olvida las tres cuartas partes de la Tierra.

XVI. DE BRAM, ABRAM, ABRAHAM

Parece que este nombre de *Bram, Brahma, Abram, Ibrahim,* es uno de los más comunes entre los antiguos pueblos de Asia. Los indios, a quienes consideramos una de las primeras naciones, hacen de su Brahma un hijo de Dios, que enseñó a los brahmanes la forma de adorarlo. Este nombre fue cada vez más venerado. Los árabes, los caldeos, los persas, se lo apropiaron, y los judíos lo contemplaron como a uno de sus patriarcas. Los árabes, que comerciaban con los indios, fueron probablemente los primeros en tener algunas ideas confusas sobre Brahma, al que llamaron Abrama y del cual, más tarde, se jactaron de descender. Los caldeos lo adoptaron como un legislador. Los persas llamaban a su antigua religión *Millat Ibrahim;* los medos, *Kish Ibrahim.* Pretendían que este Ibrahim o Abraham era originario de Bactria y que había vivido cerca de la ciudad de Balk: reverenciaban en él a un profeta de la religión del antiguo Zoroastro: no pertenece más que a los hebreos, puesto que lo reconocen como su padre en sus libros sagrados.

Hubo sabios que creyeron que este nombre era indio porque los sacerdotes indios se llaman brahmas, brahmanes, y muchas de sus instituciones sa-

gradas tienen una relación inmediata con este nombre; mientras que, entre los asiáticos occidentales, no veréis establecimiento alguno que origine su nombre en Abram o Abraham. Ninguna sociedad se ha denominado nunca abrámica; ningún rito, ninguna ceremonia, lleva este nombre: pero, puesto que los libros sagrados dicen que Abraham es el tronco de los hebreos, hay que creer sin dificultad [a estos judíos que, aunque nosotros los detestemos, son sin embargo considerados como nuestros precursores y maestros].

El *Alcorán* cita, refiriéndose a Abraham, antiguas historias árabes; pero dice muy poca cosa: estos relatos pretenden que Abraham fundó La Meca.

Los judíos lo hacen provenir de Caldea, y no de la India o la Bactria: eran vecinos de Caldea; la India y la Bactria les eran desconocidas. Abraham era un extranjero para todos estos pueblos; y Caldea era un país famoso desde tiempos remotos por las ciencias y las artes: era un honor, humanamente hablando, para una nación débil y bárbara confinada en Palestina, contar entre sus antepasados a un antiguo sabio considerado caldeo.

Si está permitido examinar la parte histórica de los libros judaicos con las mismas reglas que nos conducen en la crítica de otras historias, hay que convenir, junto con todos los comentaristas, que el relato de las aventuras de Abraham tal como se lo encuentra en el *Pentateuco* se vería sometido a ciertas dificultades si se encontrara en otra historia.

El *Génesis*, tras haber relatado la muerte de Teraj, dice que su hijo Abraham salió de Jarán a los setenta y cinco años: resulta natural sacar la conclusión de que no se marchó de su país hasta la muerte de su padre.

Pero el mismo *Génesis* dice que Teraj, habiendo engendrado a su hijo a los setenta años, vivió hasta los doscientos cinco; así, Abraham habría tenido

ciento treinta y cinco años cuando dejó Caldea [1]. Parece extraño que a esa edad haya abandonado el fértil país de Mesopotamia para viajar trescientas millas hasta la comarca estéril y pedregosa de Siquem, que no era en absoluto un lugar de comercio. De Siquem se le hace ir a comprar trigo a Menfis, que está a unas seiscientas millas; y, en cuanto llega, el rey se enamora de su mujer, de setenta y cinco años [2].

No toco aquí lo que esta historia tiene de divino; me limito todo el tiempo a las investigaciones de la antigüedad. Se dice que Abraham recibió grandes presentes del rey de Egipto [3]. Este país era entonces un estado poderoso: la monarquía estaba asentada, las artes eran, por tanto, cultivadas; el río había sido domado; por todas partes se habían abierto canales para recibir sus inundaciones, sin lo cual el país no habría sido habitable.

Ahora bien, yo pregunto a todo hombre sensato si no se habían requerido siglos para establecer semejante imperio en un país que durante mucho tiempo fue inaccesible y devastado por las mismas aguas que lo fertilizan. Abraham, según el *Génesis,* llegó a Egipto dos mil años antes de nuestra era

---

[1] *Génesis,* XI, 16-32.

[2] Larcher, *Supplément,* p. 145. «A nuestro sofista le resulta inconcebible que una mujer de setenta y cinco años pueda llevar al corazón de un hombre el fuego de las pasiones... Se sabe que a los ochenta años de edad (Ninon de Lenclos) supo inspirar en el abad Gedoyn unos sentimientos que están hechos para la juventud o la edad viril.» (Voltaire anota: «Sara Ninon».) Voltaire respondió en la *Defensa de mi tío,* cap. 8, titulado «De Abraham y de la señorita Ninon de Lenchos, donde se amonesta vivamente al temerario Larcher, que ha comparado a Ninon con Sara..., y donde se justifica a Ninon ante una imputación impertinente». (P)

[3] El *Génesis* habla de un gran número de esclavos y bestias de carga entregados a Abrahan cuando Faraón creía que era sólo el hermano de Sara; y, cuando salió de Egipto, Faraón le agregó mucho oro y plata. (K)

Génesis, XII, 16.

vulgar. Hay que perdonar, pues, a los Manetón, Herodoto, Diodoro, Eratóstenes y tantos otros, la prodigiosa antigüedad que acuerdan al reino de Egipto; y esta antigüedad debía de ser muy moderna en comparación con la de los caldeos y los sirios.

Que nos sea permitido observar un rasgo de la historia de Abraham. Se lo representa, a su salida de Egipto, como un pastor nómada, errando entre el monte Carmelo y el lago Asfaltites: es el desierto más árido de la Arabia Pétrea [: todo su territorio es bituminoso; el agua es muy escasa; la poca que se encuentra es menos potable que la del mar]. Por allí transporta sus tiendas con trescientos dieciocho servidores; y su sobrino, Lot, está establecido en la ciudad o aldea de Sodoma. Un rey de Babilonia, un rey de Persia, un rey del Ponto y un rey de otras varias naciones se alían para guerrear contra Sodoma y cuatro aldeas vecinas. Toman esas aldeas y Sodoma: Lot es su prisionero. No es fácil comprender cómo cuatro reyes tan poderosos se aliaron para atacar a una horda de árabes en un rincón de tierra tan salvaje, ni cómo Abraham derrotó a tan poderosos monarcas con trescientos criados campesinos, ni cómo los persiguió hasta más allá de Damasco [4]. Algunos traductores han puesto *Dan* en lugar de *Damasco;* pero Dan no existía en tiempos de Moisés, y menos aún en tiempos de Abraham. Hay, desde la extremidad del lago Asfaltites donde está Sodoma, hasta Damasco, más de trescientas millas de camino. Todo esto está por encima de nuestras concepciones. Todo es milagroso en la historia de los hebreos. Ya lo hemos dicho, y volvemos a decir, que creemos en estos prodigios y todos los demás sin examen alguno.

[4] *Génesis,* XIV, 1-19. Los cuatro reyes citados por Voltaire son presentados por el texto bíblico como monarcas de Senaar, El-lasar, Elam y Goyim, pequeñas «naciones» de la región del mar Muerto.

XVII. DE LA INDIA

Si nos es permitido formular conjeturas diremos que los indios cercanos al Ganges son quizás los hombres que más antiguamente se conformaron como pueblo. Es cierto que el terreno donde los animales encuentran más fácilmente su pastura se cubre rápidamente de la especie que puede alimentar. Ahora bien, no hay comarca en el mundo donde la especie humana tenga al alcance de la mano alimentos más sanos, más agradables y en mayor abundancia que en las riberas del Ganges. El arroz crece sin ser cultivado; el coco, el dátil, la higuera, presentan por todas partes bocados deliciosos; el naranjo, el limonero, proveen a la vez bebidas refrescantes con algún alimento; las cañas de azúcar están al alcance de la mano; las palmeras y las higueras de largas hojas dan la sombra más espesa. No hay necesidad, en semejante clima, de despellejar rebaños para proteger a los niños de los rigores de las estaciones, aún hoy se los cría desnudos hasta la pubertad. Nunca nadie se vio obligado, en ese país, a arriesgar su vida atacando animales para sostenerla alimentándose de sus miembros desgarrados, como se hace en casi todos los demás países.

Los hombres se deben de haber reunido espontáneamente en sociedad en ese clima feliz; nadie

debe de haber peleado por un terreno árido para asentar en él escasos rebaños; nadie debe de haber guerreado por un pozo, por una fuente, como lo hicieron los bárbaros en la Arabia Pétrea.

Los brahmanes se jactan de poseer los monumentos más antiguos que existen en la Tierra. Las rarezas más antiguas que el emperador chino Chang-Hi tenía en su palacio eran indias: mostraba a nuestros misioneros antiguas monedas indias, acuñadas, muy anteriores a las monedas de cobre de los emperadores chinos; y fue probablemente de los indios de quienes aprendieron los reyes de Persia el arte monetario.

Los griegos, antes de Pitágoras, viajaban a la India para instruirse. Los signos de los siete planetas y los siete metales son todavía, en casi toda la Tierra, los que inventaron los indios; los árabes se vieron obligados a retomar sus cifras. El juego que más honra al espíritu humano nos llega incuestionablemente de la India; los elefantes, que hemos sustituido por torres, lo prueban [: era natural que los indios hicieran marchar a los elefantes, pero no lo es que marchen las torres.]

Finalmente, los pueblos más antiguamente conocidos, persas, fenicios, árabes, egipcios, fueron, desde tiempos inmemoriales, a comerciar a la India, para traer de ella las especias que la naturaleza sólo le ha dado a estos climas, sin que los indios nunca hayan ido a pedir algo a una de esas naciones.

Se nos habla de un Baco que partió, según se dice, de Egipto, o de una comarca de Asia occidental, para conquistar la India. Este Baco, sea quien fuere, sabía pues que en el confín de nuestro continente había una nación mejor que la suya. La necesidad creó a los primeros bandoleros, que invadieron la India porque era rica; y seguramente el pueblo rico se ha reunido, civilizado, educado, mucho antes que el pueblo ladrón.

Lo que más me impresiona en la India es esa antigua opinión sobre la transmigración de las almas, que se extendió con el tiempo hasta la China y Europa. No es que los indios supiesen lo que era un alma; pero imaginaban quue este principio, fuese aéreo o ígneo, animaba sucesivamente diversos cuerpos. Observemos atentamente este sistema de filosofía que afecta a las costumbres. Para los perversos, era un gran freno el temor de ser condenados por Visnú o por Brahma a convertirse en los más viles y desgraciados animales. Pronto veremos que todos los grandes pueblos tenían una idea acerca de otra vida, aunque con nociones diferentes. Por lo que puedo ver, entre los imperios de la antigüedad, sólo los chinos no establecieron la doctrina de la inmortalidad del alma. Sus primeros legisladores sólo promulgaron leyes morales: creyeron que alcanzaba con exhortar a los hombres a la virtud, y forzarlos a ella con una policía severa.

Los indios tuvieron un freno más al abrazar la doctrina de la metempsicosis: el temor de matar a su padre o su madre al matar hombres y animales les inspiró un horror por el asesinato y por toda violencia, que se convirtió para ellos en una segunda naturaleza. Así, todos los indios cuyas familias no se aliaron con los árabes ni con los tártaros son aún en nuestros días los más delicados de los hombres. Su religión y la temperatura de su clima hicieron a estos pueblos enteramente semejantes a esos animales apacibles que criamos en nuestras majadas y nuestros palomares para degollarlos a nuestro gusto. Todas las naciones feroces que descendieron del Cáucaso, del Taurus y del Emaús [1] para subyugar a los habitantes de las orillas del Indo, del Hydaspo [2], del Ganges, los sojuzgaron con sólo mostrarse.

[1] El Himalaya.
[2] El Jelúm, afluente del Indo.

Es lo que les sucedería hoy a esos cristianos primitivos, llamados cuáqueros, tan pacíficos como los indios: si no estuvieran protegidos por sus belicosos compatriotas, serían devorados por las demás naciones. La religión cristiana, que sólo estos primitivos siguen al pie de la letra, es tan enemiga de la sangre como la pitagórica. Pero los pueblos cristianos no observaron jamás su religión, y las antiguas castas indias siempre practicaron la suya: el pitagorismo es la única religión del mundo que ha sabido hacer del horror ante el asesinato una piedad filial y un sentimiento religioso. La transmigración de las almas es un sistema tan simple, e incluso tan verosímil a los ojos de los pueblos ignorantes, es tan fácil creer que aquello que anima a un hombre puede después animar a otro, que todos los que adoptaron esta religión creyeron ver las almas de sus parientes en todos los hombres que los rodeaban. Se creyeron todos hermanos, padres, hijos los unos de los otros: esta idea les inspiraba necesariamente una caridad universal; temblaban ante la posibilidad de herir a un ser que era de la familia. En una palabra, la antigua religión de la India y la de los letrados en China son las únicas en las cuales los hombres no se transformaron en bárbaros. ¿Cómo es posible entonces que esos mismos hombres que consideraban criminal degollar un animal permitiesen que las mujeres ardieran sobre el cuerpo de sus maridos, con la vana esperanza de renacer en un cuerpo más bello y feliz? Es que el fanatismo y las contradicciones son lo propio de la naturaleza humana.

Hay que considerar sobre todo que la abstinencia de carne animal es una consecuencia de la naturaleza del clima. El extremo calor y la humedad pudren rápidamente la carne, que constituye allí un alimento muy malo: los licores fuertes también están prohibidos por la naturaleza, que exige en la India bebidas refrescantes. La metempsicosis llegó,

en verdad, hasta nuestras naciones septentrionales: los celtas creyeron que renacerían en otros cuerpos; pero, si los druidas hubiesen agregado a esta doctrina la prohibición de comer carne, no habrían sido obedecidos.

No conocemos casi nada de los antiguos ritos de los brahmanes, conservados hasta nuestros días: estos sacerdotes no suelen enseñar los libros del *Sánscrito,* que todavía poseen en esa antigua lengua sagrada: sus *Vedas,* su *Shasta,* fueron desconocidos durante tanto tiempo como el *Zend* de los persas y los cinco *Kings* de los chinos. No hace más de ciento veinte años desde que los europeos tuvieron las primeras nociones acerca de los *Kings;* y el *Zend* sólo ha sido visto por el célebre doctor Hyde, que no tuvo dinero para comprarlo y pagar al intérprete [3], y por el comeciante Chardin [4], que no quiso pagar el precio que se le pedía. No nos llegó más que ese extracto del *Zend,* o ese *Sadder,* del que ya he hablado.

Una casualidad más feliz ha procurado para la biblioteca de París un antiguo libro de los brahmanes: es el *Ezur-Veda* [5], escrito antes de la expedición de Alejandro a la India, con un ritual de todos los antiguos ritos de los brahmanes, titulado el *Cormo-Veda:* este manuscrito, traducido por un brahmán, no es en realidad el propio *Veda,* sino un resu-

---

[3] Ver p. 57 (cap. XI).

[4] *Voyages en Perse et autres lieux de l'Orient,* Amsterdam, 1711, t. III, pp. 128 ss.: el parsi que leía y comentaba el libro para Chardin le pedía «mil quinientos francos sólo por el libro, sin contar lo que pretendía por la explicación». (P)

[5] Un manuscrito de este *Ezur-Veda* había sido remitido a Voltaire por un oficial francés que volvía de la India; el escritor lo donó a la biblioteca del rey, tras haberle sacado «una copia muy informe, hecha apresuradamente». Este *Ezur-Veda* es un apócrifo, aparentemente fabricado en la misión jesuítica de Pondichéry: está concebido con la intención de traer al cristianismo a los indios visnuistas. (P)

men de las opiniones y los ritos contenidos en esta ley. [No hace muchos años que tenemos el *Shasta;* lo debemos a los cuidados y a la erudición del señor Holwell; que pasó mucho tiempo entre los brahmanes [6]. El *Shasta* es quince siglos anterior al *Veda,* según el cálculo de este sabio inglés *. Podemos, pues, jactarnos de tener ahora algún conocimiento de los más antiguos escritos del mundo.]

Hay que perder las esperanzas de conseguir nunca algo de los egipcios: sus libros se han perdido, su religión ha desaparecido: ya no comprenden su antigua lengua vulgar, y menos aún la sagrada. Así, aquello que estaba más cerca de nosotros, que era más fácil de conservar, depositado en bibliotecas inmensas, ha perecido para siempre; y hemos encontrado, en los confines del mundo, monumentos no menos auténticos que no esperábamos descubrir.

No se puede dudar de la verdad, de la autenticidad de ese ritual de los brahmanes del que estoy hablando. Ciertamente, el autor no halaga a su secta; no intenta disimular sus supersticiones, darles alguna verosimilitud por medio de explicaciones forzadas, justificarlas por medio de alegorías. Da cuenta de las leyes más extravagantes con la simplicidad del candor. El espíritu humano aparece allí en toda su miseria. Si los brahmanes observaban todas las leyes de su *Veda,* no hay monje que quisiera someterse a tal estado. En cuanto nace, el hijo de un brahmán se convierte en el esclavo de la ceremo-

---

[6] J. Z. Holwell, *Interesting historical events relative to the provinces of Bengal and the empire of Indostan,* London, 1766, ofrece una traducción y un comentario del *Shasta.* Pero no se trata de uno de los antiguos *Sastas,* los códigos de leyes de Manu, sino de un pequeño tratado teológico y filosófico reciente que un brahmán había facilitado a Holwell, que ni siquiera conocía el sánscrito. (P)

* Véase el *Diccionario filosófico.*

nia [7]. Le frotan la lengua con resina mezclada con harina; pronuncian la palabra «um»; invocan a veinte divinidades subalternas antes de cortarle el ombligo; pero también le dicen: «Vivid para dirigir a los hombres»; y, en cuanto puede hablar, le hacen sentir la dignidad de su ser. En efecto, los brahmanes fueron soberanos en la India durante mucho tiempo, y la teocracia estuvo más establecida en esta vasta comarca que en ningún otro lugar del mundo.

Pronto, exponen al niño a la luna; suplican al Ser supremo que borre los pecados que el niño puede haber cometido, aunque tenga ocho días de vida; dirigen antífonas al fuego; dan al niño, con cien ceremonias, el nombre de *Cormo,* que es el título de honor de los brahmanes.

En cuanto el niño puede caminar, pasa su vida bañándose y recitando oraciones; hace el sacrificio de los muertos: este sacrificio se instituyó para que Brahma dé al alma de los ancestros del niño una morada agradable en otros cuerpos.

Se dicen oraciones a los cinco vientos que pueden salir de los cinco orificios del cuerpo humano. Esto no es más extraño que las plegarias dirigidas al dios *Pedo* por las buenas viejecitas de Roma.

No hay función de la naturaleza ni acción de los brahmanes que no tengan su plegaria. La primera vez que se afeita el cráneo del niño, el padre dice devotamente a la hoja de afeitar: «Hoja de afeitar, afeita a mi hijo como has afeitado al Sol y al dios Indro.» Después de todo, no es imposible que el dios Indro haya sido afeitado alguna vez; pero, en lo que respecta al Sol, el asunto es más difícil de comprender, a menos que los brahmanes hayan te-

---

[7] El ceremonial siguiente está descrito en el *Ezur-Veda.*

nido como dios del Sol a nuestro Apolo, a quien seguimos representando sin barba.

El relato de todas estas ceremonias sería tan aburrido como ridículos nos parecen los rituales; y, en su ceguera, dicen mucho sobre nuestras ceremonias; pero hay entre los brahmanes un misterio que no debe ser silenciado: es el *Matrisha Mashom*. Los fieles obtienen, por medio de este misterio, un nuevo ser, una nueva vida.

Se supone que el alma está en el pecho: tal es el sentimiento de casi toda la antigüedad. Los fieles mueven su mano del pecho a la cabeza, apoyándola en el nervio que creen que va del primero de esos órganos hasta el segundo, y así conducen el alma al cerebro. Cuando está seguro de que el alma ha subido, el joven grita que su alma y su cuerpo se han reunido con el Ser supremo, y dice: «Yo mismo soy una parte de la Divinidad.»

Esta opinión fue también la de los más respetables filósofos de Grecia, de aquellos estoicos que elevaron la naturaleza humana por encima de sí misma, la de los divinos Antoninos; y hay que confesar que nada era más capaz de inspirar grandes virtudes. Creerse una parte de la Divinidad es imponerse la ley de no hacer nada que no sea digno del propio Dios.

Hay, en esta ley de los brahmanes, diez mandamientos, que son diez pecados que deben ser evitados. Están divididos en tres clases: los pecados del cuerpo, los de la palabra, los de la voluntad. Golpear, matar al prójimo, robarle, violar a las mujeres, son los pecados del cuerpo; disimular, mentir, injuriar, son los pecados de la palabra; los de la voluntad consisten en desear el mal, mirar a los otros con envidia, no ser afectado por las miserias ajenas. Estos diez mandamientos disculpan todos los ritos ridículos. Vemos, evidentemente, que la moral es la misma en todas las naciones civilizadas, mientras

que las costumbres más consagradas en un pueblo parecen extravagantes u odiosas a los demás. Los ritos establecidos dividen hoy al género humano, y la moral lo reúne.

La superstición nunca impidió que los brahmanes reconocieran un dios único. Estrabón, en su libro decimoquinto, dice que adoran a un dios supremo, que guardan silencio durante varios años antes de atreverse a hablar, que son sobrios, castos, atemperados, que viven en la justicia y mueren sin pesar. Es el testimonio de san Clemente de Alejandría, Apuleyo, Porfirio, Paladio, san Ambrosio. No olvidemos sobre todo que los brahmanes tuvieron un *paraíso terrestre,* y que los hombres que abusaron de la bondad de Dios fueron expulsados de ese paraíso.

La caída del hombre degenerado es el fundamento de la teología de casi todas las naciones antiguas. La inclinación natural del hombre a quejarse del presente y ensalzar el pasado ha hecho que en todas partes se imaginara una especie de edad de oro a la que siguieron los siglos de hierro. Lo que resulta aún más singular es que el *Veda* de los antiguos brahmanes enseña que el primer hombre fue *Adimo,* y la primera mujer *Procriti.* Entre ellos, *Adimo* significaba *Señor,* y *Procriti* quería decir la *Vida:* como *Eva* entre los fenicios, e incluso entre los hebreos, sus imitadores, significaba también la *Vida* o la *Serpiente.* Esta conformidad merece una gran atención.

XVIII. DE LA CHINA

¿Osaremos hablar de los chinos sin referirnos a sus propios anales? Éstos se ven confirmados por el testimonio unánime de nuestros viajeros de diversas sectas, dominicos, jesuitas, luteranos, calvinistas, anglicanos, siempre interesados en contradecirse. Es evidente que el imperio de la China ya estaba formado hace más de cuatro mil años. Este pueblo antiguo nunca oyó hablar de alguna de esas revoluciones físicas, esas inundaciones, esos incendios, cuya débil memoria se había conservado y alterado en las fábulas del diluvio de Deucalión y de la caída de Faetón. El clima de la China fue preservado de estos azotes, como lo fue siempre de la peste propiamente dicha, que arrasó tantas veces a África, Asia y Europa.

Si hay anales que ofrecen aspecto de certeza, éstos son los de los chinos, que han unido, como ya lo hemos dicho en otro sitio[1], la historia del cielo a la de la tierra. Únicos entre todos los pueblos, señalaron constantemente sus épocas por medio de eclipses, de conjunciones de planetas; y nuestros astrónomos, que han examinado sus cálculos, se han asombrado de encontrarlos casi todos exactos. Las

[1] *Ensayo sobre las costumbres...*, cap. 1.

demás naciones inventaron fábulas alegóricas; y los chinos escribieron su historia, con la pluma y el astrolabio en la mano, y con una simplicidad de la cual no se halla ejemplo en el resto de Asia.

Cada reino de sus emperadores fue descrito por sus contemporáneos; no hay entre ellos diferentes maneras de contar; no hay cronologías contradictorias. Nuestros viajeros misioneros relataban, con candor, que cuando le hablaron al sabio emperador Chang-hi de las variaciones considerables de la cronología de la *Vulgata,* de los *Setenta* y de los *Samaritanos,* Chang-hi les respondió: «¿Es posible que los libros en los que creéis se enfrenten entre sí?»

Los chinos escribían en ligeras tabletas de bambú, cuando los caldeos escribían en groseros ladrillos; y todavía conservan algunas de esas antiguas tabletas, que su barniz ha preservado de la podredumbre: son quizás los más antiguos monumentos del mundo. Entre ellos no hubo historia anterior a la de sus emperadores; [casi] no hubo ficciones, ni prodigio alguno, y no hubo hombre alguno inspirado que se dijera semidiós, como entre los egipcios y los griegos: en cuanto este pueblo empezó a escribir, escribió razonablemente.

Difiere sobre todo de las demás naciones en el hecho de que su historia no hace mención alguna de un colegio de sacerdotes que haya influido por una vez en las leyes. Los chinos no se remontan hasta los tiempos salvajes en que los hombres necesitaban que se los engañase para conducirlos. Otros pueblos comenzaron su historia por el origen del mundo: el *Zend* de los persas, el *Shasta* y el *Veda* de los indios, Sanconiatón, Manetón, en fin, hasta Hesíodo, todos se remontan hasta el origen de las cosas, hasta la formación del universo. Los chinos no tuvieron esta locura; su historia es sólo de los tiempos históricos.

Aquí, sobre todo, debemos aplicar nuestro gran

principio que asegura que una nación cuyas primeras crónicas dan testimonio de la existencia de un vasto imperio, poderoso y sabio, debe haber estado reunida como pueblo desde muchos siglos atrás. He aquí este pueblo que, desde hace más de cuatro mil años, escribe cotidianamentee sus anales. Una vez más, ¿no sería una locura no ver que, para ejercitarse en todas las artes que exige la sociedad de los hombres, y para llegar no sólo a escribir sino a escribir bien, habría sido necesario más tiempo que el que ha durado el imperio chino si se cuenta sólo desde el emperador Fo-hi hasta nuestros días? No hay letrado en China que dude de que los cinco *Kings* han sido escritos dos mil trescientos años antes de nuestra era vulgar. Este monumento precede pues en cuatrocientos años a las primeras observaciones babilonias, enviadas a Grecia por Calístenes. Y, hablando de buena fe, ¿corresponde que unos letrados de París discutan la antigüedad de un libro chino, considerado auténtico por todos los tribunales de China?

Los primeros rudimentos son, en cualquier género, más lentos entre los hombres que los grandes progresos. Recordemos siempre que, hace quinientos años, casi nadie sabía escribir en el Norte, en Alemania o entre nosotros. Esas tallas que utilizan aún hoy nuestros panaderos eran nuestros jeroglíficos y nuestros libros de contabilidad. No había ninguna otra aritmética para recaudar los impuestos, y lo prueba el nombre de talla que éstos reciben todavía en nuestros campos. Nuestras costumbres caprichosas, que sólo hace cuatrocientos cincuenta años comenzaron a ser redactadas por escrito, nos muestran cuán raro era entonces el arte de la escritura. No hay pueblo en Europa que no haya hecho en todas las artes más progreso en medio siglo que el que había hecho desde las invasiones de los bárbaros hasta el siglo XIV.

No examinaré aquí por qué los chinos, que llegaron a conocer y practicar todo lo que es útil para la sociedad, no fueron tan lejos como nosotros en el campo de las ciencias. Son tan malos físicos, lo confieso, como lo éramos nosotros hace doscientos años, y como lo fueron los griegos y los romanos; pero perfeccionaron la moral, que es la primera de las ciencias.

Su vasto y populoso imperio ya estaba gobernado como una familia cuyo padre era el monarca y cuyos cuarenta tribunales legislativos eran considerados como los hermanos mayores, cuando nosotros errábamos en pequeños grupos por los bosques de las Ardenas.

Su religión era simple, sabia, augusta, libre de toda superstición y de toda barbarie, cuando nosotros no teníamos siquiera los Teutates, a quienes los druidas sacrificaban los hijos de nuestros ancestros en grandes cestos de mimbre.

Los emperadores chinos ofrecían por sí mismos al Dios del universo, al Chang-ti, al Tien, al príncipe de todas las cosas, las primicias de las cosechas, dos veces por año; ¡y qué cosechas!: las que habían sembrado con sus propias manos. Esta costumbre se mantuvo durante cuarenta siglos, incluso en medio de revoluciones y de las más horribles calamidades.

La religión de los emperadores y de los tribunales nunca fue deshonrada por imposturas, ni turbada por querellas entre sacerdocio e imperio, ni cargada de innovaciones absurdas que disputan unas contra otras con argumentos tan absurdos como ellas mismas, cuya demencia ha terminado por poner el puñal en manos de fanáticos conducidos por facciosos. Sobre todo por eso los chinos aventajan a todas las naciones del universo.

Su Confutzée, que nosotros llamamos Confucio, no imaginó nuevas opiniones ni nuevos ritos; no se

hizo el inspirado ni el profeta: era un sabio magistrado que enseñaba las antiguas leyes. Hablamos algunas veces, y muy fuera de lugar, de la religión de Confucio: no había más religión que la de todos los emperadores y todos los tribunales, la de los primeros sabios. Confucio no recomienda sino la virtud; no predica ningún misterio. Dice en su primer libro [2] que para aprender a gobernar hay que vivir todos los días corrigiéndose. En el segundo, prueba que el mismo Dios ha grabado la virtud en el corazón del hombre: dice que el hombre no ha nacido malvado, y que llega a serlo por su culpa. El tercero es una colección de máximas puras, entre las que no encontraréis nada bajo, ni tampoco alegorías ridículas. Tuvo cinco mil discípulos; podía ponerse a la cabeza de un partido poderoso, y prefirió instruir a los hombres antes que gobernarlos.

Se ha criticado con fuerza, en el *Ensayo sobre las costumbres...*, etc. [3], la temeridad que hemos tenido, en un confín de occidente, al querer juzgar a esta corte oriental, y al atribuirle el ateísmo. ¿Por qué furor, en efecto, han podido algunos de nosotros llamar ateo a un imperio en el cual casi todas las leyes están basadas en el conocimiento de un Ser supremo, remunerador y vengador? Las inscripciones de sus templos, de las que tenemos copias auténticas *, dicen: «Al primer principio, sin comienzo y sin fin. Todo lo ha hecho, lo gobierna todo. Es infinitamente bueno, infinitamente justo; el ilumina, sostiene y regula toda la naturaleza.»

---

[2] Se trata de la obra que publicaron el padre Couplet y otros tres jesuitas bajo el título *Confucius, Sinarum philosophus, sive Scientia sinensis latine exposita,* París, 1687. Las «ciencias chinas» son expuestas en tres libros, traducidas al latín; los editores aseguran que su autor es Confucio. (P)

[3] Cap. 2.

* Basta con ver las estampas grabadas en la colección del jesuita Du Halde.

Se ha reprochado en Europa, a los jesuitas a quienes no se quería, que adularan a los ateos de la China. Un francés llamado Maigrot, nombrado por un papa obispo *in partibus* de Conón, en China, fue enviado por este mismo papa para ir a juzgar el proceso sobre el terreno. Este Maigrot no sabía una palabra de chino; sin embargo, trató a Confucio de ateo, a partir de estas palabras de ese gran hombre: *El cielo me ha dado la virtud, el hombre no puede dañarme*. El mayor de nuestros santos nunca ha dado máxima más celestial. Si Confucio era ateo, Catón y el canciller De l'Hospital [4] también lo fueron.

Repitamos aquí, para hacer sonrojar a la calumnia, que los mismos hombres que sostenían contra Bayle [5] que una sociedad de ateos era imposible afirmaban al mismo tiempo que el más antiguo gobierno de la tierra era una sociedad de ateos. Nunca podremos avergonzarnos demasiado de nuestras contradicciones.

Repitamos una vez más que los letrados chinos, adoradores de un solo Dios, abandonaron al pueblo a las supersticiones de los bonzos. Recibieron a la secta de Laokium, y la de Fo, y varias otras. Los magistrados sintieron que el pueblo podía tener religiones distintas de la del Estado, tal como tiene una alimentación más grosera: soportaron a los bonzos y los contuvieron. En casi todos los demás sitios, los que tenían el oficio de bonzos poseían la autoridad principal.

Es verdad que las leyes de China no hablan de

---

[4] Michel de l'Hospital (1504-1573): jurista y poeta, ministro de la reina regente Catalina de Francia, intentó una política de reconciliación entre católicos y protestantes, que no tuvo éxito.

[5] Pierre Bayle (1647-1706): filósofo y publicista, precursor de la Ilustración y anticatólico feroz, autor de un difundido *Dictionnaire historique et critique* (ver «Estudio preliminar», p. XV).

penas y recompensas después de la muerte: no quisieron afirmar aquello que no sabían. Esta diferencia entre ellos y todos los otros grandes pueblos civilizados es muy asombrosa. La doctrina del infierno era útil, y el gobierno de los chinos nunca la admitió. Se contentaron con exhortar a los hombres a reverenciar al cielo y a ser justos. Creyeron que un orden exacto, ejercitado permanentemente, tendría más efecto que unas opiniones que podrían ser combatidas; y que sería más temida la ley siempre presente que una ley por venir. Hablaremos a su debido tiempo de otro pueblo, infinitamente menos considerable, que tuvo aproximadamente la misma idea o, mejor dicho, no tuvo ninguna, pero fue conducido por vías desconocidas para los demás hombres.

Resumamos aquí solamente que el imperio chino subsistía con esplendor cuando los caldeos comenzaban el curso de esos diecinueve siglos de observaciones astronómicas enviadas a Grecia por Calístenes. Los brahmanes reinaban entonces en una parte de la India; los persas tenían sus leyes; los árabes, hacia el mediodía, y los escitas, hacia el septentrión, habitaban en tiendas; Egipto, del cual vamos a hablar, era un poderoso reino.

XIX. DE EGIPTO

Me parece evidente que los egipcios, con ser tan antiguos, no pudieron reunirse como nación ni llegar a ser civilizados, cultos, industriosos, poderosos, hasta mucho después que todos los pueblos a los que acabo de pasar revista. Egipto, hasta el delta, está cercado por dos cadenas rocosas entre las que se precipita el Nilo, bajando de Etiopía, del mediodía al septentrión. Desde las cataratas del Nilo hasta sus desembocaduras no hay más que ciento sesenta leguas de tres mil pasos geométricos; y el ancho de la región no es sino de diez a quince y veinte leguas hasta el delta, parte baja de Egipto, que abarca una extensión de cincuenta leguas, de oriente a occidente. A la derecha del Nilo están los desiertos de la Tebaida; y, a la izquierda, las arenas deshabitadas de Libia, hasta la pequeña comarca donde fue construido el templo de Amón.

Durante siglos las inundaciones del Nilo debieron de alejar a todos los colonos de una tierra sumergida durante cuatro meses del año; estas aguas cenagosas, acumulándose continuamente, debieron de convertir por mucho tiempo a Egipto en un pantano. No sucede lo mismo a orillas del Éufrates, el Indo, el Ganges, y otros ríos que se desbordan casi todos los años, en verano, cuando el deshielo. Sus crecidas no son tan grandes, y las vastas llanuras

que los rodean ofrecen a los cultivadores toda la libertad de aprovechar la fertilidad de la tierra.

Observemos sobre todo que la peste, ese azote ligado al género animal, reina al menos una vez cada diez años en Egipto; debía de ser mucho más destructiva cuando las aguas del Nilo, estancándose en la tierra, agregaban su infección a este contagio horrible: así, la población de Egipto debió de ser muy débil durante muchos siglos.

El orden natural de las cosas parece, pues, demostrar invenciblemente que Egipto fue una de las últimas tierras habitadas. Los trogloditas, nacidos en las rocas que bordean el Nilo, fueron obligados a trabajos tan largos como penosos para excavar canales que recibiesen al río, para levantar cabañas y elevarlas veinticinco pies por encima del terreno. Esto es, sin embargo, lo que fue necesario hacer antes de construir Tebas con sus supuestas cien puertas, antes de erigir Menfis y de soñar con construir pirámides. Es extraño que ningún historiador antiguo haya formulado una reflexión tan natural.

Ya hemos señalado que, en el tiempo en que se sitúan los viajes de Abraham, Egipto era un reino poderoso. Sus reyes ya habían construido algunas de esas pirámides que aún sorprenden a la vista y a la imaginación. Los árabes han escrito que la mayor fue elevada por Saurid, varios siglos antes de Abraham. No se sabe en qué época fue edificada la famosa Tebas de las cien puertas, la ciudad de Dios, Diópolis. Parece que en aquellos tiempos remotos las grandes ciudades llevaban el nombre de ciudad de Dios, como Babilonia. Pero ¿quién podrá creer que por cada una de las cien puertas de esta ciudad salían doscientos carros armados para la guerra y diez mil combatientes? [1]. Esto supondría veinte mil

[1] El señor de Voltaire sólo considera aquí a los compiladores modernos. Homero habla de cien carros que salían de cada puer-

carros, y un millón de soldados; y, a razón de un soldado por cada cinco personas, esta cifra supone al menos cinco millones de cabezas para una sola ciudad, en un país no tan grande como España o Francia y que no tenía, según Diodoro de Sicilia, más de tres millones de habitantes, ni más de ciento sesenta mil soldados para su defensa. Diodoro, en el libro primero [2], dice que Egipto estaba tan poblado que había tenido antaño hasta siete millones de habitantes y que en sus tiempos tenía todavía tres millones.

No creéis en las conquistas de Sesostris más que en el millón de soldados que salen por las cien puertas de Tebas. ¿No pensáis leer la historia de Picrocolo, cuando los que copian a Diodoro [3] os dicen que el padre de Sesostris, basando sus esperanzas en un sueño y un oráculo, destinó a su hijo a subyugar el mundo; que hizo criar en su corte, enseñándoles el oficio de las armas, a todos los niños nacidos el mismo día que ese hijo; que no se les daba de comer hasta después de que hubiesen corrido ocho de nuestras grandes leguas *; y, por fin, que Sesostris partió con seiscientos mil hombres y veintisiete mil carros de guerra para conquistar toda la tierra, desde la India hasta las extremidades del Ponto Euxino, y que sometió la Migrelia y la Georgia, llamadas entonces la Cólquida [4]. Herodoto no

ta de Tebas; Diodoro cuenta doscientos; y es Pomponio Mela quien habla de diez mil combatientes. Véase la *Defensa de mi tío*, cap. IX. (K)

[2] *Histoire universelle*, lib. I, cap. 31. (P)

[3] Voltaire se refiere a Rollin (*Histoire ancienne*, t. I, p. 107). (P)

* Si se redujeran a seis esas ocho leguas, sólo se evitaría un cuarto del ridículo.

[4] Hemos oído explicar esta historia de Sesostris de forma muy ingeniosa, considerándola como una alegoría. Sesostris es el Sol, que parte al frente del ejército celeste para conquistar la Tierra;

duda de que Sesostris haya dejado columnas en la Cólquida, porque vio en Colcos unos hombres morenos, con cabellos crespos, parecidos a los egipcios [5]. Yo creería más bien que estas especies de escitas de las orillas del mar Negro y del mar Caspio saquearon a los egipcios cuando asolaron durrante tanto tiempo el Asia, antes del reino de Ciro. Creería que se llevaron consigo esclavos de Egipto, ese verdadero país de esclavos, cuyos descendientes pudo o creyó ver Herodoto en Cólquida. Si los cólquidas tenían efectivamente la superstición de hacerse circuncidar, probablemente habían adquirido esta costumbre en Egipto: como les sucedió a casi todos los pueblos del Norte, que adquirieron los ritos de las naciones civilizadas que habían derrotado [6].

Jamás los egipcios, en los tiempos conocidos, fueron temibles; jamás entró en su tierra enemigo que no los subyugara. Comenzaron los escitas. Tras los escitas vino Nabucodonosor, que conquistó Egipto sin resistencia; Ciro no tuvo más que enviar a uno de sus lugartenientes; sublevado, bajo Cambises, una campaña fue suficiente para someterlo; y este Cambises tuvo tanto desprecio por los egipcios que mató a su dios Apis en su presencia. Ochus [7] redujo a Egipto a provincia de su reino. Alejandro, César, Augusto, el califa Omar, conquistaron Egip-

los mil setecientos niños nacidos el mismo día que él son las estrellas: los egipcios debían conocerlas en esa cantidad. Pero que esta fábula fuese una alegoría astronómica o un cuento que no significa nada, sigue siendo igualmente ridículo considerarla como una historia. (K)

[5] Lib. I, cap. CIV.

[6] Pudo haber habido una colonia egipcia a orillas del Ponto Euxino sin que Sesostris haya salido de Egipto con 600.000 combatientes para conquistar la Tierra. Herodoto podría ser al mismo tiempo un historiador fabuloso y un mal lógico. (K)

[7] Artajerjes III, rey persa. Todas estas conquistas se sitúan en el primer milenio a.C., período de la decadencia egipcia.

to con la misma facilidad. Estos mismos pueblos de Colcos, bajo el nombre de mamelucos, volvieron a apoderarse una vez más de Egipto en tiempos de las Cruzadas; finalmente, Selim I conquistó Egipto en una sola campaña, como todos los que se habían presentado allí. En toda la historia, sólo nuestros cruzados fueron derrotados por los egipcios, el más cobarde de todos los pueblos, como lo hemos señalado en otro sitio; pero fue porque entonces los egipcios estaban gobernados por la milicia de los mamelucos de Colcos.

Es cierto que un pueblo humillado puede haber sido antaño un conquistador: lo prueban los griegos y los romanos. Pero estamos más seguros de la antigua grandeza de los griegos y los romanos que de la de Sesostris.

No niego que el llamado Sesostris haya podido sostener una guerra afortunada contra algunos etíopes, algunos árabes, algunos pueblos de Fenicia. Entonces, en el lenguaje de los exagerados, habrá conquistado toda la Tierra. No hay nación sometida que no pretenda haber sometido en otros tiempos a otras naciones: la vana gloria de una antigua superioridad consuela de la humillación presente.

Herodoto contaba ingenuamente a los griegos lo que los egipcios le habían dicho; pero, si le hablaron sólo de prodigios, ¿cómo no le dijeron nada de las famosas plagas de Egipto, de ese combate mágico entre los hechiceros del faraón y el ministro del dios de los judíos, ni de un ejército entero engullido en el fondo del mar Rojo, bajo las aguas elevadas como montañas a diestra y a siniestra, para dejar pasar a los hebreos, y que al volver a caer sumergieron a los egipcios? Era seguramente el mayor episodio en la historia del mundo: ¿cómo, pues, ni Herodoto, ni Manetón, ni Eratóstenes, ni ninguno de los griegos, grandes amantes de lo maravilloso y siempre en contacto con Egipto, hablaron de esos mila-

gros que debían ocupar la memoria de todas las generaciones? Por supuesto, no hago esta reflexión para menoscabar el testimonio, que reverencio como debo: me limito a asombrarme sin más del silencio de todos los egipcios y todos los griegos. Sin duda, Dios no quiso que una historia tan divina nos fuese transmitida por ninguna mano profana.

XX. DE LA LENGUA DE LOS EGIPCIOS, Y DE SUS SÍMBOLOS

El lenguaje de los egipcios no tenía relación alguna con el de las naciones de Asia. No encontraréis en este pueblo la palabra «Adoni» o «Adonai», ni «Bal» o «Baal», términos que significan el Señor; ni «Mitra», que era el Sol entre los persas; ni «Melk», que significa rey en Siria; ni «Shak», que significa la misma cosa entre los indios y los persas. Ya veis, por el contrario, que «Farao» era el nombre egipcio que corresponde a rey. «Oshiret» (Osiris) correspondía al Mitra de los persas; y la palabra vulgar «On» significaba Sol. Los sacerdotes persas se llamaban *mog;* los de los egipcios, *schoen,* según informa el *Génesis,* capítulo XLVI [1].

Los jeroglíficos, los caracteres alfabéticos de Egipto, que el tiempo ha respetado y aún vemos grabados en los obeliscos, no tienen relación alguna con los de los demás pueblos.

Antes de que los hombres hubiesen inventado los jeroglíficos, tenían sin duda signos representati-

---

[1] Edición *princeps: ...según informa Diodoro de Sicilia.* —El capítulo XLVI del Génesis no habla en absoluto de los sacerdotes egipcios.

vos; ya que, efectivamente, ¿qué habrían podido hacer los primeros hombres sino lo que hacemos nosotros cuando estamos en su situación? Si un niño se encuentra en un país cuya lengua ignora, habla por signos; si no lo comprenden, por poco que tenga algo de sagacidad, dibujará en una pared, con un carbón, las cosas que necesita.

Se pintaba, pues, al principio groseramente, lo que se quería hacer entender: el arte de dibujar precedió sin duda al arte de escribir. Es así como escribían los mexicanos y los peruanos: no habían llevado el arte más lejos. Tal era el método de todos los primeros pueblos civilizados. Con el tiempo, se inventaron las figuras simbólicas: dos manos entrelazadas significaron la paz, unas flechas representaron la guerra, un ojo significó la Divinidad, un cetro señaló la realeza, y figuras que se unían a esas figuras expresaron frases cortas.

Finalmente, los chinos inventaron caracteres para expresar cada palabra de su lengua. Pero ¿qué pueblo inventó el alfabeto, que, poniendo ante los ojos los diferentes sonidos que podemos articular, da la facilidad de combinar por escrito todas las palabras posibles? ¿Quién pudo enseñar así a los hombres a grabar tan cómodamente sus pensamientos? No repetiré aquí los cuentos de los antiguos sobre este arte que hace eternas a todas las artes; sólo diré que se necesitaron muchos siglos para llegar a él.

Los *schoen,* o sacerdotes de Egipto, siguieron escribiendo en jeroglíficos durante mucho tiempo, lo cual está prohibido por el segundo artículo de la fe de los hebreos [2]; y, cuando los pueblos de Egipto tuvieron caracteres alfabéticos, los *schoen* adoptaron unos diferentes que llamaron sagrados, con el fin de poner siempre una barrera entre ellos y el

---

[2] *Deuteronomio,* IV, 15-20; V, 8.

pueblo. Los magos, los brahmanes, hacían lo mismo: tan necesario ha parecido para gobernar a los hombres el arte de esconderse de ellos. No solamente estos *schoen* tenían caracteres que sólo les pertenecían a ellos, sino que también habían conservado la antigua lengua de Egipto cuando el tiempo había cambiado la del vulgo.

Manetón, citado en Eusebio, habla de dos columnas grabadas por Tot, el primer Hermes, en caracteres de la lengua sagrada [3]; pero ¿quién sabe en qué tiempos vivía ese antiguo Hermes? [Es muy verosímil que viviese más de ochocientos años antes de la época en que se sitúa a Moisés; ya que Sanconiatón dice haber leído los escritos de Tot, redactados, dice, ochocientos años antes. Ahora bien, Sanconiatón escribía en Fenicia, país vecino de la pequeña comarca cananea pasada a sangre y fuego por Josué, según los libros judíos. Si hubiese sido contemporáneo de Moisés o si hubiese venido después de él, habría hablado sin duda de un hombre tan extraordinario y de sus prodigios espantosos; habría homenajeado con su testimonio a ese famoso legislador judío, y Eusebio no habría dejado de aprovecharse de las confesiones de Sanconiatón.]

Sea como fuere, los egipcios guardaron muy escrupulosamente sus primeros símbolos. Resulta muy curioso ver en sus monumentos una serpiente que se muerde la cola, representando los doce meses del año; y estos doce meses expresados cada uno por animales que no son en absoluto los del zodíaco que conocemos. Se ven aún los cinco días agregados luego a los doce meses, bajo la forma de una peque-

---

[3] Eusebio de Cesarea, *Praeparatio evangelica,* París, 1628, cita a Manetón en su libro II y refiere que Tot, inventor de la escritura, ordenó las leyes religiosas y escribía en tabletas sagradas (pp. 36-41). (P)

ña serpiente sobre la que se sientan cinco figuras: un gavilán, un hombre, un perro, un león y un ibis. Se los ve dibujados en Kircher [4], según monumentos conservados en Roma. Así, casi todo en la antigüedad es símbolo y alegoría.

---

[4] Athanasius Kircher, *Oedypus AEgyptiacus,* Roma, 1652.

XXI. DE LOS MONUMENTOS DE LOS EGIPCIOS

Es cierto que tras los siglos en que los egipcios fertilizaron el suelo mediante los canales del río, tras los tiempos en que los poblados comenzaron a transformarse en ciudades opulentas, habiendo perfeccionado las artes necesarias, se comenzó a honrar las artes de ostentación. Entonces hubo soberanos que emplearon a sus súbditos y a algunos árabes vecinos del lago Sirbón para construir sus palacios y sus tumbas en pirámides, para tallar piedras enormes en las canteras del Alto Egipto, para embarcarlas en balsas hasta Menfis, para colocar sobre columnas macizas grandes piedras planas, sin gusto y sin proporción. Conocieron lo grande, jamás lo bello. Enseñaron a los primeros griegos, pero luego los griegos fueron sus maestros en todo cuando hubieron construido Alejandría.

Es triste que, durante la guerra de César, la mitad de la famosa biblioteca de los Ptolomeos haya sido quemada y que la otra mitad haya calentado los baños de los musulmanes cuando Omar sometió a Egipto: hubiésemos conocido al menos el origen de las supersticiones que infectaron a este pueblo, el caos de su filosofía, algunas de sus antigüedades y de sus ciencias.

Es absolutamente necesario que hayan vivido en paz durante varios siglos para que sus príncipes hayan tenido el tiempo y la tranquilidad requeridos para levantar todos esos edificios prodigiosos de los que aún subsiste la mayor parte.

Sus pirámides costaron muchos años y gastos; fue necesario que una gran parte de la nación y cantidad de esclavos extranjeros fueran empleados durante mucho tiempo en esas obras inmensas. Fueron levantadas por el despotismo, la vanidad, la servidumbre y la superstición. En efecto, sólo un rey déspota podía forzar así la naturaleza. Inglaterra, por ejemplo, es hoy más poderosa de lo que fue Egipto: ¿un rey de Inglaterra podría emplear a su nación en la construcción de tales monumentos?

La vanidad tenía sin duda su parte: se trataba, entre los antiguos reyes de Egipto, de ver quién levantaría la más bella pirámide para su padre o para sí mismo; la servidumbre procuraba la mano de obra. Y, en cuanto a la superstición, se sabe que esas pirámides eran tumbas; se sabe que los *chocamatim* o *schoen* de Egipto, es decir, los sacerdotes, habían persuadido a la nación de que el alma volvería a su cuerpo al cabo de mil años. Se pretendía que el cuerpo permaneciese mil años entero, al abrigo de toda corrupción: por eso se lo embalsamaba con un cuidado tan escrupuloso; y, para evitar los accidentes, se lo encerraba en una masa de piedra sin salida. Los reyes, los grandes, daban a sus tumbas la forma que ofrecía menos blanco a las injurias del tiempo. Sus cuerpos se han conservado más allá de cualquier esperanza humana. Tenemos en nuestros días momias egipcias de más de cuatro mil años. Unos cadáveres han durado tanto como las pirámides.

Esta opinión acerca de una resurrección después de diez siglos pasó más tarde a los griegos, discípulos de los egipcios, y a los romanos, discípulos de

los griegos. La encontramos en el sexto libro de *La Eneida,* que no es más que la descripción de los misterios de Isis y de Ceres Eleusina *[1].

Has omnes, ubi mille rotam volvere per annos,
Lethaeum ad fluvium Deus advocat, agmine magno;
Scilicet ut memores supera et convexa revisant [2].

Se introdujo luego entre los cristianos, quienes establecieron el reino de mil años: la secta de los milenaristas la ha hecho vivir hasta nuestros días. Es así como diversas opiniones han dado la vuelta al mundo. Con esto basta para mostrar con qué espíritu se construyeron estas pirámides. No repitamos lo que se ha dicho sobre su arquitectura y sobre sus dimensiones; yo sólo examino la historia del espíritu humano.

* Ver el *Diccionario filosófico,* art. «Iniciación».

[1] En este artículo, aparecido primeramente en 1771 en las *Questions sur l'Encyclopédie,* Voltaire se retracta de la opinión que aquí sostiene. «Es muy verosímil que el sexto libro de *La Eneida* no sea una descripción de los misterios; si lo he dicho, me desdigo.» Voltaire considera que Augusto no hubiese tolerado esta profanación. (P)

[2] Virgilio, *Eneida,* VI, 748-750. «A todas esas (almas), cuando ya ha girado la rueda de mil años, Dios las llama en larga fila junto al río Leteo, para que, perdido todo recuerdo, puedan volver a ver la bóveda celeste...» Voltaire cita erróneamente *omnes* por *omnis.*

XXII. DE LOS RITOS EGIPCIOS, Y DE LA CIRCUNCISIÓN

Primeramente, ¿reconocieron los egipcios un Dios supremo? Si se hubiese hecho esta pregunta a las gentes del pueblo, no habrían sabido qué responder; si a jóvenes estudiantes de teología egipcia, habrían hablado largo rato sin aclararse; si a alguno de los sabios consultados por Pitágoras, por Platón, por Plutarco, hubiese dicho netamente que no adoraba más que a un dios. Se habría basado en la antigua inscripción de la estatua de Isis: «Yo soy lo que es»; y esta otra: «Yo soy todo lo que ha sido y lo que será; ningún mortal podrá alzar mi velo.» Habría recordado el globo colocado sobre la puerta del templo de Menfis, que representaba la unidad de la naturaleza divina bajo el nombre de *Knef*. El nombre más sagrado entre los egipcios era el mismo que adoptaron los hebreos, *I ha ho*. Se lo pronuncia de diversas formas; pero Clemente de Alejandría asegura, en sus *Estrómata* [1], que quienes entraban en el templo de Serapis estaban obligados a llevar sobre sí el nombre de *I ha ho,* o bien de *I ha hu,* que significa el Dios eterno. Los árabes sólo retuvieron la sílaba «Hu», adoptada finalmente por los turcos,

[1] *Operae quae existant,* Oxonii, 1715, t. II, p. 666. (P)

que la pronunciaron con más respeto incluso que la palabra «Allah»; ya que emplean «Allah» en la conversación, y no utilizan «Hu» sino en sus plegarias.

Digamos aquí al pasar que el embajador turco Said Effendi, viendo la representación en París de *El burgués gentilhombre* y esa ceremonia ridícula en la que lo hacen turco, cuando oyó pronunciar el nombre sagrado «Hu» con sarcasmo y posturas extravagantes, contempló ese divertimento como la más abominable profanación.

Volvamos. ¿Los sacerdotes de Egipto alimentaban un buey sagrado, un perro sagrado, un cocodrilo sagrado? Sí. Y los romanos también tuvieron ocas sagradas; tuvieron dioses de cualquier especie; y las devotas tenían entre sus penates al dios de la silla privada, *deum stercutium;* y al dios Pedo, *deum crepitum,* pero ¿dejaban por ello de reconocer al *Deum optimum maximum,* el amo de los dioses y de los hombres? ¿Qué país no ha tenido una multitud de supersticiosos, y un pequeño número de sabios?

Lo que debemos subrayar, sobre todo en Egipto y en todas las naciones, es que nunca han tenido opiniones constantes, así como nunca han tenido leyes siempre uniformes, pese al apego que los hombres sienten por sus antiguas costumbres. Nada hay inmutable, fuera de la geometría: todo el resto es una variación continua.

Los sabios riñen y reñirán. Uno asegura que todos los pueblos antiguos han sido idólatras, el otro lo niega. Uno dice que no han adorado sino a un dios sin simulacros; el otro, que reverenciaron a varios dioses en varios simulacros; todos tienen razón, sólo es necesario diferenciar los tiempos y los hombres, que han cambiado: nada estuvo de acuerdo nunca. Mientras los Ptolomeos y los principales sacerdotes se mofaban del buey Apis, el pueblo caía de rodillas ante él.

Juvenal ha dicho que los egipcios adoraban a unas cebollas [2]; pero ningún historiador lo había dicho. Hay mucha diferencia entre una cebolla sagrada y una cebolla dios; no se adora todo lo que se coloca, todo lo que se consagra en un altar. Leemos en Cicerón que los hombres, que han agotado todas las supersticiones, no han llegado todavía a la de comerse a sus dioses, y que es el único absurdo que les falta [3].

¿La circuncisión viene de los egipcios, de los árabes, o de los etíopes? No lo sé para nada. Que lo digan quienes lo sepan. Todo lo que yo sé es que los sacerdotes de la antigüedad se imprimían en el cuerpo marcas de su consagración, tal como luego se marcó con un hierro al rojo la mano de los soldados romanos. En tal país, los sacrificantes se sajaban el cuerpo, como luego lo hicieron los sacerdotes de Belona; en tal otro, se hacían eunucos, como los sacerdotes de Cibeles.

No es en absoluto por un principio de salud que se circuncidaron los etíopes, los árabes, los egipcios. Se ha dicho que tenían el prepucio demasiado largo; pero, si se puede juzgar a una nación por un individuo, yo he visto a un joven etíope que, nacido lejos de su patria, no había sido circuncidado: puedo asegurar que su prepucio era precisamente como los nuestros.

No sé a qué nación se le ocurrió primero llevar en procesión el *kteis* y el falo, es decir, la representación de los signos distintivos de los animales macho y hembra; ceremonia hoy indecente, antaño sagrada: los egipcios tuvieron esta costumbre. Se ofre-

---

[2] *Sátiras*, XV, 9-11.

[3] El pasaje de Cicerón cuyo sentido retoma Voltaire no se encuentra en el libro *De Divinatione*, como dice Voltaire en otra parte (cap. V del *Pirronismo de la historia*, *Mélanges*, 1876), sino en el tratado *De natura deorum*, III, 16. Cicerón murió cuarenta y tres años antes de la era vulgar. (B)

cía a los dioses las primicias; se les inmolaba lo más precioso que se tenía: parece natural y justo que los sacerdotes ofreciesen una pequeña parte del órgano de la generación a aquellos que todo lo engendraban. Los etíopes, los árabes circuncidaban también a sus hijas, cortando una pequeñísima parte de los labios menores; lo cual prueba que ni la salud ni la limpieza podían ser la razón de esta ceremonia, ya que sin duda una muchacha incircuncisa puede ser tan limpia como una circuncisa.

Cuando los sacerdotes de Egipto consagraron esta operación, también sus iniciados la sufrieron; pero, con el tiempo, esta marca distintiva fue dejada exclusivamente para los sacerdotes. No se ve que ningún Ptolomeo se haya hecho circuncidar; y los autores romanos nunca infligieron al pueblo egipcio el nombre de «Apella», que daban a los judíos. Estos judíos habían tomado la circuncisión de los egipcios, con una parte de sus ceremonias. La han conservado siempre, así como los árabes y los etíopes. Los turcos se han sometido a ella, aunque no sea ordenada por el *Alcorán*. No es más que una vieja usanza que empezó por la superstición, y se conservó por la costumbre.

XXIII. DE LOS MISTERIOS DE LOS EGIPCIOS

Estoy muy lejos de saber qué nación inventó primero esos misterios que gozaron de tanto crédito desde el Éufrates hasta el Tíber. Los egipcios no nombran al autor de los misterios de Isis. Zoroastro pasa por haberlos establecido en Persia; Cadmo e Ínaco, en Grecia; Orfeo, en Tracia; Minos, en Creta. Es cierto que todos estos misterios anunciaban una vida futura, ya que Celso dice a los cristianos *: «Os jactáis de creer en castigos eternos, ¿no los anunciaron a sus iniciados todos los ministros de los misterios?»

Los griegos, que tomaron tantas cosas de los egipcios: su Tartharoth, del que hicieron el Tártaro; el lago, del que hicieron el Aqueronte; el barquero Caronte, del que hicieron el piloto de los muertos; tomaron sus famosos misterios de Eleusis de los de Isis. Pero nadie puede afirmar que los misterios de Zoroastro no hayan precedido a los egipcios. Unos y otros eran de la mayor antigüedad, y todos los autores griegos y latinos que hablaron del tema convienen en que la unidad de Dios, la inmortalidad del alma, los castigos y las recompensas después de

* Orígenes, libro VIII.

la muerte, eran anunciados en estas ceremonias sagradas.

Hay grandes probabilidades de que los egipcios, tras haber establecido estos misterios, hayan conservado sus ritos: puesto que, pese a su extremada ligereza, fueron constantes en la superstición. La plegaria que encontramos en Apuleyo [1], cuando Lucio es iniciado a los misterios de Isis, debe ser la antigua plegaria: «Las potencias celestes te sirven, los infiernos se someten a ti, el universo gira bajo tu mano, tus pies huellan el Tártaro, los astros responden a tu voz, las estaciones vuelven ante tus órdenes, los elementos te obedecen, etc.»

¿Es posible tener prueba más fuerte de que los egipcios, en medio de todas sus supersticiones despreciables, reconocían la unidad de Dios?

[1] *El asno de oro con el demonio de Sócrates,* t. II, lib. XI. (P)

XXIV. DE LOS GRIEGOS, DE SUS ANTIGUOS DILUVIOS, DE SUS ALFABETOS Y DE SU GENIO

Grecia es un pequeño país montañoso, recortado por el mar, de extensión semejante a la de Gran Bretaña. Todo atestigua, en este país, las revoluciones físicas que ha debido de sufrir. Las islas que lo rodean muestran con bastante claridad, por los escollos continuos que las bordean, por la poca profundidad del mar, por las hierbas y raíces que cruzan bajo las aguas, que fueron desprendidas del continente. Los golfos de Eubea, de Calcis, de Argos, de Corinto, de Accio, de Mesina, enseñan a nuestros ojos que el mar se ha abierto pasos en la tierra. Las conchillas de mar que llenan las montañas del famoso valle del Tempé son testimonios visibles de una antigua inundación; y los diluvios de Ogigo [1] y de Deucalión [2], que dieron pie a tantas fábulas, son verdades históricas: son ellos, proba-

[1] Hijo de Poseidón, rey mítico de Tebas; durante su gobierno se produjo una gran inundación que cubrió la Beocia.

[2] Hijo de Prometeo, Deucalión cumplió el papel de Noé en el mito griego del diluvio universal. Uno de sus hijos, Helén, es incluso el héroe epónimo de la nación griega.

blemente, los que hacen de los griegos un pueblo tan nuevo. Estas grandes revoluciones volvieron a hundirlos en la barbarie cuando florecían las naciones de Asia y Egipto.

Dejo a otros más sabios que yo el cuidado de probar que los tres hijos de Noé, que eran los únicos habitantes del globo, se lo repartieron enteramente; que cada uno de ellos se fue a dos o tres mil leguas del otro para fundar por todas partes poderosos imperios, y que Yaván, su nieto, pobló Grecia de paso para Italia; que es allí donde los griegos se llamaron jonios, porque Ion envió colonias a las costas del Asia Menor; y que este Ion es notoriamente Yaván, cambiando la «I» por «Ya», y «On» por «van». Son cuentos que se les cuentan a los niños, y los niños no los creen:

Nec pueri credunt, nisi qui nondum aere lavantur [3]

El diluvio de Ogigos es situado por lo general unos mil veinte años antes de la primera olimpiada. El primero que lo menciona es Arcesilao [4], citado por Julio Africano [5]. Véase Eusebio en su *Preparación evangélica* [6]. Grecia, se dice, permaneció casi desierta durante doscientos años después de la

---

[3] Juvenal, *Sátiras*, II, 153. «Ni los niños lo creen, excepto aquellos que aún no pagan por bañarse (en las termas).»

[4] Arcesilao (o Acusilao): cronista y mitógrafo jonio de la segunda mitad del siglo VI a.C. Sus *Genealogías* son una reseña de la historia legendaria del mundo hasta la guerra de Troya.

[5] Sexto Julio Africano (c. 150-232 d.C): historiador griego cristiano de origen palestino. Escribió una cronología desde el principio del mundo hasta su época, los *Pentabiblion chronologicon*, y una suerte de enciclopedia acerca de medicina, agricultura, física y arte militar, los *Cestes*. Algunos fragmentos de estas obras se conservaron en los escritos de Eusebio.

[6] Eusebio, en el lib. IX, cap. II, de su *Praeparatio Evangelica*, enumera a los autores profanos que han hablado del diluvio, pero no cita a Arcesilao ni a Julio Africano. (P)

irrupción del mar en el país. Sin embargo, se pretende que, al mismo tiempo, había un gobierno establecido en Sición y en Argos; se cita incluso los nombres de los primeros magistrados de estas pequeñas provincias y se les da el nombre de *basilois* [7], que responde al de príncipes. No perdamos el tiempo penetrando en estas inútiles oscuridades.

Hubo aún otra inundación, en tiempos de Deucalión, hijo de Prometeo. La fábula agrega que los únicos habitantes que quedaron en esos climas fueron Deucalión y Pirra, quienes rehicieron a los hombres arrojando piedras hacia atrás por entre sus piernas. Así, el género humano se repobló más rápidamente que una conejera.

Si creemos a hombres muy juiciosos, como el jesuita Petau, un solo hijo de Noé produjo una raza que, al cabo de doscientos ochenta y cinco años, se elevaba a seiscientos veintitrés mil seiscientos doce millones de hombres: el cálculo es un poco fuerte [8]. En nuestros días somos lo bastante desafortunados como para que de cada veintiséis matrimonios no haya habitualmente sino cuatro que dejan hijos que se convierten en padres: es lo que se ha calculado en los registros de nuestras mayores ciudades. De mil niños nacidos un mismo año, quedan apenas seiscientos al cabo de veinte años. Desconfiemos de Petau y de sus semejantes, que procrean niños a plumazos, tanto como de quienes escribieron que Deucalión y Pirra poblaron Grecia a pedradas.

Grecia fue, como se sabe, el país de las fábulas; y casi todas las fábulas dieron origen a un culto, un templo, una fiesta pública. ¿Por qué exceso de de-

---

[7] El barbarismo *basiloi* de las primeras ediciones le valió a Voltaire duras críticas de Larcher. (B)

[8] Petau, *De doctrina temporum*, París, 1627, t. II, p. 35: la cifra exacta es 623.612.358.728 descendientes *varones;* para lograr el total de ambos sexos Petau multiplica esta cifra por dos. (P)

mencia, por qué testarudez absurda, tantos compiladores han querido probar, en tantos volúmenes enormes, que una fiesta pública establecida en memoria de un hecho era una demostración de la verdad de ese hecho? ¡Qué! ¿Porque se celebraba en un templo al joven Baco saliendo de la nalga de Júpiter, este Júpiter había guardado efectivamente a ese Baco en su nalga? ¡Qué! ¿Cadmio y su mujer habían sido transformados en serpientes en Beocia, porque los beocios lo conmemoraban en sus ceremonias? ¿El templo de Cástor y Pólux demostraba que esos dioses habían ido a combatir a favor de los romanos?

Estad seguro, más bien, cuando véis una antigua fiesta, un templo antiguo, de que son obra del error: este error se acredita al cabo de dos o tres siglos; al fin, se vuelve sagrado, y se construyen templos a unas quimeras.

En los tiempos históricos, por el contrario, las más nobles verdades encuentran pocos sectarios: los más grandes hombres mueren sin honor. Los Temístocles, los Cimones, los Milcíades, los Arístides, los Fociones [9], son perseguidos; mientras que Perseo, Baco y otros personajes fantásticos tienen templos.

Se le puede creer a un pueblo lo que dice en su propia contra cuando estos relatos se acompañan de verosimilitud y no contradicen en nada el orden ordinario de la naturaleza.

Los atenienses, que estaban dispersos en un terreno muy estéril, nos enseñan por sí mismos que un egipcio llamado Cecrope [10], expulsado de su

---

[9] Estadistas y estrategas de la Atenas clásica. Todos ellos sufrieron persecuciones y destierros por su participación en las luchas internas de la ciudad. No todos «murieron sin honor».

[10] Cecrope: primer rey legendario de Atenas. Leyendas populares aseguran su origen egipcio. En cambio, la mitografía lo pre-

país, les dio sus primeras instituciones. Esto parece sorprendente, puesto que los egipcios no eran navegantes; pero es posible que los fenicios, que viajaban a todas las naciones, hayan llevado a este Cecrope al Ática. Lo que es seguro es que los griegos no tomaron las letras egipcias, que no se parecían en nada a las suyas. Los fenicios les llevaron su primer alfabeto; entonces no consistía sino en dieciséis caracteres, que evidentemente son los mismos: luego los fenicios agregaron ocho letras, que los griegos también adoptaron.

Considero que un alfabeto es un monumento incuestionable del país del que una nación ha tomado sus primeros conocimientos. Además, parece bastante probable que estos fenicios hayan explotado las minas de plata que estaban en el Ática, como trabajaron en las de España. Unos comerciantes fueron los primeros preceptores de esos mismos griegos que luego instruyeron a tantas otras naciones.

Este pueblo, por bárbaro que fuera en tiempos de Ogigos, parece haber nacido con órganos más favorables a las bellas artes que todos los demás pueblos. Tenían en su naturaleza un no se qué más fino y delicado; su lenguaje lo atestigua ya que, incluso antes de saber escribir, se ve que tuvieron en su lenguaje una mezcla armoniosa de consonantes suaves y de vocales que ningún otro pueblo del Asia conoció jamás.

Ciertamente, el nombre de Knath [11], que desig-

---

senta como un dios ctónico, hasta el punto de que Apolodoro lo da como hijo de la Madre Tierra, y su cuerpo —dice— era una mezcla de hombre y serpiente. Fue el juez de la famosa disputa de Palas y Poseidón por el patronazgo de Atenas, ciudad que, junto con el Ática, se llamó en sus primeros tiempos Cecropia.

[11] Voltaire leyó mal esta palabra en el comentario de Cumberland, *Sanchoniatho's history*, p. 94: «Cnai are the Canaanites», y p. 350: «Chnaa was the first Phoenician». (P)

na a los fenicios, según Sanconiatón, no es tan armonioso como el de Helenos o Graicos [12]. Argos, Atenas, Lacedemonia, Olimpia, suenan mejor al oído que la ciudad de Reheboth. *Sophia*, la sabiduría, es más suave que *schochemath*, en sirio y en hebreo. *Basileus*, rey, suena mejor que *melk* o *shak*. Comparad los nombres de Agamenón, de Diomedes, de Idumeneo, con los de Mardokempad, Simordak, Sohasduj, Niricasolasar. El propio Josefo, en su libro contra Apión, confiesa que los griegos no podían pronunciar el nombre bárbaro de Jerusalén: los judíos pronunciaban Hershalaim; esa palabra le despellejaba el garguero a cualquier ateniense, y fueron los griegos quienes trocaron Hershalaim por Jerusalén [13].

Los griegos transformaron todos los nombres rudos sirios, persas, egipcios. De Coresh hicieron Ciro; de Ishet y Oshiret, Isis y Osiris; de Mof hicieron Menfis, y acostumbraron finalmente a los bárbaros a pronunciar como ellos, de tal modo que, en tiempos de los Ptolomeos, las ciudades y los dioses de Egipto sólo tenían nombres griegos.

Son los griegos quienes dieron nombre a la India y al Ganges. El Ganges se llamaba Sanubi en la lengua de los brahmanes; el Indo, Sombadipo. Tales son los antiguos nombres que encontramos en el *Veda*.

Los griegos, al extenderse a las costas del Asia Menor, llevaron a ellas la armonía. Su Homero nació probablemente en Esmirna.

La bella arquitectura, la escultura perfeccionada, la pintura, la buena música, la verdadera poesía,

---

[12] Las primeras ediciones traían *Hellenos* o *Graios*. Larcher observó que debe decirse *Helenos* o *Graicos*. (B)

[13] El *Contra Apión* en la *Histoire de la guerre des Juifs*, t. V, pp. 379-382, menciona el cambio de nombre de Jerusalén sin decir que fuese obra de los griegos, ni que el nombre primitivo «despellejaba el garguero a cualquier ateniense». (P)

la verdadera elocuencia, la manera de escribir bien la historia, y por fin la propia filosofía, aunque informe y oscura, no llegó a las naciones sino a través de los griegos. Los recién llegados superaron en todo a sus maestros.

Egipto sólo tuvo bellas estatuas hechas por manos griegas. La antigua Balbek en Siria, la antigua Palmira en Arabia, sólo tuvieron esos palacios, esos templos regulares y magníficos cuando los soberanos de esos países llamaron a los artistas de Grecia.

Ya lo hemos dicho en otro sitio [14]: en las ruinas de Persépolis, construida por los persas, no se ven sino restos de barbarie; y los monumentos de Balbek y de Palmira son aún, bajo sus escombros, obras maestras de arquitectura.

---

[14] *Ensayo sobre las costumbres...*, cap. 2.

XXV. DE LOS LEGISLADORES GRIEGOS, DE MINOS, DE ORFEO, DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Que los compiladores repitan las batallas de Maratón y de Salamina: son grandes proezas bastante conocidas; que otros repitan que un nieto de Noé, llamado Setim, fue rey de Macedonia, porque en el primer libro de los *Macabeos* se dice que Alejandro salió del país de Kittim [1]. Yo me dedicaré a otros objetos.

Minos vivía más o menos en la época en que situamos a Moisés: es precisamente esto lo que dio al sabio Huet, obispo de Avranches, algún falso pretexto para sostener que Minos, nacido en Creta, y Moisés, nacido en los confines de Egipto, eran la misma persona [2]; sistema que no ha encontrado ningún partidario, de tan absurdo que es.

No es ésta una fábula griega: es indudable que Minos fue un rey legislador. Los famosos mármoles de Paros, el monumento más precioso de la antigüedad, que debemos a los ingleses, fijan su nacimiento

[1] *I Macabeos,* I, 1. Algunas versiones modernas (Nácar-Colunga) de la Biblia traducen directamente Kittim como Macedonia.

[2] En su *Demonstratio Evangelica,* p. 118. (P)

alrededor de mil cuatrocientos ochenta años antes de nuestra era vulgar [3]. Homero, en *La Odisea,* lo llama el sabio, el confidente de Dios [4]. Flavio Josefo trata de justificar a Moisés con el ejemplo de Minos y de los demás legisladores que se creyeron o pretendieron inspirados por Dios [5]. Esto es un poco extraño en un judío, que aparentemente no debería admitir más dios que el suyo, a menos que pensase como sus amos los romanos y como todos los primeros pueblos de la antigüedad, que admitían la existencia de todos los dioses de las demás naciones [6].

Es seguro que Minos era un legislador muy severo, puesto que se supuso que tras su muerte juzgaba las almas de los muertos en los infiernos; es evidente que entonces la creencia en otra vida estaba generalmente difundida en una porción bastante grande de Asia y Europa.

Orfeo es un personaje tan real como Minos: es cierto que los mármoles de Paros no lo mencionan, probablemente porque no había nacido en la propia Grecia, sino en Tracia. Algunos han dudado de la existencia del primer Orfeo a partir de un pasaje de Cicerón en su excelente libro *De la naturaleza de los dioses.* Cotta, uno de los interlocutores, pretende que Aristóteles no creía que este Orfeo hubiese

---

[3] En este lugar de los mármoles de Arundel, la fecha está borrada; pero hablan de Minos como de un personaje real, y el lugar donde se encuentra el pasaje mutilado alcanza para indicar aproximadamente la época de su nacimiento y de su reino. (K)

[4] Canto XIX, v. 178.

[5] *Contra Apión,* en la *Histoire de la guerre des Juifs,* t. V, p. 140. (P)

En la edición *princeps: Flavio Josefo no duda en decir que recibió sus leyes de un dios. Esto es...*

[6] Digan lo que digan los críticos del señor de Voltaire, este Josefo era un pícaro que no creía más en Moisés que en Minos; su razonamiento se reduce a lo siguiente: consideráis a Minos como un héroe, aunque él se proclamara inspirado: ¿por qué no tenéis la misma indulgencia con Moisés? (K)

estado entre los griegos ; pero Aristóteles no dice nada de esto en las obras que de él tenemos. Por otra parte, la opinión de Cotta no es la de Cicerón. Cien autores antiguos hablan de Orfeo: los misterios que llevan su nombre dan testimonio de él. Pausanias, el autor más exacto que nunca hayan tenido los griegos, dice que sus versos eran cantados en las ceremonias religiosas con preferencia a los de Homero, quien vivió mucho más tarde [7]. Bien se sabe que Orfeo no descendió a los infiernos; pero esta fábula prueba que los infiernos eran un tema de la teología de esos tiempos remotos.

La vaga opinión de la permanencia del alma después de la muerte, alma aérea, sombra del cuerpo, manes, soplo ligero, alma desconocida, alma incomprensible pero existente, y la creencia en los castigos y recompensas en la otra vida eran admitidas en toda Grecia, en las islas, en Asia, en Egipto.

Sólo los judíos parecieron ignorar absolutamente este misterio: el libro de sus leyes no dice al respecto ni una sola palabra: sólo se ven en él castigos y recompensas temporales. Está dicho en el *Éxodo:* «Honra a tu padre y a tu madre, para que Adonai prolongue tus días sobre la tierra» [8]; y el libro del *Zend* (puerta 11) dice: «Honra a tu padre y a tu madre para merecer el cielo.»

Warburton, el comentarista de Shakespeare, y además autor del *Legado de Moisés,* no dejó de demostrar en este *Legado* que Moisés nunca hizo mención de la inmortalidad del alma [9]: incluso pre-

---

[7] *Graeciae descriptio,* Hanoviae, 1613, p. 588 *(Beotica):* Pausanias dice que, según ciertos griegos antiguos, los himnos de Orfeo parecían más religiosos que los de Homero. (P)

[8] *Éxodo,* XX, 12: «Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra, que Yahvé, tu dios, te va a dar.»

[9] Warburton, *Divine Legation of Moses demonstrated on the principles of a religious deist,* Londres, 1738, t. III, pp. 446-476:

tendió que este dogma es absolutamente innecesario en una teocracia. Todo el clero anglicano se ha levantado contra la mayor parte de sus opiniones y, sobre todo, contra la absurda arrogancia con que las declama en su compilación demasiado pedante. Pero todos los teólogos de esta sabia iglesia han convenido en que el dogma de la inmortalidad no está ordenado en el *Pentateuco*. Esto es, en efecto, más claro que el día.

Arnauld, el gran Arnauld, espíritu en todo superior a Warburton, había dicho mucho antes que él, en su bella apología de Port-Royal, estas propias palabras: «Es el colmo de la ignorancia dudar de esta verdad, que está entre las más comunes y es atestiguada por todos los padres: que las promesas del Antiguo Testamento sólo eran temporales y terrestres, y que los judíos no adoraban a Dios más que por los bienes carnales» [10].

Se ha objetado que, si los persas, los árabes, los sirios, los indios, los egipcios, los griegos, creían en la inmortalidad del alma, en una vida por venir, en castigos y recompensas eternos, también los hebreos podían creerlo; que, si todos los legisladores de la antigüedad establecieron sobre esas bases sabias leyes, Moisés podía muy bien hacer lo mismo; que, si ignoraba estos útiles dogmas, no era digno de conducir una nación; que, si los conocía y los escondía, era aún más indigno.

---

citas de textos del Antiguo Testamento que prueban que los autores no creían en los castigos del más allá. (P)

[10] *Seconde Apologie pour M. Jansénius*, s.l., 1645, p. 182. Arnauld lo dice por preterición: «Pero sin decir que es el colmo de la ignorancia poner en duda una de las verdades más comunes de la religión cristiana, atestiguada por todos los Padres: que las promesas del Antiguo Testamento no fueron sino terrenales y temporales, y que los judíos sólo adoraron a Dios por esos bienes carnales...» (P)

Se responde a estos argumentos que Dios, cuyo órgano era Moisés, se dignaba proporcionarse a la grosería de los judíos. No entro en este problema espinoso y, respetando siempre lo que es divino, continuó el examen de la historia de los hombres.

XXVI. DE LAS SECTAS DE LOS GRIEGOS

Parece que entre los egipcios, entre los persas, entre los caldeos, entre los indios, no había más que una secta de filosofía. Como los sacerdotes de todas estas naciones pertenecían a una raza particular, aquello que llamaban *la sabiduría* sólo pertenecía a esta raza. Su lengua sagrada, desconocida para el público, les concedía el depósito exclusivo de la ciencia. Pero en Grecia, más libre y afortunada, el acceso a la razón fue abierto a todo el mundo: cada uno desarrolló sus ideas, y esto es lo que hizo de los griegos el pueblo más ingenioso de la tierra. Es así como, en nuestros días, la nación inglesa se ha vuelto la más ilustrada, porque en ella se puede pensar impunemente.

Los estoicos admitieron un alma universal del mundo, en la que volvían a sumergirse las almas de todos los seres vivos. Los epicúreos negaron que hubiera un alma y sólo conocieron principios físicos: sostuvieron que los dioses no se mezclaban en los asuntos de los hombres, y se dejó a los epicúreos en paz, tal como ellos dejaban en paz a los dioses.

Las escuelas resonaron, desde Tales hasta los tiempos de Platón y Aristóteles, con disputas filosóficas que revelan todas ellas la sagacidad y locura

del espíritu humano, su grandeza y debilidad. Se argumentó casi siempre sin entenderse, como lo hemos hecho nosotros desde el siglo XII, cuando comenzamos a razonar.

La reputación que tuvo Platón no me sorprende: todos los filósofos eran ininteligibles; él lo era tanto como los demás, y se expresaba con mayor elocuencia. Pero ¡qué éxito tendría hoy Platón si apareciese ante un grupo de gentes de buen sentido y les dijese esas bellas palabras que están en su *Timeo:* «De la sustancia indivisible y de la divisible Dios compuso una tercera especie de sustancia en medio de ambas, participante de la naturaleza *de lo mismo* y *de lo otro;* luego, juntando esas tres naturalezas, las mezcló en una sola forma y forzó a la naturaleza del alma a mezclarse con la naturaleza de *lo mismo;* y, habiéndolas mezclado con la sustancia y habiendo hecho con las tres una sustancia base, la dividió en porciones convenientes: cada una de esas porciones contenía parte de *lo mismo* y de *lo otro,* y de la sustancia hizo su división!» [1].

---

[1] Ésta es la traducción literal del texto francés de Platón que da Voltaire y que, según Pomeau, proviene de la versión resumida de Dacier, *Oeuvres de Platon traduites en français,* Amsterdam, 1700. Estas versiones sintetizadas circularon ampliamente en tiempos de la Ilustración. En versión castellana de Francisco Samaranch, en *Obras completas,* Aguilar, 1969, p. 1137, el fragmento dice: «De la sustancia indivisible, que se conduce siempre de una manera invariable, y de la sustancia divisible que se halla en los cuerpos, (el Dios) compuso entre las dos, mezclándolas, una tercera clase de sustancia intermedia, que comprendía la naturaleza de lo Mismo y de lo Otro. Y así la formó él, entre el elemento indivisible de esas dos realidades y la sustancia divisible de los cuerpos. Luego tomó él esas tres sustancias y las combinó en una forma única, armonizando por la fuerza con lo Mismo la sustancia de lo Otro, que se resistía a ser mezclada. Mezcló las dos primeras con la tercera, y de las tres hizo una sola. Luego dividió ese todo en tantas partes como convenía, estando hecha cada una de ellas de la mezcla de Mismo, de Otro y de esta tercera sustancia dicha...»

Luego explica, con la misma claridad, el cuaternario de Pitágoras. Hay que convenir en que los hombres razonables que acabaran de leer el *Entendimiento humano* de Locke rogarían a Platón que fuese a su escuela.

Este galimatías del buen Platón no impide que haya de tanto en tanto en sus obras ideas muy bellas. Los griegos tenían tanto espíritu que abusaron de él; pero lo que los honra es que ninguno de sus gobiernos puso trabas a los pensamientos de los hombres. Sólo de Sócrates se ha verificado que sus opiniones le costaran la vida, y fue menos víctima de sus opiniones que de un partido violento alzado contra él. Los atenienses, en verdad, le hicieron beber la cicuta; pero se sabe cuánto se arrepintieron; se sabe que castigaron a sus acusadores y que levantaron un templo a aquél que habían condenado. Atenas dejó entera libertad no sólo a la filosofía, sino también a todas las religiones [2]. Atenas recibía a los dioses extranjeros: tenía incluso un altar dedicado a los dioses desconocidos.

Es incuestionable que los griegos reconocían un dios supremo, lo mismo que todas las naciones de las que hemos hablado. Su Zeus, su Júpiter, era el amo de los dioses y de los hombres. Esta opinión nunca cambió de Orfeo en adelante; la encontramos cien veces en Homero: todos los demás dioses son

---

[2] Más de una vez los sacerdotes excitaron al pueblo de Atenas contra los filósofos, y este furor sólo resultó fatal para Sócrates, pero el arrepentimiento siguió de cerca al crimen, y los acusadores fueron castigados. Se puede pretender con razón que los griegos fueron tolerantes, sobre todo si se los compara con nosotros, que hemos inmolado a la superstición millares de víctimas, por medio de suplicios rebuscados y en virtud de leyes permanentes; con nosotros, cuyo sombrío furor se ha perpetuado sin interrupción durante más de catorce siglos; con nosotros, por fin, entre quienes las luces han detenido más que destruido el fanatismo, que aún se cobra víctimas y cuyos partidarios todavía pagan apologistas que justifican los antiguos furores. (K)

inferiores. Se los puede comparar con los *peris* de los persas, con los genios de las otras naciones orientales. Todos los filósofos, excepto los estratonianos y los epicúreos, reconocieron al arquitecto del mundo, el *Demiurgo*.

No temamos insistir demasiado en esta gran verdad histórica: que la razón humana incipiente adoró a alguna potencia, un ser que se creía por encima del poder ordinario, ya sea el Sol, la Luna o las estrellas; que la razón humana cultivada adoró, pese a todos sus errores, a un Dios supremo, amo de los elementos y de los otros dioses; y que todas las naciones civilizadas, desde el Indo hasta el fondo de Europa, creyeron en general en una vida por venir, aunque algunas sectas de filósofos tuviesen una opinión contraria.

XXVII. DE ZALEUCO Y DE ALGUNOS OTROS LEGISLADORES

Me atrevo aquí a desafiar a todos los moralistas y a todos los legisladores, y les pregunto si han dicho algo más bello y útil que el exordio de las leyes de Zaleuco [1], que vivió antes que Pitágoras, y que fue el primer magistrado de los locrios.

«Todo ciudadano debe estar convencido de la existencia de la Divinidad. Basta con observar el orden y la armonía del universo para convencernos de que el azar no puede haberlo formado. Cada uno debe dominar su alma, purificarla, apartarla de todo mal; persuadido de que Dios no puede ser bien servido por los perversos, y que no se parece en nada a los miserables mortales que se dejan emocionar por magníficas ceremonias y suntuosas ofrendas. Sólo la virtud y la disposición constante a hacer el bien pueden complacerlo. Que cada uno intente, pues, ser justo en sus principios y en la práctica: así será querido por la Divinidad. Todos deben temer

[1] Casi no hay datos históricos sobre este personaje que habría vivido en el Ática hacia el siglo VII a.C. y promulgado una legislación —que le fue dictada en sueños por Palas Atenea— cuya severidad prefiguraba las leyes de Dracón.

aquello que conduce a la ignominia, mucho más que lo que conduce a la pobreza. Hay que contemplar como al mejor ciudadano a aquel que abandona la fortuna por la justicia; pero aquellos a quienes sus pasiones violentas arrastran hacia el mal, hombres, mujeres, ciudadanos, simples habitantes, deben ser instruidos para que recuerden a los dioses y piensen frecuentemente en los juicios severos que éstos aplican a los culpables. Que tengan ante los ojos la hora de la muerte, la hora fatal que a todos nos espera, hora en que el recuerdo de las faltas trae consigo los remordimientos y el vano arrepentimiento de no haber sometido todas las acciones a la equidad.

»Cada uno debe, pues, conducirse en todo momento como si ese momento fuera el último de su vida; pero, si un genio malvado lo lleva al crimen, que huya hacia el pie de los altares, que ruegue al cielo que aparte lejos a ese genio malhechor, que se eche a los brazos de las gentes de bien, cuyos consejos lo traerán de vuelta a la virtud, representándole la bondad de Dios y su venganza» [2].

No, nada hay en toda la antigüedad que pueda preferirse a este fragmento simple y sublime, dictado por la razón y la virtud, despojado de entusiasmo y de esas figuras gigantescas que el sentido común reprueba.

Carondas, que sucedió a Zaleuco, se explicó de la misma manera. Los Platón, los Cicerón, los divinos Antoninos no tuvieron después otro lenguaje. Así es como se explica, en cien lugares, ese Juliano que tuvo la desgracia de abandonar la religión cristiana pero que dio tanta honra a la natural: Juliano, el escándalo de nuestra Iglesia y la gloria del imperio romano.

---

[2] La cita está tomada de Warburton, *Divine Legation...*, t. I, p. 153. (P)

«Es menester, dijo, instruir a los ignorantes y no castigarlos, compadecerlos y no odiarlos. El deber de un emperador consiste en imitar a Dios: imitarlo es tener la menor cantidad de necesidades y hacer el mayor bien que sea posible.» Que aquellos, pues, que insultan a la antigüedad aprendan a conocerla; que no confundan a los sabios legisladores con los contadores de fábulas; que sepan distinguir las leyes de los más sabios magistrados de las costumbres ridículas de los pueblos; que no digan: «Se inventaron ceremonias superticiosas, se prodigaron falsos oráculos y falsos prodigios: luego todos los magistrados de Grecia y Roma que los toleraban eran unos ciegos embaucados y embaucadores»; es como si dijesen: «En China hay bonzos que abusan del populacho: luego el sabio Confucio era un miserable impostor.»

En un siglo tan ilustrado como el nuestro hay que ruborizarse ante esas declamaciones que la ignorancia ha lanzado tan frecuentemente contra sabios que habría que imitar y no calumniar. ¿No es sabido que en todo país el vulgo es imbécil, supersticioso, insensato? ¿No ha habido convulsionarios [3] en la patria del canciller De l'Hospital, de Charron, de Montaigne, de La Motte-le-Vayer, de Descartes, de Bayle, de Fontenelle, de Montesquieu? ¿No hay metodistas, moravios, milenaristas, fanáticos de toda especie, en el país que tuvo la fortuna de dar a luz al canciller Bacon, a esos genios inmortales, Newton y Locke, y a una multitud de grandes hombres?

---

[3] Convulsionarios: jansenistas fanáticos que sufrían convulciones sobre la tumba del diácono Pâris, en el cementerio de St. Médard. El hermano mayor de Voltaire, Armond, ahijado de Richelieu, fue uno de ellos.

XXVIII. DE BACO

Exceptuando las fábulas visiblemente alegóricas, como las de las Musas, de Venus, de las Gracias, del Amor, de Céfiro y Flora, y algunas de este tipo, todas las demás son un hato de cuentos, que no tienen más mérito que el de haber suministrado bellos versos a Ovidio y a Quinault [1], y haber ejercitado el pincel de nuestros mejores pintores. Pero hay una que parece merecer la atención de quienes gustan de las investigaciones sobre la antigüedad: es la fábula de Baco.

Este Baco, o Back, o Backos, o Dionisio, hijo de Dios, ¿fue un personaje real? Tantas naciones hablaron de él, así como de Hércules, y se ha celebrado a tantos Hércules y Bacos diferentes, que se puede suponer que hubo efectivamente un Baco, así como un Hércules.

Lo que es indudable es que en Egipto, en Asia, en Grecia, tanto Baco como Hércules eran reconocidos como semidioses; que se celebraban sus fiestas; que se les atribuían milagros; que había misterios instituidos en nombre de Baco antes de que se conocieran los libros judíos.

[1] Philippe Quinault (1635-1688): dramaturgo y libretista de ópera de gran éxito en su tiempo, rival de Corneille y de Racine.

Bien se sabe que los judíos no enseñaron sus libros a los extranjeros hasta los tiempos de Ptolomeo Filadelfo, unos doscientos treinta años antes de nuestra era. Ahora bien, antes de esa época, el Oriente y el Occidente resonaban con las orgías de Baco. Los versos atribuidos al antiguo Orfeo celebran las conquistas y las buenas acciones de este pretendido semidiós. Su historia es tan antigua que los padres de la Iglesia pretendieron que Baco era Noé, porque ambos pasan por haber cultivado la viña.

Herodoto, refiriendo las antiguas opiniones, dice que Baco fue criado en Nisa, ciudad de Etiopía, que otros sitúan en la Arabia Feliz [2]. Los versos órficos le dan el nombre de Misés. De las investigaciones del sabio Huet [3] sobre la historia de Baco resulta que fue salvado de las aguas; que fue instruido en los secretos de los dioses; que tenía una vara que transformaba en serpiente cuando él quería; que atravesó a pie el mar Rojo, tal como Hércules atravesó, más tarde, el estrecho de Calpe y de Abila; que, cuando fue a la India, él y su ejército disfrutaban de la claridad del sol durante la noche; que tocó con su varita mágica las aguas del río Orontes y del Hidaspes, y que esas aguas se apartaron para dejarle paso. Se dice incluso que detuvo el curso del Sol y de la Luna. Escribió sus leyes en dos tablas de piedra. Antiguamente se lo representaba con cuernos o rayos que salían de su cabeza.

No es sorprendente, tras todo esto, que muchos sabios, y sobre todo Bochart y Huet, en estos últimos tiempos, hayan pretendido que Baco es una copia de Moisés y de Josué. Todo coincide para favorecer la semejanza: ya que Baco se llamaba, entre

---

[2] Lib. II, cap. CXLVI.

[3] *Demonstratio Evangelica,* pp 79-80. (P)

los egipcios, Arsaf, y entre los nombres que los padres dieron a Moisés se encuentra el de Osasirf.

Entre estas dos historias, que parecen semejantes en tantos puntos, no cabe duda de que la de Moisés es la verdadera y la de Baco la fábula; pero parece que esta fábula era conocida por las naciones mucho tiempo antes de que la historia de Moisés llegase hasta ellas. Ningún griego citó a Moisés antes de Longino [4], que vivió bajo el emperador Aureliano, y todos habían celebrado a Baco.

Parece incuestionable que los griegos no pudieron tomar la idea de Baco del libro de la ley judía, que no comprendían ni conocían en absoluto; libro, por otra parte, tan raro entre los propios judíos que, bajo el rey Josías, no se encontró más que un solo ejemplar [5]; libro casi enteramente perdido, durante la esclavitud de los judíos transportados a Caldea y al resto de Asia; libro restaurado luego por Esdras en los tiempos florecientes de Atenas [6] y de las otras repúblicas de Grecia: tiempo en que los misterios de Baco ya estaban instituidos.

Dios permitió, pues, que el espíritu de la mentira divulgara los absurdos de la vida de Baco entre cien naciones, antes que el espíritu de la verdad hiciera conocer la vida de Moisés a pueblo alguno, exceptuado el judío.

El sabio obispo de Avranches, impresionado por esta sorprendente semejanza, no dudó en comunicar que Moisés era no sólo Baco, sino también el Tot, el Osiris de los egipcios *. Y agrega incluso,

---

[4] Longino, *Tratado de lo sublime*, cap. IX, sin nombrar a Moisés lo designa como «el législador de los judíos». (P)
Longino (213-273 d.C.) fue maestro de retórica y filosofía en Atenas.

[5] *II Reyes* XXIII, 4 y *II Paralipómenos*, XXXIV, 14.

[6] *Esdras*, V.

* Proposición IV, pp. 79 y 87.

para unir a los contrarios, que Moisés era también su Tifón; es decir, que era a la vez el buen y el mal principio, el protector y el enemigo, el dios y el diablo reconocidos en Egipto.

Moisés, según este hombre sabio, es el mismo que Zoroastro. Es Esculapio, Anfión, Apolo, Fauno, Jano, Perseo, Rómulo, Vertumnio y, finalmente, Adonis y Príapo. La prueba de que era Adonis está en que Virgilio ha dicho:

Et formosus oves ad flumina pavit Adonis [7].
Y el bello Adonis ha guardado las ovejas.

Ahora bien, Moisés pastoreó ovejas en los confines de Arabia. La prueba de que él era Príapo es aún mejor: algunas veces se representaba a Príapo con un asno, y se dice que los judíos adoraron a un asno. Huet agrega, como última confirmación, que la vara de Moisés podía muy bien compararse con el cetro de Príapo *.

Sceptrum Priapo tribuitur, virga Mosi [8].

Esto es lo que Huet llama su *Demostración.* No es, en verdad, geométrica. Es de creer que le provocó rubor en los últimos años de su vida, y que se acordaba de su *Demostración* cuando hizo su *Tratado de la debilidad del espíritu humano,* y de la incertidumbre de sus conocimientos.

---

[7] *Bucólica X,* v.18: «Y el bello Adonis pastoreó ovejas junto a los ríos.» Voltaire cita erróneamente *oves por ovis.*
* Huet, p. 110.
[8] El cetro que se atribuye a Príapo es la vara de Moisés.

XXIX. DE LAS METAMORFOSIS ENTRE LOS GRIEGOS, RECOGIDAS POR OVIDIO

La creencia en la migración de las almas conduce naturalmente a las metamorfosis, tal como ya lo hemos visto. Toda idea que impacta a la imaginación y que la entretiene se extiende rápidamente por todo el mundo. En cuanto me hayáis persuadido de que mi alma puede entrar en el cuerpo de un caballo, no os costará mucho hacerme creer que también mi cuerpo puede transformarse en caballo.

Las metamorfosis recogidas por Ovidio, de las que ya hemos dicho algo, no debían sorprender en absoluto a un pitagórico, un brahmán, un caldeo, un egipcio. Los dioses se habían transformado en animales en el antiguo Egipto. Derceto se había convertido en pez en Siria; Semíramis había sido cambiada en paloma en Babilonia. Los judíos, en tiempos muy posteriores, escriben que Nabucodonosor fue mudado en buey, sin contar a la mujer de Lot, transformada en estatua de sal. ¿No son metamorfosis reales, aunque pasajeras, todas las apariciones de dioses y de genios bajo forma humana?

Un dios sólo puede comunicarse con nosotros metamorfoseándose en hombre. Es cierto que Júpiter tomó la figura de un bello cisne para gozar de

Leda; pero estos casos son raros y, en todas las religiones, la Divinidad toma siempre la figura humana cuando viene a dar órdenes. Sería difícil entender la voz de los dioses si se presentaran a nosotros como cocodrilos o como osos.

En suma, los dioses se metamorfosearon en casi todas partes y, en cuanto estuvimos instruidos en los secretos de la magia, nosotros mismos nos metamorfoseamos también. Varias personas dignas de fe se convirtieron en lobos: el término «hombre lobo» atestigua todavía entre nosotros esta bella metamorfosis.

Lo que ayuda mucho a creer en todas estas transmutaciones y todos estos prodigios es que no se puede probar con firmeza su imposibilidad. No hay ningún argumento que alegar ante quien os diga: «Ayer vino un dios a mi casa bajo el aspecto de un bello joven, y mi hija dará a luz dentro de nueve meses un bello niño que el dios se ha dignado engendrar; mi hermano, que se atrevió a dudarlo, ha sido transformado en lobo: ahora corre y aúlla por los bosques.» Si la joven efectivamente da a luz, si el hombre transformado en lobo os afirma que efectivamente ha sufrido esa metamorfosis, no podéis demostrar que la cosa no es cierta. No tendréis más recurso que el de presentar ante los jueces al joven que falsificó al dios y embarazó a la damisela; y hacer examinar al tío hombre lobo y buscar testigos de su impostura. Pero la familia no se expondrá a este examen: sostendrá, junto con los sacerdotes de la comarca, que sois un profano y un ignorante; os harán ver que, si una oruga puede transformarse en mariposa, un hombre puede con la misma facilidad ser transformado en bestia: y, si discutís, sereis librado a la Inquisición del país como un impío que no cree en los hombres lobos ni en los dioses que preñan a las muchachas.

XXX. DE LA IDOLATRÍA

Tras haber leído todo lo que se ha escrito sobre la idolatría, no se encuentra nada que dé al respecto una noción precisa. Parece que Locke ha sido el primero que ha enseñado a los hombres a definir las palabras que pronuncian, y a no hablar al desgaire. El término que corresponde a idolatría no se encuentra en ninguna lengua antigua: es una expresión de los griegos de las últimas épocas, nunca utilizada antes del segundo siglo de nuestra era. Significa adoración de imágenes. Es un término de reproche, una palabra injuriosa: nunca tomó pueblo alguno la calidad de idólatra; nunca gobierno alguno ordenó que se adorara a una imagen como dios supremo de la naturaleza. Los antiguos caldeos, los antiguos árabes, los antiguos persas carecieron durante mucho tiempo de imágenes y templos. ¿Cómo puede llamarse idólatras a quienes veneraban en el Sol, los astros y el fuego a los emblemas de la Divinidad? Reverenciaban lo que veían: pero ciertamente reverenciar al Sol y los astros no es adorar a una figura tallada por un obrero; es practicar un culto erróneo, pero no ser idólatra.

Puedo suponer que los egipcios hayan adorado realmente al perro Anubis y al buey Apis; que hayan sido lo bastante locos como para no verlos

como animales consagrados a la Divinidad, y como un emblema del bien que su Ishet, su Isis, hacía a los hombres; como para creer incluso que un rayo celeste animaba a este perro y este buey consagrados: está claro que eso no era adorar una estatua: una bestia no es un ídolo.

Es indudable que los hombres tuvieron objetos de culto antes de tener escultores, y está claro que esos hombres tan antiguos no podían ser llamados idólatras. Queda por saber si quienes finalmente hicieron colocar estatuas en los templos, e hicieron reverenciar a estas estatuas, se llamaron a sí mismos adoradores de estatuas, y a sus pueblos, adoradores de estatuas: es algo que sin duda no se encuentra en ningún monumento de la antigüedad.

Pero, aun sin tomar el título de idólatras, ¿lo eran efectivamente? ¿Se ordenaba creer que la estatua de bronce que representaba la figura fantástica de Bel en Babilonia era el Amo, el Dios, el Creador del mundo, que la figura de Júpiter era el propio Júpiter? ¿No es eso (si está permitido comparar las costumbres de nuestra santa religión con las costumbres antiguas), no es eso como si se dijese que nosotros adoramos la figura de un Padre eterno con una barba larga, la figura de una mujer y un niño, la figura de una paloma? Éstos son ornamentos emblemáticos en nuestros templos: los adoramos tan poco que, cuando las estatuas son de madera, se usan como leña en cuanto se pudren, y se erigen otras: son simples advertencias que hablan a los ojos y a la imaginación. Los turcos y los reformados creen que los católicos son idólatras, pero los católicos no dejan de protestar contra esta injuria.

No es posible adorar realmente a una estatua, ni creer que esa estatua es el Dios supremo. Había sólo un Júpiter, pero había miles de estatuas suyas; ahora bien, ese Júpiter, que, según se creía, lanzaba sus rayos, habitaba supuestamente en las nubes, o

en el monte Olimpo, o en el planeta que lleva su nombre; y sus figuras no lanzaban el rayo, ni estaban en un planeta, ni en las nubes, ni en el monte Olimpo: todas las plegarias eran dirigidas a los dioses inmortales, y sin duda las estatuas no eran inmortales.

Es cierto que hubo pícaros que hicieron creer, y supersticiosos que creyeron, que las estatuas habían hablado. ¿Cuántas veces han tenido la misma credulidad nuestros pueblos groseros? Pero nunca, en pueblo alguno, fueron estos absurdos religión de Estado. Alguna vieja imbécil no habrá podido distinguir entre la estatua y el dios: no es razón para afirmar que el gobierno pensaba lo mismo que la vieja. Los magistrados querían que las representaciones de los dioses adorados fuesen reverenciadas, y que la imaginación del pueblo fuera fijada por esos signos visibles: es precisamente lo que se hace en media Europa. Hay figuras que representan a Dios padre bajo la forma de un anciano, y es sabido que Dios no es un anciano. Hay imágenes de numerosos santos, que son venerados, y es bien sabido que esos santos no son Dios padre.

De igual modo, me atrevería a decir que los antiguos no confundían los semidioses, los dioses y el amo de los dioses. Si estos antiguos eran idólatras por tener estatuas en sus templos, la mitad de la cristiandad también es idólatra; y, si no lo es, tampoco lo eran las naciones antiguas.

En una palabra, no hay en toda la Antigüedad un solo poeta, un solo filósofo, un solo estadista que haya dicho que adoraba piedras, mármol, bronce o madera. Los testimonios de lo contrario son incontables: las naciones idólatras son, pues, como las brujas: se habla de ellas, pero nunca las hubo.

Un comentarista, Dacier, ha sacado la conclusión de que se adoraba realmente a la estatua de Príapo porque Horacio, haciendo hablar a este es-

pantapájaros, le hace decir: «Fui antaño un tronco; el obrero, indeciso entre hacer un dios y un escabel, optó por hacer un dios, etc.» [1]. El comentarista cita al profeta Baruj para probar que en tiempos de Horacio se consideraba a la figura de Príapo como una divinidad real: no ve que Horacio se mofa del pretendido dios y de su estatua. Es posible que una sirvienta, al ver esta enorme figura, creyese que tenía algo divino; pero sin duda todos esos Príapos de madera que llenaban los jardines para espantar a los pájaros no eran contemplados como los creadores del mundo.

Se ha dicho que Moisés, pese a la ley divina de no hacer representación alguna de hombres o animales, erigió una serpiente de bronce, imitación de la serpiente de plata que los sacerdotes de Egipto sacaban en procesión [2]: pero, aunque esa serpiente fue hecha para curar las mordeduras de serpientes verdaderas, sin embargo no se la adoraba. Salomón puso dos querubines en el templo [3], pero no se los contemplaba como a dioses. Así pues, si en el templo de los judíos y en los nuestros hemos respetado a las estatuas sin ser idólatras, ¿por qué tantos reproches a las otras naciones? O debemos absolverlas, o ellas deben acusarnos.

---

[1] *Oeuvres d'Horace avec des remarques critiques et historiques par M. Dacier,* Amsterdam, 1727, t. VI, pp. 325-327 (P)
[2] *Números,* XXI, 8-9.
[3] *I Reyes,* VI, 23.

XXXI. DE LOS ORÁCULOS

Es evidente que no se puede conocer el porvenir, porque no se puede conocer lo que no es; pero está claro también que se puede conjeturar un hecho.

Veis un ejército numeroso y disciplinado, conducido por un jefe hábil, que avanza en una posición ventajosa contra un capitán imprudente, seguido de pocas tropas mal armadas, mal situadas, de las cuales la mitad —lo sabéis— lo traicionará: podéis predecir que este capitán será derrotado.

Habéis notado que un joven y una moza se aman perdidamente; los habéis observado a ambos saliendo de la casa paterna; anunciáis que en poco tiempo la moza estará embarazada: no os equivocáis. Todas las predicciones se reducen al cálculo de probabilidades. No hay por eso ninguna nación donde no se hayan hecho predicciones que luego se cumplieran. La más célebre, la más confirmada, es la que hizo ese traidor, Flavio Josefo, a Vespasiano y a su hijo Tito, vencedores de los judíos. Josefo veía a Vespasiano y a su hijo Tito adorados por los ejércitos romanos de Oriente, y a Nerón detestado por todo el imperio. Se atreve, para ganarse la gracia de Vespasiano, a predecirle, en nombre del dios de los ju-

díos *, que él y su hijo serán emperadores: lo fueron, en efecto, pero es evidente que Josefo no arriesgaba nada. Si Vespasiano sucumbe un día pretendiendo el imperio, no está en condiciones de castigar a Josefo; si es emperador, lo recompensa; y, mientras no reina, espera reinar. Vespasiano hace decir a Josefo que, si era profeta, debía haber predicho la caída de Jotapat, que había defendido en vano contra el ejército romano; Josefo responde que efectivamente la había predicho, lo cual no era demasiado sorprendente. ¿Qué comandante, al sostener un sitio en una pequeña plaza contra un gran ejército, no predice que la plaza será tomada?

No era difícil sentir que uno podía atraerse el respeto y el dinero de la multitud haciendo de profeta, y que la credulidad del pueblo debía ser la renta de quien supiera engañarlo. Hubo adivinos por todas partes; pero no era suficiente predecir sólo en nombre propio: había que hablar en nombre de la Divinidad; y, desde los profetas de Egipto, que se llamaban *videntes,* hasta Ulpius, profeta del favorito del emperador Adriano luego transformado en dios, hubo una cantidad prodigiosa de charlatanes sagrados que hicieron hablar a los dioses para burlarse de los hombres. Bien se sabe cómo pudieron lograrlo: ya por una respuesta ambigua que después explicaban como querían, ya corrompiendo domésticos, informándose secretamente a través de ellos de las aventuras de los devotos que iban a consultarlos. Un idiota se sorprendía muchísimo de que un pícaro le dijera de parte de Dios lo que más había ocultado.

Estos profetas pasaban por conocer el pasado, el presente y el porvenir: tal es el elogio que Homero hace de Calcas [1]. No agregaré nada a lo que el sabio Van Dale y el juicioso Fontenelle, su redac-

---

* Josefo, lib. III, cap. XXVIII.
[1] *Ilíada,* I, 69.

tor, han dicho sobre los oráculos [2]. Han desvelado con sagacidad siglos de impostura, y el jesuita Baltus mostró muy poco sentido común, o mucha malignidad, cuando sostuvo contra ellos la verdad de los oráculos paganos mediante los principios de la religión cristiana. Era realmente injuriar a Dios, pretender que ese Dios de bondad y de verdad hubiese soltado a los diablos del infierno para venir a hacer en la tierra lo que él mismo no hace: dar oráculos.

O esos diablos decían la verdad, y en ese caso era imposible no creerles, y Dios, apoyando todas las falsas religiones con milagros cotidianos, abandonaba él mismo el universo entre los brazos de sus enemigos; o decían falsedades, y en este caso Dios desencadenaba a los diablos para engañar a todos los hombres. Tal vez jamás hubo opinión más absurda.

El oráculo más famoso fue el de Delfos. Se eligió primero a niñas inocentes, considerándolas más apropiadas que las otras para ser inspiradas, es decir, para repetir de buena fe el galimatías que los sacerdotes les dictaban. La joven Pitia subía a un trípode colocado en la abertura de un agujero del que salía exhalación profética. El espíritu divino entraba bajo la túnica de la Pitia por un lugar muy humano; pero cuando una bonita Pitia fue raptada por un devoto se empezó a tomar a mujeres viejas para hacer el oficio, y creo que ésta es la razón por la cual el oráculo de Delfos comenzó a perder mucho crédito.

Las adivinaciones, los augurios, eran especies de oráculos y son, según creo, más antiguos: ya que se necesitaban muchas ceremonias y mucho tiempo

---

[2] Bernard de Fontenelle (1657-1757): utopista antirreligioso y racionalista, publicó en 1687 una *Histoire des oracles,* adaptación del libro latino del holandés Van Dale, que aseguraba que las profecías no se debían a la divinidad, sino a la impostura de los sacerdotes.

para acreditar a un oráculo divino que no podía prescindir de templo y de sacerdotes; y nada era más cómodo que decirse la buenaventura en los cruces y caminos. Este arte se subdividió de mil maneras: se predijo mediante el vuelo de los pájaros, el hígado de las ovejas, los pliegues formados en la palma de la mano, los círculos trazados en la tierra, el fuego, los guijarros, y mediante todo lo imaginable, y a menudo también por medio de un puro entusiasmo que suplantaba a todas las reglas. Pero ¿quién inventó este arte? El primer pícaro que dio con un imbécil.

La mayoría de las predicciones eran como las del *Almanach de Liège:* «Un grande morirá; habrá naufragios.» Un juez de aldea moría ese año y era, para la aldea, el grande cuya muerte había sido predicha. Una barca de pescadores se sumergía, y ya estaban los grandes naufragios anunciados. El autor del *Almanach de Liège* es un brujo, se cumplan o no sus predicciones: ya que, si algún hecho los favorece, su magia queda demostrada; si los hechos son contrarios, se aplica la predicción a cualquier otra cosa y la alegoría arregla el asunto.

El *Almanach de Liège* ha dicho que vendría un pueblo del norte que destruiría todo; ese pueblo no viene, pero un viento del norte congela algunas viñas: eso es lo que fue predicho por Mathieu Laensbergh. Si alguien se atreve a dudar de su saber, enseguida los vendedores de almanaques lo denuncian como un mal ciudadano y los astrólogos lo tratan de espíritu mezquino y de malvado respondón.

Los sunitas mahometanos han empleado con frecuencia este método en la explicación del *Corán* de Mahoma. La estrella Aldebarán había sido muy venerada por los árabes; su nombre significa ojo de toro; eso quería decir, que el ojo de Mahoma iluminaría a los árabes y que, como un toro, golpearía con sus cuernos a sus enemigos.

La acacia era venerada en Arabia: se hacían bosquecillos que preservaban las mieses del ardor del sol; Mahoma es la acacia que ha de cubrir la tierra con su sombra salvadora. Los turcos sensatos se ríen de estas tonterías sutiles, las mujeres jóvenes no piensan en ellas, las viejas devotas las creen, y el que le diga públicamente a un derviche que enseña tonterías corre el riesgo de ser empalado. Hubo sabios que encontraron la historia de su tiempo en *La Ilíada* y *La Odisea;* pero estos sabios no han tenido tanta fortuna como los comentaristas del *Alcorán.*

La función más brillante de los oráculos consistió en asegurar la victoria en la guerra. Todos los años cada nación tenía sus oráculos que le prometían triunfos. Uno de los dos partidos había recibido infaliblemente un oráculo verdadero. El vencido, que había sido engañado, atribuía su derrota a alguna falta cometida ante los dioses, tras el oráculo: esperaba que otra vez el oráculo se cumpliría. Así se alimentó de ilusión casi toda la Tierra. Casi no hubo pueblo que no conservara en sus archivos, o que no tuviese por tradición oral, alguna predicción que le asegurara la conquista del mundo, es decir, de las naciones vecinas; no hubo conquistador que no haya sido formalmente predicho en cuanto ejecutó su conquista. Los mismos judíos, encerrados en un rincón de tierra casi desconocido, entre el Antelíbano, la Arabia Desierta y la Pétrea, esperaron, como los demás pueblos, ser los amos del universo, basados en mil oráculos que nosotros explicamos en un sentido místico, y ellos entendían en sentido literal.

XXXII. DE LAS SIBILAS ENTRE LOS GRIEGOS Y DE SU INFLUENCIA SOBRE LAS DEMÁS NACIONES

Cuando casi toda la Tierra estaba cubierta de oráculos, hubo unas solteronas que, sin estar adscritas a ningún templo, se dedicaron a profetizar por cuenta propia. Fueron llamadas *sibilas,* palabra griega del dialecto de Laconia, que significa consejo de Dios. La antigüedad cuenta diez sibilas principales en diversos países. Es conocido el cuento de la mujer que fue a Roma a llevar a Tarquino el Antiguo los nueve libros de la antigua sibila de Cumas. Como Tarquino regateaba demasiado, la vieja arrojó los seis primeros libros al fuego, y exigió por los tres restantes la misma suma que había pedido por los nueve. Tarquino la pagó. Fueron, según se dice, conservados en Roma hasta los tiempos de Sila y se consumieron en un incendio del Capitolio.

Pero ¿qué hacer sin las profecías de las sibilas? Tres senadores fueron enviados a Eritres, ciudad de Grecia donde se guardaba preciosamente un millar de malos versos griegos que pasaban por ser obra de la sibila Eritrea. Todos querían tener copias. La sibila Eritrea había predicho todo: sus profecías eran empleadas como las de Nostradamus entre no-

sotros, y nunca se dejaba de fraguar, ante cada hecho, nuevos versos griegos que se atribuían a la sibila.

Augusto, que temía con razón que se pudiera encontrar en esta rapsodia algún verso que autorizara una conspiración, prohibió, bajo pena de muerte, que ningún romano tuviera en su casa versos sibilinos: prohibición digna de un tirano lleno de sospechas, que conservaba con habilidad un poder usurpado por el crimen.

Los versos sibilinos fueron respetados más que nunca cuando se prohibió leerlos. Debían de contener la verdad, puesto que se los escondía a los ciudadanos.

Virgilio, en su égloga sobre el nacimiento de Polión, o de Marcelo o de Druso, no dejó de citar la autoridad de la sibila de Cumas, que había predicho que este niño, que murió muy poco después, traería consigo el retorno del siglo de oro. La sibila Eritrea, se decía entonces, también había profetizado en Cumas. El recién nacido, hijo de Augusto o de su favorito, no podía menos que ser predicho por la sibila. Por otra parte, las predicciones nunca son sino para los grandes; los pequeños no merecen la pena.

Como estos oráculos de sibilas seguían teniendo gran reputación, los primeros cristianos, extraviados por un falso celo, creyeron que podían fraguar oráculos semejantes a éstos para derrotar a los gentiles con sus propias armas. Hermas [1] y san Justino pasan por ser los primeros que tuvieron la desdicha de sostener esta impostura. San Justino cita oráculos de la sibila de Cumas, pronunciados por un cristiano que había tomado el nombre de Istapes y pretendía

---

[1] El Pastor de Hermas, uno de los padres apostólicos, esclavo liberto que habría vivido en la primera mitad del siglo II. Sus escritos, de carácter profético y apocalíptico, son considerados apócrifos por el canon católico, pero fueron muy utilizados por la Iglesia de Oriente.

que su sibila había vivido en tiempos del diluvio [2]. San Clemente de Alejandría (en sus *Estrómata*, libro VI) [3] asegura que el apóstol san Pablo recomienda en sus Epístolas *la lectura de las sibilas que han predicho manifiestamente el nacimiento del hijo de Dios.*

Esta Epístola de san Pablo debe de haberse perdido, ya que no se encuentran estas palabras, ni nada que se les parezca, en ninguna de las Epístolas de san Pablo. En aquellos tiempos, circulaba entre los cristianos una infinidad de libros que ya no tenemos, como las profecías de Jaldabast, las de Set, de Henoc y de Cham; la penitencia de Adán; la historia de Zacarías, padre de san Juan; el Evangelio de los Egipcios; el Evangelio de san Pedro, de Andrés, de Santiago; el Evangelio de Eva, el Apocalipsis de Adán; las cartas de Jesucristo, y cien escritos más de los que apenas quedan algunos fragmentos sepultados en libros que casi nadie lee.

La Iglesia cristiana estaba entonces dividida en sociedad judaizante y sociedad no judaizante. Estas dos sociedades estaban divididas en otras muchas. Cualquiera que se sintiera un poco talentoso escribía para su partido. Hubo más de cincuenta evangelios hasta el concilio de Nicea; hoy sólo nos quedan el de la Virgen, [de Santiago], de la Infancia y de Nicodemo. Se fraguaron sobre todo versos atribui-

---

[2] Justino (c. 100-163 d.C): santo y mártir palestino, el más importante de los llamados «padres apologistas griegos», que defendían la fe cristiana con escritos polémicos que no excluían la querella filosófica. Fue uno de los primeros en relatar a los paganos los ritos y misterios cristianos. En su *Apología I* hay varias referencias a la sibila de Cumas.

[3] *Opera,* t. II, pp. 761-2. (P)

Clemente (140-220 d.C): filósofo y teólogo de raíz neoplatónica, enormemente culto, identificó a Cristo con la Razón universal y fue el primero en concebir al cristianismo como un método de acceso a la perfección individual, por medio de la gnosis.

dos a las antiguas sibilas. Tanto era el respeto del pueblo por estos oráculos sibilinos, que se creyó tener necesidad de este apoyo extranjero para fortificar el cristianismo naciente. No sólo se hicieron versos griegos sibilinos que anunciaban a Jesucristo, sino que además se los hizo en acrósticos, de forma tal que las letras de estas palabras, *Jesus Chreistus ïos Soter,* eran sucesivamente el comienzo de cada verso. En estas poesías se encuentra esta predicción:

Con cinco panes y dos peces
Nutrirá a cinco mil hombres en el desierto;
Y, recogiendo los pedazos que sobren,
Llenará doce canastos.

No se detuvieron ahí: imaginaron que era posible volver en favor del cristianismo el sentido de los versos de la cuarta égloga de Virgilio:

Ultima Cumai venit jam carminis aetas...
Jam nova progenies coelo demittitur alto [4].
Los tiempos de la sibila han llegado por fin;...
Un nuevo vástago desciende desde lo alto de los cielos.

Esta opinión tuvo tanta difusión durante los primeros siglos de la Iglesia que el emperador Constantino la sostuvo abiertamente. Cuando un emperador hablaba seguramente tenía razón. Virgilio pasó por profeta durante mucho tiempo. En resumen, estaban tan convencidos de los oráculos de las sibilas que tenemos en uno de nuestros himnos, que no es muy antiguo, estos dos versos notables:

Solvet saeclum in favilla,
Teste David cum Sybilla.
Reducirá a cenizas el universo,
Testigos David, y la Sibila.

---

[4] *Bucólica IV,* v. 4 y 7: «Ya llega la última edad, la de las profecías de (la sibila de) Cumas» y «Ya desciende desde lo alto del cielo una nueva estirpe (o un nuevo vástago)».

Entre las predicciones atribuidas a la sibila, se hacía valer sobre todo el reino de mil años, que los padres de la Iglesia adoptaron hasta los tiempos de Teodosio II [5].

Este reino de Jesucristo en la tierra durante mil años estaba basado al principio en la profecía de san Lucas, capítulo XXI; profecía mal entendida, según la cual Jesucristo «vendría entre las nubes, con gran poder y con gran majestad, antes de que pasara la generación presente» [6]. La generación había pasado; pero san Pablo había dicho también en su primera Epístola a los Tesalonicenses, cap. IV:

«Os declaramos, como habiéndolo aprendido del Señor, que nosotros que vivimos, y que estamos reservados para su advenimiento, no precederemos a los que ya están dormidos.

»Pues en cuanto la señal haya sido dada por la voz del arcángel y por el sonido de la trompeta de Dios, el propio Señor descenderá del cielo, y los que han muerto en Jesucristo serán los primeros en resucitar.

»Después nosotros que estamos vivos, y que lo estaremos entonces, seremos llevados con ellos a las nubes, para presentarnos ante el Señor, en medio del aire; y así viviremos para siempre con el Señor» [7].

---

[5] Teodosio II (401-450), emperador romano de Oriente.

[6] *Lucas,* XXI, 27: «Y entonces verán venir al hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria...» XXI, 32: «Yo os aseguro que no pasará una generación hasta que todo esto suceda.»

[7] *I Tesalonicenses* IV, 15-17: «Os decimos esto como Palabra del Señor. Nosotros, los que vivamos, los que quedemos hasta la Venida del Señor, no nos adelantaremos a los que murieron. El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor.»

Es muy extraño que Pablo diga que es el propio Señor quien le ha hablado; ya que Pablo, lejos de haber sido uno de los discípulos de Cristo, fue durante mucho tiempo uno de sus perseguidores. Sea como fuere, también el *Apocalipsis* había dicho, en el capítulo XX, que los justos *reinarían sobre la tierra durante mil años con Jesucristo* [8].

Así pues, en todo momento se esperaba que Jesucristo descendiese del Cielo para establecer su reino y reconstruir Jerusalén, donde los cristianos deberían regocijarse con los patriarcas.

Esta nueva Jerusalén era anunciada por el *Apocalipsis:* «Yo, Juan, vi la nueva Jerusalén que descendía del cielo, ataviada como una novia... Tenía una muralla alta y grande, doce puertas, y un ángel en cada puerta... doce cimientos donde están los nombres de los apóstoles del cordero... El que me hablaba tenía una vara de oro para medir la ciudad, las puertas y la muralla. La ciudad está construida en cuadrado; tiene doce mil estadios; su longitud, su altura y su anchura son iguales... Él midió también la muralla, que es de ciento cuarenta y cuatro codos... Esta muralla era de jaspe, y la ciudad era de oro...» [9].

Se podían haber contentado con esta predicción, pero quisieron tener como garantía también a la sibila, a la que hacen decir más o menos lo mismo. Esta persuasión se imprimió tan fuertemente en los espíritus que san Justino, en su *Diálogo contra Trifón* dice que «está convenido que Jesús debe venir a beber y comer con sus discípulos en esta Jerusalén» [10].

---

[8] *Apocalipsis*, XX, 2-6.

[9] *Apocalipsis*, XXI, 2-18. La cita está construida con fragmentos de un texto mucho más largo.

[10] Justino, *Opera quae existant omnia*, Venezia, 1747, p. 154. (P)

San Ireneo [11] se entregó tan plenamente a esta opinión que atribuye a san Juan Evangelista estas palabras: «En la nueva Jerusalén, cada cepa de viña producirá diez mil ramas; cada rama, diez mil sarmientos; y cada sarmiento, diez mil racimos; cada racimo, diez mil granos; cada uva, veinticinco ánforas de vino; y, cuando uno de los santos vendimiadores recogerá una uva, la uva vecina le dirá: Cógeme, yo soy mejor que ella...» *.

No era suficiente que la sibila predijera estas maravillas; había testigos de su cumplimiento. Según cuenta Tertuliano [12], se vio a la Jerusalén celeste bajar del cielo durante cuarenta noches consecutivas.

Así se expresa Tertuliano: «Confesamos que el reino nos ha sido prometido por mil años en la tierra, tras las resurrección en la ciudad de Jerusalén, bajada del cielo» **.

Es así como el amor a lo maravilloso, y el deseo de oír y de decir cosas extraordinarias, ha pervertido el sentido común en todos los tiempos; así es como se ha utilizado el fraude, cuando no se ha tenido la fuerza. La religión cristiana, por otra parte, fue sostenida por razones tan sólidas que todo este montón de errores no pudo quebrarla. Se separó el oro puro de toda esta aleación y la Iglesia llegó, gradualmente, al estado en que la vemos en nuestros días.

---

[11] Ireneo (130-208): santo, obispo de Lyón, es sobre todo un transmisor de las enseñanzas recibidas. Su libro más famoso, *Adversus haereses,* informa exhaustiva e involuntariamente sobre todas las herejías de la época.

* Ireneo, lib. V, cap. XXV.

[12] Tertuliano (155-225): obispo de Cartago, es considerado el primero de los grandes moralistas y teólogos de Occidente. Escritor latino de rara elegancia, feroz propagador de la doctrina, su obra más importante, el *Apologeticum,* reivindica sin embargo la libertad de culto. Años antes de su muerte, Tertuliano se convirtió a la herejía montanista y fue expulsado de la Iglesia.

** Tertuliano, *Contra Marción,* lib. III.

XXXIII. DE LOS MILAGROS

Volvamos siempre a la naturaleza del hombre: sólo le place lo extraordinario; y esto es tan cierto que en cuanto lo bello, lo sublime, se hace común, ya no parece ni bello ni sublime. Se desea lo extraordinario en todos los géneros, y se llega hasta lo imposible. La historia antigua se parece a la de esa col más grande que una casa, y a esa olla más grande que una iglesia, hecha para cocinar esa col.

¿Qué idea hemos adosado a la palabra «milagro», que significaba primero *cosa admirable*? Hemos dicho: es aquello que la naturaleza no puede hacer, aquello que es contrario a todas sus leyes. Así, el inglés que prometió al pueblo de Londres meterse entero en una botella de dos pintas anunciaba un milagro. Y antaño no hubiesen faltado legendarios que habrían afirmado el cumplimiento de ese prodigio si con eso hubiesen aportado algo a su convento.

Creemos sin dificultad en los milagros verdaderos operados en nuestra santa religión, y entre los judíos, cuya religión preparó la nuestra. Sólo hablaremos aquí de las demás naciones, y sólo hablaremos según las reglas del sentido común, sometidas siempre a la revelación.

Cualquiera que no esté iluminado por la fe sólo

puede contemplar un milagro como una contravención a las leyes eternas de la naturaleza. No le parece posible que Dios desordene su propia obra; sabe que todo en el Univeso está atado por cadenas que nada puede romper. Sabe que, como Dios es inmutable, sus leyes también lo son; y que una rueda de la gran máquina no puede detenerse sin que se descomponga la naturaleza entera.

Si Júpiter, al acostarse con Alcmena, hace una noche de veinticuatro horas cuando debería ser de doce, es necesario que la tierra detenga su curso y permanezca inmóvil doce horas enteras. Pero como los mismos fenómenos del cielo reaparecen a la noche siguiente, es necesario también que se hayan detenido la Luna y todas las estrellas. He aquí una gran revolución en todas las órbitas celestes en favor de una mujer de Tebas en Beocia.

Un muerto resucita al cabo de unos días: es necesario que todas las partes imperceptibles de su cuerpo que han sido exhaladas al aire, y que los vientos habían llevado lejos, vuelvan a ponerse en su sitio; que los gusanos y los pájaros, o los otros animales alimentados con la sustancia de ese cadáver, devuelvan lo que han tomado de él. Los gusanos cebados en las entrañas de este hombre habrán sido comidos por golondrinas; estas golondrinas, por urracas; estas urracas, por halcones; estos halcones, por buitres. Es necesario que cada uno restituya precisamente lo que pertenecía al muerto, sin lo cual ya no sería la misma persona. Y todo esto no es nada si el alma no vuelve a su hospedaje.

Si el Ser eterno, que lo ha previsto todo, arreglado todo, que todo lo gobierna por medio de leyes inmutables, se torna contrario a sí mismo trastornando todas sus leyes, sólo puede hacerlo para favorecer a la naturaleza entera. Pero parece contradictorio suponer un caso en que el creador y amo de todo pueda cambiar el orden del mundo por el bien

de éste. Ya que o ha previsto la supuesta necesidad que habría de aparecer, o no la ha previsto. Si la ha previsto, le ha puesto orden desde el principio; si no la ha previsto, ya no es Dios.

Se dice que el Ser eterno resucita a Pélope [1], Hipólito [2], Heres [3] y algunos otros famosos personajes para complacer a una nación, a una ciudad, a una familia; pero no parece verosímil que el amo común del universo olvide el cuidado de este universo en favor de ese Hipólito o de ese Pélope.

Cuanto más increíbles son los milagros, según las débiles luces de nuestro espíritu, más han sido creídos. Cada pueblo tuvo tantos prodigios, que se convirtieron en cosa ordinaria. Así, nadie se preocupaba en negar los de sus vecinos. Los griegos decían a los egipcios, a las naciones asiáticas: «Los dioses os han hablado algunas veces; a nosotros nos hablan todos los días. Si han combatido veinte veces por vosotros, se pusieron cuarenta veces a la cabeza de nuestros ejércitos. Si vosotros habéis tenido metamorfosis, nosotros las hemos tenido cien veces más. Si vuestros animales hablan, los nuestros han hecho bellísimos discursos.» Ni siquiera entre los romanos faltaron bestias que tomaran la palabra para predecir el porvenir. Tito Livio cuenta que un buey exclamó en pleno mercado: «Roma, cuídate de ti misma» [4]. Plinio, en su libro octavo, dice que

---

[1] Pélope, hijo de Tántalo, fue muerto y servido por su padre en banquete a los dioses. Zeus lo resucitó, aunque no pudo recuperar un hombro —que Démeter ya se había comido— y lo remplazó por uno de marfil.

[2] Hipólito, hijo de Teseo e Hipólita, fue muerto por Poseidón tras una complicada conspiración urdida por el despecho de Afrodita, en la que participaron Teseo y Fedra, madre adoptiva de Hipólito. Una tradición recogida por Ovidio pretende que Asclepio le devolvió la vida a instancias de Artemisa.

[3] Heres es el Er Armenio que cita Platón en su *República.* (P)

[4] Tito Livio, lib. XXXV, cap. 21.

un perro habló cuando Tarquino fue expulsado del trono [5]. Si creemos a Suetonio, una corneja gritó en el Capitolio, cuando iban a asesinar a Domiciano: " Εσται πάντα καλῶς: «Está muy bien hecho, todo está bien»[6]. Así es como uno de los caballos de Aquiles, llamado Janto, predijo a su amo que moriría frente a Troya[7]. Antes que el caballo de Aquiles, el carnero de Frixus había hablado, lo mismo que las vacas del monte Olimpo. Así, en vez de refutar las fábulas, se rivalizaba en ellas: se hacía como ese hombre práctico a quien le presentaron una letra falsa; no perdió su tiempo querellándose, sino que presentó de inmediato un recibo igualmente falso.

Es cierto que apenas vemos muertos resucitados entre los romanos: se limitaron a las curaciones milagrosas. Los griegos, más afectos a la metempsicosis, tuvieron muchas resurrecciones. Era un secreto que habían recibido de los orientales, de quienes venían todas las ciencias y las supersticiones.

De todas las curaciones milagrosas, las más atestiguadas, las más auténticas, son la de ese ciego a quien el emperador Vespasiano devolvió la vista y la de ese paralítico al que devolvió el uso de sus miembros. Este doble milagro se operó en Alejandría y ante una multitud innumerable, ante romanos, griegos, egipcios: Vespasiano realizó estos prodigios en su tribunal. No es él quien intenta hacerse valer por medio de prestigios que no necesita un monarca bien afirmado; son los propios enfermos quienes, prosternados a sus pies, lo conjuran a que los cure. Vespasiano se ruboriza ante sus pedidos, se burla, dice que tal curación no está al alcance de un mortal. Los dos desgraciados insisten: Serapis se les ha aparecido; Serapis les ha dicho que serían

---

[5] Plinio, *Naturalis historia*, lib. VIII, cap. 41.
[6] Suetonio, *Opera*, Lugduni Batavorum, 1662, p. 816. (P)
[7] *Ilíada*, XIX, 418.

curados por Vespasiano. Finalmente, se deja convencer: los toca, sin vanagloriarse del éxito. La Divinidad, favorable a su modestia y a su virtud, le transmite su poder: en un momento, el ciego ve y el tullido camina. Alejandría, Egipto y todo el imperio aplauden a Vespasiano, favorito del cielo. El milagro es consignado en los archivos del imperio y en todas las historias contemporáneas [8]. Sin embargo, con el tiempo, este milagro ya nadie lo cree, porque nadie tiene interés en defenderlo.

Si creemos a no sé qué escritor de nuestros siglos bárbaros llamado Helgaut, el rey Roberto, hijo de Hugo Capeto, también curó a un ciego. Para el rey Roberto, este don de milagros fue aparentemente la recompensa de la caridad con que había hecho quemar al confesor de su mujer, y a esos canónigos de Orleans acusados de no creer en la infalibilidad y el poder absoluto del papa y, en consecuencia, de ser maniqueos; o, si no fue el premio por estas buenas acciones, fue el de la excomunión que sufrió por haberse acostado con la reina su señora.

Los filósofos han hecho milagros, como los emperadores y los reyes. Conocemos los de Apolonio de Tiana [9]: era un filósofo pitagórico, temperante, casto y justo, a quien la historia no reprocha ninguna acción equívoca, ni ninguna de esas debilidades de las que se acusó a Sócrates. Visitó a los magos y a los brahmanes, y fue tanto más honrado en todas partes cuanto que era modesto, daba siempre bue-

---

[8] Este milagro es referido por Tácito, *Historiae*, lib. IV, cap. 81, y Suetonio, *Vida de Vespasiano*, cap. 7. (P)

[9] Mago y taumaturgo de fines del siglo I d.C. Poco se sabe sobre su existencia histórica. Fue utilizado como respuesta al cristianismo naciente. La emperatriz Julia Domna encargó a Filostrato (principios del s. III) la redacción de una *Vida de Apolonio de Tiana*, que lo presentaba como el sabio ideal, el nuevo Pitágoras, capaz de profecías, adivinaciones, comprensión de todas las lenguas humanas y animales...

nos consejos y discutía rara vez. La plegaria que acostumbraba hacer a los dioses es admirable: «Dioses inmortales, acordadnos lo que consideréis conveniente, si no somos indignos de ello.» No tenía ningún entusiasmo; sus discípulos sí lo tuvieron: le supusieron milagros que fueron recogidos por Filostrato. Los tianos lo elevaron al rango de semidiós, y los emperadores romanos aprobaron su apoteosis. Pero, con el tiempo, la apoteosis de Apolonio corrió la suerte de las que se discernían a los emperadores romanos, y la capilla de Apolonio quedó tan desierta como el Socrateión elevado a Sócrates por los atenienses.

Los reyes de Inglaterra, desde san Eduardo hasta el rey Guillermo III, hicieron cotidianamente un gran milagro, el de curar las escrófulas, que ningún médico podía curar. Pero Guillermo III [10] ya no quiso hacer milagros, y sus sucesores se abstuvieron como él. Si Inglaterra sufre alguna vez una gran revolución que vuelva a hundirla en la ignorancia, entonces tendrá milagros todos los días.

[10] 1650-1702.

XXXIV. DE LOS TEMPLOS

No hubo templos tan pronto como se reconoció un Dios. Los árabes, los caldeos, los persas, que reverenciaban a los astros, no podían tener al principio edificios consagrados: no tenían más que mirar el cielo: ése era su templo. El de Bel, en Babilonia, pasa por el más antiguo de todos; pero el de Brahma, en la India, debe de ser de mayor antigüedad: al menos, los brahmanes lo pretenden.

Los anales de la China dicen que los primeros emperadores sacrificaban en un templo. El de Hércules, en Tiro, no parece estar entre los más antiguos. Hércules nunca fue, en pueblo alguno, sino una divinidad secundaria; sin embargo, el templo de Tiro es muy anterior al de Judea. Hiram tenía un templo magnífico cuando Salomón, ayudado por Hiram, construyó el suyo. Herodoto, que viajó a Tiro, dijo que, en su tiempo, los archivos de esta ciudad no daban a este templo más que dos mil trescientos años de antigüedad [1]. Egipto estaba lleno de templos desde mucho tiempo antes. Herodoto dice que se enteró de que el templo de Vulcano, en Menfis, había sido construido por Menes hacia el tiempo que corresponde a los tres mil años antes de

[1] Lib. II, XLIV.

nuestra era [2]; y no es de creer que los egipcios hayan elevado un templo a Vulcano antes de dar uno a Isis, su principal divinidad.

No puedo conciliar con las costumbres ordinarias de todos los hombres lo que dice Herodoto en su libro segundo: pretende que, exceptuados los egipcios y los griegos, todos los demás pueblos tenían la costumbre de acostarse con las mujeres en medio de sus templos [3]. Sospecho que el texto griego debe de haber sido falseado. Los hombres más salvajes se abstienen de este acto ante testigos. Nadie ha acariciado nunca a su mujer o su amante ante gentes por la que se tenga la menor consideración.

No es apenas posible que en tantas naciones, que eran religiosas con los mayores escrúpulos, todos los templos hayan sido lugares de prostitución. Creo que Herodoto quiso decir que los sacerdotes que habitaban dentro del templo podían acostarse con sus mujeres en ese recinto que recibía el nombre de templo, tal como lo hacían los sacerdotes judíos y otros; pero que los sacerdotes egipcios, que no habitaban dentro del recinto, se abstenían de tocar a sus mujeres cuando estaban de guardia en los pórticos que rodeaban al templo.

Los pueblos pequeños carecieron de templos durante mucho tiempo. Llevaban sus dioses en cofres, en tabernáculos. Ya hemos visto [4] que cuando los judíos habitaron en los desiertos, al oriente del lago Asfaltides, llevaban el tabernáculo del dios Remfán, del dios Moloch, del dios Kium, como lo dice Amós y lo repite san Esteban [5].

La misma costumbre tenían todas las otras pe-

---

[2] Lib. II, XCIC.
[3] Lib. II, LXIV.
[4] Cap. IV.
[5] Edición *princeps: ... como lo dicen Jeremías, Amós y san Esteban.* (Ver n. 7, cap. V.)

queñas naciones del desierto. Esta costumbre debe de ser la más antigua de todas, por la simple razón de que es más fácil tener un cofre que construir un gran edificio.

Probablemente, de esos dioses portátiles vino la costumbre de las procesiones que se hicieron en todos los pueblos: ya que parece que nadie se habría atrevido a sacar a un dios de su sitio, en su templo, para pasearlo por la ciudad, y esta violencia hubiese podido parecer un sacrilegio si la antigua costumbre de llevar a su dios en un carro o en unas angarillas no hubiese estado establecida desde antiguo.

La mayoría de los templos fueron en su principio ciudadelas, en las que se ponían a buen recaudo las cosas sagradas. Así, el *paladium* estaba en la fortaleza de Troya; los escudos llegados del cielo se guardaban en el Capitolio.

Vemos que el templo de los judíos era una plaza fuerte, capaz de resistir un asalto. Se dice en el tercer libro de los *Reyes* que el edificio tenía sesenta codos de largo y veinte de ancho [6]: son más o menos noventa pies de largo por treinta de frente. Apenas hay edificio público más pequeño; pero como esta casa era de piedra, y estaba construida sobre una montaña, podía al menos defenderse de un ataque por sorpresa; las ventanas, que eran mucho más estrechas por dentro que por fuera, parecían troneras.

Se dice que los sacerdotes se alojaban en cobertizos de madera adosados a la muralla.

Es difícil comprender las dimensiones de esta arquitectura. El mismo libro de los *Reyes* nos enseña que, sobre las murallas de este templo, había tres pisos de madera; que el primero tenía cinco codos de ancho, el segundo seis y el tercero siete [7]. Estas

---

[6] *I Reyes,* VI, 2.
[7] *I Reyes,* VI, 6.

proporciones no son como las nuestras: estos pisos de madera habrían sorprendido a Miguel Ángel y a Bramante. Sea como fuere, hay que considerar que este templo estaba construido en la ladera de la montaña Moria y que, por tanto, no podía tener gran profundidad. Había que subir varios escalones para llegar a la pequeña explanada donde se construyó el santuario, de veinte codos de largo: un templo en el que hay que subir y bajar es un edificio bárbaro. Era recomendable por su santidad, pero no por su arquitectura. No era necesario para los designios de Dios que la ciudad de Jerusalén fuese la más magnífica de las ciudades, y su pueblo el más poderoso de los pueblos; tampoco era necesario que su templo sobrepasara al de las otras naciones: el más bello templo es aquel en el que se ofrecen los sacrificios más puros.

La mayoría de los comentaristas se tomaron el trabajo de dibujar este edificio, cada uno a su manera. Es de creer que ninguno de los comentaristas construyó nunca una casa. Puede concebirse, sin embargo, que, siendo de piedra esas murallas que soportaban los tres pisos, fuera posible defenderse uno o dos días en este pequeño retiro.

Esta especie de fortaleza de un pueblo privado de artes no resistió a Nabusardán, uno de los capitanes del rey de Babilonia, que nosotros llamamos Nabucodonosor.

El segundo templo, construido por Nehemías, fue menos grande y suntuoso. El libro de *Esdras* nos enseña que los muros de este nuevo templo sólo tenían tres filas de piedra bruta, y que el resto era de madera: era más una granja que un templo [8]. Pero el que Herodes hizo construir más tarde era una auténtica fortaleza. Se vio obligado, como nos

[8] *Esdras*, VI, 5. Es el rey Darío quien ordena tales proporciones, basándose en un edicto de Ciro.

cuenta Josefo, a demoler el templo de Nehemías, al cual llama templo de Ageo. Herodes rellenó parte del precipicio al pie de la montaña Moria para hacer una plataforma apoyada en un muro muy grueso, sobre el cual se levantó el templo. Cerca de este edificio estaba la torre Antonia, que también fortificó, de tal forma que este templo era una auténtica ciudadela.

En efecto, los judíos se atrevieron a defenderse en él del ejército de Tito, hasta que un soldado romano arrojó una viga encendida dentro del fuerte y todo se incendió en un momento: lo cual prueba que las construcciones del recinto del templo no eran sino de madera en tiempos de Herodes, lo mismo que con Nehemías y Salomón.

Estas construcciones de pino contradicen un poco la gran magnificencia que refiere el exagerador Josefo. Dice que Tito, al entrar en el santuario, lo admiró, y confesó que su riqueza sobrepasaba su fama [9]. Es apenas verosímil que un emperador romano, en medio de la degollina, caminando sobre montañas de muertos, se entretuviese en considerar con admiración un edificio de veinte codos de largo, tal como era ese santuario; y que un hombre que había visto el Capitolio se sorprendiese ante la belleza de un templo judío. Ese templo era muy santo, sin duda; pero un santuario de veinte codos de largo no había sido construido por un Vitruvio. Los bellos templos eran los de Éfeso, Alejandría, Atenas, Olimpia, Roma.

Josefo, en su declaración contra Apión [10], dice que los dioses «sólo necesitaban un templo, porque hay sólo un Dios». Este razonamiento no parece concluyente; ya que si los judíos hubiesen tenido un

---

[9] Josefo, *Histoire de la guerre des Juifs*, t. V, p. 264, dice que Tito admiró las fortificaciones y las torres de la ciudad. (P)

[10] Ibíd, t. 5, p. 416. (P)

territorio de setecientas u ochocientas millas, como tantos otros pueblos, habrían tenido que pasar la vida viajando para ir a sacrificar a ese templo cada año. Del hecho de que no existe más que un Dios se sigue que todos los templos del mundo deben ser elevados para él; pero no se sigue que la tierra deba tener un solo templo. La superstición siempre tiene mala lógica.

Por otra parte, ¿cómo puede decir Josefo que los judíos sólo necesitaban un templo mientras tenían, desde el reino de Ptolomeo Filométor, el templo bastante conocido de la Cebolla, en Bubastis, Egipto?

XXXV. DE LA MAGIA

¿Qué es la magia? El secreto de hacer lo que no puede hacer la naturaleza; es lo imposible, de modo que se ha creído en ella en todos los tiempos. La palabra viene de los *mag*, *magdim* o *magos* de Caldea. Éstos sabían más que los demás: buscaban las causas de las lluvias y el buen tiempo, y pronto pasaron por hacer las lluvias y el buen tiempo. Eran astrónomos: los más ignorantes y los más osados fueron astrólogos. Un hecho sucedía bajo la conjunción de dos planetas: luego esos dos planetas habían causado ese hecho; y los astrólogos eran los amos de los planetas. Mentes impresionables habían visto en sueños a sus amigos muertos o moribundos: los magos hacían aparecer a los muertos.

Conociendo el curso de la Luna, les resultaba muy simple hacerla descender a la Tierra. Disponían incluso de la vida de los hombres, sea haciendo figuras de cera, sea pronunciando el nombre de Dios o el del diablo. Clemente de Alejandría, en sus *Estrómata*, libro primero, dice que, según un autor antiguo, Moisés pronunció el nombre de Ihaho, o Jehová, al oído del rey de Egipto, Fara Nekefr, de forma tan eficaz que este rey cayó sin conocimiento [1].

---

[1] *Opera*, t. I, p. 413. (P)
Edición princeps: *...que este rey cayó muerto allí mismo.*

En fin, desde Janés y Mambrés, que eran los hechiceros patentados del faraón [2], hasta la mariscala de Ancre, que fue quemada en París por haber matado un gallo blanco un día de luna llena, no ha habido tiempo alguno sin sortilegios.

La pitonisa de Endor, que evocó la sombra de Samuel [3], es bastante conocida; es verdad que sería muy extraño que la palabra «Pitón», que es griega, hubiese sido conocida por los judíos de tiempos de Saúl. Pero sólo la *Vulgata* habla de Pitón [4]: el texto hebreo emplea la palabra «ob», que los *Setenta* tradujeron como *engastrimuthon* [5].

Volvamos a la magia. Los judíos la hicieron su oficio en cuanto se repartieron por el mundo. El *sabbat* de los brujos es prueba de ello, y el macho cabrío con el que se suponía que se acoplaban las brujas proviene de ese antiguo comercio que tuvieron los judíos con los chivos en el desierto, y que les es reprochado en el *Levítico*, capítulo XVII.

Apenas ha habido entre nosotros procesos criminales de brujería que no hayan implicado a algún judío.

Los romanos, por más ilustrados que estuviesen en tiempos de Augusto, se vanagloriaban y creían

---

[2] Cuyos nombres sólo aparecen citados por Pablo en *II Timoteo*, III, 8. El pasaje correspondiente del *Éxodo*, VII, 11, no los menciona.

[3] *I Samuel*, XXVIII, 7-25.

[4] En lugar de la frase siguiente, la edición *princeps* da: *Varios sabios han sacado la conclusión de que esta historia no se escribió hasta que los judíos empezaron a comerciar con los griegos, después de Alejandro; pero no es de esto de lo que se trata aquí.*

[5] El autor es demasiado modesto para explicar aquí por qué lugar hablaba esta hechicera. Es el mismo por el que la pitonisa de Delfos recibía el espíritu divino, y ésta es la razón por la que la *Vulgata* ha traducido la palabra «Ob» por *Phyton;* ha querido proteger la modestia de los lectores, que una traducción literal hubiese podido herir. (K)

en los sortilegios tanto como nosotros. Ved la égloga de Virgilio titulada *Pharmaceutria:*

Carmina vel coelo possunt deducerę lunam.
La voz del encantador hace descender la Luna.

His ego soepe lupum fieri et se condere silvis
Moerim, soepe animas imis exire sepulcris [6].

Moeris, transformado en lobo, se escondía en los bosques:
Del hoyo de su tumba he visto salir las almas.

Hay quienes se asombran de que Virgilio sea considerado hoy en Nápoles como un brujo: no hay que buscar el motivo sino en esta égloga.

Horacio reprocha a Sagana y a Canidia sus horribles sortilegios [7]. Las primeras cabezas de la república estuvieron infectadas por estas imaginaciones funestas. Sexto, el hijo del gran Pompeyo, inmoló un niño en uno de estos encantamientos.

Los filtros para ser amado eran una magia más suave: los judíos se dedicaban a venderlos a las damas romanas. Los de esta nación que no podían convertirse en ricos comisionistas hacían profecías o filtros.

Todas estas extravagancias, ridículas o espantosas, se perpetuaron entre nosotros y no hace un siglo que cayeron en descrédito. Los misioneros se asombraron de encontrar estas extravagancias en el fin del mundo: compadecieron a los pueblos a los que el demonio inspiraba tales prácticas. ¡Eh, amigos míos! ¿Por qué no os quedasteis en vuestra patria? No habríais encontrado en ella más diablos, pero habríais encontrado no menos tonterías.

Habríais visto a miles de miserables lo suficien-

---

[6] *Bucólicas,* VIII, 69: «Los encantos pueden hacer que la Luna descienda del cielo», y 97-8: «Con frecuencia (vi) a Moeris transformarse en lobo y perderse en la espesura; con frecuencia (lo vi) sacar almas del fondo de los sepulcros».

[7] *Épodas,* V; *Sátiras,* I, VIII, 24-4. (P)

temente insensatos como para creerse brujos, y a jueces lo suficientemente imbéciles y bárbaros como para condenarlos a la hoguera. Habríais visto una jurisprudencia establecida en Europa sobre la magia, tal como hay leyes sobre el robo y el asesinato: jurisprudencia basada en las decisiones de los concilios. Lo peor era que los pueblos, viendo que la magistratura y la Iglesia creían en la magia, se convencían aún más de su existencia: por consiguiente, cuanto más se perseguía a los brujos, más aparecían. ¿De dónde venía un error tan funesto y general? De la ignorancia: y esto prueba que quienes desengañan a los hombres son sus verdaderos benefactores.

Se ha dicho que el consentimiento de todos los hombres era una prueba de la verdad. ¡Vaya prueba! Todos los pueblos han creído en la magia, la astrología, los oráculos, las influencias de la Luna. Habría que haber dicho que el consentimiento de todos los sabios no era una prueba, sino una especie de probabilidad. Y de todas formas, ¡vaya probabilidad! ¿No creían todos los sabios, antes de Copérnico, que la Tierra estaba inmóvil en el centro del mundo?

Ningún pueblo tiene derecho a burlarse de otro. Si Rabelais llama a Picatrix *mi reverendo padre en el diablo* [8] porque en Toledo, Salamanca y Sevilla se enseñaba la magia, los españoles pueden reprochar a los franceses la cantidad prodigiosa de sus brujos.

Francia es quizás, entre todos los países, el que más ha unido la crueldad al ridículo. No hay tribunal en Francia que no haya hecho quemar a muchos magos. En la antigua Roma había locos que creían ser brujos; pero no se encontraban bárbaros que los quemaran.

---

[8] Lib. I, cap. XXIII. (B)

XXXVI. DE LAS VÍCTIMAS HUMANAS

Los hombres habrían sido felices si sólo los hubiesen engañado; pero el tiempo, que unas veces corrompe las costumbres y otras las rectifica, dio lugar a que los sacerdotes, carniceros acostumbrados a la sangre, luego de haber hecho correr sobre los altares la sangre de los animales, pasaron de éstos a los hombres; y la superstición, hija desnaturalizada de la religión, se apartó de la pureza de su madre hasta el punto de forzar a los hombres a inmolar a sus propios hijos, bajo el pretexto de que había que dar a Dios lo más querido.

El primer sacrificio de esta naturaleza cuya memoria se conserve fue el de Jehud, un fenicio que, si creemos los fragmentos de Sanconiatón, fue inmolado por su padre Hillu unos dos mil años antes de nuestra era [1]. Era una época en que los grandes Estados ya estaban establecidos, en que Siria, Caldea, Egipto eran florecientes; y en Egipto, según Diodoro, los pelirrojos eran sacrificados a Osiris [2];

[1] La traducción de Sanconiatón por Cumberland llama Illus o Cronos al padre, y Sadid, Jeúd o Jehib al hijo. Cumberland discute largamente si este sacrificio es el mismo que el de Abraham e Isaac. (P)

[2] *Histoire Universelle,* lib. I, cap. 88. (P)

Plutarco pretende que se los quemaba vivos [3]. Otros agregan que una niña era ahogada en el Nilo para obtener de este río una crecida ni demasiado fuerte ni demasiado débil.

Estos abominables holocaustos se establecieron en casi toda la Tierra. Pausanias pretende que Licón inmoló a la primera víctima humana en Grecia [4]. Esta costumbre debía de estar aceptada en tiempos de la guerra de Troya, puesto que Homero hace que Aquiles inmole a doce troyanos a la sombra de Patroclo [5]. ¿Acaso Homero se hubiese atrevido a decir algo tan horrible, no habría temido indignar a todos sus lectores, si tales holocaustos no hubiesen sido habituales? [Todo poeta pinta las costumbres de su país.]

No hablo del sacrificio de Ifigenia, y del de Idamante, hijo de Idomeneo [6]: verdaderos o falsos, muestran la opinión reinante. No se puede apenas poner en duda que los escitas de la Táurida inmolaban extranjeros.

Si descendemos a tiempos más modernos, los tirios y los cartagineses, en los grandes peligros, sacrificaban un hombre a Saturno. Lo mismo se hizo en Italia; y los propios romanos, que condenaron estos horrores, inmolaron a dos galos y dos griegos para expiar el crimen de una vestal. Plutarco confirma esta verdad espantosa en sus *Cuestiones romanas* [7]. Los galos, los germanos, tuvieron esta horrible costumbre. Los druidas quemaban víctimas humanas

---

[3] En las *Oeuvres morales et meslées,* trad. Amyot, París, 1575, p. 318, Plutarco dice solamente que los egipcios «insultan y ultrajan a los pelirrojos». (P)

[4] *Graeciae descriptio* (Arcadica), p. 457. (P)

[5] *Ilíada,* cap. XXIII.

[6] Ambos sacrificados por sus padres a los dioses, en cumplimiento de promesas ambiguas del género: «El primero que pase por... será inmolado...».

[7] *Oeuvres morales,* p. 461. (P)

dentro de grandes efigies de mimbre; los brujos, entre los germanos, degollaban a los hombres destinados a la muerte y juzgaban el porvenir por la rapidez mayor o menor con que fluía la sangre de la herida.

Creo que estos sacrificios eran escasos: si hubiesen sido frecuentes, si se hubiese hecho con ellos fiestas anuales, si cada familia hubiese tenido constantemente el temor de que los sacerdotes vinieran a buscar a la hija más bella o al hijo mayor de la casa para arrancarle santamente el corazón sobre una piedra consagrada, pronto se habría terminado por inmolar a los propios sacerdotes. Es muy probable que estos santos parricidios sólo se cometieran bajo una necesidad urgente, en medio de grandes peligros, cuando los hombres están subyugados por el miedo y la falsa idea del interés público forzaba silenciar el interés privado.

Entre los brahmanes no todas las viudas se quemaban junto al cuerpo de sus maridos. Las más devotas y las más locas han hecho desde tiempos inmemoriales, y aún hacen, este sorprendente sacrificio. Los escitas inmolaron alguna vez a los manes de sus *kans* a los oficiales más queridos de estos príncipes. Herodoto describe detalladamente la forma en que se preparaban sus cadáveres para formar con ellos un cortejo alrededor del cadáver real [8]; pero no parece, por la historia, que este uso haya durado mucho tiempo.

Si leyéramos la historia de los judíos escrita por un autor de otra nación nos costaría creer que haya habido efectivamente un pueblo fugitivo de Egipto que, por orden expresa de Dios, haya ido a inmolar a siete u ocho pequeñas naciones que no conocía, a degollar sin misericordia a todas las mujeres, los an-

[8] Lib. IV, cap. LXXII. Edición *princeps: Herodoto dice que los empalaban alrededor del cadáver real; pero...*

cianos y los niños de pecho, y guardar sólo las niñas; que ese pueblo santo haya sido castigado por su Dios cuando fue lo suficientemente criminal como para dejar vivo a uno solo de los hombres fulminados por el anatema. No creeríamos que un pueblo tan abominable pudiese existir en la Tierra; pero, como es esta misma nación la que nos refiere estos hechos en sus libros santos, hay que creerle.

No trato aquí en absoluto la cuestión de si esos libros han sido inspirados. Nuestra santa Iglesia, que siente horror por los judíos, nos enseña que los libros judíos han sido dictados por el Dios creador y padre de todos los hombres; no puedo abrigar la menor duda ni permitirme siquiera el más mínimo razonamiento.

Es verdad que nuestro débil entendimiento no puede concebir en Dios una sabiduría, una justicia, una bondad diferentes de las que conocemos; pero, en fin, él ha hecho lo que ha querido y no nos corresponde a nosotros juzgarlo: yo me limito a lo simplemente histórico.

Los judíos tienen una ley que les ordena expresamente no perdonar cosa ni hombre alguno que estén destinados al Señor. «No podrá ser rescatado, deberá morir», dice la ley del *Levítico*, en el capítulo XXVII [9]. En virtud de esta ley vemos a Jefté inmolando a su propia hija [10], y al sacerdote Samuel cortando en pedazos al rey Agag [11]. El *Pentateuco* [12]

[9] *Levítico,* XXVII, 29: «Nada de lo que a uno pertenece —hombre, animal o campo de su propiedad— que haya sido consagrado a Yahvé con anatema podrá venderse o rescatarse. Todo anatema es cosa sacratísima para Yahvé. Ningún ser humano consagrado con anatema podrá ser rescatado: deberá morir.»

[10] *Jueces,* XI, 30-40. La promesa es del mismo género que las aludidas más arriba (nota 6).

[11] *I Samuel,* XV, 33.

Hay críticos que han pretendido que no era seguro que *Samuel* fuera sacerdote. Pero ¿cómo, si no era sacerdote, se hubie-

nos dice que, en el pequeño país de Madián, que tiene unas nueve leguas cuadradas, los israelitas, que habían encontrado seiscientas setenta y cinco mil ovejas, setenta y dos mil bueyes, sesenta y un mil asnos y treinta y dos mil muchachas vírgenes, recibieron de Moisés la orden de masacrar a todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños, pero que conservaran a las muchachas, de las cuales sólo treinta y dos fueron inmoladas [13]. Lo más notable en tanta dedicación es que ese mismo Moisés era yerno del gran sacerdote de los madianitas, Je-

---

se arrogado el derecho de consagrar a *Saúl y David*? Si no es en tanto que Sacerdote que inmoló a Agag, es pues en calidad de asesino o de verdugo. Si *Samuel* no era sacerdote, ¿qué queda de la autoridad de su ejemplo, tantas veces empleado por los teólogos, para probar que los sacerdotes tienen derecho no sólo a consagrar reyes, sino también a consagrar nuevos reyes cuando los que han ungido en primer lugar ya no les convienen, e incluso a tratar a los reyes indóciles como el dulce *Samuel* trató al impío Agag? (K).

[12] *Números*, XXXI, 32-40.

[13] Se ha pretendido que esas treinta y dos jóvenes sólo fueron destinadas al servicio del tabernáculo; pero si se lee atentamente el libro de los *Números*, donde se relata esta historia, se verá que el sentido dado por el señor de Voltaire es el más natural. Los israelitas habían masacrado a todos los hombres en condiciones de portar armas, y sólo habían dejado a mujeres y niños. Moisés les hace violentos reproches y les ordena, a sangre fría, varios días después de la batalla, que degüellen a todos los niños varones y a todas las mujeres que no fuesen vírgenes. Tras haber ordenado el asesinato, prescribe a los asesinos el método de purificación. Sólo ha olvidado transmitirnos la forma en que los judíos se las arreglaban para distinguir a una virgen de una muchacha que no lo era. Así, está claro que se puede creer, sin ofender el carácter de Moisés, que tras haber ordenado la masacre de cuarenta mil, entre niños y mujeres, no haya dudado en ordenar el sacrificio de treinta y dos muchachas. ¿Cómo imaginar que los judíos hubieran podido consagrar al servicio del tabernáculo a treinta y dos muchachas extranjeras e idólatras? Además, la parte de los sacerdotes ya había sido calculada, y no se habrían contentado con treinta y dos vírgenes. Ver la obra titulada *Un Chrétien contre six Juifs.* (K)

tro, que le había hecho los mayores favores y lo había colmado de beneficios.

El mismo libro nos dice que Josué, hijo de Nun, tras haber atravesado con su horda el río Jordán a pie y haber derribado con sus trompetas los muros de Jericó, fulminada por el anatema, hizo perecer en las llamas a todos sus habitantes; que sólo preservó a Rahab *la prostituta* [14] y su familia, que había escondido a los espías del pueblo santo [15]; que el mismo Josué destinó a la muerte a doce mil habitantes de la ciudad de Haï [16]; que inmoló al Señor treinta y un reyes del país, todos sometidos al anatema, que fueron colgados [17]. No tenemos nada comparable a estos asesinatos religiosos en nuestros últimos tiempos, como no sea la noche de San Bartolomé y las masacres de Irlanda.

Lo triste es que muchas personas dudan de que los judíos hayan encontrado seiscientas setenta y cinco mil ovejas y treinta y dos mil vírgenes en medio de las roquedades; y nadie duda de la noche de San Bartolomé. Pero no dejemos de repetir cuán impotentes son las luces de nuestra razón para aclararnos sobre los extraños hechos de la Antigüedad, y sobre las razones que Dios, amo de la vida y de la muerte, podía tener al elegir al pueblo judío para exterminar al pueblo cananeo.

---

[14] Edición *princeps: Rahab, la pícara.*

[15] *Josué,* VI, 24-25.

[16] *Josué,* VII, 24-26.

[17] *Josué,* XII, 7-24. El texto no dice que hayan sido colgados, sino destruidos o exterminados.

XXXVII. DE LOS MISTERIOS DE CERES ELEUSINA

En medio del caos de las supersticiones populares, que habrían hecho de casi todo el globo una vasta guarida de bestias feroces, hubo una institución saludable que impidió que una parte del género humano cayera en un entero embrutecimiento: fue la de los misterios y las expiaciones. Era imposible que no hubiese espíritus dulces y sabios entre tantos locos crueles, y que no hubiese filósofos que intentasen devolver a los hombres a la razón y la moral. Estos sabios utilizaron la misma superstición para corregir sus enormes abusos, tal como se emplea el corazón de las víboras para curar sus mordeduras; se mezclaron muchas fábulas con verdades útiles, y las verdades se apoyaron en las fábulas.

Ya no se conocen los misterios de Zoroastro. Poco se sabe de los de Isis; pero no podemos dudar de que anunciasen el gran sistema de una vida futura, ya que Celso dijo a Orígenes, libro VIII: «Os jactáis de creer en castigos eternos, ¿no los anunciaban a sus iniciados los ministros de los misterios?»

La unidad era el gran dogma de todos los misterios. Aún tenemos la plegaria de las sacerdotisas de Isis, conservada por Apuleyo, y que ya he citado al hablar de los misterios egipcios [1].

[1] Ver cap. XXIII.

Las ceremonias misteriosas de Ceres fueron una imitación de las de Isis. Quienes habían cometido crímenes los confesaban y los expiaban: se ayunaba, se hacían ritos de purificación, se daban limosnas. Todas las ceremonias se mantenían en secreto, bajo la religión del juramento, para hacerlas más venerables. Los misterios se celebraban por la noche para inspirar un santo horror. Se representaban suertes de tragedias, que desplegaban ante los ojos de los creyentes la felicidad de los justos y los castigos de los malvados. Los más grandes hombres de la Antigüedad, los Platón, los Cicerón elogiaron estos misterios, que no habían degenerado todavía de su pureza primera.

Hombres muy sabios han pretendido que el libro sexto de *La Eneida* no es sino la pintura de lo que se practicaba en estos espectáculos tan secretos y renombrados [2]. En él, Virgilio no habla, en verdad, del Demiurgo que representaba al Creador, pero muestra en el vestíbulo, en el proscenio, a los niños a quienes sus padres habían dejado morir, y era una advertencia para padres y madres.

Continuo auditae voces, valgitus et ingens, etc. [3].

Luego aparecía Minos, que juzgaba a los muertos. Los malvados eran arrastrados al Tártaro, y los justos conducidos a los Campos Elíseos. Estos jardines eran lo mejor que se habían inventado para los hombres corrientes. Sólo a los héroes y a los semidioses se concedía el honor de subir al cielo. Toda religión adoptó un jardín como residencia de los justos; e incluso cuando los esenios, entre los judíos, recibieron el dogma de la otra vida, creyeron que

---

[2] Ver nota 1, cap. XXI.

[3] *Eneida*, VI, 416: «Al punto se oyeron voces, y grandes vagidos.»

los buenos irían después de la muerte a unos jardines al borde del mar: ya que, según los fariseos, los esenios adoptaron la metempsicosis y no la resurrección. Si está permitido citar la historia sagrada de Jesucristo entre tantas cosas profanas, señalaremos que le dice al ladrón arrepentido: «Hoy estarás conmigo en el Jardín» *. En esto se conformaba al lenguaje de todos los hombres.

Los misterios de Eleusis se convirtieron en los más célebres. Algo muy notable es que allí se leía el comienzo de la teogonía de Sanconiatón el fenicio; es una prueba de que Sanconiatón había anunciado un Dios supremo, creador y gobernador del mundo. Era, pues, una doctrina que se desvelaba a los iniciados imbuidos en la creencia del politeísmo. Supongamos entre nosotros un pueblo supersticioso que estuviese acostumbrado desde su tierna infancia a rendir a la Virgen, a san José y a los demás santos el mismo culto que al Dios padre; tal vez sería peligroso querer desengañarlo de golpe; sería más sabio revelar primero a los más moderados, a los más razonables, la distancia infinita que hay entre Dios y las criaturas: esto es precisamente lo que hicieron los mistagogos. Los participantes en los misterios se reunían en el templo de Ceres, y el hierofante les enseñaba que, en vez de adorar a Ceres conduciendo a Triptolemo en un carro tirado por dragones, había que adorar al Dios que alimenta a los hombres y que ha permitido que Ceres y Triptolemo pusieran a la agricultura en un sitio de honor.

Esto es tan cierto que el hierofante empezaba por recitar los versos del antiguo Orfeo: «Marchad por la vía de la justicia, adorad al único amo del universo; él es uno; es único, autosuficiente, todos los seres le deben su existencia; él actúa en ellos y

* *Lucas*, cap. XXIII.

por ellos; él ve todo, y nunca ha sido visto por ojos mortales.»

Confieso que no concibo cómo Pausanias puede decir que estos versos no valen lo que los de Homero [4]; hay que convenir que, al menos por su sentido, valen mucho más que *La Ilíada* y *La Odisea* enteras.

Hay que confesar que el obispo Warburton, aunque muy injusto en muchas de sus audaces decisiones, da mucha fuerza a todo esto que acabo de decir acerca de la necesidad de esconder el dogma de la unidad de Dios a un pueblo empecinado en el politeísmo. Señala, basándose en Plutarco, que el joven Alcibíades, habiendo asistido a estos misterios, no tuvo problema alguno en insultar a las estatuas de Mercurio en medio de una juerga con sus amigos, y que el pueblo en su furor pidió la condena de Alcibíades [5].

Era, pues, necesaria la mayor discreción para no herir los prejuicios de la multitud. El propio Alejandro [(si esta anécdota no es apócrifa)], habiendo obtenido en Egipto, del hierofante de los misterios, la autorización para enviar a su madre el secreto de los iniciados, la conjuró al mismo tiempo a quemar su carta tras haberla leído, para no irritar a los griegos.

Aquellos que, engañados por un falso celo, han pretendido que esos misterios no eran sino infames orgías deberían ser desengañados por la palabra misma que corresponde a *iniciados*: quería decir que se comenzaba una nueva vida.

Otra prueba incontestable de que esos misterios sólo se celebraban para inspirar a los hombres la virtud es la fórmula con que se cerraba la asamblea. Se pronunciaban, entre los griegos, las dos antiguas

---

[4] *Graeciae descriptio*, p. 588. (P)
[5] *Divine legation*, t. I, p. 153. (P)

palabras fenicias «Kof tomfet», velad y sed puros (Warburton, *Leyenda de Moisés,* libro 1). Por fin, la última prueba es que el emperador Nerón, culpable de la muerte de su madre, no pudo ser recibido en estos misterios cuando viajó a Grecia: el crimen era demasiado enorme y, por más emperador que fuera, los iniciados no habrían querido admitirlo. Zósimo dice también que Constantino no pudo encontrar sacerdotes paganos que quisiesen purificarlo y absolverlo de sus parricidios [6].

Había, pues, efectivamente, entre estos pueblos que llamamos paganos, gentiles, idólatras, una religión muy pura; mientras que los pueblos y los sacerdotes tenían costumbres vergonzosas, ceremonias pueriles, doctrinas ridículas, e incluso derramaban a veces sangre humana en honor de algunos dioses imaginarios, despreciados y detestados por los sabios.

Esta religión pura consistía en la confesión de la existencia de un Dios supremo, de su providencia y de su justicia. Lo que desfiguraba a estos misterios era, si creemos a Tertuliano, la ceremonia de la regeneración [7]. Era necesario que el iniciado pareciera resucitar: representaba el símbolo del nuevo modo de vida que debía abrazar. Se le presentaba una corona, y él la pisoteaba; el hierofante elevaba ante él el cuchillo sagrado: el iniciado, a quien se simulaba matar, fingía caer muerto; tras lo cual pa-

---

[6] *Histoire romaine écrite par Ziphilim, par Zonare et par Zosime,* trad. M. Cousin, París, 1678, p. 754: «...Constantino asesina a su mujer y a su hijo antes de ser cristiano... Habiéndole dicho los pontífices paganos que no había forma de expiar crímenes y perjurios tan atroces, un egipcio que había llegado a Roma desde España, y que había logrado cierto éxito entre las damas de la corte, le aseguró que no había crimen que no pudiese ser expiado por los sacramentos de la religión cristiana.» (P).

[7] Tertuliano habla de las ceremonias escandalosas de los misterios al comienzo del tratado *Adversus valentinianos.* (P)

recía resucitar. Aún queda entre los francmasones un resto de esta antigua ceremonia.

Pausanias, en sus *Arcádicas* [8], nos hace sabe que en varios templos de Eleusis se flagelaba a los penitentes, a los iniciados; costumbre odiosa, introducida mucho después en numerosas iglesias cristianas [9]. No dudo de que en todos estos misterios, cuyo fondo era tan sabio o útil, entraban muchas supersticiones condenables. Las supersticiones condujeron al desenfreno, que trajo consigo el desprecio. Finalmente, no quedaron de todos estos antiguos misterios sino tropas de vagabundos que hemos visto, bajo el nombre de egipcianos y de bohemios, recorriendo Europa con sus castañuelas, bailando la danza de Isis, vendiendo bálsamos, curando la sarna mientras están cubiertos de ella, diciendo la buenaventura y robando gallinas. Tal ha sido el fin de lo más sagrado que hubo en la mitad de la tierra conocida.

---

[8] *Graeciae descriptio*, p. 480. (P)

[9] Pausanias no dice positivamente que los golpes sólo fuesen para los iniciados, pero sería divertido imaginar que los sacerdotes de Atenas tuviesen el derecho de golpear con su vara a todo el que se cruzara en su camino. Pase para los iniciados y los devotos. (K)

XXXVIII. DE LOS JUDÍOS EN LOS TIEMPOS EN QUE COMENZARON A SER CONOCIDOS

Tocaremos lo menos posible lo que tiene de divino la historia de los judíos; o, si nos vemos obligados a hablar de ello, sólo lo haremos en la medida en que sus milagros tengan una relación esencial con la sucesión de los acontecimientos. Tenemos hacia los prodigios continuos que marcaron todos los pasos de esta nación el respeto que les es debido; los creemos con la fe razonable que exige la Iglesia, sustituta de la sinagoga; no los examinamos; nos limitamos siempre a lo histórico. Hablaremos de los judíos como hablaríamos de los escitas y de los griegos, sopesando las probabilidades y discutiendo los hechos. Como nadie en el mundo escribió su historia sino ellos, antes de que los romanos destruyesen su pequeño Estado, no cabe consultar sino sus propios anales.

Esta nación es de las más modernas si sólo la consideramos, como a los demás pueblos, desde el momento en que se establece y posee una capital. Los judíos sólo parecen ser considerados por sus vecinos a partir de los tiempos de Salomón, que eran

aproximadamente los de Hesíodo y Homero, y de los primeros arcontes de Atenas.

El nombre de Salomón, o Soleimán, es muy conocido entre los orientales, pero el de David no lo es; el de Saúl, menos aún. Los judíos, antes de Saúl, no parecen sino una horda de árabes del desierto, tan poco poderosos que los fenicios los trataban más o menos como los lacedemonios trataban a los ilotas. Eran esclavos a los que no se permitía llevar armas: no tenían el derecho de forjar el hierro, ni siquiera de aguzar las rejas de sus arados ni el filo de sus hachas: debían recurrir a sus amos hasta para los más pequeños trabajos de este tipo [1]. Los judíos lo declaran en el libro de Samuel, y agregan que no tenían espada ni jabalina en la batalla que Saúl y Jonatás libraron en Betaven contra los fenicios o filisteos [2], jornada en que se relata que Saúl juró inmolar al Señor a quien hubiese comido durante el combate [3].

Es verdad que antes de esta batalla ganada sin armas se dice, en el capítulo precedente *, que Saúl, con un ejército de trescientos treinta mil hombres, deshizo enteramente a los amonitas; lo cual no parece estar de acuerdo con la confesión de que no tenían jabalina ni espada ni arma alguna. Además, los más grandes reyes rara vez han tenido al mismo tiempo trescientos treinta mil combatientes efectivos. ¿Como es que los judíos, que parecían errantes y oprimidos en un pequeño país, que no tienen una ciudad fortificada, ni un arma, ni una espada, pusieron en pie de guerra a trescientos treinta mil soldados? Había con qué conquistar Asia y Europa. Dejemos a autores sabios y respetables

---

[1] *I Samuel,* XIII, 19-21.
[2] *I Samuel,* XIII, 22.
[3] *I Samuel,* XIV, 24-30.
* *Reyes,* I, cap. XI (*I Samuel,* XI, 1-11).

el cuidado de conciliar estas contradicciones aparentes, que desaparecen ante luces superiores; respetemos lo que tenemos que respetar y remontémonos a la historia de los judíos por medio de sus propios escritos.

XXXIX. DE LOS JUDÍOS EN EGIPTO

Los anales de los judíos dicen que esta nación habitaba en los confines de Egipto en los tiempos ignotos; que su residencia estaba en el pequeño país de Gosén, o Gesén, hacia el monte Casio y el lago Sirbón. Allí están todavía los árabes que van en invierno a apacentar sus rebaños en el bajo Egipto. Esta nación sólo se componía de una única familia, que en doscientos cinco años produjo un pueblo de unos tres millones de personas [1]; ya que, para suministrar los seiscientos mil combatientes que el *Génesis* cuenta a la salida de Egipto se necesitan mujeres, muchachas y ancianos [2]. Esta multiplicación, contraria al orden de la naturaleza, es uno de los milagros que Dios se dignó hacer en favor de los judíos.

En vano una multitud de hombres sabios se sorprende de que el rey de Egipto haya ordenado a dos comadronas que exterminaran a todos los hijos varones de los hebreos; de que la hija del rey, que residía en Menfis, fuera a bañarse lejos de Menfis, en un brazo del Nilo, donde nunca nadie se baña, a

[1] Edición *princeps: dos millones de personas.*

[2] El relato de la salida de Egipto no se incluye en el *Génesis*, sino en el *Éxodo*. Los 600.000 infantes figuran en *Éxodo*, XII, 37.

causa de los cocodrilos. En vano hacen objeciones acerca de la edad de ochenta años a la que había llegado Moisés antes de emprender la tarea de conducir a un pueblo entero para librarlo de la esclavitud.

Discuten sobre las diez plagas de Egipto, dicen que los magos del reino no podían hacer los mismos milagros que el enviado de Dios; y que, si Dios les daba ese poder, parecía actuar contra sí mismo. Pretenden que, como Moisés había transformado en sangre todo el agua, no quedaba más agua para que los magos pudiesen hacer la misma metamorfosis.

Se preguntan cómo pudo Faraón perseguir a los judíos con una caballería numerosa si todos los caballos habían muerto en la quinta, sexta, séptima y décima plaga. Se preguntan por qué seiscientos mil combatientes con Dios a la cabeza huyeron cuando podían combatir con ventaja frente a los egipcios, cuyos primogénitos habían sido exterminados. Y se preguntan también por qué no dio Dios la fértil Egipto a su pueblo querido en lugar de hacerlo errar durante cuarenta años por espantosos desiertos.

No hay más que una respuesta a todas estas objeciones innumerables, y esta respuesta es: Dios lo ha querido, la Iglesia lo cree, y nosotros debemos creerlo. En esto difiere esta historia de las otras. Cada pueblo tiene sus prodigios; pero todo es prodigio en el pueblo judío; y se puede decir que así debía ser, puesto que era conducido por el propio Dios. Está claro que la historia de Dios no debe parecerse a la de los hombres. Por eso no relataremos ninguno de esos hechos sobrenaturales sobre los cuales quien debe hablar es el Espíritu Santo; menos aún intentaremos explicarlos. Examinemos solamente los escasos acontecimientos que pueden ser sometidos a la crítica.

XL. DE MOISÉS. CONSIDERADO SIMPLEMENTE COMO JEFE DE UNA NACIÓN

Sólo el amo de la naturaleza da la fuerza al brazo que se digna elegir. Todo es sobrenatural en Moisés. Más de un sabio lo ha mirado como un político muy hábil; otros solamente ven en él a un débil junco del que la mano divina ha dignado servirse para labrar el destino de los imperios. En efecto, ¿quién es un anciano de ochenta años para emprender la tarea de conducir solo a todo un pueblo sobre el cual no tiene ningún derecho? Su brazo no puede combatir, y su lengua no puede articular. Se lo retrata decrépito y tartamudo. Conduce a sus seguidores por soledades espantosas durante cuarenta años; quiere darles un lugar de establecimiento, y no les da ninguno. Al seguir su marcha por los desiertos de Sur, de Sin, de Oreb, del Sinaí, de Farán, de Cades-Barne, y al verlo retroceder casi hasta el punto de partida, sería difícil considerarlo un gran capitán. Está a la cabeza de seiscientos mil combatientes y no les procura ropas ni alimentos. Dios hace todo, Dios tiene remedio para todo: alimenta y viste al pueblo por medio de milagros. Moisés no es nada por sí mismo, y su impotencia muestra que sólo puede ser guiado por el brazo del Todopoderoso;

de modo que no consideramos en él sino al hombre, y no al ministro de Dios. Su persona, en esta calidad, es objeto de una investigación más sublime.

Quiere ir al país de los cananeos, al occidente del Jordán, en la comarca de Jericó, que es, según se dice, un buen solar en algunos aspectos; y, en vez de tomar esta ruta, gira hacia el oriente, entre Esiongaber y el mar Muerto, país salvaje, estéril, erizado de montañas sobre las que no crece ni un arbusto y donde no se encuentran fuentes, exceptuando algunos pequeños pozos de agua salada. Los cananeos o fenicios, ante el rumor de esta irrupción de un pueblo extranjero, van a combatirlo en secos desiertos, cerca de Cades-Barne. ¿Cómo se deja vencer a la cabeza de seiscientos mil soldados, en un país que no contiene hoy más de dos o tres mil habitantes? [1] Al cabo de treinta y nueve años logra dos victorias; pero no alcanza ninguno de los objetivos de su misión: él y su pueblo mueren antes de poner el pie en el país que él quería subyugar.

Un legislador, según nuestras nociones comunes, debe hacerse amar y temer; pero no debe llevar la severidad hasta la barbarie: no debe, en vez de infligir por medio de los ministros de la ley algunos suplicios a los culpables, hacer que gran parte de su nación sea degollada al azar por la otra.

¿Es posible que, a la edad de casi ciento veinte años, Moisés, no siendo conducido por nadie sino por sí mismo, haya sido tan inhumano, tan endurecido ante la carnicería, que haya ordenado a los levitas que masacraran, sin distinción, a sus hermanos, hasta el número de veintitrés mil, por la prevaricación de su propio hermano, que debía morir antes que hacer un becerro para adorarlo? ¡Cómo! ¡Tras esta acción indigna, su hermano es nombrado

[1] *Números,* XIV, 39-45.

gran pontífice, y veintitrés mil hombres son masacrados! [2]

Moisés había casado con una madianita, hija de Jetro, gran sacerdote de Madián, en la Arabia Pétrea; Jetro lo había colmado de beneficios: le había dado a su hijo para servirle de guía en los desiertos: ¿por qué crueldad opuesta a la política (a juzgar únicamente con nuestras débiles noticias) pudo Moisés inmolar a veinticuatro mil hombres de su nación, so pretexto de que se había encontrado a un judío acostado con una madianita? [3]. ¿Y cómo se puede decir, tras estas asombrosas carnicerías, que «Moisés era el más dulce de todos los hombres»? Confesemos que, humanamente hablando, estos horrores sublevan la razón y la naturaleza. Pero, si consideramos a Moisés como el ministro de los designios y las venganzas de Dios, entonces todo cambia: ya no se trata de un hombre que actúa como hombre; es el instrumento de la Divinidad, a la que no tenemos cuentas que pedir: sólo debemos adorar y callarnos.

Si Moisés hubiese instituido su religión por propia iniciativa, como Zoroastro, Tot, los primeros brahmanes, Numa, Mahoma y tantos otros, podríamos preguntarle por qué no utilizó en su religión el medio más eficaz y útil para poner freno a la concupiscencia y el crimen, por qué no anunció expresamente la inmortalidad del alma, los castigos y las recompensas después de la muerte: dogmas aceptados de larga data en Egipto, Fenicia, Mesopotamia, Persia e India. «Habéis sido instruido, le diríamos, en la sabiduría de los egipcios; sois legislador, y des-

---

[2] *Éxodo,* XXXII, 15-28. El texto dice «cayeron aquel día unos tres mil hombres».

[3] *Números,* XXV, 1-18. El pasaje es confuso, pero aparentemente los 24.000 hombres murieron por una plaga enviada por Yahvé a su pueblo, que había adoptado el culto de Baal de Peor. La plaga cesó al matar Pinjas al judío y la madianita.

cuidáis completamente el dogma principal de los egipcios, el dogma más necesario para los hombres, creencia tan saludable y tan santa que vuestros propios judíos, groseros como eran, la abrazaron mucho después de vuestro tiempo; al menos, fue adoptada en parte por los esenios y los fariseos al cabo de mil años.»

Esta objeción aplastante contra un legislador ordinario se desmorona y, como vemos, pierde toda su fuerza cuando se trata de una ley dada por el propio Dios, quien, habiéndose dignado ser el rey del pueblo judío, lo castigaba y lo recompensaba temporalmente, y no quería revelarle el conocimiento de la inmortalidad del alma y los suplicios eternos del infierno mientras no llegaran los tiempos señalados por sus decretos. Casi todo acontecimiento puramente humano, en el pueblo judío, es el colmo del horror; todo lo que es divino está por encima de nuestras débiles ideas: lo uno y lo otro nos reducen siempre al silencio.

Ha habido hombres de una ciencia profunda que han llevado el pirronismo de la historia hasta el extremo de dudar de que haya habido un Moisés; su vida, que es toda ella prodigiosa, desde su cuna hasta su sepultura, les ha parecido una imitación de las antiguas fábulas árabes, y particularmente de la del antiguo Baco *. No saben en qué época situar a Moisés; el mismo nombre del Faraón, o rey de Egipto, bajo el que se lo hace vivir, es desconocido. Ningún monumento, ninguna huella nos queda en el país por el que lo hacen viajar. Les parece imposible que Moisés haya gobernado a dos o tres millones de hombres, durante cuarenta años, en desiertos inhabitables en los que apenas se encuentran hoy dos o tres hordas vagabundas que no alcanzan a juntar tres o cuatro mil hombres. Estamos muy

---

* Ver el artículo «Baco».

lejos de adoptar este sentimiento temerario, que socavaría todas las bases de la antigua historia del pueblo judío.

Tampoco nos adherimos a las opiniones de Ben-Esra [4], de Maimónides, de Núñez [5], del autor de las *Ceremonias judaicas* [6]; aunque el docto Le Clerc [7], Middleton [8], los sabios conocidos bajo el nombre de *Teólogos de Holanda* [9] e incluso el gran Newton [10] hayan fortificado este sentimiento. Estos

---

[4] Abraham ben Meir ben Esra (Toledo, 1092-Rodas, 1167): discípulo de Judá Halevi, médico, poeta, gramático, filósofo, cabalista y astrónomo, es considerado como el fundador de la exégesis racionalista del Antiguo Testamento. En sus *Comentarios*, en 24 libros, se basa en el libre examen para manifestar sus dudas sobre muchos pasajes del Libro. Fue, por ejemplo, el primero en explicar el paso del mar Rojo como consecuencia de una marea baja.

[5] Voltaire podría referirse a Hernán Núñez, *El Pinciano* (Valladolid, 1475-Salamanca, 1558), escritor y erudito, sucesor de Nebrija en su cátedra de griego, que participó junto con otros humanistas y teólogos en el establecimiento de la *Biblia Complutense*, primera Biblia políglota en hebreo, griego y latín y primera edición crítica de la *Vulgata*, por lo que fue acusada de tergiversar la palabra revelada.

[6] *Historia degli Riti Hebraici, dove si hà breve e total relatione di tutta la vita, costumi, riti e osservanze degl'Hebrei di questi tempi*, di Leon Modena, rabi hebreo di Venezia, París, 1637. Pero esta obra no dice nada de lo que Voltaire atribuye a los «ilustres sabios». (P)

[7] Jean Leclerc, en *Les sentiments de quelques théologiens de Hollande*, Amsterdam, 1685, pp. 102-130, discute la atribución del Pentateuco a Moisés. (P)

[8] *The Miscellaneous works of the late Reverend and learned Conyers Middleton*, Londres, 1755, t. III, pp. 150 ss.: los hebreos aprendieron de los egipcios la escritura, dice, pero no habla de la imposibilidad de grabar la Ley en el desierto. (P)

[9] Cuya figura más destacada sería Grocio (1583-1645), jurista, literato y teólogo que en sus *Annotationes* sobre el Antiguo y Nuevo Testamento (Amsterdam, 1679) se basa en la filología y los conocimientos históricos para criticar aseveraciones del texto.

[10] Acerca de la Biblia, Newton sólo escribió un comentario del *Apocalipsis* y una explicación del versículo de los «tres testigos». (P)

ilustres sabios pretenden que ni Moisés ni Josué pudieron escribir los libros que les son atribuidos; dicen que sus historias y sus leyes habrían sido grabadas en piedra si efectivamente hubiesen existido; que este arte exige cuidados prodigiosos, y que no era posible cultivarlo en el desierto. Se basan, como se puede ver en otra parte [11], en anticipaciones, en contradicciones aparentes. Nosotros abrazamos, contra estos grandes hombres, la opinión común, que es la de la Sinagoga y de la Iglesia, cuya infalibilidad reconocemos.

No es que nos atrevamos a acusar a los Le Clerc, los Middleton, los Newton, de impiedad; ¡Dios no lo quiera! Estamos convencidos de que si los libros de Moisés y de Josué y el resto del *Pentateuco* no les parecían debidos a la mano de estos héroes israelitas, no por eso estaban menos persuadidos de que estos libros están inspirados. Reconocen el dedo de Dios en cada línea en el *Génesis*, en *Josué*, en *Sansón*, en *Rut*. El escritor judío sólo ha sido, por así llamarlo, el secretario de Dios: es Dios quien ha dictado todo. Sin duda, Newton no ha podido pensar de otra manera; se lo siente. ¡Dios nos guarde de parecernos a esos hipócritas perversos que aprovechan todos los pretextos para acusar a todos los grandes hombres de irreligión, tal como antaño se los acusaba de magia! Creeríamos actuar no sólo contra la probidad, sino insultar cruelmente a la religión cristiana, si fuéramos tan irresponsables como para tratar de convencer al público de que los hombres más sabios y los mayores genios de la tierra no son auténticos cristianos. Cuanto más respetamos a la Iglesia, a la que estamos sometidos, más pensamos que esta Iglesia tolera las opiniones de esos sabios virtuosos con la caridad que conforma su carácter.

---

[11] *Tratado sobre la tolerancia*, cap. 12 (*Mélanges*, 1765). (B)

XLI. DE LOS JUDÍOS DESPUÉS DE MOISÉS HASTA SAÚL

No investigo por qué Josuah o Josué, capitán de los judíos, al hacer pasar su horda desde el oriente del Jordán al occidente, hacia Jericó, necesita que Dios suspenda el curso de este río, que no llega en este lugar a los cuarenta pies de ancho, sobre el que era tan fácil tender un puente de tablas, y más fácil todavía vadearlo. Había en este río varios vados; por ejemplo, aquel donde los israelitas degollaron a los cuarenta y dos mil israelitas que no podían pronunciar *Shibolet* [1].

No pregunto por qué cayó Jericó al son de las trompetas: se trata de nuevos prodigios que Dios se digna hacer en favor del pueblo del que se ha declarado rey: esto no corresponde a la historia. No examino con qué derecho iba Josué a destruir esas aldeas que jamás habían oído hablar de él. Los judíos decían: «Descendemos de Abraham; Abraham viajó a vuestras tierras hace cuatrocientos cuarenta años; luego vuestro país nos pertenece y debemos

---

[1] *Jueces*, XII, 5-6: los 42.000 hombres pronunciaban *siboleth* («espiga»). Lo cual los delataba como efraimitas.

degollar a vuestras madres, vuestras mujeres y vuestros niños.»

Fabricius y Holstenius se plantearon la siguiente objeción: ¿Qué se diría si un noruego fuese a Alemania con algunos centenares de compatriotas y dijera a los alemanes: «Hace cuatrocientos años que un hombre de nuestro país, hijo de un alfarero, viajó hasta los alrededores de Viena; por tanto, Austria nos pertenece, y venimos a masacraros a todos en el nombre del Señor»? Los mismos autores tomaron en consideración que los tiempos de Josué no son como los nuestros; que no nos corresponde a nosotros posar miradas profanas sobre las cosas divinas; y sobre todo que Dios tenía derecho a castigar los pecados de los cananeos por manos de los judíos [2].

Se ha dicho que, en cuanto Jericó quedó indefensa, los judíos inmolaron a su Dios a todos los habitantes, ancianos, mujeres, muchachas, niños de pecho, y todos los animales, exceptuando una prostituta que había ocultado en su casa a los espías judíos, espías que además eran inútiles puesto que los muros debían caer al son de las trompetas. ¿Por qué matar también a todos los animales, que podían ser útiles?

En lo que respecta a esta mujer, que la *Vulgata* llama «meretrix», aparentemente llevó después una vida más honesta, puesto que fue antepasada de David e incluso del Salvador de los cristianos [3], que sucedieron a los judíos [4]. Todos estos acontecimientos son imágenes, profecías, que anuncian a lo lejos

---

[2] No se encuentra tal referencia ni en Fabricius, *Delectus argumentorum adversus atheos,* Hamburgi, 1725, ni en Lucas Holstenius, *Annotationes in Geographiam,* Roma, 1666. (P)

[3] Edición *princeps: ...del salvador del mundo...*

[4] *Mateo,* I, 5, registra a Rahab en la genealogía patrilineal de Jesús, como tatarabuela de David.

la ley de la gracia. Son, una vez más, misterios que no tocamos.

El libro de Josué relata que este jefe, habiéndose apoderado de una parte de un país de Canaán, hizo colgar a sus treinta y un reyes: es decir, treinta y un jefes de aldea que se habían atrevido a defender sus hogares, sus mujeres y sus hijos [5]. Hay que prosternarse ante la Providencia, que castigaba los pecados de esos reyes con la espada de Josué.

No es sorprendente que los pueblos vecinos se reunieran contra los judíos, quienes, para el espíritu de los pueblos enceguecidos, sólo podían pasar por bandidos execrables, y no por instrumentos sagrados de la venganza divina y de la salvación futura del género humano. Fueron reducidos a la esclavitud por Cusán, rey de Mesopotamia. Hay mucha distancia, es cierto, entre la Mesopotamia y Jericó: era, pues, necesario que Cusán hubiese conquistado Siria y una parte de Palestina. Sea como fuere, son esclavos durante ocho años, y luego se quedan tranquilos durante sesenta y dos. Esos sesenta y dos años son una especie de servidumbre, puesto que la ley les ordenaba tomar todo el país, desde el Mediterráneo hasta el Éufrates: todo ese vasto país * les había sido prometido, y seguramente habrían estado tentados de apoderarse de él si hubiesen estado libres. Son esclavos durante dieciocho años bajo Eglón, rey de los moabitas, asesinado por Aod; luego son, durante veinte años, esclavos de un pueblo cananeo que no nombran, hasta los tiempos en que la profetisa guerrera Débora los libera. Y aún son esclavos durante siete años hasta Gedeón.

Durante dieciocho años son esclavos de los fenicios, a quienes ellos llaman filisteos, hasta Jefté. To-

---

[5] Ver nota 17, cap. XXXVI.

* Génesis, cap. XV, v. 18; Deuteronomio, cap. I, v. 7.

davía son esclavos de los fenicios durante cuarenta años, hasta Saúl. Lo que puede confundir nuestro juicio es que eran esclavos incluso en tiempos de Sansón, a quien le bastaba con una mandíbula de asno para matar a mil filisteos y por cuyas manos operaba Dios los más sorprendentes prodigios [6].

Detengámos aquí un momento para observar cuántos judíos fueron exterminados por sus propios hermanos, o por orden del mismo Dios, desde que empezaron a errar por los desiertos hasta los tiempos en que tuvieron un rey elegido por el azar.

Los levitas, tras la adoración del becerro de oro, fundido por el hermano de Moises [7], degüellan a .	23.000 judíos
Consumidos por el fuego, por la revuelta de Coré [8]	250 judíos
Degollados por la misma revuelta [9]	14.700 judíos
Degollados por haber tenido trato con las jóvenes madianitas [10]	24.000 judíos
Degollados en el vado del Jordán, por no haber podido pronunciar *Shibolet* [11]	42.000 judíos
Muertos por los benjamitas, a quienes atacaron [12]	40.000 judíos
Benjamitas muertos por las demás tribus [13]	45.000 judíos

[6] Episodios referidos en diversos pasajes de *Jueces*.
[7] Ver nota 2, cap. XL.
[8] *Números*, XVI, 1-35
[9] *Números*, XVII, 6-15. El texto no habla de degüello, sino de una plaga enviada por Yahvé para castigar a los descontentos con la represión de la sedición de Coré.
[10] Ver nota 3, cap. XL.
[11] Vid. *supra*, nota 1.
[12] *Jueces*, XX, 18-26.
[13] *Jueces*, XX, 27-48.

Cuando el arca fue tomada por los filisteos, y Dios, para castigarlos, los afligió de hemorroides, llevaron el arca a Bethsamés y ofrecieron al Señor cinco asnos de oro y cinco ratas de oro; los bethsamitas, fulminados mortalmente por haber mirado el arca [14], fueron	50.070 judíos
Suma total	239.020 judíos

He ahí doscientos treinta y nueve mil veinte judíos exterminados por orden del propio Dios, o por sus guerras civiles, sin contar los que murieron en el desierto, y los que murieron en las batallas contra los cananeos, etc. [; lo cual puede llegar a más de un millón de hombres].

Si se juzgase a los judíos como a las otras naciones, no se podría concebir cómo los hijos de Jacob habrían podido producir una raza lo bastante numerosa como para soportar tales pérdidas. Pero Dios, que los conducía, Dios, que los ponía a prueba y los castigaba, hizo a esta nación tan diferente en todo de los demás hombres que hay que mirarla con ojos distintos de aquellos con que se examina el resto de la Tierra, y no juzgar en absoluto estos hechos como se juzgan los hechos ordinarios.

[14] *I Samuel,* V-VI. Sobre el número de muertos (VI, 19), el texto masorético y la *Vulgata* —utilizada por Voltaire en su edición comentada por Dom Calmet— hablan, por un lado, de setenta varones, y, por otro, de cincuenta mil muertos por mirar el arca. Los *Setenta* —y las traducciones modernas— sólo recogen los setenta muertos.

XLII. DE LOS JUDÍOS DESPUÉS DE SAÚL

Bajo sus reyes, los judíos no parecen disfrutar de una suerte más feliz que bajo sus jueces.

El primer rey, Saúl, se ve obligado a darse muerte. Isboset y Mefiboset, sus hijos, son asesinados [1].

David entrega a los gabaonitas siete nietos de Saúl para ser crucificados [2]. Ordena a su hijo Salomón que dé muerte a Adonías, su otro hijo, y a su general Joab [3]. El rey Asa hace matar a una parte de su pueblo en Jerusalén [4]. Baasa asesina a Nabad, hijo de Jeroboam, y a todos sus familiares [5]. Jehú

---

[1] Mefiboset (a quien las ediciones actuales llaman Meribbaal o Mefibaal, nombre primitivo que parece haber sido modificado más tarde por contener el nombre del dios fenicio Baal, convertido en anatema) murió despeñado junto a otros seis hijos de Saúl, entregados por David a los gabaonitas (*II Samuel,* XXI, 1-9). Isboset (llamado originariamente Isbaal) fue asesinado por dos benjamitas que quisieran congraciarse con David, pero fueron ejecutados por ello (*II Samuel, IV,* 1-12).

[2] Se trata de los siete hijos despeñados de la nota precedente.

[3] La muerte de Joab fue ordenada por David (*I Reyes,* II, 45), pero no la de Adonías, decidida por su hermano Salomón ante sus pretensiones al trono (*I Reyes,* II, 20-25).

[4] Los dos fragmentos bíblicos que hablan de Asa, tercer rey de Judá (*I Reyes,* XV, 9-24; *II Crónicas,* XIV-XVI), no mencionan esta supuesta matanza.

[5] *I Reyes,* XV, 25-30.

asesina a Joram y Ocozías, a setenta hijos de Ajab, a cuarenta y dos hermanos de Ocozías y a todos sus amigos [6]. Atalía asesina a todos sus nietos, excepto Joás, y es a su vez asesinada por el sumo sacerdote Joiadad [7]. Joás es asesinado por sus criados [8]; también lo es Amasías [9]. Zacarías es asesinado por Sellum, quien es asesinado por Menahem, quien hace abrir el vientre a todas las mujeres preñadas de Tapsa. Pecajías, hijo de Menahem, es asesinado por Pecaj, hijo de Remalías, quien es asesinado por Ozeo, hijo de Ela [10]. Manasés hace matar a un gran número de judíos, y los judíos asesinan a Amón, hijo de Manasés, etc. [11].

En medio de estas masacres, diez tribus capturadas por Salmanasar, rey de los babilonios, son esclavas y se dispersan para siempre, salvo algunos jornaleros que el rey se guarda para cultivar la tierra [12].

Quedan todavía dos tribus, que pronto serán esclavas a su vez, durante setenta años: al cabo de esos setenta años, las dos tribus obtienen de sus vencedores y amos el permiso para volver a Jerusalén. Estas dos tribus, así como los pocos judíos que han podido quedar en Samaria con los nuevos habitantes extranjeros, siguen siendo vasallos de los reyes de Persia.

Cuando Alejandro se apodera de Persia, Judea está comprendida en sus conquistas. Después de

---

[6] Y mató también a todos los fieles de Baal en Israel. Todas estas muertes habían sido ordenadas por Yahvé a través de su profeta Elías, para exterminar el culto de Baal (*II Reyes*, IX-X).

[7] *II Reyes*, XI, 1-3, y XI, 16.

[8] *II Reyes*, XII, 21.

[9] *II Reyes*, XIV, 19.

[10] Todos estos hechos, en *II Reyes*, XV.

[11] *II Reyes*, XXI, 16-24. Amón fue muerto por sus criados, ejecutados a su vez por «el pueblo de la tierra».

[12] *II Reyes*, XVII, 5-6.

Alejandro, los judíos estuvieron sometidos ya a los Seléucidas, sus sucesores en Siria, ya a los Ptolomeos, sus sucesores en Egipto; siempre sometidos, y sosteniéndose únicamente con el oficio de comisionistas que desempeñaban en Asia. Obtuvieron algunos favores del rey de Egipto, Ptolomeo Epifanes [13]. Un judío, llamado José, llegó a recaudador general de impuestos de la Baja Siria y la Judea, que pertenecían a este Ptolomeo. Éste fue el estado más feliz de los judíos, ya que entonces construyeron la tercera parte de su ciudad, llamada desde entonces recinto de los Macabeos, porque los Macabeos la terminaron.

Del yugo del rey Ptolomeo volvieron al del rey de Siria, Antíoco el Dios [14]. Como se habían enriquecido con la recaudación de los tributos, se volvieron audaces y se rebelaron contra su amo Antíoco. Es el tiempo de los Macabeos, cuyo coraje y grandes acciones celebraron los judíos de Alejandría; pero los Macabeos no pudieron impedir que el general de Antíoco Eupátor, hijo de Antíoco Epífanes, hiciera arrasar las murallas del templo, dejando sólo el santuario, y que le cortara la cabeza al sumo sacerdote Onías, considerado como el autor de la rebelión.

Los judíos nunca estuvieron tan inviolablemente sujetos a sus reyes como bajo los reyes de Siria; no adoraron más divinidades extranjeras: fue entonces cuando su religión fue irrevocablemente fijada y, sin

---

[13] 210-181 a.C.

[14] Es probable que Voltaire quisiera referirse a Antíoco Epifanes (215-164 a.C.). Antíoco el Dios (287-246 a.C.) no corresponde cronológicamente y no es citado en *Macabeos,* donde sí aparece Antíoco Epifanes, en el papel que aquí le atribuye Voltaire. El error puede deberse a que el atributo *Epifanes* —«que aparece con esplendor»— solía aplicarse a Zeus y denota cierta pretensión divinizante, tal como lo hacen constar comentaristas de la Biblia.

embargo, fueron más desgraciados que nunca, confiando siempre en su liberación, en las promesas de sus profetas, en el socorro de su Dios, pero abandonados por la Providencia, cuyos decretos no son conocidos por los hombres.

Respiraron durante algún tiempo gracias a las guerras intestinas de los reyes de Siria; pero pronto los propios judíos se armaron los unos contra los otros. Como no tenían reyes, y la dignidad del gran sacrificador era la primera, se suscitaron violentos partidos para obtenerla: sólo se podía ser sumo sacerdote con las armas en la mano, y sólo se podía llegar al santuario pasando sobre los cadáveres de sus rivales.

Hircano [15], de la raza de los Macabeos, convertido en sumo sacerdote, pero siempre vasallo de los sirios, hizo abrir el sepulcro de David, en el cual el exagerado Josefo pretende que encontró tres mil talentos. El momento de buscar ese supuesto tesoro habría sido cuando se reconstruyó el tempo, bajo Nehemías. Este Hircano obtuvo de Antíoco Sidetes el derecho de acuñar moneda; pero, como nunca hubo moneda judía, es muy probable que el tesoro de la tumba de David no haya sido considerable.

Hay que subrayar que este sumo sacerdote Hircano era saduceo, y que no creía en la inmortalidad del alma ni en los ángeles: nuevo tema de querellas que empezaban a dividir a los saduceos y los fariseos. Éstos conspiraron contra Hircano y quisieron condenarlo a la prisión y al látigo. Hircano se vengó de ellos y gobernó despóticamente.

Su hijo Aristóbulo se atrevió a hacerse rey durante las revueltas de Siria y Egipto: fue un tirano más cruel que todos los que habían oprimido al pueblo judío. Aristóbulo, que por cierto era exacto en

---

[15] 158-107 a.C.

sus plegarias en el templo y nunca comió cerdo, hizo morir de hambre a su madre y degollar a su hermano Antígono. Tuvo como sucesor a un tal Juan o Juané, tan malvado como él.

Este Juané, mancillado de crímenes, dejó dos hijos que se hicieron la guerra. Estos dos hijos eran Aristóbulo e Hircano: Aristóbulo echó a su hermano, y se hizo rey. Entonces, los romanos estaban sometiendo el Asia. Pompeyo, de pasada, hizo entrar en razón a los judíos, tomó el templo, hizo colgar a los sediciosos en sus puertas y cargó de cadenas al pretendido rey Aristóbulo [16].

Este Aristóbulo tenía un hijo que osaba llamarse Alejandro. Se alzó, reclutó algunas tropas y terminó colgado por orden de Pompeyo.

Finalmente, Marco Antonio dio por rey a los judíos un árabe idumeo, del país de esos amalecitas tan maldecidos por los judíos. Es ese mismo Herodes de quien san Mateo dice que hizo degollar a todos los niños de los alrededores de Belén cuando supo que había nacido en ese pueblo un *rey de los judíos* y que tres magos, conducidos por una estrella, habían venido a ofrecerle presentes [17].

Así, los judíos estuvieron casi siempre sometidos o esclavizados. Sabemos cómo se rebelaron contra Roma y cómo Tito, y después Adriano, los hicieron vender en el mercado al precio del animal que no querían comer.

Peor suerte aún corrieron bajo los emperadores Trajano y Adriano, y la merecieron. Hubo, en tiempos de Trajano, un terremoto que se tragó las más bonitas ciudades de Siria. Los judíos creyeron que era la señal de la cólera de Dios contra los romanos. Se reunieron, se armaron en África y en Chipre: los animó tal furor que devoraron los miembros de

[16] 63 a.C.

[17] *Mateo,* II, 16.

los romanos que habían degollado; pero pronto todos los culpables murieron en el tormento. Los que quedaban fueron animados por la misma rabia cuando Bar Kojba, que se decía su mesías, se puso a su cabeza. Este fanatismo fue ahogado entre torrentes de sangre [18].

Es sorprendente que aún queden judíos. El famoso Benjamín de Tudela, rabino muy sabio, que viajó por Europa y Asia en el siglo XII, contaba entonces unos trescientos ochenta mil, entre judíos y samaritanos [19], ya que no hay que mencionar un pretendido reino de Thema, vecino del Tíbet, donde este Benjamín, embaucador o embaucado en este asunto, pretende que había trescientos mil judíos de las diez antiguas tribus, unidos bajo un soberano [20]. Nunca tuvieron los judíos país propio alguno, desde Vespasiano, exceptuando algunas aldeas en los desiertos de la Arabia Feliz, hacia el mar Rojo. Mahoma tuvo que respetarlos al principio; pero al final destruyó el pequeño dominio que habían establecido al norte de La Meca. Es a partir de Mahoma cuando dejaron realmente de constituir un pueblo organizado.

Al seguir simplemente el hilo histórico de la pequeña nación judía, se ve que no podía tener otro final. Se jacta ella misma de haber salido de Egipto como una horda de ladrones, llevándose todo lo que los egipcios le habían prestado; se glorifica de no haber perdonado jamás la ancianidad, ni el sexo, ni la infancia, en los pueblos y aldeas de los que ha podido apoderarse. Se atreve a mostrar un odio

---

[18] 132 d.C.

[19] *Les voyages en Europe, en Asie et en Afrique, depuis l'Espagne jusqu'à la Chine,* Amsterdam, 1734, contiene una cuantificación de «los judíos que Benjamín encontró en sus viajes»: 394.687, entre los cuales mil samaritanos. (P)

[20] *Les voyages...*, pp. 169-170.

irreconciliable contra todas las naciones *; se rebela contra sus amos. Siempre supersticiosa, siempre ávida del bien ajeno, siempre bárbara, rastrera en la desgracia, e insolente en la prosperidad. Así fueron los judíos a los ojos de los griegos y los romanos que pudieron leer sus libros; pero, a los ojos de los cristianos iluminados por la fe, han sido nuestros precursores, nos prepararon el camino, fueron los heraldos de la Providencia.

Las otras dos naciones que andan errantes como la judía en el Oriente y que, como ella, no se alían con ningún otro pueblo, son los banianos y los parsis llamados güebros. Estos banianos, dedicados al comercio como los judíos, son los descendientes de

* He aquí lo que encontramos en una respuesta al obispo Warburton, quien, para justificar el odio de los judíos contra las naciones, escribió con mucho odio e injurias contra varios escritores franceses:

«Ocupémonos ahora del odio inveterado que los judíos habían concebido contra todas las demás naciones. ¿Decidme si se puede degollar a padres y madres, hijos e hijas, niños de pecho, e incluso a los animales, sin odiar? ¿Si un hombre hundiese en la sangre sus manos mojadas de hiel y de tinta, se atrevería a decir que ha matado sin cólera y sin odio? Releed todos los pasajes en los que se ordena a los judíos que no dejen ni un alma con vida, y decidme si después de eso no les estaba permitido el odio. Sería una equivocación demasiado grosera sobre el odio: como un usurero que no supiese contar.

» ¡Qué! Ordenar que nadie coma en el plato que ha utilizado un extranjero, que nadie toque sus ropas, ¿no significa la aversión hacia los extranjeros?... Los judíos, decís, sólo odian a la idolatría, y no a los idólatras: ¡grandiosa diferencia!

» Un día un tigre ahíto de carne encontró a unos corderos que huyeron: corrió tras ellos, y les dijo: Hijos míos, os imagináis que no os amo: os equivocáis; lo que odio son vuestros balidos, pero tengo afecto por vosotros, y os quiero hasta tal punto que quiero que seamos uno: me uno a vosotros en la carne y en la sangre: bebo la una, como la otra, para incorporaros a mí. Juzgad si es posible amar más íntimamente» [21].

[21] Del propio Voltaire es su *Réponse à Warburton, Mélanges,* 1767. La cita que aquí hace Voltaire no está conforme con el texto. (B)

los primeros habitantes pacíficos de la India; jamás mezclaron su sangre con sangre extranjera, no más que los brahmanes. Los parsis son esos mismos persas, antaño dominadores del Oriente y soberanos de los judíos. Se han dispersado a partir de Omar [22], y cultivan en paz una parte de la tierra donde reinaron; fieles a esa antigua religión de los magos, adorando a un solo Dios y conservando el fuego sacro que consideran como la obra y el emblema de la Divinidad.

No tomo en cuenta a esos restos de egipcios, adoradores secretos de Isis, que sólo subsisten hoy en algunas tropas vagabundas que pronto serán aniquiladas para siempre.

---

[22] 581-644 d.C.

XLIII. DE LOS PROFETAS JUDÍOS

Nos cuidaremos mucho de confundir los Nabim, los Rohim de los hebreos, con los impostores de las demás naciones. Se sabe que Dios no se comunicaba sino con los judíos, excepto en ciertos casos particulares, como, por ejemplo, cuando inspiró a Balaam, profeta de Mesopotamia, y le hizo pronunciar lo contrario de lo que querían hacerle decir. Este Balaam era el profeta de otro Dios y, sin embargo, no se dice que fuese un falso profeta *. Ya hemos señalado que los sacerdotes de Egipto eran profetas y videntes. ¿Qué sentido se le daba a esta palabra? El de inspirado. El inspirado adivinaba ora el pasado, ora el porvenir; a menudo se contentaba con hablar en un estilo figurado: por eso se les ha dado a los poetas y a los profetas el mismo nombre.

El título, la calidad de profeta, ¿era una dignidad entre los hebreos, un ministerio particular vinculado por la ley a ciertas personas elegidas, como la dignidad de pitia en Delfos? No; los profetas eran sólo aquellos que se sentían inspirados, o tenían visiones. Por eso sucedía que apareciesen falsos profetas sin misión, que creían tener el espíritu de Dios, y causaron frecuentemente grandes desgra-

* *Números,* capítulo XXII.

cias; como los profetas de los Cévennes al comienzo de este siglo [1].

Era muy difícil distinguir al falso profeta del verdadero. Por eso Manasés, rey de Judá, hizo perecer a Isaías en el suplicio de la sierra [2]. El rey Sedecías no podía decidir entre Jeremías y Ananías, que predicaban cosas contrarias, y mandó a Jeremías a la prisión [3]. Ezequiel fue muerto por unos judíos, compañeros de esclavitud [4]. Miqueas había profetizado desgracias para los reyes Ajab y Josafat: otro profeta, Sedequías, hijo de Canáa *, le dio un bofetón, diciéndole: «El espíritu del Eterno ha pasado por mi mano para ir a tu mejilla» [5]. Oseas, capítulo IX, declara que los profestas son locos: *stultum prophetam, insanum virum spiritualem* [6]. Los profetas se trataban entre sí de visionarios y de mentirosos. No había, pues, más forma de discernir lo verdadero de lo falso que esperar el cumplimiento de las predicciones.

Habiendo ido Eliseo a Damasco, en Siria, el rey, que estaba enfermo, le envió cuarenta camellos car-

---

[1] Los *camisards* de los Cévennes fueron un grupo de fanáticos calvinistas radicados en esa región del centro de Francia. Exacerbaban los ayunos y otras flagelaciones y contaban con numerosos profetas. Fueron exterminados por el ejército del rey hacia 1715.

[2] El Antiguo Testamento nada dice sobre la muerte de Isaías. Una tradición hebrea recogida por los cristianos supone que recibió martirio a manos del rey Manasés. Está basada en *II Reyes,* XXI, 16: «Manasés derramó también sangre inocente en tan gran cantidad que llenó a Jerusalén de punta a cabo...».

[3] *Jeremías*, XXXVII, 11-16.

[4] Los textos del Canon no mencionan la muerte de Ezequiel. El *Martirologio romano,* en cambio, dice que «fue muerto en Babilonia por un juez judío a quien el profeta reprendió por su idolatría...».

* *Paralipómenos,* cap. XVIII.

[5] Este Miqueas, hijo de Jimla, es distinto de Miqueas de Morasti, cuyas profecías forman uno de los libros del Antiguo Testamento.

[6] *Oseas,* IX, 7.

gados de presentes para saber si curaría. Eliseo respondió que «el rey podría curarse, pero moriría». El rey, en efecto, murió [7]. Si Eliseo no hubiese sido un profeta del verdadero Dios, se habría podido sospechar que se había preparado una salida ante cualquier acontecimiento; ya que, si el rey no hubiese muerto, Eliseo habría predicho su curación al decir que podría curar, y no había especificado el plazo de su muerte. Pero, al haber confirmado su misión con milagros resonantes, no se podía dudar de su veracidad.

No buscamos aquí, con los comentaristas, saber qué era el espíritu doble que Eliseo recibió de Elías, ni qué significaba esa capa que le dio Elías, al subir al cielo en un carro de fuego arrastrado por caballos en llamas, tal como los griegos figuraron en su poesía el carro de Apolo [8]. No profundizaremos para saber cuál es el tipo, cuál es el sentido místico de esos cuarenta y dos niños que, al ver a Eliseo en el camino escarpado que conducía a Bethel, le dijeron riendo: «Sube, calvo, sube»; y de la venganza que se tomó el profeta al hacer aparecer inmediatamente dos osos que devoraron a esas inocentes criaturas [9]. Los hechos son conocidos, y su sentido puede estar escondido.

Hay que observar aquí una costumbre del Oriente, que los judíos llevaron hasta un punto que nos sorprende. Este hábito de no sólo hablar en alegorías, sino de expresar, por medio de acciones singulares, lo que se quería significar. Nada era entonces más natural que este hábito; ya que los hombres, al haber escrito durante mucho tiempo sus pensamientos en jeroglíficos, debían de haber tomado la cos-

---

[7] *II Reyes,* VIII, 7-15.
[8] *II Reyes,* II, 7-14.
[9] *II Reyes,* II, 23-24.

tumbre de hablar de la misma manera que escribían.

Así, los escitas (si creemos a Herodoto) enviaron a Darah, a quien nosotros llamamos Darío, un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas: esto quería decir que, si Darío no huía tan rapidamente como un pájaro o si no se escondía como un ratón y como una rana, moriría bajo sus flechas [10].

El cuento puede no ser cierto, pero no deja de ser un testimonio de los emblemas en uso en aquellos tiempos remotos.

Los reyes se escribían en enigmas: hay ejemplos en Hiram, en Salomón, en la reina de Saba. Tarquino el Soberbio, consultado en su jardín por su hijo sobre la forma en que había de actuar frente a los gabianos, sólo le responde derribando las amapolas que se elevaban por encima de las demás flores [11]. Daba a entender bastante bien que había que exterminar a los grandes y no atacar al pueblo.

A estos jeroglíficos debemos las fábulas, que fueron los primeros escritos de los hombres. La fábula es mucho más antigua que la historia.

Hay que estar un poco familiarizado con la antigüedad para no exasperarse ante las acciones y los discursos enigmáticos de los profetas judíos.

Isaías quiere hacer comprender al rey Ajaz que en unos años se verá librado del rey de Siria y del *melk* o reyezuelo de Samaria, unidos contra él; le dice: «Antes de que un niño tenga edad para discernir el bien o el mal, os libraréis de esos dos reyes. El Señor tomará una navaja alquilada, para afeitar la cabeza, el pelo del pubis (figurado por los pies), y la barba, etc.» [12]. Entonces el profeta toma dos

---

[10] Lib. IV, CXXXI.

[11] Tito Livio, lib. I, 197.

[12] *Isaías*, VII, 96: «Porque antes que sepa el niño rehúsar lo malo / y elegir lo bueno / será abandonado el territorio / cuyos

testigos, Zacarías y Urías; se acuesta con la profetisa, ella da a luz un niño. El Señor le da el nombre de Maher Salal Jas Baz, *Compartid pronto los despojos,* y este nombre significa que se repartirán los despojos de los enemigos [13].

No entro en la cuestión del sentido alegórico e infinitamente respetable que se da a esta profecía: me limito al examen de estos usos sorprendentes hoy para nosotros.

El mismo Isaías anda todo desnudo por Jerusalén para señalar que los egipción serán enteramente despojados por el rey de Babilonia [14].

¡Vamos!, se dirá; ¿es posible que un hombre ande todo desnudo por Jersusalén sin ser molestado por la justicia? Sí, sin duda: Diógenes no fue el único en la Antigüedad que tuvo tal audacia. Estrabón, en su decimoquinto libro, dice que había en la India una secta de brahmanes que se habrían avergonzado de llevar ropa. Todavía hoy se ve en la India penitentes que caminan desnudos y cargados de cadenas, con un anillo de hierro prendido en la verga, para expiar los pecados del pueblo. Los hay también en África y en Turquía. Estas costumbres no son nuestras costumbres, y no creo que en tiempos de Isaías hubiese un solo uso que se asemejara a los nuestros.

Jeremías no tenía más que catorce años cuando recibió el espíritu. Dios extendió su mano y le tocó la boca, porque tenía alguna dificultad para hablar [15]. Enseguida ve un caldero bullente dirigido hacia el norte; el caldero representa a los pueblos

---

dos reyes te dan miedo»; y VIII, 20: «Aquel día rapará el Señor / con navaja alquilada allende el Río, / con el rey de Asur, / tu cabeza y el vello de tus piernas / y también tu barba afeitará.»

[13] *Isaías,* VIII, 1-4.

[14] *Isaías,* XX, 2-4.

[15] *Jeremías,* I, 6-9. El texto no da ninguna referencia alguna sobre la edad del profeta cuando recibe la visita de Yahvé.

que vendrán de septentrión, y el agua hirviendo figura las desgracias de Jerusalén [16].

Se compra un cinturón de lino, se lo pone sobre los riñones y va a esconderlo, por orden de Dios, en un agujero cerca del Éufrates: después vuelve a buscarlo y lo encuentra podrido. Él mismo nos explica esta parábola diciendo que el orgullo de Jerusalén se pudrirá [17].

Se pone unas cuerdas al cuello, se carga de cadenas, se pone un yugo sobre la espalda; luego envía esas cuerdas, esas cadenas y ese yugo a los reyes vecinos, para advertirles que se sometan al rey de Babilonia, Nabucodonosor, en cuyo favor profetiza [18].

Ezequiel puede sorprender más: predice a los judíos que los padres se comerán a sus hijos y que los hijos se comerán a sus padres [19]. Pero, antes de llegar a esta predicción, ve cuatro animales resplandecientes de luz y cuatro ruedas cubiertas de ojos; come un volumen de pergamino; es atado con cadenas. Traza un plano de Jerusalén en un ladrillo; pone en el suelo una plancha de hierro; se acuesta trescientos noventa días del lado izquierdo y cuarenta días del lado derecho [20]. Debe comer pan de trigo candeal, de cebada, de habas, de lentejas, de mijo, y cubrirlo con excrementos humanos. «Así comerán los israelitas su alimento impuro en medio de las naciones a las que serán expulsados [21]. Pero, tras haber comido de este pan de dolor, Dios le permite que no lo cubra sino con excrementos de bueyes.

---

[16] *Jeremías,* I, 11-14.
[17] *Jeremías,* XIII, 1-9.
[18] *Jeremías,* XXVII, 1-9.
[19] *Ezequiel,* V, 10.
[20] *Ezequiel,* I-IV.
[21] *Ezequiel,* IV, 13: «Así comerán los israelitas su alimento impuro en medio de las naciones donde yo los arrojaré.»

Ezequiel corta sus cabellos y los divide en tres partes: echa una parte al fuego, corta la segunda con una espada alrededor de la ciudad, y lanza la tercera al viento [22].

El mismo Ezequiel tiene alegorías aún más sorprendentes. Introduce al Señor, que habla así, Capítulo XVI: «Cuando naciste, no te habían cortado el ombligo, no estabas lavada ni salada... creciste, tu seno se formó, apareció tu vello... Yo pasé y conocí que era el tiempo de los amantes. Yo te cubrí y me extendí sobre tu ignominia... Yo te di zapatos y vestidos de algodón, brazaletes, un collar, pendientes de orejas... Pero, llena de confianza en tu belleza, tú te entregaste a la fornicación... y construiste un mal lugar; te prostituiste en las encrucijadas; abriste tus piernas a todos los viajeros... buscaste a los más robustos... Se da dinero a las cortesanas, y tú lo diste a tus amantes, etc.» [23].

[22] *Ezequiel,* V, 1-2.

[23] *Ezequiel,* XVI (refiriéndose a Jerusalén): «Cuando naciste, el día en que viniste al mundo, no se te cortó el cordón, no se te lavó con agua para limpiarte, no se te frotó con sal, ni se te envolvió en pañales... te hice crecer como crece la hierba en los campos. Creciste, te desarrollaste y llegaste a la edad núbil. Se formaron tus senos, tu cabellera creció; pero estabas completamente desnuda. Entonces pasé yo junto a ti y te vi. Era tu tiempo, el tiempo de los amores. Extendí sobre ti el borde de mi manto, y cubrí tu desnudez... Te adorné con joyas, puse brazaletes en tus muñecas y un collar en tu cuello. Puse un anillo en tu nariz, pendientes en tus orejas, y una espléndida diadema sobre tu cabeza... Tu nombre se difundió entre las naciones, debido a tu belleza, que era perfecta, gracias al esplendor que yo te había dado... Pero tú te pagaste de tu belleza, te aprovechaste de tu fama para prostituirte, prodigaste tu lascivia a todo transeúnte entregándote a él... Te prostituiste a los egipcios, tus vecinos, de cuerpos fornidos, y multiplicaste tus prostituciones para irritarme. Entonces yo levanté mi mano contra ti... Y no harta todavía te prostituiste a los sirios, sin hartarte tampoco... A toda prostituta se le da un regalo. Tú, en cambio, dabas regalos a tus amantes y los atraías con mercedes para que viniesen a ti...»

*«Oholá ha fornicado sobre mí, ha amado con furor a sus amantes: príncipes, magistrados, caballeros... Su hermana, Oholibá, se prostituyó con mayor ímpetu. Su lujuria buscó a los que tenían el... de un asno, y que... como los caballos» **[25].

Estas expresiones nos parecen muy indecentes y groseras; pero no lo eran entre los judíos, y significaban las apostasías de Jerusalén y de Samaria. Estas apostasías eran frecuentemente representadas como una fornicación, como un adulterio. Una vez más, no hay que juzgar las costumbres, los usos, los modos de hablar antiguos a partir de los nuestros: no se parecen entre sí más de lo que la lengua francesa se parece al caldeo y al árabe.

El Señor ordena al profeta Oseas, capítulo I, que tome una prostituta por mujer, y él obedece. Esta prostituta le da un hijo. Dios llama Vizreel a este hijo: es un símbolo de la casa de Jehú, que morirá porque Jehú había matado a Joram en Vizreel. Luego el Señor ordena a Oseas, capítulo III, que se case con una mujer adúltera, que sea amada por otro, como el Señor ama a los hijos de Israel, que miran a los dioses extranjeros y que aman el

---

* *Ezequiel*, cap. XXIII.

** Se ha profundizado mucho en esta materia en varios libros nuevos, sobre todo en *Questions sur l'Encyclopédie* y en *Examen important de milord Bolingbroke* [24].

[24] Ambos del propio Voltaire.

[25] *Ezequiel*, XXIII (Oholá es Samaria, y Oholibá, Jerusalén): «Oholá se prostituyó cuando me pertenecía a mí; se enamoró perdidamente de sus amantes: los asirios, sus vecinos, vestidos de púrpura, gobernadores y prefectos, todos ellos jóvenes apuestos y hábiles caballeros... Su hermana Oholibá vio esto, pero su pasión y sus prostituciones fueron todavía más escandalosas que las de su hermana... (reseña todas sus «prostituciones» con asirios, babilonios y caldeos) ...Pero ésta multiplicó sus prostituciones, acordándose de los días de su juventud, cuando se prostituía en el país de Egipto, y se enamoraba de aquellos disolutos de carne de asno y miembros de caballo».

aguardiente de uva. El Señor, en la profecía de Amós, capítulo IV, amenaza a las vacas de Samaria con meterlas en el caldero. En fin, todo es lo contrario de nuestras costumbres y de nuestra forma de pensar; y si examinamos los usos de todas las naciones orientales los encontraremos igualmente opuestos a nuestras costumbres, no sólo en los tiempos remotos sino incluso en nuestros días, en cuanto los conocemos mejor.

XLIV. DE LAS PLEGARIAS DE LOS JUDÍOS

Nos quedan pocas plegarias de pueblos antiguos; no tenemos más que dos o tres fórmulas de los misterios, y la antigua plegaria a Isis, referida por Apuleyo. Los judíos han conservado las suyas.

Si se puede conjeturar el carácter de una nación a partir de las plegarias que ésta hace a Dios, será fácil percibir que los judíos eran un pueblo carnal y sanguinario. Parecían, en sus salmos, desear la muerte del pecador más que su conversión; y pedían al Señor, en el estilo oriental, todos los bienes terrenos.

«Tú regarás las montañas, la tierra se verá saciada de frutos» [1].

«Tú produces el heno para las bestias, y la hierba para el hombre. Tú haces surgir el pan de la tierra, y el vino que regocija el corazón; tú das el aceite que difunde el júbilo en el rostro» [2].

«Judá es una marmita llena de viandas; la mon-

[1] Salmo 104, 13: «De tus altas moradas abrevas las montañas, / del fruto de tus obras se satura la tierra.»

[2] Salmo 104, 14: «...la hierba haces brotar para el ganado / y las plantas para el uso del hombre, / para que saque de la tierra el pan, / y el vino que recrea el corazón del hombre, / para que lustre su rostro con aceite...»

taña del Señor es una montaña cuajada, una montaña gorda. ¿Por qué miráis las montañas cuajadas?» [3].

Pero hay que reconocer que los judíos maldicen a sus enemigos en un estilo no menos figurado.

«Pídeme, y te daré en herencia todas las naciones; tu las regirás con vara de hierro» [4].

«Mi Dios, tratad a mis enemigos según sus obras, según sus malvados designios; castigadlos como lo merecen» [5].

«Que mis enemigos impíos se ruboricen, que sean conducidos al sepulcro» [6].

«Señor, tomad vuestras armas y vuestro escudo, sacad vuestra espada, cerrad todos los pasos; que mis enemigos se cubran de confusión; que sean como el polvo del viento, que caigan en la trampa» [7].

«Que la muerte los sorprenda, que bajen vivos a la fosa» [8].

---

[3] Pese a que la edición de Kehl, y con ella los comentaristas posteriores, atribuye este párrafo al salmo 108 (*Vg.* 107), no he encontrado en todo el *corpus* de los *Salmos* ningún pasaje siquiera semejante.

[4] Salmo 2, 8: «Pídeme, y te daré en herencia las naciones, / en propiedad los confines de la tierra. / Con cetro de hierro, los quebrarás, / los quebrarás como vaso de alfarero.»

[5] Salmo 28, 4 (a los impíos): «...dadles, Yahvé, conforme a sus acciones, / y a la malicia de sus hechos, / según la obra de sus manos trátales, / págales con la misma moneda.»

[6] Salmo 31, 18: «Yahvé, no haya confusión para mí, que te invoco, / ¡confusión sólo para los impíos; que bajen en silencio al *Seol*...»

[7] Salmo 35, 1: «Ataca, Yahvé, a los que me atacan, / combate a quienes me combaten; / embraza el escudo y el pavés, / y álzate en mi socorro; / blande la lanza y la pica / contra mis perseguidores. / Di a mi alma: "Yo soy tu salvación." / ¡Confusión y vergüenza sobre aquellos / que andan buscando mi vida! / ¡Vuelvan atrás y queden confundidos / los que mi mal maquinan! / ¡Sean lo mismo que la paja al viento / por el ángel de Yahvé acosados...»

[8] Salmo 55, 15: «¡Oh, váyanse en tumulto, / caiga la muerte

«Dios romperá sus dientes en sus bocas; él convertirá en polvo las mandíbulas de esos leones» [9].

«Ellos sufrirán hambre como perros: se dispersarán para buscar comida, y no serán saciados» [10].

«Yo avanzaré hacia Idumea y la pisotearé» [11].

«Reprimid a esas bestias salvajes; es una asamblea de pueblos semejantes a toros y vacas... Vuestros pies se bañarán en la sangre de vuestros enemigos, y la lengua de vuestros perros la beberá» [12].

«Fulminadlos con todos los rayos de vuestra cólera; que queden expuestos a vuestro furor; que sus moradas y sus tiendas estén desiertas» [13].

«Desparramad copiosamente vuestra cólera sobre todos los pueblos que no os conocen» [14].

«Mi Dios, tratadlos como a los madianitas, convertidlos en una rueda que gira para siempre, en paja que se lleva el viento, en un bosque quemado por el fuego» [15].

«Reducid al pecador a servidumbre; que el maligno esté siempre a su derecha».

---

sobre ellos, / vivos en el *seol* se precipiten, / pues está el mal instalado en medio de ellos!»

[9] Salmo 58, 7: «¡Oh, Dios, quiebra sus dientes en su boca, / quiebra, Yahvé, las muelas de los leoncillos!»

[10] Salmo 59, 13: «Regresan a la tarde, / aúllan como perros, / rondan por la ciudad; / vedlos buscando qué comer...»

[11] Salmo 60, 10: «Sobre Edom tiro mi sandalia...»

[12] Salmo 68, 31: «Increpa a la bestia del cañaveral, / a la manada de toros y novillos de los pueblos...» Y, mas arriba, v. 24: «...para que puedas hendir los pies en la sangre, / y en los enemigos tenga su parte la lengua de tus perros».

[13] Salmo 69, 25: «Derrama tu enojo sobre ellos, / los alcance el ardor de tu cólera; / su recinto quede hecho un desierto, / en sus tiendas no haya quien habite...»

[14] Salmo 79, 6: «Derrama tu furor sobre las gentes / que no te reconocen, / y sobre los reinos / que tu nombre no invocan.»

[15] Salmo 83, 10: «Trátalos como a Madián y como a Sísara, / como a Yabin en el torrente de Quison...» Y más adelante, v. 14: «Dios mío, ponlos como hoja en remolino, / como paja ante el viento. / Como el fuego abrasa una selva, / como la llama devora las montañas.»

«Que sea condenado en todos sus pleitos. Que su plegaria sea imputada a pecado; que sus hijos queden huérfanos y su mujer viuda; que sus hijos sean mendigos vagabundos; que el usurero se lleve todos sus bienes [16]. El Señor, justo, cortará sus cabezas: que todos los enemigos de Sión sean como la hierba seca de los techos» [17].

«Feliz aquel que destripará a tus niños de pecho y los aplastará contra la piedra, etc.» [18].

Vemos que, si Dios hubiese satisfecho todas las plegarias de su pueblo, sólo habrían quedado judíos sobre la tierra, ya que detestaban a todas las otras naciones, y eran detestados por ellas; y, al pedir sin cesar que Dios exterminase a todos los que odiaban, parecían pedir la ruina de la Tierra entera. Pero hay que recordar siempre que los judíos no sólo eran el pueblo amado de Dios, sino también el instrumento de sus venganzas. Por su intermedio él castigaba los pecados de las otras naciones, así como castigaba a su pueblo por medio de ellas. Hoy ya no está permitido elevar las mismas plegarias, y pedirle que se destripe a las madres y a los niños de pecho, y que se los estrelle contra la roca. Dios ha sido reconocido como el padre común de todos los hombres, y ningún pueblo lanza tales imprecaciones contra sus

[16] Salmo 109, 6: «Suscita a un impío contra él, / y que un fiscal esté a su diestra; / que en el juicio resulte culpable, / y su oración sea tenida por pecado. / Sean pocos sus días, / que otro ocupe su cargo, / queden sus hijos huérfanos / y viuda su mujer. / Anden sus hijos errantes, mendigando, / y sean expulsados de sus ruinas; / el acreedor atrape todo lo que tiene, / y saqueen su fruto los extraños.»

[17] Voltaire ha juntado fragmentos de dos salmos: esta última parte corresponde al salmo 129, 5: «¡Sean avegonzados, retrocedan / todos los que odian a Sión; / sean como la hierba de los techos / que se seca antes de arrancarla!»

[18] Salmo 137, 8: «¡Hija de Babel, devastadora, / feliz quien te devuelva / el mal que nos hiciste, / feliz quien agarre y estrelle / contra la roca a tus pequeños!»

vecinos. Algunas veces, nosotros hemos sido tan crueles como los judíos; pero, al cantar sus salmos, no desviamos su sentido hacia los pueblos que nos hacen la guerra. Es una de las grandes ventajas que tiene la ley de la gracia sobre la ley del rigor: y Dios quisiera que, bajo una ley santa, y con plegarias divinas, no hubiésemos derramado la sangre de nuestros hermanos y devastado la tierra en el nombre de un Dios misericordioso.

XLV. DE JOSEFO, HISTORIADOR DE LOS JUDÍOS

No debe sorprendernos que la historia de Flavio Josefo encontrase impugnadores cuando apareció en Roma. Es cierto que había muy pocos ejemplares, y que un copista hábil necesitaba al menos tres meses para transcribirla. Los libros eran muy caros y escasos: pocos romanos se dignaban leer los anales de una mezquina nación de esclavos, por la que grandes y pequeños sentían igual desprecio. Sin embargo, parece, por la respuesta de Josefo a Apión, que encontró un pequeño número de lectores; y vemos también que ese pequeño número lo trató de mentiroso y visionario [1].

Hay que ponerse en el lugar de los romanos de los tiempos de Tito para concebir con qué desprecio mezclado de horror debían mirar la historia del pueblo judío los vencedores de la tierra conocida y los legisladores de las naciones. Estos romanos apenas podían saber que Josefo había sacado la mayor parte de los hechos de los libros sagrados dictados por el Espíritu Santo. No podían tener conocimiento de que Josefo había agregado muchas cosas a la Biblia

[1] *Contre Apion,* en *Histoire de la guerre des Juifs,* t. V, pp. 331, 340. (P)

y había silenciado muchas otras. Ignoraban que había tomado el fondo de muchas historietas del tercer libro de *Esdras*, y que ese libro de *Esdras* es uno de los que son llamados apócrifos.

¿Qué debía pensar un senador romano al leer estos cuentos orientales? Josefo relata (libro X, capítulo XII) [2] que Darío, hijo de Astiages, había hecho al profeta Daniel gobernador de trescientas sesenta ciudades cuando prohibió, bajo pena de muerte, que se rezara a dios alguno durante un mes. Ciertamente la Escritura no dice que Daniel gobernara trescientas sesenta ciudades.

Zorobabel, dice Josefo, *era el amigo íntimo del rey Darío* [3] ¡Un esclavo judío amigo del rey de reyes! Es más o menos como si uno de nuestros historiadores nos dijera que un fanático de los Cévennes, liberado de galeras, era el amigo íntimo de Luis XIV.

Sea como fuere, según Flavio Josefo, Darío, que era un príncipe lleno de espíritu, propuso a toda su corte una pregunta digna del *Mercure galant* [4], a saber: quién tenía más fuerza, si el vino, los reyes, o las mujeres [5]. El que respondiese mejor debía recibir, como recompensa, una tiara de lino, un vestido de púrpura, un collar de oro, beber en una copa de oro, acostarse en un lecho de oro, pasearse en un carro de oro tirado por caballos enjaezados en oro y recibir título de primo del rey.

Darío se sentó en su trono de oro para oír las respuestas de su academia de ingenios y talentos. Uno disertó en favor del vino; otro se pronunció por los reyes; Zorobabel tomó el partido de las mu-

---

[2] Ibíd. t. II, p. 199. (P)

[3] Ibíd. t. II, p. 211. Literalmente: «Su viejo amigo». (P)

[4] Uno de los primeros periódicos franceses (167), mensual, que incluía las novedades cortesanas y parisinas, retórico y mundano.

[5] Ibíd. t. II, p. 212. (P)

jeres. No hay nada tan poderoso como ellas; puesto que, dijo, he visto a Apamea, la favorita del rey mi señor, dando golpecitos en las mejillas de su sagrada Majestad y sacándole su turbante para ponérselo ella.

Darío halló tan cómica la respuesta de Zorobabel que, en ese mismo momento, hizo reconstruir el templo de Jerusalén.

Este cuento se parece bastante al que uno de nuestros más ingeniosos académicos hizo sobre Solimán, y una nariz respingada, y que sirvió como base para una ópera bufa muy bonita [6]. Pero nos vemos obligados a confesar que el autor de la nariz respingada no recibió lecho de oro ni carroza de oro, y el rey de Francia no lo ha llamado primo mío: ya no estamos en los tiempos de Darío.

Estos desvaríos, con los que Josefo sobrecargaba los libros santos, perjudicaron sin duda, entre los paganos, a las verdades que la Biblia contiene. Los romanos no podían distinguir lo que había sido extraído de una fuente impura de lo que Josefo había sacado de una fuente sagrada. Esta Biblia, sagrada para nosotros, era desconocida para los romanos, o tan despreciada por ellos como el propio Josefo. Todo fue objeto de las ironías y el profundo desdén que los lectores concibieron por la historia judía. Las apariciones de ángeles a los patriarcas, el paso del mar Rojo, las diez plagas de Egipto; la inconcebible multiplicación del pueblo judío en tan poco tiempo, y en un terreno tan pequeño; el Sol y la Luna deteniéndose en pleno mediodía para dar tiempo a este pueblo bandido de masacrar a unos campesinos ya exterminados por una lluvia de piedras: todos los prodigios que señalaron a esta na-

---

[6] Marmontel, *Soliman II*, en *Contes moraux*, de donde adaptó Farart un *Soliman II ou les trois sultanes*, representado en el Théâtre Italien el 9 de abril de 1761. (P)

ción ignorada fueron tratados con ese desprecio que un pueblo vencedor de tantas naciones, un pueblo-rey, pero del que Dios se había escondido, sentía naturalmente por un pequeño pueblo bárbaro reducido a la esclavitud.

Josefo sentía que todo lo que escribía indignaría a los autores profanos; en varios lugares dice: El lector lo juzgará como quiera. Teme enfurecer los espíritus; disminuye, tanto como puede, la fe que se debe a los milagros. Se ve en todo momento que está avergonzado de ser judío, aun cuando se esfuerza en hacer a su nación estimable para sus vencedores. Sin duda hay que perdonar a los romanos, que sólo tenían el sentido común, que aún no tenían la fe, por no haber considerado al historiador Josefo sino como un miserable tránsfuga que les contaba fábulas ridículas para sacar algún dinero de sus amos. Bendigamos a Dios, nosotros, que tenemos la felicidad de ser más ilustrados que los Titos, los Trajanos, los Antoninos, y que todo el senado y los caballeros romanos, nuestros maestros; nosotros que, iluminados por luces superiores, podemos discernir las fábulas absurdas de Josefo y las sublimes verdades que la santa Escritura nos anuncia.

XLVI. DE UNA MENTIRA DE FLAVIO JOSEFO RESPECTO A ALEJANDRO Y LOS JUDÍOS

Cuando Alejandro, elegido por todos los griegos, como su padre, y como antaño Agamenón, para vengar Grecia de los insultos de Asia, venció en Isus, se apoderó de Siria, una de las provincias de Darah o Darío; quería asegurarse Egipto antes de atravesar el Éufrates y el Tigris, y quitarle a Darío todos los puertos que podrían proveerle flotas navales. Con este designio, propio de un gran capitán, tuvo que poner sitio a Tiro. Esta ciudad estaba bajo la protección de los reyes de Persia y reinaba en el mar; Alejandro la tomó tras un sitio testarudo de siete meses, en el que empleó tanto arte como valor: el dique que se atrevió a hacer en el mar todavía es considerado como el modelo que deben seguir todos los generales en empresas semejantes. Fue imitando a Alejandro como el duque de Parma tomó Amberes, y el cardenal de Richelieu La Rochelle (si se puede comparar las pequeñas cosas con las grandes). Rollin, en verdad, dice que Alejandro tomó Tiro sólo porque esta ciudad se había burlado de los judíos, y Dios quiso vengar el honor de su pueblo [1]; pero Alejandro pudo tener otras razones:

---

[1] *Histoire ancienne,* t. VI, p. 270. (P)

era necesario, después de tomar Tiro, no perder un momento hasta apoderarse del puerto de Pelusa. De este modo, Alejandro, que había hecho marchas forzadas para sorprender a Gaza, fue de Gaza a Pelusa en siete días. Así lo cuentan fielmente Arriano, Quinto Curcio, Diodoro, incluso Paulo Orosio, basándose en el diario de Alejandro.

¿Qué hace Josefo para exaltar a su nación, súbdita de los persas, caída bajo la potencia de Alejandro junto con toda Siria, y honrada después con algunos privilegios de ese gran hombre? Pretende que Alejandro, en Macedonia, había visto en sueños al sumo sacerdote de los judíos, Jaddus (suponiendo que hubiese efectivamente un sacerdote judío cuyo nombre terminase en «us»); que este sacerdote lo había alentado a marchar contra los persas, y que ésta era la razón por la que Alejandro había atacado Asia. Por eso, tras el sitio de Tiro, no dejó de desviarse cinco o seis jornadas de su camino para ir a ver Jerusalén. El sumo sacerdote, que se le había aparecido en sueños a Alejandro, recibió también en sueños la orden de Dios de ir a saludar a este rey; obedeció y, revestido con sus hábitos pontificios, seguido por sus levitas en túnica, fue en procesión al encuentro de Alejandro. En cuanto este monarca vio a Jaddus reconoció al mismo hombre que le había advertido en sueños, siete u ocho años antes, que fuera a conquistar Persia, y se lo dijo a Parmenión. Jaddus tenía en la cabeza un bonete adornado con una lámina de oro en la que estaba grabada una palabra hebrea. Alejandro, quien, sin duda, entendía perfectamente el hebreo, reconoció de inmediato el nombre de Jehová y se prosternó humildemente, sabiendo que Dios sólo podía tener ese nombre. Jaddus le mostró luego profecías que decían claramente que «Alejandro se apoderaría del imperio de los persas», profecías que no habían sido hechas después de la batalla de Isus. Lo aduló di-

ciéndole que Dios lo había elegido para quitarle a su pueblo querido toda esperanza de reinar sobre la tierra prometida, como había elegido antaño a Nabucodonosor y a Ciro, que poseyeron uno tras otro la tierra prometida. Este cuento absurdo del novelista Josefo no debería, según entiendo, ser copiado por Rollin como si estuviera atestiguado por un escritor sagrado [2].

Pero es así como se ha escrito la historia antigua, y muy frecuentemente la moderna.

[2] Ibíd., t. VI, p. 286. (P)

XLVII. DE LOS PREJUICIOS POPULARES A LOS QUE LOS ESCRITORES SAGRADOS SE HAN DIGNADO CONFORMARSE POR CONDESCENDENCIA

Los libros santos están hechos para enseñar moral, y no física.

La serpiente era considerada en la antigüedad como el más hábil de todos los animales. El autor del *Pentateuco* explica que la serpiente fue lo bastante sutil como para seducir a Eva. A veces se atribuía la palabra a las bestias: el escritor sagrado hace que hablen la serpiente y la burra de Balaam [1]. Muchos judíos y doctores cristianos han considerado esta historia como una alegoría; pero ya sea emblema o realidad, es igualmente respetable. Las estrellas eran vistas como puntos en las nubes; el autor divino se conforma a esta idea vulgar y dice que la Luna fue hecha para presidir las estrellas.

La opinión común creía que los cielos eran sólidos; en hebreo se los llamaba «rakiak», palabra que corresponde a una placa de metal, a un cuerpo extendido y firme, que nosotros tradujimos por *firmamento*. Éste llevaba sobre sí las aguas, que se derra-

[1] *Números,* XXII, 28-30.

maban por aberturas. La Escritura se conforma a esta física [, y finalmente se ha denominado firmamento [2], es decir, placa, a esta profundidad inmensa del espacio en la que apenas se perciben las estrellas más alejadas con la ayuda del telescopio].

Los indios, los caldeos, los persas, imaginaban que Dios había formado el mundo en seis tiempos. Él autor del *Génesis*, para no espantar a los débiles judíos, representa a Dios formando el mundo en seis días, aunque una palabra y un instante son suficientes para su omnipotencia. Un jardín umbrío constituía una gran felicidad en los países secos y quemados por el sol; el divino autor situó al primer hombre en un jardín [3].

No se tenía en absoluto la idea de un ser puramente inmaterial: Dios es representado como un hombre: se pasea a mediodía por el jardín, habla, y le hablan [4].

La palabra «alma», *ruah*, significa el soplo, la vida: alma siempre es usada en lugar de vida en el *Pentateuco*.

Se creía que había naciones de gigantes, y el *Génesis* explica que eran los hijos de los ángeles y las hijas de los hombres [5]. Se atribuía a las bestias una especie de razón. Dios se digna aliarse, tras el diluvio, con las bestias tanto como con los hombres [6].

Nadie sabía lo que era el arco iris; era visto como algo sobrenatural; así lo ve siempre Homero. La Escritura lo llama el arco de Dios, el signo de la alianza [7].

Entre muchos errores en que cayó el género humano, se creía que se podía hacer nacer animales

---

[2] *Génesis*, I, 6-8.
[3] *Génesis*, II, 8.
[4] *Génesis*, III, 8.
[5] *Génesis*, VI, 4.
[6] *Génesis*, IX, 9-10.
[7] *Génesis*, IX, 12-17.

del color que se quisiera, presentando este color a las madres antes de que se concibieran: el autor del *Génesis* dice que Jacob logró con este artificio ovejas manchadas [8].

Toda la antigüedad utilizaba encantamientos contra la mordedura de serpiente; y, cuando la herida no era mortal, o era felizmente chupada por unos charlatanes llamados Psillas [9], o se habían aplicado con éxito los tópicos convenientes, nadie dudaba de que los encantamientos habían hecho efecto. Moisés levantó una serpiente de bronce cuya visión curaba a los que habían sido mordidos por serpientes [10]. Dios transformaba un error popular en una verdad nueva.

Uno de los más antiguos errores era la opinión de que se podía hacer nacer abejas de un cadáver podrido. Esta idea estaba basada en la experiencia cotidiana de ver moscas y larvas cubriendo los cuerpos muertos de los animales. De esta experiencia, que engañaba a la vista, toda la antigüedad sacó la conclusión de que la corrupción era el principio de la generación. Puesto que se creía que un cuerpo muerto producía moscas, se imaginaba que el medio más seguro de procurarse abejas consistía en preparar las pieles sangrientas de los animales de la forma requerida para operar esta metamorfosis. No se reflexionaba acerca de la gran aversión de las abejas por toda carne corrompida. El método para hacer nacer abejas no podía dar resultado, pero se creía que era por no saber hacerlo bien. Virgilio, en su cuarto canto de las *Geórgicas,* dice que esta operación fue felizmente efectuada por Aristeo; pero

[8] *Génesis,* XXX, 37-39.
[9] Plutarco, *Vida de Catón.* (B)
[10] *Números,* XXI, 7-9.

también agrega que es un milagro, *mirabile monstrum* [11].

Rectificando este antiguo prejuicio [12], se cuenta que Sansón encontró un enjambre de abejas en las fauces de un león que había desgarrado con sus manos [13].

También era una opinión vulgar que el áspid se taponaba los oídos, temeroso de oír la voz del encantador. El salmista se presta a este error al decir, salmo 58: «Como el de un áspid sordo que se tapa los oídos, que no oye la voz de los encantadores» [14].

La antigua opinión de que las mujeres cortan el vino y la leche, impiden que cuaje la mantequilla y hacen morir a los pichones en los palomares cuando tienen su menstruación, aún subsiste en el vulgo, al igual que la creencia en las influencias de la Luna. Se creyó que las purgaciones de las mujeres eran las evacuaciones de una sangre corrompida, y que, si un hombre se unía a su mujer en ese tiempo crítico, engendraba necesariamente hijos leprosos y lisiados: esta idea había creado tanta prevención entre los judíos que el *Levítico,* capítulo XX, condena a muerte al hombre y la mujer que hayan cumplido sus deberes conyugales en ese tiempo crítico [15].

Por último, el Espíritu Santo quiere conformarse hasta tal punto a los prejuicios populares que el mismo Salvador dice que no se debe poner vino nuevo en odres viejos [16], y que el trigo debe pudrirse para madurar [17].

---

11 *Geórgicas,* IV, 554.

12 «Rectificando», que figura en todas las ediciones, parece ser un error en lugar de «ratificando». (P)

13 *Jueces,* XIV, 8-9, no habla de mandíbulas, sino del «cuerpo de un león».

14 Salmo 57, 5-6.

15 *Levítico,* XX, 18, dice: «Ambos serán extirpados de entre su pueblo.»

16 *Mateo,* IX, 17.

17 *Juan,* XII, 24, dice que «si el grano no cae en tierra y mue-

San Pablo dice a los Corintios, queriendo convencerlos de la resurrección: «Insensatos, ¿no sabéis que el grano debe morir para vivificarse?» [18]. Hoy sabemos bien que el grano no se pudre ni muere en la tierra para brotar; si se pudriese, no brotaría; pero entonces estaban en ese error, y el Espíritu Santo se dignaba sacar de él comparaciones útiles. Es lo que san Jerónimo denomina hablar por economía [19].

Todas las enfermedades convulsivas pasaron por ser posesiones del diablo, en cuanto fue admitida la doctrina de los diablos. La epilepsia, tanto entre los romanos como entre los griegos, fue llamada el *mal sagrado*. La melancolía, acompañada de una especie de rabia, fue también un mal cuya causa se ignoraba; los que lo sufrían erraban por la noche alrededor de las tumbas. Fueron llamados demoníacos, licántropos, entre los griegos. La escritura admite demoníacos que erran alrededor de las tumbas [20].

Los culpables, entre los antiguos griegos, eran atormentados a menudo por furias: ellas habían reducido a Orestes a tal desesperación que se había comido un dedo en un acceso de furor; ellas persiguieron a Alcmeón, Etéocles y Polinices. Los judíos helenistas, que estaban instruidos en todas las opiniones griegas, admitieron finalmente unas especies de furias, espíritus inmundos, diablos que atormentaban a los hombres. Es cierto que los saduceos no reconocían diablo alguno; pero los fariseos los recibieron poco antes del reino de Herodes. Entre los

re, queda él solo, pero si muere da mucho fruto». Se habla de muerte, no de podredumbre.

[18] *I Corintios*, XV, 36: «¡Necio! Lo que tú siembras no revive si no muere.»

[19] El artículo «Economía de palabras» del *Diccionario filosófico* precisa la referencia: «San Jerónimo desarrolla admirablemente este método en su carta n.º 54 a Pámaco...». (B)

[20] *Mateo*, VIII, 28-34; *Marcos*, V, 2-17; *Lucas*, VIII, 26-37.

judíos había entonces exorcistas que expulsaban a los diablos; utilizaban una raíz que ponían bajo las narices de los poseídos, y empleaban una fórmula sacada de un pretendido libro de Salomón. En resumen, eran tan capaces de expulsar a los diablos que nuestro mismo Salvador, acusado, según san Mateo, de expulsarlos por medio de los encantamientos de Belcebú, reconoce que los judíos tienen el mismo poder y les pregunta si no es mediante Belcebú como triunfan sobre los espíritus malignos [21].

Ciertamente, si los mismos judíos que hicieron morir a Jesús hubiesen tenido el poder de hacer tales milagros, si los fariseos expulsaban efectivamente a los diablos, hacían entonces el mismo prodigio que operaba el Salvador. Tenían el don que Jesús comunicaba a sus discípulos; y si no lo tenían es que Jesús se conformaba al prejuicio popular al dignarse suponer que sus implacables enemigos, que él llamaba raza de víboras, tenían el don de los milagros y dominaban a los demonios. Es verdad que ni judíos ni cristianos gozan ya en nuestros días de esta prerrogativa tan común durante mucho tiempo. Sigue habiendo exorcistas, pero ya no se ven más diablos ni poseídos [22]: ¡tanto cambian las cosas con el

[21] *Mateo,* XII, 24-28.

[22] El señor de Voltaire honra por demás a nuestro siglo. Aún tenemos posesos no sólo en Besançon, adonde el diablo los conduce todos los años para tener el placer de hacerlos repeler por la presencia del Santo Sudario, sino incluso en París. Durante la Semana Santa, por la noche, en la iglesia de la Sainte Chapelle se interpreta una farsa religiosa en la que unos posesos caen en medio de convulsiones ante la vista de un supuesto pedazo de la vera cruz. Sería difícil imaginar un espectáculo más indecente o más desagradable; pero asimismo sería difícil encontrar alguno que probase mejor hasta qué punto la superstición puede degradar a la especie humana y, sobre todo, hasta qué punto el amor del dinero y el deseo de arruinar al pueblo pueden endurecer a los sacerdotes ante la vergüenza y determinarlos a entregarse al desprecio público. Es sorprendente que los jefes del clero y los

tiempo! Estaba entonces dentro del orden que hubiese poseídos, y es bueno que no los haya en nuestros días. Los prodigios necesarios para levantar un edificio divino son inútiles cuando éste ha sido techado. Todo ha cambiado sobre la tierra: sólo la virtud no cambia jamás. Es semejante a la luz del sol, que no tiene apenas nada de la materia conocida, y que es siempre pura, siempre inmutable, cuando todos los elementos se confunden sin cesar. Basta con abrir los ojos para bendecir a su autor.

de la magistratura no se hayan dignado reunirse para abolir este escándalo, que mancha en igual medida a la Iglesia de Jesucristo y al templo de la justicia.

En 1777, uno de estos supuestos posesos aprovechó esta calidad para proferir ante el pueblo reunido todas las blasfemias que se le ocurrieron. Un hombre razonable que hubiese hablado con la misma franqueza habría sido quemado vivo. El poseso fue despachado con una doble ración de agua bendita. El año siguiente, los enterados acudieron en masa, con la esperanza de oír blasfemias, pero la policía había ordenado al diablo que se callara y el diablo obedeció.

XLVIII. DE LOS ÁNGELES, LOS GENIOS, LOS DIABLOS, EN LAS ANTIGUAS NACIONES Y ENTRE LOS JUDÍOS

Todo tiene su origen en la naturaleza del espíritu humano. Todos los hombres poderosos, los magistrados, los príncipes, tenían sus mensajeros: era verosímil que los dioses también los tuviesen. Los caldeos y los persas parecen los primeros hombres conocidos por nosotros que hablaron de los ángeles [como ujieres celestiales y guardianes del orden. Pero antes que ellos los indios, de quienes nos ha llegado toda teología, habían inventado a los ángeles y los habían representado, en su antiguo libro del *Shasta,* como criaturas inmortales, partícipes de la divinidad, gran parte de las cuales se rebelaron en el cielo contra el Creador (ver el capítulo «De la India»)].

Los parsis ignícolas, que aún subsisten, comunicaron al autor de *La religión de los antiguos persas* * los nombres de los ángeles que los primeros persas reconocían. Encontramos ciento diecinueve, entre los que no están ni Rafael ni Gabriel, que los persas

* Hyde, *De religione veterum persarum.*

adoptaron mucho tiempo después [1]. Estas palabras son caldeas, y los judíos no las conocieron hasta su cautiverio: ya que, antes de la historia de Tobías [2], no se ve el nombre de ningún ángel, ni en el *Pentateuco* ni en ningún libro de los hebreos.

Los persas, en su antiguo catálogo que se encuentra al comienzo del *Sadder*, sólo contaban doce diablos, y Arimán era el primero. Era al menos un consuelo reconocer más genios bienhechores que demonios enemigos del género humano.

No se ve que esta doctrina haya sido seguida por los egipcios. Los griegos, en lugar de genios tutelares, tuvieron divinidades secundarias, héroes y semidioses. En lugar de diablos, tuvieron a Ate [3], las Erinias, las Euménides [4]. Me parece que fue Platón el primero que habló de un genio bueno y un genio malo que presidían las acciones de todo mortal [5]. Desde entonces los griegos y los romanos se jactaron de tener dos genios; y el malo siempre tuvo más trabajo y mayor éxito que su antagonista.

Cuando los judíos dieron por fin nombres a su milicia celeste, la dividieron en diez clases: los san-

---

[1] Hyde, *Veterum persarum*, p. 179, enumera los nombres de los diablos: no son sino 29. Son los nosmbres de los dioses —pp. 175-178— los que alcanzan el total de 119. (P)

[2] *Tobías*, III, 16-17 y pássim.

[3] Ate, hija de Eride (la Discordia) —según Hesíodo— y primogénita de Zeus —según Homero—, es la personificación de un conjunto de conceptos: la ceguera moral, la falta cometida, el castigo de los dioses y la desgracia que conlleva ese castigo.

[4] Las Erinias —en Roma, las Furias— son tres diosas nacidas de la sangre de Urano cuando fue mutilado por Cronos. Vivían en los infiernos y se encargaban de vengar los crímenes, especialmente los que atentaban contra la familia. «Euménides» —las Bondadosas— es uno de los nombres eufemísticos que se les daba para no irritar su cólera.

[5] Si no Platón, sí al menos Dacier, en su *Discours sur Platon*, que encabeza el tomo I de las *Oeuvres*, *op. cit.*, donde resume las verdades cristianas que el filósofo pagano había empezado a enseñar. (P)

tos, los rápidos, los fuertes, las llamas, las centellas, los diputados, los príncipes, los hijos de los príncipes, las imágenes, los animados. Pero esta jerarquía sólo se encuentra en el *Talmud* y en el *Targum,* y no en los libros del canon hebreo.

Estos ángeles siempre tuvieron forma humana, y así seguimos pintándolos aún hoy, poniéndoles alas. Rafael condujo a Tobías. Los ángeles que se aparecieron a Abraham, a Lot, bebieron y comieron con estos patriarcas [6]; y el furor brutal de los habitantes de Sodoma no hace sino probar que los ángeles de Lot tenían un cuerpo. Sería incluso difícil comprender cómo los ángeles habrían podido hablar a los hombres, y cómo les habrían respondido, si no hubieran aparecido con figura humana.

Los judíos no tuvieron siquiera una idea diferente de Dios. Éste habla el lenguaje humano con Adán y Eva; habla incluso con la serpiente; se pasea por el jardín del Edén a mediodía; se digna conversar con Abraham, con los patriarcas, con Moisés. Más de un comentarista ha creído que esas palabras del *Génesis: Hagamos al hombre a nuestra imagen,* podían ser entendidas al pie de la letra; que el más perfecto de los seres de la Tierra era una débil semblanza de la forma de su creador, y que esta idea debía comprometer al hombre a no degenerar.

Aunque la caída de los ángeles transformados en diablos, en demonios, sea el fundamento de la religión judía y de la cristiana, no hay nada al respecto en el *Génesis* ni en la ley, ni en ningún libro canónico. El *Génesis* dice expresamente que la serpiente habló con Eva y la sedujo. Se preocupa de señalar que la serpiente era el más hábil, el más astuto de todos los animales; y ya hemos observado que todas las naciones tenían esa opinión acerca de la serpiente. El *Génesis* señala aún positivamente

---

[6] *Génesis,* XIX.

que el odio de los hombres por las serpientes proviene del mal servicio que este animal hizo al género humano; que desde entonces intenta mordernos, y nosotros aplastarlo; y que finalmente está condenado, por su mala acción, a arrastrarse sobre su vientre y a comer el polvo de la tierra [7]. Es verdad que la serpiente no se alimenta de tierra, pero toda la antigüedad lo creía.

Nuestra curiosidad imagina que ésta era la oportunidad de enseñar a los hombres que tal serpiente era uno de los ángeles rebeldes transformados en demonios que acababa de ejercer su vaganza sobre la obra de Dios, corrompiéndola. Sin embargo, no hay ningún pasaje en el *Pentateuco* del que podamos inferir esta interpretación, contando sólo con nuestras débiles luces.

Satán parece, en Job, el amo de la tierra subordinado a Dios. Pero ¿qué hombre un poco versado en la antigüedad no sabe que esa palabra, «Satán», era caldea; que ese Satán era el Arimán de los persas, adoptado por los caldeos, el principio malo que dominaba a los hombres? Job es representado como un pastor árabe, habitante de los confines de Persia. Ya hemos dicho [8] que las palabras árabes, conservadas en la tradición hebraica de esta antigua alegoría, muestran que este libro fue inicialmente escrito por los árabes. Flavio Josefo, que no lo cuenta entre los libros del canon hebreo, no deja dudas sobre el tema [9].

Los demonios, los diablos, expulsados del globo celeste, precipitados al centro de nuestro globo y, escapándose de su prisión para tentar a los hombres, son considerados, desde hace muchos siglos,

---

[7] *Génesis,* III, 1-14.
[8] Cap. VI.
[9] *Contre Apion,* en *Histoire de la guerre des Juifs, op. cit.,* t. V, p. 358. (P)

como los autores de nuestra condenación. Pero, una vez más, es una opinión de la que no hay huella alguna en el Antiguo Testamento. Es una verdad de la tradición [, sacada del libro tan antiguo y tanto tiempo desconocido, escrito por los primeros brahmanes, que debemos a las investigaciones de unos sabios ingleses que residieron mucho tiempo en Bengala [10]].

Algunos comentaristas escribieron que este pasaje de Isaías: «¿Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, que aparecías por la mañana?» [11], designa la caída de los ángeles, y que es Lucifer quien se disfrazó de serpiente para hacer que Eva y su marido comieran la manzana.

Pero, en verdad, una alegoría tan extraña se parece a esos enigmas que se presentaban antaño a los jóvenes escolares en los colegios. Se exponía, por ejemplo, un cuadro que representaba a un anciano y una joven. Uno decía: es el otoño y la primavera; otro: es la nieve y el fuego; un tercero: es la rosa y la espina, o bien: es la fuerza y la debilidad; y el que había encontrado el sentido más alejado del asunto, la aplicación más extraordinaria, ganaba el premio.

Lo mismo sucede en esta aplicación singular de la estrella de la mañana al diablo. Isaías, en su decimocuarto capítulo, insultando a un rey de Babilonia en la hora de su muerte, le dice: «En tu muerte hemos cantado a plena voz; los pinos, los cedros, se regocijaron. Desde entonces, ningún recaudador vino a imponernos el tributo. ¿Cómo ha descendido tu altura hasta la tumba, pese al son de tus dulzai-

---

[10] Holwell. *Interesting historical events...*, que contiene una traducción del Shasta. (P)
Ver nota 6, cap. XVII.
[11] *Isaías,* XIV, 12: «¿Cómo has caído de los cielos, / Lucero, hijo de la Aurora?»

nas? ¿Cómo te has acostado con los gusanos y las sabandijas? ¿Cómo has caído del cielo, estrella de la mañana? ¡Helel, tú, que oprimías a las naciones, has sido abatido a tierra!»[12].

Se ha traducido este Helel por Lucifer, en latín: se ha dado luego este nombre al diablo, aunque seguramente hay poca relación entre el diablo y la estrella de la mañana. Se ha imaginado que este diablo caído del cielo era un ángel que había hecho la guerra a Dios; no podía hacerla solo: así pues, tenía compañeros. La fábula de los gigantes levantados en armas contra los dioses, difundida en todas las naciones, es, según varios comentaristas, una imitación profana de la tradición que nos enseña que unos ángeles se sublevaron contra su amo.

Esta idea recibió nuevas fuerzas de la Epístola de san Judas, donde se dice: «Dios ha guardado en las tinieblas, encadenados hasta el juicio del gran día, a los ángeles que han degenerado de su origen, y que han abandonado su propia morada... Infortunio a quienes siguieron las huellas de Caín... sobre quienes Henoc, séptimo hombre desde Adán, pro-

---

[12] *Isaías*, XIV, 7: «Está tranquila y quieta la tierra toda, / prorrumpe en aclamaciones. / Hasta los cipreses se alegran por ti, / los cedros del Líbano: / "Desde que tú has caído en paz, / no sube el tallador a nosotros" / El Seol, allá abajo, se estremeció por ti / saliéndote al encuentro; / por ti despierta a las sombras / a todos los jerifaltes de la tierra; / hace levantarse de sus tronos / a los reyes de todas las naciones. / Todos ellos responden / y te dicen: / "¡También tú te has vuelto débil como nosotros, / y a nosotros eres semejante! / Ha sido precipitada al Seol tu arrogancia / al son de tus cítaras. / Tienes bajo ti una cama de gusanos, / tus mantas son gusanera. / ¡Cómo has caído de los cielos, / Lucero de la Aurora! / ¡Has sido abatido a tierra, / dominador de naciones".» Pero el fragmento que podría apoyar la idea que Voltaire refuta es precisamente el versículo siguiente, donde él detiene la cita (13): «Tú que habías dicho en tu corazón: / "Al cielo voy a subir, / por encima de las estrellas de Dios / alzaré mi trono... me asemejaré al Altísimo / ¡Ya al Seol has sido precipitado, / a lo más hondo del pozo".»

fetizó diciendo: He aquí que el Señor ha venido con sus millones de santos, etc.»[13].

Se imaginó que Henoc había dejado escrita la historia de la caída de los ángeles. Pero hay dos cosas importantes que deben observarse aquí. Primeramente, Henoc no escribió más que Set, a quien los judíos atribuyeron libros; y el falso Henoc citado por san Judas es reconocido como falsificación forjada por un judío *. En segundo lugar, este falso Henoc no dice una palabra de la rebelión y la caída de los ángeles antes de la formación del hombre. He aquí, palabra por palabra, lo que dice de sus Egregores. «Habiendo crecido prodigiosamente el número de los hombres, éstos tuvieron bellas hijas;

---

[13] *Judas*, 5: «...el Señor, habiendo librado al pueblo de la tierra de Egipto, destruyó después a los que no creyeron y además a los ángeles, que no mantuvieron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los tiene guardados con ligaduras eternas bajo tinieblas para el juicio del gran Día.» Y 10: «¡Ay de ellos!, porque se han ido por el camino de Caín, y por un salario se han abandonado al descarrío de Balaam, y han perecido en la rebelión de Coré.» Y 14: «Henoc, el séptimo después de Adán, profetizó ya sobre ellos: "Mirad, el Señor ha venido con sus santas miríadas para realizar el juicio contra todos y dejar convictos a todos los impíos..."»

* Pese a todo, es preciso que este libro de Henoc tenga cierta antigüedad, ya que se lo encuentra citado varias veces en el Testamento de los doce patriarcas, otro libro judío, retocado por un cristiano del siglo primero; y este testamento de los doce patriarcas es citado incluso por san Pablo, en su primera Epístola a los Tesalonicenses, si repetir palabra por palabra un pasaje es lo mismo que citarlo. El testamento del patriarca Rubén trae, en el cap. VI: *La cólera del Señor cayó finalmente sobre ellos;* y san Pablo dice precisamente las mismas palabras. Por otra parte, estos doce Testamentos no se conforman en todos los episodios al *Génesis*. El incesto de Judá, por ejemplo, no es relatado de la misma manera. Judá dice que abusó de su nuera estando borracho. El Testamento de Rubén tiene la particularidad de admitir en el hombre siete órganos de sentido en lugar de cinco; cuenta con dos sentidos más la vida y el acto de la generación. Por otro lado, todos los patriarcas se arrepienten, en este Testamento, de haber vendido a su hermano José.

los ángeles, los guardianes, Egregores, se enamoraron de ellas, y fueron arrastrados a muchos errores. Se dieron ánimos entre ellos, se dijeron: "Elijámonos mujeres entre las hijas de los hombres de la tierra." Semiaxas, su príncipe, dijo: "Temo que no oséis cumplir tal designio y que yo solo sea culpado del crimen." Todos respondieron: "Juremos ejecutar nuestro designio y entreguémonos al anatema si no lo cumplimos." Se unieron pues por juramento y pronunciaron imprecaciones. Eran doscientos en número. Partieron juntos en tiempos de Jared, y fueron a la montaña llamada Hermonim, a causa de su juramento. He aquí el nombre de los principales: Semiaxas, Atarculfo, Araciel, Chobabiel-Hosampsich, Zaciel-Parmar, Taussael, Samiel, Tirel, Sumiel.»

«Ellos y los otros tomaron mujeres, en el año mil ciento setenta de la creación del mundo. De este comercio nacieron tres especies de hombres, los gigantes Nafilim, etc.» [14].

El autor de este fragmento escribe en este estilo que parece pertenecer a los primeros tiempos: la ingenuidad es la misma. No deja de dar nombre a los personajes; no olvida las fechas; ninguna reflexión, ninguna máxima: es la antigua manera oriental.

Se ve que esta historia está basada en el sexto capítulo del Génesis: «En aquel tiempo había gigantes sobre la tierra; ya que los hijos de Dios tuvieron comercio con las hijas de los hombres, y ellas dieron a luz a los poderosos del siglo» [15].

El libro de Henoc y el *Génesis* están enteramen-

---

[14] *Libro de Henoc*, VI, 1-7, y VII, 1-2.

[15] *Génesis*, VI, 4: «Los *nefilim* existían en la tierra por aquel entonces (y también después), cuando los hijos de Dios se unían a las hijas de los hombres y ellas les daban hijos: éstos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos».

te de acuerdo en cuanto al acoplamiento de los ángeles con las hijas de los hombres, y a la raza de gigantes que nació de él. Pero ni este Henoc ni libro alguno del Antiguo Testamento hablan de la guerra de los ángeles contra Dios, ni de su derrota, ni de su caída al infierno, ni de su odio hacia el género humano.

Sólo se trata de espíritus malignos y del diablo en la alegoría de Job, de la que ya hemos hablado, que no es un libro judío, y en la aventura de Tobías. El diablo Asmodeo, o Shamadei, que estranguló a los siete primeros maridos de Sara, y que Rafael expulsó con el humo de un hígado de pescado, no era un diablo judío, sino persa. Rafael fue a encadenarlo en el Alto Egipto; pero consta que los judíos, al no tener infierno, no tenían diablos [16]. No empezaron sino muy tarde a creer en la inmortalidad del alma y en un infierno: fue cuando prevaleció la secta de los fariseos. Estaban, pues, muy lejos de pensar que la serpiente que tentó a Eva fuese un diablo, un ángel caído al infierno. Esta piedra, que sirve de base a todo el edificio, fue la última en ser colocada. No por eso reverenciamos menos la historia de la caída de los ángeles transformados en diablos, pero no sabemos dónde encontrar su origen.

Se llamó diablos a Belcebú, Belfegor, Astarot; pero eran antiguos dioses de Siria. Belfegor era el dios del matrimonio; Belcebú, o Belse-put, significaba el señor que preserva de los insectos. El mismo rey Ocosías lo había consultado como dios, para saber si se curaría de una enfermedad; y Elías, indignado por este proceder, había dicho: «¿No hay acaso Dios en Israel, para ir a consultar al dios de Acarón?» [17].

---

[16] *Tobías*, III, 8; VI, 14-22; VIII, 2.

[17] *II Reyes*, I, 3: «¿Acaso porque no hay Dios en Israel vais vosotros a consultar a Baal Zebub, dios de Ecrón?»

Astarot era la Luna, y la Luna no pensaba convertirse en diablo.

El apóstol Judas dice aún que «el diablo riñó con el ángel Miguel a propósito del cuerpo de Moisés» [18]. Pero no se encuentra nada semejante en el canon de los judíos. Esta disputa de Miguel con el diablo sólo está en un libro apócrifo, titulado *Analipsis de Moisés,* citado por Orígenes en el III libro de sus *Principios.*

Es, pues, indudable que los judíos no reconocieron diablo alguno hasta el tiempo de su cautiverio en Babilonia. Tomaron esta doctrina de los persas, que la recibieron de Zoroastro.

Sólo la ignorancia, el fanatismo y la mala fe pueden negar todos estos hechos, y hay que agregar que la religión no debe temer sus consecuencias. Ciertamente, Dios ha permitido que la creencia en los buenos y malos genios, en la inmortalidad del alma, en las recompensas y los castigos eternos, haya sido establecida en veinte naciones de la antigüedad antes de llegar al pueblo judío. Nuestra santa religión ha consagrado esta doctrina: ha establecido lo que los otros habían entrevisto, y lo que entre los antiguos no era más que una opinión se ha convertido mediante la revelación en una verdad divina.

---

[18] *Judas,* I, 9.

XLIX. SI LOS JUDÍOS INSTRUYERON A LAS DEMÁS NACIONES O SI FUERON INSTRUIDOS POR ELLAS

Los libros sagrados nunca han decidido si los judíos fueron los maestros o los discípulos de los otros pueblos: está permitido examinar esta cuestión.

Filón, en la relación de su misión ante Calígula, empieza por decir que «Israel» es un término caldeo; que es un nombre que los caldeos dieron a los justos consagrados a Dios, y que «Israel» significa *viendo a Dios* [1]. Parece, pues, probado con sólo esto que los judíos no se llamaron Jacob Israel, que no se dieron el nombre de israelitas, hasta que tuvieron conocimiento del caldeo. Ahora bien, sólo pudieron tener conocimiento del caldeo cuando fueron esclavos en Caldea. ¿Es acaso verosímil que hubiesen aprendido caldeo en los desiertos de la Arabia Pétrea?

Flavio Josefo, en su respuesta a Apión, a Lisímaco y a Molón, libro II, cap. V, confiesa, según

---

[1] Filón, *Oeuvres,* trad. F. Morel, París, 1619, p. 877, manuscrito de Voltaire: «Israel nombre caldeo», y p. 1009: «Israel viendo a Dios». (P)

sus propias palabras, «que son los egipcios los que enseñaron a otras naciones a circundarse, como lo atestigua Herodoto». ¿Sería, en efecto, probable que la nación antigua y poderosa de los egipcios hubiese tomado esta costumbre de un pequeño pueblo al que aborrecía y que, según su confesión, empezó a circuncidarse bajo Josué?

Los propios libros sagrados nos enseñan que Moisés había sido educado en las ciencias de los egipcios [2]; y no dicen en ningún sitio que los egipcios hayan aprendido nunca nada de los judíos. Cuando Salomón quiso construir su templo y su palacio, ¿no pidió acaso obreros al rey de Tiro? Está dicho incluso que dio veinte ciudades al rey Hiram para obtener obreros y cedros [3]: era sin duda un precio muy caro, y el negocio es extraño; pero ¿pidieron alguna vez los sirios un artista judío?

El mismo Josefo, del que ya hemos hablado, confiesa que su nación, a la que se esfuerza por exaltar, «no tuvo, durante mucho tiempo, comercio alguno con otras naciones»; que fue desconocida para los griegos, que conocían a los escitas, a los tártaros. «¿Hay que asombrarse —agrega, libro I, cap. V— de que nuestra nación, alejada del mar, y sin jactarse de haber escrito nada, haya sido tan poco conocida?»

Cuando el mismo Josefo cuenta, con sus exageraciones ordinarias, la forma tan honrosa como increíble en que el rey Ptolomeo Filadelfo compró una traducción griega de los libros judíos, hecha por hebreos en la ciudad de Alejandría; Josefo, decía, agrega que Demetrio de Falera, que hizo hacer esta traducción para la biblioteca de su rey, preguntó a uno de los traductores «cómo era posible que ningún historiador, ningún poeta extranjero hubiese

[2] *Hechos*, VIII, 22.
[3] *I Reyes*, IX, 10-11.

hablado jamás de los judíos». El traductor respondió: «Como estas leyes son todas divinas, nadie se ha atrevido a la empresa de hablar de ellas, y los que han querido hacerlo han sido castigados por Dios. Teopompo, al querer insertar algo de ello en su historia, perdió la razón durante treinta días; pero, habiendo reconocido en su sueño que se había vuelto loco por haber querido penetrar en las cosas divinas y comunicarlas a los profanos *, apaciguó la cólera de Dios por medio de sus plegarias, y recuperó el juicio.»

«Teodecto, poeta griego, por haber puesto en una tragedia algunos pasajes que había sacado de nuestros libros sagrados, se quedó inmediatamente ciego y sólo recuperó la vista tras haber reconocido su falta.»

Estos dos cuentos de Josefo, indignos de la historia y de un hombre con sentido común, contradicen, en verdad, los elogios que hace de esta traducción griega de los libros judíos; ya que, si era un crimen insertar algún pasaje de ellos en otra lengua, era sin duda un crimen mucho mayor poner a todos los griegos en condiciones de conocerlos. Pero al menos Josefo, al relatar estas dos historietas, reconoce que los griegos jamás habían tenido conocimiento de los libros de su nación.

Por el contrario, en cuanto los hebreos se establecieron en Alejandría, se dedicaron a las letras griegas: se los llamó judíos helenistas. Es, pues, indudable que los judíos, a partir de Alejandro, tomaron muchas cosas de los griegos, cuya lengua se había convertido en el idioma del Asia Menor y de una parte de Egipto, y que los griegos no pudieron tomar nada de los hebreos.

---

* Josefo, *Historia de los judíos*, lib. XII, cap. II [4].

[4] Hay nota al margen (*Histoire...*, t. II, p. 270) de Voltaire: «Teopompo se volvió loco por haber querido hablar de los judíos en su historia». (P)

L. DE LOS ROMANOS. COMIENZO DE SU IMPERIO Y DE SU RELIGIÓN; SU TOLERANCIA

Los romanos no pueden ser contados entre las naciones primitivas: son demasiado nuevos. Roma sólo existe desde el año 750 antes de nuestra era vulgar. Obtuvo sus ritos y sus leyes de los toscanos y de los griegos. Los toscanos le comunicaron la superstición de los augurios, superstición basada sin embargo en observaciones físicas, en el paso de las aves con el que se auguraban los cambios de la atmósfera. Parece que toda superstición tiene una cosa natural como principio, y que muchos errores han nacido de verdades de las que se ha abusado.

Los griegos suministraron a los romanos la ley de las Doce Tablas. Un pueblo que va a buscar sus leyes y sus dioses en el seno de otra nación debía de ser un pueblo pequeño y bárbaro: así eran los primeros romanos. Su territorio, en tiempos de los reyes y de los primeros cónsules, no era tan extenso como el de Ragusa. Sin duda no hay que imaginar, tras este nombre de rey, a monarcas tales como Ciro y sus sucesores. El jefe de un pequeño pueblo de bandidos nunca puede ser despótico: los despojos se comparten en comunidad, y cada uno defiende su libertad como su bien propio. Los primeros reyes de Roma eran capitanes de filibusteros.

Si creemos lo que dicen los historiadores romanos, este pequeño pueblo empezó por apoderarse de las hijas y los bienes de sus vecinos. Debía ser exterminado; pero la ferocidad y la necesidad, que lo llevaban a estas rapiñas, dieron buen éxito a sus injusticias. Se sostuvo en permanente estado de guerra; y por fin, al cabo de cinco siglos, mucho más aguerrido que todos los demás pueblos, los sometió a todos, unos tras otros, desde el fondo del golfo Adriático hasta el Éufrates.

En medio del bandidaje, el amor a la patria dominó siempre hasta los tiempos de Sila. Este amor a la patria consistió, durante más de cuatrocientos años, en entregar a la masa común lo que se había pillado en las otras naciones: es la virtud de los ladrones. Amar a la patria era matar y despojar a los demás hombres; pero en el seno de la república hubo muy grandes virtudes. Los romanos, civilizados con el tiempo, civilizaron a todos los bárbaros vencidos y se convirtieron finalmente en los legisladores de Occidente.

Los griegos parecían, en los primeros tiempos de sus repúblicas, una nación superior en todo a los romanos. Éstos sólo salen del refugio de sus siete montes con unos haces de heno, *manipuli,* que les sirven de estandartes, para pillar pueblos vecinos; aquéllos, por el contrario, sólo se ocupan de defender su libertad. Los romanos roban en cuatro o cinco millas a la redonda a los ecuos, los volscos y los antinos. Los griegos rechazan los ejércitos innumerables del gran rey de Persia, y triunfan sobre él por mar y tierra. Estos griegos, vencedores, cultivan y perfeccionan todas las bellas artes, y los romanos las ignoran todas, hasta los tiempos de Escipión el Africano.

Observaré aquí, con respecto a su religión, dos cosas importantes: que adoptaron o permitieron los cultos de todos los otros pueblos, siguiendo el ejem-

plo de los griegos; y que, en el fondo, el senado y el emperador reconocieron siempre a un dios supremo, así como lo hizo la mayor parte de los filósofos y poetas de Grecia *.

La tolerancia de todas las religiones era una ley natural, grabada en los corazones de todos los hombres: ya que ¿con qué derecho un ser creado podría forzar a otro ser a pensar como él? Pero cuando un pueblo se ha organizado, cuando la religión se transforma en una ley del Estado, hay que someterse a esta ley: los romanos adoptaron, para sus leyes, a todos los dioses de los griegos, quienes tenían a su vez altares para los dioses desconocidos, como ya lo hemos señalado [1].

Las ordenanzas de las Doce Tablas dicen: «*Separatim nemo habebit deos, neve advenas, nisi publice adscitos*» [2]. Que nadie tenga dioses extranjeros ni nuevos sin la sanción pública. Se dio esta sanción a varios cultos; todos los demás fueron tolerados. Esta asociación de todas las divinidades del mundo, esta especie de hospitalidad divina, fue el derecho de las gentes de toda la antigüedad, excepto quizás uno o dos pueblos pequeños.

Como no hubo dogmas, no hubo guerras de religión. Bastante había con que la ambición, la rapiña, derramasen la sangre humana, sin necesidad de que la religión terminara de exterminar al mundo.

Es muy notable que entre los romanos nadie fue nunca perseguido por su forma de pensar. No hay un solo ejemplo desde Rómulo hasta Domiciano; y entre los griegos sólo hubo el de Sócrates.

Es además incuestionable que los romanos, como los griegos, adoraban a un dios supremo. Su Júpiter era el único al que consideraban como amo

---

* Ver el artículo «Dios» en el *Diccionario filosófico*.

[1] Cap. XXVII.

[2] Cicerón, *De legibus*, II, 8, *ex verbis* XII Tab. (B)

del trueno, el único al que llamaban Dios muy grande y muy bueno, *Deus optimus maximus*. Así, desde Italia a la India y a China, encontráis el culto de un dios supremo y la tolerancia en todas las naciones conocidas.

A este conocimiento de un dios, a esta indulgencia universal, que son en todos los sitios el fruto de la razón cultivada, se unió una multitud de supersticiones, que eran el fruto antiguo de la razón incipiente y errónea.

Es bien sabido que las gallinas sagradas, y la diosa Pertunda, y la diosa Cloacina, son ridículas. ¿Por qué los vencedores y legisladores de tantas naciones no abolían estas tonterías? Porque eran antiguas, eran caras al pueblo y no molestaban en absoluto al gobierno. Los Escipión, los Paulo Emilio, los Cicerón, los Catón, los César, tenían otras cosas que hacer antes de combatir las supersticiones del populacho. Cuando un viejo error está establecido, la política lo utiliza como un freno que el vulgo se ha puesto a sí mismo en la boca, hasta que otra superstición venga a destruirlo y la política aproveche este segundo error como se aprovechó el primero.

LI. CUESTIONES ACERCA DE LAS CONQUISTAS DE LOS ROMANOS Y SU DECADENCIA

¿Por qué los romanos, que, bajo Rómulo, no eran más que tres mil habitantes y que no tenían sino una aldea de mil pasos de circunferencia, se convirtieron, con el tiempo, en los mayores conquistadores de la Tierra? ¿Y de dónde proviene el hecho de que los judíos, que pretenden haber tenido seiscientos treinta mil soldados al salir de Egipto [1], que marchaban rodeados de milagros, que combatían bajo las órdenes del dios de los ejércitos, jamás pudieran llegar a conquistar siquiera Tiro y Sidón, ni hayan estado al menos en condiciones de atacarlas? ¿Por qué esos judíos vivieron casi siempre en esclavitud? Tenían todo el entusiasmo y toda la ferocidad que debían transformarlos en conquistadores; el dios de los ejércitos estaba siempre a su cabeza; y, sin embargo, son los romanos, distantes mil ochocientas millas de ellos, quienes finalmente irán a someterlos y venderlos en el mercado.

¿No está claro (humanamente hablando, y con-

[1] *Éxodo,* XII, 37: «...unos seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños.» Ver nota 2, cap. XXXIX.

siderando sólo las causas segundas) que, si los judíos, que esperaban la conquista del mundo, estuvieron casi siempre esclavizados, fue por su culpa? Y si los romanos dominaron, ¿no lo merecieron por su coraje y su prudencia? Pido humildemente perdón a los romanos por compararlos un momento con los judíos.

¿Por qué los romanos, durante más de cuatrocientos cincuenta años, sólo pudieron conquistar una extensión de una veinticinco leguas? ¿No es acaso porque eran muy escasos, y sólo podían combatir sucesivamente con pueblos pequeños como ellos? Pero finalmente, al incorporar a sus vecinos vencidos, tuvieron fuerza suficiente para resistir a Pirro.

Entonces todas las pequeñas naciones que los rodeaban se habían vuelto romanas y se formó un pueblo enteramente guerrero, lo bastante formidable como para destruir Cartago.

¿Por qué emplearon los romanos setecientos años para lograr por fin un imperio aproximadamente tan vasto como el que Alejandro conquistó en siete u ocho años? ¿Acaso porque tuvieron que combatir contra naciones belicosas, mientras que Alejandro se enfrentó con pueblos entregados a la molicie?

¿Por qué ese imperio fue destruido por los bárbaros? ¿No eran estos bárbaros más robustos, más guerreros que los romanos, entregados a su vez a la molicie bajo Honorio [2] y sus sucesores? Cuando los cimbrios fueron a amenazar Italia, en tiempos de Mario, los romanos debieron prever que los cimbrios, es decir, los pueblos del norte, destrozarían el imperio cuando no hubiese más Marios.

La debilidad de los emperadores, las facciones de sus ministros y de sus eunucos, el odio que la

---

[2] Honorio Flavio, emperador de Occidente, 384-423 d.C.

antigua religión del imperio sentía por la nueva, las querellas sangrientas suscitadas por el cristianismo, las discusiones teológicas suplantando al manejo de las armas, y la molicie al valor, multitudes de monjes reemplazando a los agricultores y a los soldados, todo llamaba a esos mismos bárbaros que no habían podido vencer a la república guerrera y que derrotaron a una Roma que languidecía bajo emperadores crueles, afeminados y devotos.

Cuando los godos, los hérulos, los vándalos, los hunos, inundaron el imperio romano, ¿qué medidas tomaban los dos emperadores para desviar esas tormentas? La diferencia entre el *Homoiusios* y el *Homousios* [3] preocupaba a Oriente y a Occidente; las persecuciones teológicas acababan de arruinar todo; Nestorio, patriarca de Constantinopla, que gozó primero de gran crédito bajo Teodosio II [4], obtuvo de este emperador que se persiguiese a quienes pensaban que había que rebautizar a los cristianos apóstatas arrepentidos, a quienes creían que había que celebrar la Pascua el 14 de la luna de marzo, a quienes no sumergían tres veces a los bautizados; finalmente, atormentó tanto a los cristianos que éstos lo atormentaron a su vez. Llamó *Antropotokos* a la Santa Virgen; sus enemigos, que querían que se la llamase *Teotokos* [5], y que sin duda tenían razón puesto que el concilio de Éfeso decidió en su favor, le suscitaron una violenta persecución. Estas querellas ocuparon todos los espíritus, y, mientras se discutía, los bárbaros se repartían Europa y África.

Pero ¿por qué Alarico, quien, a comienzos del siglo V, marchó desde las orillas del Danubio hasta

---

[3] Se discutía si el Hijo era consustancial (*homousios*) al Padre, o no. La querella fue zanjada en el Concilio de Antioquía (261 d.C.).

[4] Emperador de Oriente, 401-450 d.C.

[5] *Antropotokos:* que engendra a un hombre; *teotokos:* que engendra a un dios.

Roma, no empezó por atacar Constantinopla cuando era el amo de Tracia? ¿Cómo se arriesgó a verse cogido entre el imperio de Oriente y el de Occidente? ¿Es natural que quisiese atravesar los Apeninos y los Alpes cuando Constantinopla temblorosa se ofrecía a su conquista? Los historiadores de esos tiempos, tan mal instruidos como mal gobernados estaban los pueblos, no desarrollan ese misterio; pero es fácil adivinarlo. Alarico había sido general en el ejército de Teodosio I, príncipe violento, devoto e imprudente, que perdió el imperio al confiar su defensa a los godos. Con ellos venció a su competidor, Eugenio, pero los godos aprendieron que podían vencer por sí mismos. Teodosio sobornaba a Alarico y sus godos. Esta paga se tornó tributo cuando Arcadio, hijo de Teodosio, ocupó el trono de Oriente. Alarico perdonó, pues, a su tributario para caer sobre Honorio y sobre Roma.

Honorio tenía como general al célebre Estilicón, el único que podía defender a Italia, y que había detenido los esfuerzos de los bárbaros. Honorio, por simples sospechas, le hizo cortar la cabeza sin proceso alguno. Era más fácil asesinar a Estilicón que derrotar a Alarico. Este indigno emperador, retirado a Rávena, dejó que el bárbaro, que le era superior en todo, sitiara Roma. La antigua ama del mundo evitó el pillaje al precio de cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, cuatro mil vestidos de seda, tres mil de púrpura y tres mil libras de especies. Las mercancías de la India sirvieron para el rescate de Roma.

Honorio no quiso cumplir el tratado: envió algunas tropas, que Alarico exterminó; Alarico entró en Roma en el año 409, y un godo creó allí un emperador que fue su primer súbdito. Al año siguiente, engañado por Honorio, lo castigó saqueando Roma. Entonces todo el imperio de Occidente fue destruido: los habitantes del norte penetraron en él por

todos los costados, y los emperadores de Oriente sólo se mantuvieron pagándoles tributo.

Así, Teodosio II fue tributario de Atila. Italia, Galia, España, África, fueron presa de quien quisiera entrar en ellas. Éste fue el fruto de la política forzada de Constantino, que había transferido el imperio romano a Tracia.

¿No es evidente que hay un destino que determina el crecimiento y la ruina de los Estados? Quien hubiese predicho a Augusto que un día el Capitolio estaría ocupado por el sacerdote de una religión sacada de la religión judía habría asombrado grandemente a Augusto. ¿Por qué ese sacerdote se apoderó por fin de la ciudad de los Escipiones y los Césares? Porque la encontró en la anarquía. Se hizo su amo casi sin esfuerzo; como los obispos de Alemania, hacia el siglo XIII, se convirtieron en soberanos del pueblo del que eran pastores.

Todo acontecimiento trae consigo otro que no se esperaba. Rómulo no creyó haber fundado Roma para los príncipes godos, ni para los obispos. Alejandro no imaginó que Alejandría pertenecería a los turcos, y Constantino no construyó Constantinopla para Mahoma II.

LII. DE LOS PRIMEROS PUEBLOS QUE ESCRIBIERON LA HISTORIA, Y DE LAS FÁBULAS DE LOS PRIMEROS HISTORIADORES

Es incuestionable que los anales más antiguos del mundo son los de la China. Estos anales se suceden sin interrupción. Casi todos detallados, todos sabios, sin ninguna mezcla de lo maravilloso, todos basados en observaciones astronómicas desde hace cuatro mil ciento cincuenta y dos años, estos anales se remontan aún a varios siglos más atrás, en verdad sin fechas precisas, pero con esa verosimilitud que parece acercarse a la certidumbre. Es muy probable que naciones poderosas como los indios, los egipcios, los caldeos, los sirios, que tenían grandes ciudades, tuviesen también sus anales.

Los pueblos errantes deben de ser los últimos en haber escrito, porque tienen menos medios que los otros para tener archivos y conservarlos; porque tienen pocas necesidades, pocas leyes, pocos acontecimientos: no se ocupan sino de una subsistencia precaria, y una tradición oral los alcanza. Una aldea nunca tuvo historia; un pueblo errante, menos aún, y una simple ciudad, muy pocas veces.

La historia de una nación nunca puede ser escrita sino muy tarde: se empieza por algunos registros

muy sumarios que son conservados, en la medida de lo posible, en un templo o en una ciudadela. Una guerra desgraciada destruye a menudo estos anales, y hay que volver a empezar veinte veces, como hormigas cuya vivienda ha sido pisoteada. Sólo al cabo de varios siglos una historia un poco detallada puede suceder a esos registros informes, y esta primera historia siempre está mezclada con falsedades maravillosas con que se quiere reemplazar a las verdades que faltan. Así, los griegos sólo tuvieron su Herodoto en la octogésima olimpíada, más de mil años después de la primera época referida por los mármoles de Paros. Fabio Píctor, el más antiguo historiador de los romanos, no escribió sino en tiempos de la segunda guerra contra Cartago, unos quinientos cuarenta años después de la fundación de Roma.

Pues bien, si esas dos naciones, las más espirituales de la Tierra, los griegos y los romanos, nuestros maestros, comenzaron tan tarde su historia; si nuestras naciones septentrionales no tuvieron historiador alguno antes de Gregorio de Tours, ¿es posible creer de buena fe que unos tártaros vagabundos que duermen en la nieve, o unos trogloditas que se esconden en cavernas, o unos árabes errantes y ladrones, que erran entre montañas de arena, hayan tenido Tucídides y Jenofontes? ¿Pueden saber algo sobre sus ancestros? ¿Pueden lograr algún conocimiento antes de haber tenido ciudades, antes de haberlas habitado, antes de haber llamado a ellas a todas las artes de las que estaban privados?

Si los samoyedas, o los nazamones, o los esquimales nos ofreciesen anales fechados hace varios siglos, llenos de los más sorprendentes hechos de armas, y de una continua sucesión de prodigios, que sorprenden a la naturaleza, ¿no nos burlaríamos de esos pobres salvajes? Y si algunas personas enamoradas de lo maravilloso, o interesadas en hacerlo creer, torturasen sus espíritus para hacer verosími-

les esas tonterías, ¿no nos burlaríamos de sus esfuerzos? Y si uniesen a su absurdo la insolencia de afectar desprecio por los sabios, y la crueldad de perseguir a los que dudasen, ¿no serían los más execrables de los hombres? Si un siamés viene a contarme las metamorfosis de Sammonocodom [1], y me amenaza con quemarme si le hago objeciones, ¿qué debo hacer con ese siamés?

Los historiadores romanos nos cuentan, en verdad, que el dios Marte le hizo dos hijos a una vestal en un siglo en que Italia no tenía vestales; que una loba alimentó a dos niños en lugar de devorarlos, como ya lo hemos visto [2]; que Cástor y Pólux combatieron para los romanos, que Curcio se arrojó a un abismo, y que el abismo se cerró; pero el Senado de Roma nunca condenó a muerte a los que dudaron de todos estos prodigios: estaba permitido reírse de ellos en el Capitolio.

Hay en la historia romana acontecimientos muy posibles que son muy poco verosímiles. Muchos hombres sabios han dudado ya de la aventura de las ocas que salvaron Roma, y de la de Camilo, que destruyó enteramente el ejército de los galos. La victoria de Camilo brilla mucho, en verdad, en Tito Livio [3]; pero Polibio, más antiguo que Tito Livio, y más hombre de Estado, dice precisamente lo contrario; asegura que los galos, temiendo ser atacados por los vénetos, partieron de Roma cargados con el botín, tras haber firmado la paz con los romanos [4]. ¿A quién creeremos, a Tito Livio o a Polibio? Al menos dudaremos.

¿No dudaremos trambién del suplicio de Régu-

---

[1] Buda. Ver nota 2, cap. IX.

[2] En el artículo «Prejuicios» del *Diccionario filosófico*. (B)

[3] Tito Livio, lib. VI, XLII.

[4] En la *Histoire de Polybe*, «nouvellement traduite du grec par Dom Thuillier..., avec un commentaire par M. de Folard», París, 1727, t. III, p. 230; t. II, cap. 4. (P)

lo, al que encerraron en un cofre cuyo interior estaba erizado de puntas de hierro? Este tipo de muerte seguramente es único. ¿Cómo ese mismo Polibio, casi contemporáneo, Polibio, que estaba en el lugar, que ha escrito de forma superior la guerra de Roma y Cartago, habría silenciado un hecho tan extraordinario, tan importante, y que habría justificado tan bien la mala fe de los romanos hacia los cartagineses? ¿Cómo este pueblo habría osado violar de forma tan bárbara el derecho de gentes con Régulo, en momentos en que los romanos tenían en sus manos a varios ciudadanos principales de Cartago, con los que habrían podido vengarse?

Finalmente, Diodoro de Sicilia relata, en uno de sus fragmentos, que los hijos de Régulo habían maltratado a prisioneros cartagineses: el Senado romano los reprendió, e hizo valer el derecho de gentes [5]. ¿No habría permitido una justa venganza a los hijos de Régulo si su padre hubiese sido asesinado en Cartago? La historia del suplicio de Régulo se estableció con el tiempo, el odio contra los cartagineses le dio curso; Horacio la cantó, y ya nadie dudó de ella.

Si echamos una mirada a los primeros tiempos de nuestra historia de Francia, todo allí es quizá tan falso como oscuro y desagradable; al menos es muy difícil creer la aventura de Childerico y de una Bazine, esposa de un Bazin, y de un capitán romano, elegido rey de Francia, que aún no tenía reyes.

Gregorio de Tours es nuestro Herodoto, con la diferencia de que el turonense es menos divertido, menos elegante que el griego. ¿Los monjes que escribieron después de Gregorio fueron más ilustrados y más verídicos? ¿No prodigaron algunas veces

[5] *Histoire universelle*, *op. cit.*, t. VII, p. 207: los hijos de Régulo y la madre de éstos encerraron sin alimentos a dos cartagineses, y uno de ellos murió al cabo de cinco días. (P)

loas un poco exageradas a unos asesinos que les habían dado tierras? ¿No cargaron nunca de oprobios a príncipes sabios que no les habían hecho nada?

Sé muy bien que los francos que invadieron la Galia fueron más crueles que los lombardos que se apoderaron de Italia, y que los visigodos que reinaron en España. Se ven tantos crímenes, tantos asesinatos en los anales de los Clodoveo, Thierri, Childeberto, Chilperico, Clotario, como en los de los reyes de Judá y de Israel.

Seguramente no hay nada más salvaje que esos tiempos bárbaros; sin embargo, ¿no es lícito dudar del suplicio de la reina Brunilda? Tenía cerca de ochenta años cuando murió, en el 613 ó el 614. Fredegario, que escribió hacia finales del siglo VIII, ciento cincuenta años después de la muerte de Brunilda (y no en el siglo VII, como se dice en el *Abrégé chronologique,* a causa de un error de imprenta) [6]; Fredegario, digo, nos asegura que el rey Clotario, príncipe muy pío, muy temeroso de Dios, humano, paciente y bonachón, paseó a la reina Brunilda en un camello alrededor de su campamento; luego la hizo atar por los cabellos, por un brazo y por una pierna a la cola de un potro salvaje, que la arrastró viva por los caminos, le destrozó la cabeza contra las piedras, y la despedazó; tras lo cual fue quemada y reducida a cenizas. Este camello, este potro salveje, una reina de ochenta años atada por los cabellos y por un pie a la cola de este potro, no son cosas muy comunes.

Es quizá difícil que los pocos cabellos de una mujer de esa edad puedan resistir atados a una cola, y que la anciana pueda ser atada a la vez a esa cola por los cabellos y por un pie. ¿Y cómo es que se

---

[6] El presidente Hénault, *Nouvel abrégé chronologique de l'Histoire de France,* París, 1744, p. 33, hace morir a Fredegario «hacia el 658». (P)

tuvo la piadosa atención de inhumar a Brunilda en una tumba, en Autun, después de haberla quemado en un campamento? Los monjes Fredegario y Aimoin lo dicen; pero ¿son esos monjes como De Thou y Hume?

Hay otra tumba erigida para esta reina, en el siglo XV, en la abadía de San Martín de Autun, que ella había fundado. Se ha encontrado en este sepulcro restos de una espuela. Era, dicen, la espuela que fue clavada en el flanco del potro salvaje. Es una lástima que no se haya encontrado también el cuerno del camello que había montado la reina. ¿No es razonable suspender el juicio sobre esta extraña aventura tan mal constatada? Es verdad que Pasquier dice que *la muerte de Brunilda había sido predicha por la sibila.*

Todos esos siglos de barbarie son siglos de horrores y de milagros. Pero ¿habrá que creer todo lo que han escrito los monjes? Eran casi los únicos que sabían leer y escribir, mientras que Carlomagno no sabía firmar con su nombre. Nos instruyeron sobre las fechas de algunos grandes acontecimientos. Creemos, con ellos, que Carlos Martel derrotó a los sarracenos; pero que haya matado a trescientos sesenta mil en la batalla es, en verdad, mucho.

Dicen que Clodoveo, segundo de este nombre, se volvió loco: la cosa no es imposible; pero que Dios haya afligido su cerebro para castigarlo por haber cogido un brazo de san Dionisio de la iglesia de estos monjes para ponerlo en su oratorio, ya no es tan verosímil.

Si sólo hubiese que quitar cuentos de este tipo de la historia de Francia o, mejor dicho, de la historia de los reyes francos y sus mayordomos, se podría hacer el esfuerzo de leerla; pero ¿cómo soportar las mentiras groseras que la colman? En ella se pone constante sitio a ciudades y fortalezas que no existen.

Más allá del Rin no había sino aldeas sin murallas, defendidas por empalizadas de estacas y por fosos. Se sabe que hasta Enrique el Pajarero, hacia el año 920, no tuvo Germania ciudades amuralladas y fortificadas. En fin, todos los detalles de esos tiempos son otras tantas fábulas y, lo que es peor, fábulas aburridas.

LIII. DE LOS LEGISLADORES QUE HAN HABLADO EN NOMBRE DE LOS DIOSES

Todo legislador profano que osó fingir que la divinidad le había dictado sus leyes era visiblemente un blasfemo y un traidor: un blasfemo, porque calumniaba a los dioses; un traidor, porque sometía su patria a sus propias opiniones. Hay dos especies de leyes: unas son las naturales, comunes a todos, y útiles para todos. «No robarás ni matarás a tu prójimo; cuidarás respetuosamente a quienes te engendraron y te criaron; no tomarás la mujer de tu hermano; no mentirás para perjudicarlo; lo ayudarás en sus necesidades, para merecer que te socorra a su vez.» He aquí las leyes que la naturaleza ha promulgado desde el confín de las islas del Japón hasta las costas de nuestro Occidente. Ni Orfeo, ni Hermes, ni Minos, ni Licurgo, ni Numa necesitaban que Júpiter llegase entre truenos para anunciar verdades grabadas en todos los corazones.

Si yo me hubiese encontrado frente a frente con alguno de esos grandes charlatanes en la plaza pública, le habría gritado: «Detente, no comprometas así a la Divinidad; quieres engañarme si la haces bajar para enseñar lo que todos sabemos; quieres usarla para alguna otra cosa; quieres aprovechar mi consentimiento a unas verdades eternas para arran-

carme mi consentimiento a tu usurpación: te denuncio al pueblo como un tirano que blasfema.»

Las otras leyes son las leyes políticas: leyes puramente civiles, eternamente arbitrarias, que unas veces establecen éforos, otras cónsules, comicios por centurias o comicios por tribus; un areópago o un senado; la aristocracia, la democracia o la monarquía. Sería conocer muy mal el corazón humano suponer que fuese posible que un legislador profano haya establecido nunca una sola de estas leyes políticas en nombre de los dioses, y no con vistas a su propio interés. Sólo se engaña a los hombres en provecho propio.

Pero ¿han sido todos los legisladores profanos unos bribones dignos del último suplicio? No. Al igual que hoy, en las asambleas de magistrados se encuentran siempre almas rectas y elevadas que proponen cosas útiles para la sociedad sin jactarse de que les han sido reveladas, ha habido entre los legisladores muchos que instituyeron leyes admirables, sin atribuirlas a Júpiter o a Minerva. Tal fue el Senado romano, que dio leyes a Europa, Asia Menor y África, sin engañarlos; y tal ha sido en nuestros días Pedro el Grande, que hubiese podido imponerse a sus súbditos más fácilmente que Hermes a los egipcios, Minos a los cretenses, y Zamoixis a los antiguos escitas [1].

[1] La edición *princeps* comportaba, al final del texto, la siguiente aclaración: *Falta el resto. El editor no se ha atrevido a agregar nada al manuscrito del abate Bazin. Si encuentra la continuación, lo comunicará a los amantes de la historia.*

FRANÇOIS-MARIE AROUET, VOLTAIRE (1694-1778), abandonó el nombre de su padre al estrenar su primera tragedia, *Edipo,* en 1719. Fue entonces cuando empezó a construir lentamente un nombre que fue el nombre que muchos, durante su vida, dieron al siglo XVIII: el siglo de Voltaire. Éste, exiliado perpetuo, instauró un lugar central para su marginalidad mientras escribía una cincuentena de tragedias, otros tantos cuentos, un par de novelas, estudios históricos que crearon una nueva forma de hacer historia, y textos filosóficos que lo conviertieron en el portavoz por excelencia de la Razón ilustrada. Y definió, sobre todo, una nueva forma de estar e intervenir en el mundo, la del *intelectual* en su acepción moderna.

MARTÍN CAPARRÓS (1957) enseña Historia del Pensamiento Moderno en la Universidad Nacional de Buenos Aires. Se ha ocupado de Voltaire en su tesis por la Universidad de París-VII (*Voltaire et l'écriture de l'histoire*) y en su traducción y edición crítica de *El ingenuo* (Buenos Aires, 1985). Como novelista, ha publicado *Ansay o los infortunios de la gloria* (1984), *No velas a tus muertos* (1986) y *El tercer cuerpo* (1990). Actualmente es director de *Babel. Revista de libros*.

«Querríais que la historia antigua hubiese sido escrita por filósofos, porque queréis leerla como filósofo. No buscáis sino verdades útiles, y apenas habéis encontrado, me decís, poco más que inútiles errores. Intentemos esclarecernos juntos; tratemos de desenterrar algunos monumentos preciosos bajo las ruinas de los siglos.»



Colección
Clásicos del Pensamiento

ISBN 84-309-1851-5



